

EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO
DE KEYNES

Descubrir la melodía

RICARDO F. CRESPO

EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE KEYNES

Descubrir la melodía

¿Por qué un libro sobre el pensamiento filosófico de Keynes?

Porque su formación y actitud fueron principalmente filosóficas. Esta es para Ricardo Crespo la puerta de acceso al núcleo profundo del pensamiento económico y político keynesiano, que tanto ha influido en la historia de la economía de nuestro tiempo. Tras exponer los rasgos más característicos de la vida y personalidad de Keynes, el autor pasa a desentrañar sus ideas gnoseológicas, metafísicas, antropológicas, éticas y epistemológicas. Estas ideas inciden de modo decisivo en su visión de la economía. "Descubrir la melodía", al decir de Keynes, es penetrar lo esencial y aprender a manejarse de modo razonable en medio de la complejidad e incertidumbre propias de lo humano.

RICARDO F. CRESPO, Profesor Titular en la Universidad Austral (Buenos Aires) y en la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza), es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina). Su campo prioritario de estudio es la filosofía de la economía.

Cubierta: Segret y asoc.

La ilustración es una vista de King's College, Cambridge donde estudió y enseñó Keynes



Ediciones
Internacionales
Universitarias



LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS, Y NO COMERCIALES

RICARDO F. CRESPO

EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE KEYNES

Descubrir la melodía

R. 147.878



EDICIONES INTERNACIONALES UNIVERSITARIAS
MADRID

Primera edición: Octubre 2005

© Copyright 2005: Ricardo F. Crespo
Ediciones Internacionales Universitarias, S.A.
Pantoja, 14 – 28002 Madrid
Tfno.: +34 91 519 39 07 – Fax: +34 91 413 68 08
e-mail: info.eiunsa@eunsa.es

ISBN: 84-8469-158-6
Depósito Legal: NA 2.415-2005



Tratamiento: PRETEXTO. Estafeta, 60. Pamplona
Imprime: GRÁFICAS ALZATE, S.L. Pol. Iperregui II. Orcoyen (Navarra)

Printed in Spain – Impreso en España

En memoria de Vicente Vázquez Presedo

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
---------------	----

I

KEYNES Y SUS CIRCUNSTANCIAS

1. LA ÉPOCA	28
2. VIDA	31
3. FAMILIA Y AMIGOS	34
4. PREOCUPACIONES ÉTICAS	40
5. APTITUDES Y CARÁCTER	43
6. ACTIVIDADES	52
7. A MODO DE CONCLUSIÓN	57

II

TEORÍA DEL CONOCIMIENTO: ANTECEDENTES

1. METAFÍSICA Y GNOSEOLOGÍA	59
2. REALISMO	61
3. VERDAD	63
4. ANTECEDENTES DE KEYNES	71
4.1. Brentano	74
4.2. Moore	79
4.3. Russell	89

III LA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO DE KEYNES

1. SU TEORÍA DEL CONOCIMIENTO	96
1.1. Una rama de la lógica	96
1.2. El conocimiento	98
1.3. Certeza y verdad	101
2. RASTREO DE ANTECEDENTES	108
2.1. Russell	108
2.2. Moore	109
2.3. Brentano	112
3. EL PENSAMIENTO LÓGICO Y GNOSEOLÓGICO DE KEYNES	115
4. CONCLUSIÓN	130

IV LA METAFÍSICA IMPLÍCITA EN EL PENSAMIENTO KEYNESIANO

1. ANTECEDENTES	136
2. KEYNES	142
3. CONCLUSIÓN	151

V LA IDEA DEL HOMBRE EN KEYNES

1. ELEMENTOS BIOLÓGICOS Y LOS «ANIMAL SPIRITS»	158
2. ELEMENTOS PSICOLÓGICOS	161
3. ALGUNAS PASIONES: EL AMOR POR EL DINERO	165
4. ELEMENTOS DE VOLUNTARIEDAD RACIONAL Y ESPIRITUALIDAD	170
5. ORDENACIÓN JERÁRQUICA	177
6. CONCLUSIÓN	178

VI
«ÉTICA ESPECULATIVA» Y «ÉTICA PRÁCTICA»
EN KEYNES

1. «ÉTICA ESPECULATIVA»	183
2. «ÉTICA PRÁCTICA»	192

VII
EPISTEMOLOGÍA DE LAS CIENCIAS
Y DE LA ECONOMÍA

1. ALGUNAS IDEAS EPISTEMOLÓGICAS FUNDAMENTALES	209
2. EL MATERIAL ECONÓMICO	214
3. EPISTEMOLOGÍA Y METODOLOGÍA DE LA ECONOMÍA	220
4. MEDIDAS DE POLÍTICA ECONÓMICA Y ANTROPOLOGÍA	230

VIII
CONCLUSIONES

APÉNDICE: MARSHALL Y KEYNES	255
BIBLIOGRAFÍA	263
ÍNDICE ONOMÁSTICO	277

PRÓLOGO

Conozco un planeta donde hay un señor enrojecido. Nunca ha olido una flor. Nunca ha mirado una estrella. Nunca ha amado a nadie. Nunca ha hecho otra cosa que sumas. Y repite todo el día como tú: «¡Yo soy un hombre serio! ¡Yo soy un hombre serio!» y eso lo hace hincharse de orgullo. Pero eso no es un hombre, es ¡un hongo!

Antoine de Saint-Exupéry,
El Principito, capítulo VII.

En su ensayo «La Gran Depresión de 1930», publicado originalmente en el *Nation and Athenaeum* los días 20 y 27 de diciembre de 1930 (luego recogido en los *Ensayos de Persuasión*), Keynes, luego de explicar un fenómeno económico complejo, concluye:

«Esta es una descripción excesivamente simplificada de un fenómeno complejo. Pero creo que contiene la verdad esencial. Pueden sobreponerse muchas variaciones, fugas y orquestaciones, pero la melodía es esta»¹.

1. *Ensayos de Persuasión* [1972] 1988, p. 139 (abreviado *EP*). A partir de ahora pondré el número de página de las obras citadas de Keynes en el texto

He sacado de aquí –no sin olvidar las resonancias del texto que eligió para su epitafio– el título de este libro. Buscaba una metáfora, puesto que esto me parecía muy adecuado para un libro sobre el pensamiento de Keynes, quien tanto las usó. Pero quería una metáfora que sonara bien y que expresara –sin estar gastada– algo fundamental de su pensamiento. Quizá haya otra mejor, pero, después de evaluar varias, fue ésta la que más me convenció. Pienso que es muy representativa de su actitud: la búsqueda constante e insegura de la verdad esencial de fenómenos que son complejos por lo inciertos, por lo imprevisibles, por lo enmarañados o porque aún no han llegado –son futuros– y son demasiadas las variables, entre otras la libertad humana, que determinarán su curso. Pero Keynes pensaba, y éste es quizás su mensaje principal, que podemos manejarnos con razonabilidad en esta tormenta de contingencia que es la vida humana. Por eso asigna un rol particular a la probabilidad, a la intuición, teórica y práctica, y a la convención. A medida que transcurre su vida y se enfrenta con realidades diversas, el énfasis se pone más en una u otra. Pero la constante es la creencia en que vale la pena intentar descubrir la melodía que está oculta detrás de las variaciones, fugas y orquestaciones². Es decir, podemos acceder a lo esencial, dentro de un

para evitar multiplicar las notas al pie. Todas las cursivas consignadas están en los textos originales. Sólo agregaré cursiva cuando haga constar el término inglés o alemán usado. Se debe tener en cuenta que Keynes usa mucho las cursivas. En cuanto al *Treatise on Probability* uso la reimpresión de 1952 de la primera edición de MacMillan de 1921. Adopto las siguientes abreviaturas: *TP* para el *Treatise on Probability*, *TG* para la *Teoría General*, (la traducción es la consignada en la bibliografía), *EB* para «My Early Beliefs», *QJE/37*, para el artículo de Keynes en la *Quarterly Journal of Economics* de 1937 y *PE*, *Principia Ethica* de Moore (Cito esta obra según la antigua traducción, consignando el número de párrafo y la paginación). El resto de las obras de Keynes (incluido «My Early Beliefs») las cito según la paginación de los *Collected Writings* (*CW*) u otra fuente indicada en las referencias. A los llamados «Apostles papers» y otros escritos inéditos –especialmente cartas–, archivados en la biblioteca de King's College, los cito según su referencia en obras de otros autores como Skidelsky, Davis, Bateman, O'Donnell, Hession y otros.

2. El término inglés para «melodía», traducido así tanto en el libro de Skidelsky como en la siguiente cita que lo contiene, en el de Hession, es *tune*. *Tune*

margen de duda razonable, y transmitirlo. Por supuesto, esto no es fácil, sobre todo en algunos campos.

Quizá haya alguna previsión o intuición de esta dificultad en la frase que el lector estará esperando, la del epitafio. El pasaje fue tomado por Keynes del *De contemptu mundi* del monje Bernardo de Cluny. Keynes lo había leído siendo muy joven (17 años), alumno de Eton, en 1901. Con este pasaje culminó un ensayo que leyó a la Sociedad Literaria de Eton el 3 de mayo de 1902. Dice así:

«No sólo aquellos
que retienen ecos claros de la voz divina
son honorables –benditos son, en verdad,
cualquiera que sea el juicio del mundo– sino aquellos que oyen
hermosos ecos tenues, que la multitud no escucha,
y contemplan las vestiduras de los dioses blancos en las colinas,
que la muchedumbre no ve, aunque puede que no encuentren
una música apropiada para sus visiones, benditos son,
no despreciables»³.

Keynes, a pesar de su aparente seguridad, siempre fue consciente de sus limitaciones. Pero aspiraba a oír, al menos, esos «hermosos ecos tenues», que también son divinos. La música de la naturaleza y la naturaleza como obra de arte de Dios son temas recurrentes en los autores religiosos, especialmente en los padres de la Iglesia.

¿Por qué escribir un libro sobre la filosofía de Keynes? Porque Keynes fue un filósofo⁴. También fue economista, y aún más

es una sucesión de sonidos musicales que forman un aire o melodía, con o sin armonía (*Webster's Encyclopedic Unabridged Dictionary*).

3. Según la versión recogida en Skidelsky (1996) 1998, p. 63, con alguna modificación y siguiendo los datos históricos también consignados por Skidelsky en (1983) 1986, pp. 115-116.

4. Quizás alguien pueda pensar que la consideración de Keynes como filósofo sea una deformación profesional del autor de este libro. No lo culpo,

cosas (cuya enunciación dejo para el primer capítulo). Pero para quienes, como él, tenemos al menos estas dos profesiones, no nos queda duda acerca de que lo primero es la filosofía. El 7 de febrero de 1906 le escribía a su amigo Lytton Strachey: «El amor es lo primero, la Filosofía lo segundo, la Poesía lo tercero y la Política ocupa el cuarto lugar»: la economía no aparece en la lista (citado por Skidelsky (1983) 1986, p. 173). Leyendo sus obras se percibe que, como dice Rod O'Donnell, «está claro que su amor predominante fue la filosofía, más que la economía» (1989, p. 11).

La filosofía confiere unidad, un norte, a todo pensador. Por eso pienso, como O'Donnell, que «la clave para una comprensión más profunda y comprehensiva del pensamiento de Keynes es su *filosofía*» (1991, p. 3). Más ampliamente señala él mismo:

«[M]i tesis es que la filosofía de Keynes provee un centro unificador respecto al cual se pueden relacionar provechosamente todos los aspectos de su pensamiento. No importa si se trata de la economía, política, sociedad, población, arte o cultura: a través de una consideración de su filosofía se arroja una luz especial a sus diversas visiones» (O'Donnell 1989, p. 2).

Aun para comprender su economía, la filosofía aporta la razón de fondo de muchas de sus propuestas. Como también dice O'Donnell, «para comprender adecuadamente al economista político primero debemos entender al filósofo» (1989, p. 2). Quizá sea debido en parte a la omisión de atención a su filosofía por lo que la economía de Keynes ha provocado tantos malentendidos y confusiones⁵. Esto no significa que no hayan influido en la eco-

pues la figura de Keynes no pasó a la historia precisamente por la filosofía. Sin embargo, recientemente se está rescatando este aspecto de Keynes, no sólo desde la filosofía de la economía, sino desde la misma filosofía pura. Prueba de ello es, por ejemplo, la inclusión de la voz «Keynes, John Maynard (1883-1946)» en la *Routledge Encyclopedia of Philosophy* (cfr. Schabas, M., 1998).

5. Obsérvese que evitaré cuidadosamente usar el adjetivo «keynesiano», pues «keynesiano» trae consigo una deformación de la doctrina original de Keynes. Se dice que Keynes dijo el último año de su vida: «yo no soy keynesia-

nomía de Keynes otros factores, como las enseñanzas de su maestro, Alfred Marshall, su experiencia laboral, su posición social, etc. Pero, como también dice Allin Cottrell, la economía de Keynes tiene una carga filosófica particular. Debido a sus antecedentes filosóficos, agrega, la discusión sobre la economía de Keynes tiene una tendencia natural a derivar en aspectos «fundacionales» (cfr. 1998, pp. 262-263). También Robert Skidelsky, su biógrafo principal, afirma: «La economía de Keynes –al revés que la economía keynesiana– tenía un impulso filosófico. Estaba informada por su visión de la “buena vida” [antropología y ética], y permeada por su teoría de la probabilidad [teoría del conocimiento y epistemología]. (...) La filosofía vino antes que la economía» ([1996] 1998, p. 64). Entonces, un libro sobre la filosofía de Keynes ilumina su pensamiento económico. Pero, además, la filosofía de Keynes es interesante en sí misma, especialmente en materia gnoseológica y epistemológica. Finalmente, pienso que su visión filosófica de la necesidad de una reforma del capitalismo aún tiene vigencia. En fin, sirvan las palabras anteriores como justificación y acentuación de la relevancia de un libro sobre la filosofía de Keynes⁶.

Descubrir la melodía es conocer la realidad. En rigor de verdad, no basta con conocer la melodía. El 13 de marzo de 1945 Keynes escribía a su discípulo Richard Kahn desde Savannah, Estados Unidos: «Los norteamericanos creen que tienen el dere-

no». El origen de la afirmación, que se origina en Colin Clark y pasa por Terence Hutchison 1977 (p. 23) y muchos más, tiene un origen dudoso (cfr. Colander 1984). Sin embargo, hay otras afirmaciones, como por ejemplo el recuerdo de Hayek 1982 sobre Keynes, que avalarían al menos este pensamiento.

6. Que, por otra parte, no es, ni mucho menos, el primero. Se vienen publicando libros sobre este tema desde la década del 80. Varios están citados en la bibliografía. Los más importantes, a mi juicio, son los de Anna Carabelli 1988, Athol Fitzgibbons 1988, Rod O'Donnell 1989 y 1991, John Davis 1994, Bradley Bateman 1996 y John Coates 1996. Hay artículos de numerosos estudiosos además de los anteriores. Además, se deberían agregar las bibliografías de Robert Skidelsky (1983) 1985, (1992) 1994 y 2000 y Donald Moggridge 1992, que tienen muchos elementos filosóficos.

cho de imponer la melodía prácticamente en todos los puntos. Si conocieran la música, eso no importaría tanto; pero lamentablemente no es así»⁷. La melodía es sólo una parte de la música; y hay que conocerla completa: ese será el intento de este libro.

Una aclaración antes de reseñar el contenido de los capítulos. Debo declarar mi definición acerca del famoso tópico de la *intended audience*: a qué lector va dirigido el libro. La intención es cubrir varios públicos: los economistas, los filósofos y también un subgrupo más pequeño de filósofos o epistemólogos de la economía. Esto tiene sus ventajas —un universo más amplio—, pero también sus inconvenientes: no todo va venir bien a todos. Por eso, debo advertirlo desde ahora. Al economista algunos capítulos le van a resultar arduos y puede que se quede con sabor a poco en otros: lo aclaro unas líneas más abajo. Al filósofo, supuesto que quiera conocer el pensamiento de Keynes (no será lo más habitual pues se debe reconocer que no es un número uno de la filosofía), le debería interesar todo el libro. Algunos capítulos son especiales para el filósofo de la economía. Otros le parecerán sólo informativos, aunque tendrán también alguna precisión que le atraiga.

El libro comienza clásicamente, con un capítulo introductorio sobre la vida, época, formación, escritos y metáforas, carácter y actividades de Keynes. A la luz de las biografías recientes, especialmente la obra monumental de Robert Skidelsky, la tarea de este capítulo no será fácil.

El libro avanzará luego sobre la teoría del descubrimiento (teoría del conocimiento o gnoseología) de la melodía y la música (ontología o metafísica). Serán los capítulos más arduos y difíciles del libro para el economista. No es buena política empezar por lo más dificultoso. Pero quien avisa no es traidor. No pretendo es-

7. Citado por Charles Hession (1984) 1985, p. 372 y por Skidelsky 2000, p. 467. Como decía antes, el término inglés para «melodía» es *tune*, y Keynes juega con la relación entre el significado figurado de la expresión «call the tune», decidir cuestiones de política, controlar (*Webster's Encyclopedic Unabridged Dictionary*) y su significado literal. La música, además de melodía, tiene ritmo y armonía.

panzar al lector economista, sino, al contrario, animarlo a la lectura de algo que no será especialmente llevadero, pero que considere clave). Sin embargo, quiero añadir que el libro está diseñado de modo tal que pueden saltarse momentáneamente estos tres capítulos y volver a ellos al final. El lector me preguntará, ¿entonces, por qué están al comienzo? Porque se debe seguir el orden lógico. Esto requiere una explicación. Me parece muy importante que los economistas se familiaricen con la filosofía de Keynes. Ahora bien, este libro pretende ser ameno e informativo, pero también científico. El tema consagra necesariamente a la filosofía como la ciencia rectora, por eso debe ser un libro filosóficamente riguroso. Por tanto, para llegar a los campos más amables de la antropología, la ética y la epistemología, no hay más remedio que pasar por los de la teoría del conocimiento y la metafísica. Por eso el lector no filósofo, o que no tenga la inquietud de seguir la prueba filosófica de las cuestiones gnoseológicas y ontológicas, puede pasar por sobre estos tres capítulos y retornar a ellos al final. Mientras, la breve síntesis que encontrará a continuación y otras referencias a estas cuestiones colocadas en aquellos sitios del resto del libro en los que hacían falta les ayudará a no perder el hilo. En cambio, estos capítulos serán los más interesantes para el filósofo de la economía, pues pretende aportar alguna propuestas nuevas para el estado de la cuestión.

Keynes es realista. Lo es en los tres sentidos del término que analizamos en esos capítulos. Es realista ontológico, es decir, piensa que hay una realidad independiente de nuestro pensamiento. Es realista lógico-semántico, es decir, piensa que hay criterios objetivos de verdad. Finalmente es realista epistémico: considera que se puede conocer esa realidad con mayor o menor verdad, de acuerdo a la materia de que se trate. Más aún, para Keynes todo conocimiento, si es tal, supone captación de la verdad. Su universo ontológico es amplio, incluyendo realidades físicas, lógicas y espirituales. La lógica cuenta con criterios para determinar la validez de los razonamientos. Su teoría del conocimiento provee las facultades humanas que permiten penetrar la realidad y conocer su naturaleza. Su arma más poderosa es la intuición intelectual, una captación directa. Pero no es la única. Estos son los temas

que se desarrollan en los capítulos II y III, dedicando la extensión del segundo al pensamiento de quienes pueden haber influido para que Keynes tuviera esas ideas. Dos autores son reconocidos por todos los estudiosos de la filosofía de Keynes como influencias previas: el más importante es su maestro George Moore y el segundo es Bertrand Russell. En este libro incluyo un tercero –y lo fundamento–: Franz Brentano.

A medida que nos adentramos en la realidad humana la melodía se complica: es como encontrarle la vuelta al *hard rock* o al *heavy metal*. De hecho, la visión del hombre evoluciona durante la vida de Keynes. A mi juicio, el resultado es muy interesante. Aunque mejorable, no he encontrado una antropología más rica detrás de ninguna teoría económica. Keynes nos presenta un hombre de carne y hueso, con biología, pasiones, sentimientos, razones, amores y quereres incluso sublimes. No dice que se dé todo en todos los hombres necesariamente. Hay que reconocerlo –les costará a los que tengan una visión de Keynes sesgada hacia la izquierda–: Keynes tiene una concepción estamental, jerárquica, en la que hay hombres virtuosos y hombres viciosos. En algunos pasajes parece un clásico. Como dice Richard Braithwaite en el obituario de Keynes que escribe para *Mind*, «Lord Keynes manifestó más perfectamente que cualquier otro estadista contemporáneo las cualidades del Rey filósofo de Platón» (1946, p. 283).

Algo de esto pasa también cuando llegamos al campo ético. Divide la ética en dos: ética especulativa y ética práctica. La primera es una teoría de la ética o meta-ética con un fuerte tono subjetivista, pero claramente anti-utilitarista y anti-kantiana. La segunda es la ética misma que incluye su pensamiento político: un liberalismo reformado. Lo interesante, en ambas materias, es, a pesar de ciertas incongruencias, qué bien suena la melodía. Keynes a veces parece un utópico, un idealista: quizá un nuevo clásico o un romántico. Tiene cosas de todos. Sueña con una nueva sociedad donde las virtudes vuelvan a reinar, donde la codicia sea codicia y las verdaderas virtudes sean las de siempre, donde los fines estén sobre los medios y sobre lo útil. No fue, dejémoslo claro desde ahora, un socialista, sino un liberal reformista.

El capítulo final del libro se dedica a la epistemología de las ciencias, el análisis de lo económico (el objeto de la economía), la epistemología de la economía, y la relación entre la filosofía de Keynes y sus propuestas de política económica (ya vistas parcialmente en el capítulo anterior). ¿Hay relación entre filosofía-teoría-política económica? ¿Hasta qué punto? Se ensayará una respuesta allí. Después del necesario repaso de elementos de teoría del conocimiento, también nos encontramos con el descubrimiento de una melodía. Pienso que todo científico real se sentirá más identificado con las visiones de Keynes que con las de los epistemólogos más prestigiosos del siglo XX; más aún, cuando llegemos a la epistemología y al método (cómo se hace realmente) económicos.

Keynes tenía motivos de fondo para romper con la economía que él conocía. No es posible enmarcar el capítulo XII de la *Teoría General* en el esquema neoclásico. Por eso, la tentativa de síntesis neoclásico-keynesiana proviene de una comprensión incompleta del núcleo duro de la propuesta de Keynes. Hay culpa en el mismo Keynes, por el carácter confuso de la *Teoría General*. Pero si se lee a la luz de las otras obras se puede captar la melodía principal. La antropología subyacente a su teoría determina el papel clave de la incertidumbre frente a un futuro que aún no es. ¿Cómo nos podemos manejar razonablemente en esta situación? Ésta es la pregunta a la que Keynes trata de ofrecer una respuesta. Aquí nos movemos a nivel de visión, más que de teoría, para seguir la división propuesta por Schumpeter (1946, p. 501 y 1949, pp. 355-6). Sus propuestas de teoría y política económicas, vistas a esta luz, resultan no sólo coherentes, sino sus consecuencias obvias para un momento y situación dadas. Como bien explican Hutchison y Shackle –para nombrar a dos autores ya clásicos en este sentido–, Keynes fue muy mal comprendido. Como decía, el mismo Keynes tiene parte de la culpa; pero también ha sido manipulado ideológicamente. «La palabra “Keynes”» dice su discípulo y amigo Richard Kahn, se ha transformado en un término de abuso” (1978, p. 545). Es querido por los políticos demagogos o inescrupulosos, que lo usan de escudo justificativo de sus arbitrariedades. Es denostado por los liberales ortodoxos. Es mal interpretado por

los keynesianos y por los anti-keynesianos. Unos y otros no lo entendieron, se quedaron en la superficie, se fueron por alguna «fuga», no entendieron la melodía⁸. Para no caer en el mismo error, evito cuidadosamente discutir las políticas económicas propuestas por Keynes, (o las interpretaciones que se han hecho de éstas). Sólo aparecen en el capítulo VII con el fin de relacionarlas con sus ideas filosóficas –especialmente antropológicas y éticas–. Por eso, el economista que busque en este libro juicios sobre esto quedará defraudado.

Lo esencial de Keynes es su propuesta metódica. Como le gustaba decir al profesor Vicente Vázquez Presedo, lo importante es el «keynesianismo metodológico»: posiblemente éste es el único keynesianismo realmente keynesiano (cfr. 1995, p. 108). Esto es lo general de la *Teoría General*. La teoría económica, para Keynes, no es una doctrina, sino un método, un modo de pensar, una lógica. ¿Qué economista rescata este aspecto de Keynes? Sin embargo, es el más rescatable, el más perdurable, el que hace que su teoría sea realmente general⁹. Decía el mismo Keynes –entre otros tantos lugares que irán saliendo a lo largo del libro– en la Introducción a las series 1922-1923 de los *Cambridge Economic Handbooks*:

«La teoría económica no provee un cuerpo de conclusiones establecidas aplicables a la política económica inmediatamente. Es un método más que una doctrina, un instrumento de la mente, una técnica de pensamiento, que ayuda al que la posee a arribar a conclusiones correctas» (CW, XII, p. 856).

Es un método donde cabe un concepto de racionalidad más amplio. Todo esto tiene relación con la validez y estatuto de la

8. Un clásico, en este sentido, es Hutchison 1977. Togati 1998 contiene una buena reseña y valoración crítica actualizada de las interpretaciones de Keynes supuestas por las diversas formas de síntesis neoclásicas y de las tentativas de encontrar microfundaciones de la macroeconomía, desde Hicks hasta nuestros días.

9. En este sentido es muy destacable, por ejemplo la aportación de A. Vercelli 1991: cfr. pp. 5, 219-224, 237.

macroeconomía. Este será el tema del capítulo final y de parte de las conclusiones.

Aclaro que este es un libro en que habrá repeticiones: es un libro difícil, tanto para filósofos como para economistas. Las ideas son abstractas; por eso será necesario volver sobre ellas. Me apoyo mucho en las citas textuales. También éstas se repiten, como sucede en tantos libros. Esto es necesario por varios motivos. Primero, porque supongo que efectivamente algunos saltarán los capítulos segundo, tercero y cuarto, y esto requerirá volver a consignar algunas de sus citas donde hacen falta. Segundo, porque a veces se hará necesario *ver* la cita de nuevo para recordar la idea. Tercero, porque otras veces será conveniente analizar la misma cita desde diversos puntos de vista.

En cuanto a la fuente de las citas, siempre que he dispuesto de una traducción española, la he usado –ya que es el uso académico habitual–, a pesar de que algunas –sobre todo la de la *Teoría General*– no son muy buenas. He preferido resignar claridad o elegancia a cambio de rigor. Para las traducciones que hice yo mismo, en algunos casos más relevantes agregué el texto en inglés en nota al pie.

Otra aclaración: se trata de un trabajo «arqueológico». Mucho de lo que se dice, a pesar de tanta cita, será hipotético. Keynes no escribió mucho de filosofía. Fue filósofo, y eso se nota en toda su obra, pero no lo explicita más que en pocos lugares. Su libro más importante desde la filosofía es, sin duda, el *Treatise on Probability*. Pero se encuentran vestigios de su filosofía en muchas otras obras. Más que nunca, creo, he encarado una investigación (*in-vestigare*, es decir, ir detrás de los vestigios, para descubrir la verdad): para muchas conclusiones sólo puedo basarme en vestigios. Esta visión da una pauta de mi posición frente a un problema que se han planteado muchos estudiosos de la filosofía de Keynes: el *Das Keynes Problem*. Al igual que en el *Das Smith Problem* (¿hay dos Smith, el de la *Teoría del los Sentimientos Morales* y el de la *Riqueza de las Naciones*?), algunos se han preguntado y han postulado dos Keynes, el del *Treatise on Probability* y el de la *Teoría General*. Yo pienso que puede haber un cam-

bio de énfasis, pero no un viraje fuerte, salvo, quizás, en el aspecto antropológico. De algún modo todo estaba incoado –eso trataré de mostrar– en el *Treatise*. Claro que en esa fecha –1921 y antes– Keynes aún no había vivido las experiencias económicas, políticas y sociales que le tocó enfrentar luego y que le hicieron, madurando, considerar como más relevante una posibilidad que había quedado casi escondida en el *Treatise*.

Pienso que este problema –el de la continuidad o no de su pensamiento–, el de si la probabilidad es subjetiva u objetiva, el del carácter de lo orgánico y su ámbito y otras discusiones más, que han constituido el campo de batalla de los estudiosos, pecan de escolasticismo. Aparte de que el calificativo de «arqueológico» también se puede aplicar a esas digresiones, considero que se pierden lo esencial. Como decía el fantástico literato argentino Leopoldo Marechal, en expresión muy local, «el exceso de salsa tapó los fideos». He leído miles y miles de páginas para escribir este libro. Podría contarlas, y también las horas que le he dedicado en los últimos seis años. Pero sería tan escolasticista como lo anterior. Aquí he tratado de extraer y presentar lo que considero fundamental, tratando de escapar a esas discusiones algo vanas. Si se me obliga a pronunciarme, la posición que más me convence en cuanto a lo que algunos han llamado el «das Maynard Keynes problem» (una aparente disociación entre el *Treatise on Probability* y la *Teoría General*) es la que Bill Gerrard (2003, p. 243) ha denominado «continuidad dinámica».

Más aclaraciones. No creo en la neutralidad valorativa –pienso que ningún científico social sensato lo hace a estas alturas–. Todos escribimos desde una postura. Por más que nos esforcemos ascéticamente en evitar cualquier punto de vista valorativo, esos esfuerzos, a pesar de ser meritorios y debidos, nunca alcanzan la requerida neutralidad. Por eso me parece correcto avisar quién soy. Estudié economía en la correspondiente Facultad de la Universidad Católica Argentina entre los años 1974 y 1979. La orientación, más aún en aquella época, en que la Universidad Nacional estaba inundada de marxistas, fue liberal clásica. Luego trabajé en Buenos Aires, en el mercado financiero, entre 1979 y 1987. Fueron años convulsionados del país y, consiguientemente, ricos

en experiencias económicas, que repercutían en las variables financieras. Aprendí mucha economía. Sin embargo también me suscitaron planteos internos fuertes, pues lo que aprendía en la calle coincidía sólo parcialmente con lo que me habían enseñado en la Facultad. El tema había que analizarlo más a fondo y, como siempre me había interesado la filosofía –incluso había hecho varios cursos de la correspondiente carrera de grado– decidí retomarla. Lo hice en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Cuyo, entre los años 1988 y 1991. Allí mismo hice el doctorado. Se trata de una Facultad «metafísica». Los pensadores son Aristóteles, Kant, Hegel y Heidegger. Para mis profesores no existían –no eran filosofía– ni la escuela crítica ni los analíticos. Después de los estudios de filosofía vino la vida académica ya centrado en la filosofía de la economía. Dediqué mucho tiempo y escritos a Aristóteles. Estudié a Adam Smith, Lionel Robbins, los neoclásicos, los austríacos y el resto de los economistas heterodoxos. Llegué a Keynes desde Shackle y los post-keynesianos. A ellos, desde los austríacos. En fin, creo que es suficiente: el libro es sobre Keynes, no sobre Crespo. Pero era necesario decirlo, por honestidad.

Llega el agradable momento de los agradecimientos. El primero es al difunto profesor Vicente Vázquez Presedo, en cuya memoria escribo este libro. Él me animó a adentrarme en Keynes y en lo que él denominó «keynesianismo metodológico», me proveyó generosamente con varios escritos suyos e ideas (cfr. 1987, 1990 y 1995). También alentó este proyecto mi maestro y amigo Carlos Ignacio Massini Correas. Fue clave un seminario que di en 2003 a un selecto grupo –Javier González Fraga, Marcelo Imperiale, Daphnée McGrawth, María José Iribarne, y Mario Silar– sobre el pensamiento filosófico de Keynes. Me supuso un esfuerzo de sistematización y además me enriquecí con los comentarios, preguntas y trabajos de ellos. Cecilia Adrogué leyó todo el libro, descubrió errores e incoherencias, hizo ponderadas indicaciones y me ayudó en aspectos materiales y formales. Miguel Alfonso Martínez-Echevarría también leyó el borrador del libro y me hizo observaciones y sugerencias muy valiosas. José Tomás Alvarado, Daniel Gamarra, Patricia Saporiti y Gabriel Zanotti le-

yeron los capítulos II, III y IV. Jaime Nubiola el capítulo III. Asistí a unas clases de un curso y conversé con Rafael Rubio de Urquía sobre Keynes: me aportó especialmente para los capítulos V, VII y la conclusión. El mismo Rubio de Urquía y Juan Carlos de Pablo leyeron el libro e hicieron reflexiones agudas. Isolina Gerván y Marina Martínez leyeron el Prólogo y el capítulo I y me brindaron atinadas sugerencias. Joaquín García Huidobro me dio consejos «editoriales». Dirigí el trabajo de seminario en la Universidad Nacional de Cuyo de Natalia Fischetti sobre un tema afín.

Presenté trabajos sobre distintos aspectos de la filosofía de Keynes en el Simposio de la Sociedad Iberoamericana de Metodología de la Economía (Buenos Aires, 2003), en las X Jornadas de Epistemología de las Ciencias Económicas (Buenos Aires, 2004), en la XXXIX Reunión de la Asociación Argentina de Economía Política (Buenos Aires, 2004), en las Jornadas de Filosofía del Departamento de Filosofía de la correspondiente Facultad de la UNC (Mendoza, 2004), en las Jornadas de la International Association for Critical Realism (Cambridge, 2004) y de la International Network for Economic Methodology (Amsterdam, 2004), en la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas (Buenos Aires, 2004). Agradezco a todos los comentaristas del caso, especialmente a Victoria Chick, John Davis, Sheila Dow, Javier Finkman, Margaret Moussa, Eugenia Perona y Miguel Verstraete.

No quisiera dejar de mencionar al Instituto Empresa y Humanismo de la Universidad de Navarra, que desde la distancia me anima y apoya solícitamente, en especial a Marina Martínez. Finalmente va mi agradecimiento para mis colegas y alumnos del IAE-Universidad Austral y de la Universidad Nacional de Cuyo, y al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Mi familia tuvo que soportar más de un cuento soporífero sobre Keynes (que a mi me habrá resultado sumamente interesante). Como decía Keynes, el amor es lo primero y es capaz de transformar lo tedioso o aburrido en entretenido y entusiasmante.

I

KEYNES Y SUS CIRCUNSTANCIAS *

I often found myself thinking that Keynes must be one of the most remarkable men that ever lived.
Lord Robbins, *Howson y Moggridge* 1990, p. 158.

El título de este capítulo parece parafrasear a Ortega. Algo de esto hay. Pero la famosa expresión del ensayista español no estuvo en su génesis. Hace unos años el sociólogo argentino José Luis de Imaz publicó un interesante ensayo en el que mostraba, en 55 casos de pensadores célebres, cómo las circunstancias personales, la educación, los hechos históricos contemporáneos, el proceso de socialización, etc. habían influido en su trabajo intelectual (De Imaz, 1990). La imagen paterna o materna, la condición de hijos únicos o primogénitos, los estudios cursados, el cruce de un «gurú» o de un enemigo, el compromiso político, o el amor son una parte, a veces importante, de las raíces de sus

*. Este artículo fue publicado como artículo en la revista *Empresa y Humanismo*, 1/05, 2005, con pequeñas variantes. Se agradece el permiso para reproducirlo.

ideas. Entre los 55 estaba Keynes y, a juzgar por la bibliografía del ensayo, De Imaz se basó en la biografía de Hession para sus comentarios acerca del famoso economista inglés (Charles Hession (1984) 1985). Catorce años después tenemos muchos más elementos sobre su vida. Por eso, me propongo presentar una síntesis actualizada de su ambiente cultural y de los hechos que a mi juicio son más destacados en cuanto a incidencia en sus ideas.

Quiero aclarar desde ahora que este capítulo tendrá un «final abierto». Aunque como De Imaz, pienso que la vida y las circunstancias de un autor influyen sobre su pensamiento, también considero que cualquier conclusión en este sentido no puede ser más que hipotética. Una conclusión «necesaria» supondría la aceptación de un cierto determinismo cultural o psicológico, con la que no estaría de acuerdo. Significaría quizás también admitir un avance excesivo del contexto de descubrimiento sobre el de justificación no admitido por buena parte de la filosofía de las ciencias actual. Trataré simplemente de señalar unas «pistas» que pueda sugerir al lector una cierta «explicación» del pensamiento de Keynes. Se verá que le doy un espacio mayor a sus primeros años. Como dice Fillion, «en la educación y formación de los hombres ordinarios y aún de los mayores genios ejercen considerable influjo circunstancias exteriores de distinto género. Todos, no es posible negarlo, somos en cierta medida fruto del medio en que han transcurrido nuestra adolescencia y nuestra juventud» (Fillion (1922) 2000, p. 221).

1. *La época*

John Maynard Keynes («Maynard») nació el 5 de junio de 1883 en su casa paterna de Harvey Road, 6, Cambridge y murió el 21 de abril de 1946 en su casa de vacaciones de Tilton (Sussex). Vivió una época especialmente interesante tanto por su cambio continuo en todos los ámbitos como por la riqueza de acontecimientos «fuertes» que se sucedieron. Basta con que nombremos las tres guerras terribles –la «Gran Guerra», cuyo recuerdo era reciente, y la Primera y la Segunda Guerras mundiales–, la última de las cuales culminó con el estallido de dos bombas ató-

micas, para hacerse una idea de la intensidad de los impactos que recibieron los hombres que vivieron durante esos años. En lo económico la crisis del patrón oro y la del 30 fueron hechos que obviamente marcaron.

En cuanto a procesos histórico-políticos podemos pensar en la decadencia de Inglaterra, el afianzamiento de Estados Unidos como primera potencia internacional, el surgimiento y la altamente traumática consolidación del comunismo, la adquisición y pérdida de las colonias, la implantación de la democracia como cuasi-religión, la universalización de la instrucción... En cuanto a los sociales y económicos, la llamada «segunda revolución industrial», el desarrollo del capitalismo, la expansión del comercio internacional, los movimientos financieros, el increíble adelanto tecnológico, el afianzamiento de los sindicatos, etc.

En cuanto a ideas, se trata de una era de predominio del positivismo en el ámbito científico, de surgimiento del positivismo lógico, que coexiste con las críticas al racionalismo. La influencia tanto de un Schlick, Carnap o Neurath como de un Marx, Freud o Nietzsche nos hace pensar en la *mélange* de ideas que se produjo. En Inglaterra podemos pensar en la coincidencia de idealistas como Bradley, Bosanquet y luego McTaggart con realistas como Moore y Russell (quien deriva luego hacia las ideas del positivismo lógico). Sin embargo, todavía está viva la tradición empirista (Hume), la positivista clásica (Mill), la utilitarista (Bentham y Mill) y la liberal clásica (Locke). En Keynes también inciden los racionalistas continentales como Descartes, Leibniz y Spinoza. Más tarde vienen pensadores como Heidegger en el continente y Wittgenstein, quien influye a ambas márgenes del Canal. El año anterior al nacimiento de Keynes había muerto Darwin y sus ideas estaban en el apogeo. La estrella de la ciencia se elevaba cada vez más.

Para un inglés de aquella época la caída de su Imperio debe haber sido terrible. Partimos del máximo predominio de la época victoriana para terminar en las humillantes negociaciones de empréstitos con Estados Unidos en las que le tocó participar al mismo Keynes. La vida moral y religiosa ya se venía derrumbando.

La nueva era eduardiana desenmascaró la hipocresía victoriana. Estas épocas requieren que nos detengamos mínimamente a caracterizarlas. La *The New Webster's Internacional Encyclopedia* (1998) describe a la era eduardiana del siguiente modo: «período que va del acceso al trono de Eduardo VII al comienzo de la I Guerra Mundial, 1901-1914. Aparte de la paz general, la opulencia y elegancia, se caracteriza por una creciente conciencia de los problemas sociales, el cuestionamiento de la autoridad establecida y la desatención a las tradiciones» (p. 341). No tiene una voz para la época victoriana, cuyos rasgos son más conocidos. El *Webster's Encyclopedic Unabridged Dictionary* le asigna mojigatería o puritanismo, observancia de los convencionalismos, pedantería, estrictez y escrupulosidad, estiramiento y formalidad, rigidez excesiva en la conducta o la moralidad, pulcritud, presunción, autocomplacencia, minuciosidad, estrechez. Pero en gran parte se trata del cuidado de formalismos: por dentro la moral está corrompida. En un sentido peyorativo, tiene mucho de hipocresía, como decía más arriba. Pero estos cambios no son repentinos sino procesos, de modo que suelen convivir los dos estilos, dando lugar a la coexistencia de doctrinas contrarias en un mismo cuerpo de pensamiento, que resulta así poco convincente. Encontraremos este problema, por ejemplo, en materia antropológica y ética.

Hay mucho de victoriano –además de falta de sentido común, mezquindad y conveniencias personales y políticas– en toda la cuestión del Tratado de Paz posterior a la Primera Guerra. Es bien conocida la reacción de Keynes, quien renunció a su posición en la delegación británica en París y escribió *Las consecuencias económicas de la Paz*, un clásico de las críticas al Tratado. Encontramos las mismas reacciones y sentimientos de injusticia del Tratado en personas tan disímiles como Paul Ricoeur o Ernst Jünger¹.

1. Dice Jünger: «La primera y segunda guerra son como dos continentes en llamas unidos, no separados, por una cadena de volcanes. La parte del tratado de paz dedicada a la unión se quedó parte en retórica de fachada, parte en teoría vacía de sentido» (1946, p. 92. Cfr. también 1990, p. 63). De Ricoeur, cfr. 1997, p. 21.

Durante la llamada *belle époque* (1871-1914), en el marco de la relativa paz que el mundo gozó entre la Gran Guerra y la Primera Guerra Mundial, florecen el arte y la literatura. Tiene rasgos victorianos pero que se van diluyendo y dejando paso a la crítica, en Inglaterra, de la era eduardiana, desde 1901. Asimilamos con frecuencia la *belle époque* a un clima artificial de frivolidad: hay mucho de esto. Keynes nace, aún reinando Victoria I, en plena *belle époque*, y su juventud y adolescencia se inscriben en este espíritu.

En cualquier caso, a pesar del efecto algo narcotizante de la *belle époque*, el mundo se torna incomprensible. Aparecen los ensayos que contienen la palabra «crisis» en sus títulos. La crisis de la cultura se manifiesta en todas sus formas. La Primera Guerra profundiza el golpe. Lo único que se salva es la tecnología, pero se desarrolla al margen de los valores humanos. Esto profundiza la crisis y plantea amenazas inéditas. Las viejas certezas se transforman en incertidumbres. Einstein, Bohr, Planck y Heisenberg transforman las percepciones del espacio y el tiempo. Aparecen formas nuevas, con la misma impronta difusa, en todos los ámbitos del arte: Picasso y Cézanne, James Joyce, T.S. Eliot, Virginia Woolf y Lytton Strachey, Igor Stravinsky. Sigmund Freud y James Strachey, su traductor al inglés, revolucionan la psicología.

Aunque a veces da la impresión de que no se atreve a plantarle cara abiertamente, Keynes también enfrenta esta situación. Conoce a muchos de los mencionados, a algunos muy íntimamente; se casa con una bailarina de la compañía del ruso Sergei Diaghilev, quien revolucionó el ballet. El pesimismo que inunda su obra principal, la *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*, tiene relación tanto con la decadencia de la economía inglesa como con este ambiente general de la época. Es el Keynes maduro.

2. Vida

Ahora presentaré un breve *curriculum vitae* dispuesto cronológicamente y luego me detendré en algunas épocas de su vida y en rasgos de su personalidad. Fantaseando un poco, como han he-

cho otros autores con otros personajes, los pondré en primera persona por motivos retóricos. Es relevante que conozcamos estos hechos, pues Keynes propondrá como ideales para el economista y el hombre público mucho de lo que él mismo vivió y fue.

Curriculum vitae breve:

1883, 5-VI. Soy Maynard Keynes. Nací en Cambridge. Mi padre se ocupó esmeradamente de mi educación; con mi madre nos quisimos y admiramos mutuamente desde siempre.

1897. Gané una beca para estudiar en Eton, el ámbito de la elite intelectual inglesa. Tuve un desarrollo brillante en todos los aspectos: matemáticas, clásicos e historia, deportes, artes, y también en los afectos.

1902. Gané otra beca para estudiar matemáticas (que aprobé con la calificación máxima) y clásicos en King's College, Cambridge. Profundicé en filosofía moral, metafísica, historia y lógica. Dedicué sólo ocho semanas a estudiar economía bajo la guía de mi maestro Alfred Marshall (1905). En cuanto a la política, mis lecturas de Edmund Burke fueron claves.

1903, 28-II. Me incorporé a la «Sociedad de los Apóstoles», selecto grupo secreto de debates filosóficos de Cambridge. La estrella en ese momento era el filósofo moral George E. Moore, apóstol desde 1894. Fue el pensador que dejó una huella más profunda en mí.

1906, 16-X. Tras el correspondiente examen para el servicio civil, ingresé en la Oficina de la India, donde trabajé hasta junio de 1908. Dedicué buena parte de mi tiempo en Londres a escribir la tesis en la que presento mi teoría de la probabilidad, reacción frente a varias ideas de Moore. Continué viajando a Cambridge y frecuentando la sociedad de los Apóstoles.

1909, III. Aprobada esa tesis en una segunda instancia, fui elegido *fellow* de King's College. Había vuelto allí el 22-VII-1908 para hacerme cargo de una plaza docente en economía, conseguida por iniciativa de Marshall y Pigou. Di mi primera

clase el 19 de enero. El 22 de octubre fundé el «Political Economy Club», que se reunía semanalmente a discutir trabajos de economía.

1910. Finalmente fui aceptado en el «grupo Bloomsbury» de Londres, que convocaba un conjunto artistas, escritores e intelectuales que se reunían desde 1905 en casa de Vanessa Bell, Stephen de soltera, a discutir temas de arte, literatura y de la vida en general. Escribían y pintaban. Eran ateos e inmorales para los cánones de la época. Les quise –y quiero– mucho.

1911, 17-X. Fui nombrado editor del *Economic Journal* –cargo que conservé hasta febrero de 1945–; en 1913 me eligieron secretario de la Royal Economic Society.

1913. Publiqué *Indian Currency and Finance*.

1914-1918. Primera Guerra Mundial. Trabajé en el Tesoro. A partir de entonces repartí mi tiempo entre la función pública y la académica, hasta hoy mismo.

1919. Fui representante del Tesoro en la conferencia de Paz de París. Renuncié por desacuerdo con las exigencias aliadas. Publiqué luego *Las consecuencias económicas de la Paz*. Resultó un *best-seller*.

1921. Finalmente, tras mucho trabajo, publiqué el *Treatise on Probability*.

1923. Publiqué el *Tract on Monetary Reform*.

1925, 4-VIII. Acabados los trámites de su divorcio, finalmente puedo casarme con Lydia Lopokova, una bailarina rusa.

1929. Me nombran miembro de la Academia Británica.

1930. Publiqué el *Treatise on Money*.

1931. Recopilé unos escritos previos y los publiqué bajo el título de *Essays in Persuasion*.

1932, 21-I. Muere mi gran amigo Lytton Strachey.

1932. Publique los *Essays in Biography*, colección de breves ensayos biográficos.

1931-1936. Gracias a mucho trabajo y a la colaboración de varios discípulos, especialmente de Richard Kahn, pude preparar y publicar la *Teoría General*.

1938, 11-IX. Pronuncié mi conferencia «My Early Beliefs» en el «Memoir Club».

1940. Fui nombrado *Chairman* del Council for the Encouragement of Music and the Arts.

1942. Fui nombrado por el Rey, por recomendación de Winston Churchill, Baron Keynes de Tilton.

1944. Representé a mi muy querido país en la cumbre de Bretton Woods.

1945. Recibí el título de Doctor *honoris causa* de ciencias de mi apreciada Universidad.

1946, 21-IV. Estoy en Tilton, acompañado por mi madre y por mi esposa, en el lecho de muerte. Sufro del corazón desde hace años; tuve la primera trombosis coronaria en 1937.

3. *Familia y amigos*

Una vez reseñados los hechos claves, me detendré algo en ciertas etapas de su vida, comenzando por el entorno familiar. Lo describe Skidelsky excelentemente:

«Maynard Keynes fue el producto de una no inusual historia de triunfo victoriano. Fue el mayor de los tres hijos de una familia acomodada de académicos de Cambridge (...). Los Keynes se remontaban hasta un caballero normando que había llegado con Guillermo el Conquistador. Pero el abuelo paterno de Maynard Keynes fue el que rescató a la familia de la pobreza, al amasar una pequeña fortuna gracias a una explotación hortícola en Salisbury. Su único hijo, John Neville, se instaló en Cambridge en los años de 1870 como miembro del Pembroke College. Fue filósofo y un economista, autor de obras reconocidas sobre lógica y metodología económica; más tarde fue archivero de la Universidad. En 1882 se casó con Florence Ada Brown, hija de un afamado ministro congregacionista del norte del país y de una maestra de escuela devota de la causa de

la educación femenina. Los antecedentes de ambas familias eran “capilla y comercio”: la llegada a Cambridge fue parte de la asimilación del inconformismo provinciano a las instituciones de la Inglaterra victoriana.

Los padres de Keynes encarnaban las virtudes victorianas de forma relajada. John Neville Keynes se permitía ciertas aficiones. De él tomó Maynard Keynes la precisión intelectual y la eficiencia administrativa combinadas con un cierto aire juguetón, aunque estaba misericordiosamente libre de las ansiedades de su padre. Florence Keynes acometía “buenas causas” pero jamás a expensas de su familia. Tanto ella como, en general, los Brown representaban el lado “predicador” y “bienhechor” de la herencia de Maynard; también poseían una veta de inclinación intelectual. El genio de Keynes fue suyo propio pero sintió que tenía que ajustarse a una tradición social e intelectual.

La atmósfera familiar en el número 6 de la calle Harvey era de alto nivel. El círculo de los Keynes incluía a algunos de los economistas y filósofos más importantes del momento –Alfred Marshall, Herbert Foxwell, Henry Sidgwick, W. E. Johnson, James Ward–. De joven, Maynard jugó al golf con Sidgwick y escribió sobre él con pérfida precisión (a su amigo Bernard Swithinbank, el 27 de marzo de 1906): “No ha hecho otra cosa que preguntarse si el cristianismo era verdad, demostrar que no lo era y esperar que lo fuese”. Cambridge era menos mundano que Oxford. Aunque Maynard se mezclaría con el mundo, sus patrones no fueron mundanos. Juzgó su propia vida y la de otros con criterios intelectuales y estéticos. Se impuso al mundo de los asuntos importantes por la fuerza del intelecto y la imaginación, pero no fue absorbido por él» (Skidelsky (1996) 1998, pp. 33-34).

Florence no se quedaba quieta afanada tras sus ideales reformistas y feministas. Adoraba a Maynard. Neville se ocupó escrupulosamente de su formación intelectual². Los Keynes tuvieron dos hijos más: Margaret y Geoffrey. Margaret se casa en 1913 con Archibald Hill, científico de Trinity College, Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1922. Geoffrey va a Pembroke Co-

2. Neville es el apellido de su madre (cfr. Harrod 1958, p. 57).

llege, como su padre, y es un brillante médico y biógrafo. Se casa con Margaret Darwin, nieta del famoso Charles e hija de George, eminente astrónomo de Trinity College. Esto nos da una idea del ambiente selecto en que se movía Keynes. Por supuesto, también fue selecta su compañía en Eton y en King's.

Corresponde, si no con el detalle a veces desagradable de Skidelsky, hacer una mención a un aspecto de la vida de Keynes que puede tener alguna importancia para comprender mejor sus inclinaciones intelectuales y sus acciones: su homosexualidad. Algunos autores como Charles Hession y Ted Winslow le dan una gran importancia. Skidelsky lo desarrolla *in extenso*. Harrod, cuya biografía de Keynes data de 1951, ni lo menciona, posiblemente por su veneración y la cercanía de su muerte. La actitud habitual de un hombre de bien es pasar por alto las cuestiones privadas. El problema es que lo privado ya se ha hecho público. De cualquier modo, se debe reconocer que la principal fuente para este tema son las mismas cartas de Keynes³. Además, a pesar de la violación que supone su publicación parcial, es verdad que tiene alguna ventaja pues, para entender a fondo el pensamiento de una persona, hay que conocerla íntegramente. Algunos ven una conexión entre este aspecto de su personalidad y sus contradicciones y espíritu contestatario, trasgresor, una especie de necesidad de hacerse notar. Teorizar sobre este aspecto, como hacen Winslow y

3. A pesar de que Harrod evita cuidadosamente este tema, pienso que él mismo tiene cierta culpa de su divulgación por dos motivos. Primero, porque gracias a él la fuente principal para este asunto –correspondencia– se salvó de ser quemada (cfr. Skidelsky 2000, p. 493). Segundo, porque Harrod citó algunas de esas cartas en su biografía, pero de modo tal que con frecuencia tergiversa su sentido, faltando así a la verdad histórica. Si quería ocultar el tema, no podía hacer este juego. Al manipularlas, obliga a la corrección. El engaño respecto a la relación de Keynes con D. Grant, por ejemplo, es indignante para cualquier historiador que tenga acceso a la documentación en cuestión. También el uso engañoso de citas de las cartas de y a Swithinbank y Strachey. Más aún, Harrod da a entender –sin tener ninguna necesidad de ello– una inclinación de Keynes hacia el sexo opuesto, en una época de su vida en que la historia era muy distinta (cfr. Harrod 1958, pp. 147 y 212).

Hession, sería muy aventurado. Yo no soy psicólogo y aún si lo fuera, debería argumentar una relación causal entre estos elementos desde alguna teoría psicológica, lo que sería discutible. En privado, muchas personas me han manifestado que lo ven como un dato clave para entender su pensamiento⁴. Yo sólo me animo a decir que puede haber algo. Agregó que de ningún modo adhiero a un determinismo psicológico, de modo que pienso que Keynes pudo haber pensado lo que pensó al margen de estos condicionamientos. Por otra parte, pienso que no sería sensato restar credibilidad a sus teorías, fundamentadas en otros terrenos, por una posible influencia de su homosexualidad en su formulación. Aún en el caso de que hipotéticamente esta orientación hubiera «disparado», por su creatividad, sensibilidad especial, espíritu de contradicción o lo que fuera la idea de sus teorías, éstas están basadas en argumentos racionales. Concretamente, pienso que no resta autoridad a su teoría del conocimiento ni a su antropología ni a sus propuestas epistemológicas. Sin embargo, reconozco que algunos rasgos de estas teorías pueden ser leídos e interpretados desde el conocimiento de esta circunstancia y debo dejar abierta la posibilidad de que el lector lo haga así. Sólo debo advertirle que su conclusión sólo podrá ser hipotética. Trataré este punto con brevedad, pero deslizaré algún ejemplo o dato, para que se pueda vislumbrar el carácter marcado de esta orientación y el carácter relajado de algunos de los ambientes en que se movía Keynes⁵. Hoy día, yo mismo no sería honesto si no mencionara este asunto.

Skidelsky piensa, con bastante fundamento, que Keynes tuvo sus primeras experiencias sentimentales en Eton con Alfred Dilwyn «Dilly» Knox (hijo del obispo de Manchester y hermano del famoso Ronald), quien también pasó a King's, y con Bernard

4. Especialmente psiquiatras y psicólogos. Agradezco la ayuda que me dieron en la Sociedad Psicoanalítica Argentina para buscar artículos sobre este tema. Ninguno me pareció concluyente.

5. Se puede encontrar un buen resumen de los datos relevantes en Hession 1993.

Swithinbank quien luego se fue a Oxford (Balliol College). Lo que queda claro es que de igual modo que en mi época (los años 70) –y posiblemente en todas las épocas– «el tema» de los colegios de varones eran las mujeres (y a la inversa), el tema del círculo de varones de Keynes eran las posibles variadas experiencias con hombres. Esta especie de sofisticación se daba entre gente perteneciente a una clase científica, intelectual o artísticamente encumbrada. Obviamente en aquella época todo esto era debidamente ocultado y daba lugar a una especie de doble vida. Es impactante el contraste, por ejemplo, entre el Keynes público y el que se esconde en su correspondencia con quien será, con sus vaivenes, su mejor amigo, Giles Lytton Strachey. La prioridad, sin duda, la tenía la esfera privada, donde entraban el amor y la filosofía. El 7 de febrero de 1906 escribía a Strachey: «el amor es lo primero, la Filosofía lo segundo, la Poesía lo tercero y la Política ocupa el cuarto lugar» (citado por Skidelsky (1983) 1986, p. 173).

El amor es lo primero: Keynes va y vuelve de Cambridge a Londres constantemente. Buena parte de los motivos de estas idas y venidas, como muestra Skidelsky, es el amor. Cuando Keynes dice que lo primero es el amor es que en su vida práctica el amor, sin dudas, tenía prioridad sobre cualquier otra ocupación. Probablemente, además, no se trate de un amor platónico.

El ambiente de homosexualidad se continúa y acentúa en Cambridge, especialmente en esa época de la «Sociedad de los Apóstoles», en la que, incluso, se constituye en uno de los criterios de selección de los nuevos «embriones» o candidatos, que eran cuidadosamente inspeccionados. Fue precisamente Lytton Strachey, acompañado del luego politólogo Leonard Woolf, quien fue a visitar a Keynes para estudiarlo. Entre Strachey y Keynes, a su vez, seleccionaron a Arthur Lee Hobhouse, quien fue la causa del alejamiento temporal de los dos amigos, pues Keynes se vinculó afectivamente con él. Pero todo esto no iba en menoscabo del nivel intelectual de las discusiones de los «apóstoles». En esa época los apóstoles mayores eran pensadores de la talla de Whitehead, McTaggart, Bertrand Russell y Moore.

Paralelamente, un buen grupo de «apóstoles» se reunían en Londres en el barrio de Bloomsbury. Este grupo era artísticamen-

te muy valioso y aún más libertino que los «apóstoles». Una enumeración de los integrantes nos puede dar una idea. Vanessa Stephen pertenecía a una de las principales familias de la Inglaterra victoriana que ejemplifica muy bien, como señala Skidelsky, la transición de un agnosticismo piadoso al ateísmo impío (cfr. Skidelsky (1983) 1986, p. 422). Vanessa se casó con Clive Bell, conocido crítico de arte, con quien tuvo dos hijos, Julian y Quentin, poetas, escritores y artistas. Vanessa tuvo otra hija –Angelica, actriz y artista– con el pintor Duncan Grant (quien había sido amante de Keynes y de Strachey). A su vez, Clive tenía otra amante, Mary Hutchison, escritora, quien encargó murales para su casa de Regent Park a la misma Vanessa y a Duncan. Hacia 1914 Duncan estaba enamorado de David Garnett. Angelica terminó casándose con Garnett, el amante de su padre, y no supo hasta los 19 años que no era la hija de Clive Bell. La hermana de Vanessa, Virginia, se casó con Leonard Woolf y es conocida como escritora bajo el nombre de Virginia Woolf. Se suicidó en 1941. También se suicidó la pintora Dora Carrington en 1932, al morir Lytton Strachey, a quien amaba platónicamente. De Lytton digamos que fue un excelente biógrafo. Sus obras más conocidas son la colección de sátiras biográficas *Eminentes Victorianos* de 1918 y la excelente biografía de la reina Victoria de 1921⁶.

Keynes tardó en ser aceptado en Bloomsbury, tanto por su interés en cuestiones prácticas y políticas como, quizá, por sus problemas afectivos con Strachey –más grave que el alejamiento por Hobhouse fue el que se produjo cuando le arrebató a Duncan Grant, primo de Lytton–. En 1910 fue incorporándose, fue el mismo Grant quien le introdujo en este selecto círculo. En la década de 1920 Keynes fue estabilizándose afectivamente hasta que, finalmente, se casó con Lydia en 1925.

6. Conozco la edición española de *Eminentes Victorianos* que consta en la bibliografía, de 1937. Celebro la reciente traducción al español de *Reina Victoria*: Strachey 2004.

4. Preocupaciones éticas

Lo más notable del caso es que este grupo tenía –al menos eso decían– preocupaciones éticas, y sus miembros estaban fascinados por las enseñanzas de Moore. Pensaban que su moral era excelsa y que superaba cualquiera previa. Les interesaba especialmente que, gracias a ésta, habían logrado escapar del benthismo. Keynes recuerda la atracción que sentían por las ideas de Moore en *My Early Beliefs*:

«Llegué a Cambridge para los Michaelmas de 1902 y los *Principia Ethica* de Moore aparecieron al final de mi primer año. No he oído nunca que esta generación los haya leído. Pero, sin duda, su efecto en nosotros, y las conversaciones que los precedieron y prosiguieron dominaron, y aún hoy dominan, todo lo demás (...) Sólo para nosotros, los que estábamos activos en 1903, Moore desalojó completamente a McTaggart, Dickinson y Russell. La influencia no sólo era irresistible; pero estaba en el otro extremo de lo que Strachey solía llamar funesto; era excitante, estimulante, el comienzo de un renacimiento, la apertura de un nuevo cielo en una nueva tierra» (Keynes, 1971-1989, *CW*, X, p. 435).

Moore era un ferviente creyente en su juventud. Luego perdió la fe. Sin embargo, aunque era ateo, no tenía ninguna inclinación ni comportamiento extraños. Era un pensador auto-exigente, muy preciso y riguroso. En palabras del mismo Keynes, era un puritano. Quizá por eso mismo les causara respeto.

Una interesante conversación con el filósofo moral Geoffrey Warnock ilustra las relaciones entre Moore y los miembros de la «Sociedad de los Apóstoles» y Bloomsbury. Para comenzar opina que lo que más impresionaba de Moore, aparte de la extrema exactitud y rigurosidad de sus argumentos, era su personalidad. Le preguntan a Warnock cómo Moore llegó a influir en esta gente. Responde que el asunto le parece tan cómico como perplejo. La gente influida por los *Principia Ethica* de Moore era tan distinta a él, y los *Principia* mismos tan áridos, que la explicación no está en una adhesión al libro completo y a su mismo espíritu muchas veces convencional. Agrega Warnock:

«Pero también está la conclusión a que llega Moore acerca de lo que finalmente es de valor superior en el mundo, es decir, ciertos estados de conciencia asociados a las relaciones personales y al gozo de objetos bellos –lo que ciertamente “suenan” a Bloomsbury–. Y luego está su intuicionismo –es decir el rechazo de todo tipo de autoridad en moral; ciertamente la negación de la posibilidad de cualquier tipo de argumentación como base del juicio moral–. El juicio moral era para Moore, según parecía, mucho más una cuestión de intuición final personal o directa, y supongo que esto podría resultar también agradable para ese grupo de personas» (Bryan Magee 1971, p. 85).

En efecto, hay dos puntos que encajan muy bien: primero, «lo bueno» son estados de conciencia asociados a las relaciones personales –a lo que ellos se dedicaban con gran fervor–, y, segundo, el intuicionismo destrona a los principios utilitaristas y victorianos como criterios éticos. En efecto, podemos hablar de un conjunto de factores. Sin duda, la honestidad y seriedad de Moore les impresionó. Quizás lo más genuino sea lo que expresa Keynes en sus cartas a Strachey acerca de Moore:

«Es demasiado remoto para tener una relación agradable o íntima, pero desde luego es imposible tratarle como a un extraño» (20-XII-1905) y «para mí, Moore se ha convertido en un mito de imposible inclusión en la lista de los apóstoles a los que puedo amar. Tengo la sensación de conocerle sólo por referencias, y de que habita con Sócrates, Shakespeare y Tomlinson, la trinidad de nuestra santa fe» (25-I-1906) (cit. en Skidelsky (1983) 1986, p. 147).

Por otra parte, eran anti-victorianos pero de raíces profundamente victorianas. No querían creer pero no podían dejar de hacerlo. Aunque parezca curioso, encontraban en su desenfreno algo de moral. Era la moralidad de no estar atado a reglas utilitaristas. Mirando retrospectivamente Keynes le decía a Virginia Woolf en 1934:

«Comienzo a percibir que nuestra generación, la tuya y la mía... debió mucho a la religión de nuestros padres. Los jóvenes... que son educados sin ella, nunca le sacarán tanto provecho a la

vida. Son triviales, como perros en su lujuria. Nosotros gozamos de lo mejor de ambos mundos. Destruimos el cristianismo pero disfrutamos sus ventajas» (cit. en Skidelsky (1996) 1998, p. 19).

Estas interpretaciones coinciden con las del filósofo moral Alasdair MacIntyre (1985, pp. 14 y ss). El profesor escocés señala que el pensamiento de Moore es para una época, y muestra sus falacias. Me parece que el siguiente pasaje de su obra *Tras la virtud* arroja luz respecto a la cuestión que nos ocupa aquí. Está hablando de la aceptación de las doctrinas de Moore por parte de Keynes, Strachey, Leonard y Virginia Woolf:

«Es una gran insensatez, por supuesto, pero es la gran insensatez de gente muy inteligente y perspicaz. Por ello vale la pena preguntarse si es posible discernir por qué motivo aceptaron la ingenua y autosatisfecha escatología de Moore. Hay uno que se propone por sí mismo: porque quienes llegaron a formar el grupo de Bloomsbury habían aceptado ya las valoraciones expresadas por Moore en su capítulo sexto [el que habla de los estados mentales consistentes en afectos personales y goces estéticos como los mayores bienes], pero no podían aceptarlas como meras expresiones de sus preferencias personales. Necesitaban encontrar una justificación objetiva e impersonal para rechazar cualquier imperativo excepto el de las relaciones personales y el de la belleza. ¿Qué rechazaban estrictamente? No, en realidad, las doctrinas de Platón o de San Pablo, ni las de cualquier otro gran hombre de los catalogados por Woolf o Strachey, diciendo haberse librado de ellos, sino de los nombres mismos en tanto que símbolos de la cultura de finales del siglo XIX. Sidgwick y Leslie Stephen [padre de Vanessa, Virginia, Thoby y Adrian] son descartados junto con Spencer y Bradley, y el conjunto pasado visto como una carga de la que Moore les había ayudado a desprenderse» MacIntyre (1984) 2001, pp. 31-32.

Es decir, rechazan el proyecto ilustrado de justificación de la moral, tanto en su vertiente utilitarista como kantiana, que se había encarnado en el espíritu victoriano. Adoptan junto al intuicionismo una moral subjetivista que se equilibra –como se puede percibir en la cita de su carta a Virginia Woolf– con el paso de los años. Finalmente da lugar a una especie de «victorianismo filtra-

do» que recoge, quizás inconscientemente, muchos valores clásicos. «Nuestro Ideal», dice en *My Early Beliefs*, «era un Dios misericordioso» (CW, X, 442)⁷. No avanzo más en este punto pues se retomará en el capítulo dedicado a la ética (VI). Lo claro es, paradójicamente, que estamos en un período de transición, que lo es también de confusión: los extremos siempre son malos. Por otra parte, nos ayudará a entender varios aspectos del pensamiento de Keynes.

La Primera Guerra y las negociaciones de paz son como un punto de inflexión en el que las realidades comienzan a tomar un aspecto más realista, y Keynes a «sentar cabeza». Sin embargo, no va a perder de vista sus preocupaciones éticas y su sentido estético.

5. *Aptitudes y carácter*

Su enorme interés e inquietudes le hicieron preocuparse de una variadísima gama de asuntos aplicando a todos ellos su gran talento. Esta es la palabra: Keynes fue un hombre enormemente talentoso. Andaba por la vida a gran velocidad, con un «pluriempleo» notable, pero sus extraordinarias condiciones le permitían hacer un papel, si no brillante en todos los campos, al menos razonable, y no dar sensación de velocidad.

El filósofo de Cambridge Richard B. Braithwaite, quien conoció bien a Keynes, escribe la nota Editorial de la edición del *Treatise on Probability* en los *Collected Writings* (volumen VIII). También había escrito su obituario para *Mind* en julio de 1946. Allí sostiene que ningún otro economista había tenido tanta influencia desde Adam Smith, otro filósofo. Agrega:

«Keynes logró esta influencia por la razonabilidad de su argumentación y la persuasión de su estilo literario, y también por su

7. Agradezco a María José Iribarne, quien me hizo notar esta preciosa referencia.

constante y pronta disposición a reconsiderar y modificar sus teorías generales a la luz de su aplicación detallada a los problemas actuales. Su mente fue la completa refutación del error habitual de sostener que un intelecto crítico es incompatible con uno creativo: su continua autocrítica estimulaba su imaginación constructiva, y sus intereses omnívoros le permitían percibir conexiones que hubieran permanecido ocultas a una mente limitada».

Braithwaite culmina su obituario diciendo: «No tocó ningún campo de la actividad humana sin adornarlo»⁸. Russell ha escrito en su *Autobiografía* que «el intelecto de Keynes fue el más agudo y claro que he conocido. Cuando discutía con él sentía que estaba en juego mi vida y rara vez terminaba sin sentirme algo tonto» (Russell (1967-1969) 1995, p. 69). Lionel Robbins, quien se opuso a varias ideas suyas pero compartió muchos momentos con él, expresa también la admiración que le tenía:

«Ver a Keynes en acción, ser testigo de esas «caídas en picado» de los pájaros de su intuición con los que abría un tema, oír su voz única explayándose con ingenio, comprensión y compasión acerca de los problemas de la vida y la política y gozar su compañía genial en los momentos de relax, eran sin duda privilegios que dejaron momentos de oro y ocurrencias en el recuerdo (...) [Había otros economistas] pero, sin embargo, había un solo Keynes. Lo que lo distinguía a él y le hacía estar por encima de todos los de su generación eran más bien cualidades más generales de su inteligencia y carácter: la velocidad de su pensamiento y sus percepciones; las cadencias de su voz y el estilo de su prosa; su idealismo y fervor moral; sobre todo su presencia que realizaba la vida –como alguien (pienso que fue Sir Roy Harrod) dijo una vez, cuando Keynes entraba en un cuarto, todos nos animábamos–. Si busco en mi mente algún paralelismo no puedo pensar en nada más apto que la descrip-

8. 1946, pp. 283-284. Añado una cita de Braithwaite en cuanto a los autores que influyeron en Keynes: «Le gustaba considerarse como parte de la tradición que denominó “la alta *Intelligentsia* de Inglaterra” (que incluía a Locke, Malthus, Mill, Sidgwick, Alfred Marshall), y su propia ética era esencialmente la de los *Principia Ethica* de Moore» (p. 283).

ción de Alcibíades en *El Banquete* de la influencia personal de Sócrates —el mago que lo ponía a uno en trance, aún contra el propio juicio y voluntad—. (...) [C]iertamente, consideraría a Keynes como el hombre más notable que he conocido» (Robbins 1971, pp. 151 y 193).

Braithwaite, aunque pensaba distinto, fue discípulo suyo; Russell fue su amigo. Quizás sea más valioso oír lo que dice de él quien es tenido, con cierta razón, por enemigo. Me refiero a Hayek. No siempre se citan estos recuerdos suyos —que transcribo eligiendo los pasajes relevantes— en los que, sin dejar de criticar sus posturas económicas, reconoce sus dotes:

«[E]specialmente para mi generación —él era dieciséis años mayor que yo— fue un héroe mucho antes de lograr verdadera fama como teórico de economía. ¿No era el hombre que había tenido el coraje de pronunciarse en contra de las cláusulas económicas de los tratados de paz de 1919? Admirábamos sus libros brillantemente escritos por su franqueza e independencia de pensamiento (...) [T]enía total confianza en sus poderes de persuasión y creía que podía pulsar la opinión pública como un virtuoso pulsa su instrumento. Era, por dote y por temperamento, más un artista y un político que un erudito o un estudioso. Aunque dotado de poderes mentales supremos, su pensamiento estaba tan influido por factores estéticos e intuitivos como por otros puramente racionales. Aprendía con facilidad y poseía una memoria notable (...) Era tan polifacético, que cuando alguien llegaba a estimarlo como hombre resultaba casi irrelevante que pensara que su teoría económica era falsa y a la vez peligrosa (...) Podría haber sido recordado como un gran hombre por todos aquellos que lo conocieron, aun cuando jamás hubiese escrito sobre economía política» (Hayek (1978) 1981, pp. 249, 252-253).

Hayek recuerda que le consiguió lugar para vivir en King's en 1940 y que se reunían a conversar los fines de semana. En esos momentos pudo apreciar sus intereses y sensibilidad estética, histórica, literaria, bibliográfica y su patriotismo. Se sorprende de cómo, en él, lo estético mandaba sobre lo intelectual.

La lista de alabanzas llenaría páginas. Skidelsky recoge muchas. Hasta el caso de James Meade, luego premio Nobel, que a

pesar de sus conflictos con él, le llamaba «My God» (cfr. Skidelsky 2000, pp. 469 y 472 y ss.). Estos testimonios nos hablan de muchas cosas. Una primera, puesto que son posteriores a su muerte, de la maduración de Keynes. Otra, de que la intuición era una de sus grandes dotes. También, de un importante componente estético: sus intereses, su voz y su retórica, su estilo escrito. Finalmente, su magnetismo. Detengámonos entonces un poco en su carácter, cualidades, intereses y aficiones. Skidelsky habla de los dos lados de la mente de Keynes: *imagining* y *counting* (Skidelsky (1992) 1994, p. xxxiii). Me parece que lo retrata muy bien.

Dentro de su talento, decía, tiene especial importancia su capacidad intuitiva. De esa manera «a pesar de las pistas falsas», señala su amigo Oswald Falk, «capturaba el sentido de los acontecimientos más rápido que los demás» (cit. en Skidelsky (1996) 1998, p. 17). Esta cualidad consolidaba su evidente inteligencia. Él mismo la propondrá como clave en su teoría del conocimiento, en su ética y en la economía.

De natural fue optimista, alegre, aún frente a los acontecimientos que le afectan personalmente. Su médico, Janos Plesch, relata de Einstein (y Keynes):

«Disfrutaba un chiste y podía captar el lado gracioso de las situaciones que la mayoría veía como contundentemente trágicas; y no me refiero a situaciones trágicas para otros, sino para sí mismo. Le he visto reír aún cuando un contratiempo o desgracia le había conmovido. A propósito, he notado el mismo fenómeno con otros grandes espíritus –por ejemplo, Lord Keynes–» (Plesch 1947, p. 206).

Fue generoso con los amigos, los parientes y los artistas. Fue un gran pragmático, para nada dogmático; dispuesto a cambiar de opinión siempre que lo veía realista, necesario o conveniente. Se manifiesta, por ejemplo, en la siguiente descripción de P. D. Proctor, asesor del Tesoro:

«Era un abogado sumamente inescrupuloso, manejaba las estadísticas como si fuesen goma, y usaba su lengua afilada pero no acre para bromear con sus antagonistas; era absolutamente contra-

dictorio, y defendía tesis contrapuestas con la misma virulencia en dos correspondencias simultáneas; hacía pedazos a un colega porque aplicaba una política que él mismo le había impuesto un mes o dos atrás. ¿Qué importaba? Todo era parte del maravilloso proceso de invertir las cosas, y sobre todo de pensar con la propia cabeza donde antes uno había aceptado las cosas por fe, y todo esto con un maravilloso despliegue de ingenio y acrobacia mental incorporados al conjunto» (citado por Hession (1984) 1985, p. 352).

Fue un gran trabajador. Siempre hizo más de lo que podía. Aún en sus excursiones veraniegas, en compañía de su familia o de sus amigos, trabajaba muchas horas al día especialmente en sus escritos. Se daba en él esa curiosa capacidad del sajón de ser al mismo tiempo desenfrenado en algunos aspectos o momentos y disciplinado en otros. Se manejaba con soltura en la multiplicidad, cambiando de un tema a otro con gran facilidad.

Prefiero que sea Skidelsky quien señale una característica más bien desagradable: «Padeció la maldición de Oxbridge [Oxford-Cambridge] y creyó que toda la inteligencia del mundo estaba localizada en ese lugar y en sus productos. Con ello venía una visión del mundo profundamente anglocéntrica» (Skidelsky (1996) 1998, p. 24). En efecto, por ejemplo tenía un desprecio muy grande por los norteamericanos. Lo manifestó en numerosas ocasiones. Un modo muy suyo de expresarlo es la siguiente afirmación que también recoge Skidelsky: «Los negros son la única cosa original y agradable en América; son encantadores»⁹. Tampoco quería a los judíos (son tan poco asimilables para la civilización occidental, señala, como lo son los gatos para los perros)¹⁰, ni a los marxistas¹¹. Tiene actitudes arrogantes y pedantes, y un

9. Skidelsky (1983) 1986, p. 331 y cfr. p. 332. También cfr. Hession (1984) 1985, pp. 203, 230, 260, 367, 372.

10. Cfr. Skidelsky (1983) 1986, p. 107; también cfr. p. 348. Cfr. también Skidelsky (1992) 1994, pp. 238-239. Hession (1984) 1985, pp. 240, 241, 256, 261.

11. Cfr. Hession (1984) 1985, pp. 277, 290-292, Skidelsky (1992) 1994, pp. 226, 236, 514-523 y 2000, p. 169. John Strachey (primo de Lytton), quien

sentido de su superioridad bien consolidado (cfr. Skidelsky (1992) 1994, pp. 422-423, 426). Vale la pena recoger un largo pasaje de Rafael Rubio de Urquía en el que describe estos aspectos de su carácter y algunas de las incongruencias de su pensamiento y actuación que mencionamos:

«Keynes nos da, en varios de sus escritos, especialmente en los de carácter biográfico, autobiográfico y testimonial, una imagen de sí mismo que poco tiene que envidiar, por lo que respecta a rasgos negativos, a las representaciones más caricaturescas (las esbozadas por Lytton Strachey, por ejemplo) del inglés imperial soberbio y poseído de sí mismo. Keynes se muestra cargado de “prejuicios insulares”, de tópicos de gacetilla, de xenofobia (en ocasiones ocultas tras el juicio estético), de menosprecio consciente por culturas y formas de vida que conocía mal y no entendía, de permanente preocupación por la apariencia ajena, la clase y el rango (incurriendo a veces en esnobismo) y no exento en ocasiones de rudeza y prepotencia conscientes. La actitud crítica de Keynes hacia el “viejo orden” fue, pues, no solamente selectiva, sino prácticamente ambigua. Pero esta actitud es, además, decíamos, contradictoria en el sentido de que Keynes valoraba muy positivamente cosas que eran el producto histórico de la concurrencia de elementos (valores, rasgos de organización social, actitudes) que, simultáneamente, combatía y cuya vigencia práctica deseaba contribuir a eliminar. No se trata solamente de inconsecuencia, de no saber relacionar dentro de un esquema causal unas cosas y otras. Se trata de una actitud valorativa subjetiva inconsistente. Las características de estabilidad y buen funcionamiento de las instituciones, orden social, seguridad jurídica, libertad intelectual y otros rasgos sociales que Keynes valoraba muy positivamente y aun daba por supuesto, no son el producto natural de cualquier tipo de proceso histórico. Son el producto natural de procesos históricos en los que concurre, entre otros, el siguiente elemento: sistemas de normas objetivas orgánicamente coherentes y capaces de reglar prácticamente la conducta de los individuos en el tráfico social de modo compatible con la vigencia de

era muy próximo a Keynes, lo critica por su oposición al marxismo: cfr. 1935, pp. 206 y ss.

un sistema de valores objetivo que, transmitido socialmente, goce de la aceptación de los individuos. Sistemas de normas y valores de ese tipo (nos estamos refiriendo ahora a propiedades abstractas de éstos y no a contenidos específicos) no son compatibles con la concepción de “lo bueno”, la moral y los valores sustentada por Keynes» (Rubio de Urquía 1988, pp. 27-28).

Pero uno podría agregar, ¿en qué época? No hay que olvidar que Keynes evolucionó en este sentido desde su ética subjetivista intuicionista a un cierto énfasis en un convencionalismo pragmático. Sin embargo, hay que reconocerlo, él mismo siempre sostuvo que seguía siendo intuicionista. En fin, son incongruencias propias de estos cambios de paradigma.

Keynes tenía un fuerte sentido crítico y en ocasiones lo manifestaba despiadadamente. Otras era cínico. Las anécdotas al respecto también son numerosas. En cualquier caso, aplicaba a la conversación su sentido estético, también para atacar. En cuanto a la crítica a sus posturas, su reacción dependía de la inteligencia del crítico y de la crítica. Cuando los juzgaba pertinentes, los aceptaba (cfr. Hession (1984) 1985, pp. 281, 286, 302, 348). En cambio, cuando los consideraba torpes, se mostraba agresivo, arrogante o cínico (cfr. Hession (1984) 1985, pp. 83, 203, 272).

Skidelsky se detiene también en su frivolidad. Dijo de la política a Swithinbank: «Me estoy interesando cada vez más por la política; es un juego divertido que puede sustituir perfectamente al bridge» (citado por Skidelsky (1983) 1986, p. 132). Le escribió a Strachey sobre la economía (15-XI-1905): «Encuentro la Economía cada vez más satisfactoria y creo valer para ella. Me gustaría dirigir un ferrocarril, organizar un banco o, al menos, estafar al público que invierte. ¡Es sencillo y fascinante dominar los principios de estas cosas!» (Skidelsky (1983) 1986, p. 171). Acerca del oficio de profesor también le escribe a Strachey: «Querido Lytton: me alegró mucho recibir tu carta. Hoy cené por segunda vez en la Mesa Presidencial. La comida es excelente y ciertamente uno se siente un profesor. Interpreté mi papel admirablemente; sin embargo, y tal vez porque esto sea típico de mí, el caso es que me hubiera gustado violar a un estudiante en la Sala

de Juntas sólo para que vieran las cosas en una perspectiva algo más auténtica» (21-III-1909) (Skidelsky (1983) 1986, p. 206). También escribe a Lytton (5-VII-1907): «Me parece que lo único que me preocupa de las personas es que tengan una apariencia razonablemente atractiva y una conducta razonablemente amistosa conmigo» (citado por Skidelsky (1983) 1986, p. 184). Son relatos de su juventud. Obviamente, con el paso de los años fue madurando; pero siempre conservará ese fondo frívolo y algo burlón. Hession recoge el relato de una visita al Presidente Roosevelt en 1934. Aparte de los desprecios usuales relacionados con el hecho de ser estadounidense, estuvo buena parte de la entrevista observándole y pensando acerca de sus manos («decepcionantes»), una vieja costumbre de sus años mozos (cfr. Roy Harrod 1958, p. 42 y Charles Hession (1984) 1985, p. 287). Las anécdotas al respecto podrían multiplicarse enormemente.

La retórica al hablar le resultaba casi necesaria. También al escribir, lo hacía con elegancia, estilo y brillantez. Muchos se quejan –con razón– de lo mal escrita que está la *Teoría General*. En efecto, en ella hay un problema de desorden en la exposición, de mezcla de niveles que implica hacer distinciones sin las que resulta un libro con tesis inconsistentes. Sin embargo, el problema no es de redacción. Usaba el ejemplo, la metáfora, la ironía; contaba cuentos, acuñaba términos. Lo hacía todo deliberadamente tanto por sentido estético como para darse a entender mejor. Es decir, no usaba la metáfora por la metáfora misma, por puro esteticismo, sino como camino para el conocimiento. Como señala John Coates (1996, p. 147), «Entre las alternativas de la *jouissance* metafórica y la anotación canónica austera hay un camino intermedio; y su viabilidad ha sido argumentada y desplegada por Keynes». Su manejo del inglés es exquisito. Me alegra ver que Skidelsky lo ha destacado:

«Keynes poseía maestría en el uso del inglés. Esta fue la clave para su persuasión. Su lenguaje, lógico y robusto, podría súbitamente tomar vuelo mientras su mente se alzaba más allá de los requerimientos estrictos de su argumento. Está pendiente un estudio del uso de la retórica por parte de Keynes» (Skidelsky 2000, p. xx).

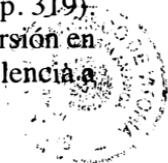
Cita, entre otros, a Harry Johnson:

«[Tenía] una conversación muy elegante, hermosamente construida, cada oración una pieza de buena prosa inglesa y cada párrafo cadenciado: un desarrollo maravilloso» (Skidelsky 2000, p. 460).

En este sentido, ya en el *Treatise on Probability* –en la nota final del capítulo segundo– alaba el estilo de Moore (tiene fuerza y belleza) y critica el de Russell (exageradamente preciso y pedante). He reunido una jugosa selección de giros y metáforas a medida que leía sus escritos. No puedo contarlas todas, pero mencionaré algunas de sus obras principales. A veces fueron mal interpretadas: hay que releerlas en el contexto.

Del género de las metáforas y ejemplos son famosas la construcción de pirámides, de mansiones poderosas, catedrales, monasterios, misiones extranjeras, y de pozos en el suelo (*TG*, p. 129, 131 y 212), becerros de oro altos como rascacielos, nuevos Midas (*EP*, p. 52), jirafas con cuellos más o menos largos (*EP*, pp. 286), graznidos de cuervos y cantos de ranas (*EP*, p. 9), el juego de las sillas y los concursos de belleza por el periódico (*TG*, p. 154), la burbuja (*TG*, p. 157), viajes peligrosos y dinosaurios (*EP*, p. 318), caballos que necesitan beber (*EP*, p. 357). Compara el ahorro con la medicina y el consumo con la mermelada, y dice que han de ser proporcionales (*TG*, p. 118). Aparece el agricultor que mira el barómetro para ridiculizar comportamientos bursátiles (*TG*, p. 149). Propone una inversión permanente e indisoluble como el matrimonio (*TG*, p. 158). El dinero es un tónico, pero el vino se puede caer entre la copa y la boca (*TG*, p. 170). La desocupación prospera porque la gente quiere agarrar la luna con las manos; el dinero se parece al queso verde y hay que poner una fábrica de ese queso (un banco central) (*TG*, p. 226). El pato salvaje se sumergió tan hondo que no podrá salir (*TG*, p. 179)...

Muchas comparaciones provienen de la medicina; hay remedios que curan la enfermedad matando al paciente (*TG*, p. 319). «Agitar el fantasma de la inflación como reparo a la inversión en el momento actual es como advertir de la excesiva corpulencia a



un paciente que se está quedando en los huesos» (EP, p. 126). «El paciente no necesita reposo sino ejercicio» (EP, p. 146). El oro es el único «profiláctico» contra las monedas convertibles (EP, p. 170). Nos presenta epidemias y gripes (EP, p. 216).

Otros ejemplos son mecánicos. «El hecho de que tengamos problemas con la batería no nos debe hacer suponer que el automóvil no sirve y que es preciso volver al tranvía tirado por caballos» (EP, p. 137). Van desfilando excursiones al Polo Sur, minas de cobre, líneas transatlánticas, edificios en la City de Londres, casinos, etcétera. Pasando a las ironías, los trabajadores son, por instinto, economistas más razonables que los de la escuela clásica (TG, p. 27). Los especuladores son lobos, y el público, corderos (TG, p. 154). También usa con frecuencia expresiones latinas que nos hablan de su cultura general.

6. Actividades

Con todas estas cualidades, ¿a qué se dedicó Keynes? Fue filósofo, funcionario público, político, profesor, economista profesional y académico, especulador bursátil, columnista periodístico, empresario, granjero, promotor de artistas y coleccionista de obras de arte y de libros y manuscritos antiguos. Compró cuadros de Delacroix, Picasso, Matisse, Signac, Derain e incluso un Renoir (cfr. Skidelsky (1992) 1994, p. 29). También compró manuscritos de Newton (cfr. Parsons 1997, p. 46). Ayudó siempre a sus amigos de Bloomsbury y a otros muchos más. Digamos unas palabras de algunas de estas ocupaciones, siguiendo su citado orden de prioridades: amor, filosofía, arte y política.

No vuelvo sobre el amor: es suficiente con lo dicho. Ya expliqué en el prólogo cómo su filosofía empapa todo su pensamiento. Keynes fue un filósofo, y no lo fue malo, aunque no haya pasado a la historia por ello. Muchos han criticado su *Treatise on Probability* por su indeterminación en algunos puntos, por la teoría misma que propone, y por cierta incorrección en los aspectos formales (por ejemplo, el mismo Braithwaite, Bertrand Russell y Frank Ramsey, entre los contemporáneos suyos). La primera imperfec-

ción me parece una virtud. Cuando no está Keynes seguro lo dice. Un libro no tiene porqué ser perfecto. El autor es honesto cuando expresa sus dudas, y esto no resta mérito al libro. En cuanto a las otras dos, no soy especialista en probabilidad, por lo que no puedo decir nada. De todos modos, según mi opinión, la aportación del libro no debe buscarse en esos tecnicismos, sino en la teoría del conocimiento envuelta en éste. Será el tema de los próximos dos capítulos. En cualquier caso, también tuvo sus partidarios. C. D. Broad sostiene en su larga reseña al *Treatise* aparecida en *Mind* que «es el mejor tratado sobre los fundamentos lógicos de este asunto [la probabilidad]». Además, reconoce el mérito de haberlo escrito en medio de mil ocupaciones: «Sólo puedo concluir felicitando al señor Keynes por encontrar tiempo, en medio de tantas obligaciones públicas, para completar este libro, y al público filosófico por haber conseguido la mejor obra sobre la Probabilidad que es probable que puedan ver en esta generación» (Broad 1922, pp. 72 y 85). En teoría del conocimiento era anti-positivista y realista epistemológico. En metafísica, también realista. En ética, claramente anti-utilitarista, mooreano. Algunos lo mencionan, con tino, en la línea de pensamiento del *common sense* británico. Nunca abandonó sus reuniones y conversaciones filosóficas: frecuentó a Russell, Wittgenstein, Sraffa, Ramsey, Braithwaite... Aunque luego se dedicó más a la economía, la filosofía siempre estuvo presente. Estuvo directamente involucrado, por ejemplo, en el retorno de Wittgenstein a Cambridge en 1929.

Su interés por el arte va más allá de actividades concretas. Keynes era un hombre en el que pesaba enormemente el criterio estético. Hay quienes lo ven como un esteticista, y lo relacionan con su afectividad. Sea como fuera ya desde Eton demuestra sus intereses por la belleza. Esto se continúa en Cambridge, especialmente gracias a las ideas de Moore, y es el tema preferido de “los Apóstoles” y de Bloomsbury. En 1905 lee a los primeros un ensayo de su autoría denominado «A Theory of Beauty». En «Science and Art», (expuesto a los “Apóstoles” el 20 de febrero de 1909), habla de las personalidades del científico y el artista y señala: «Este es, por tanto, el primer paso para la paz: el científico debe aceptar la superioridad del artista» (citado por Skidelsky (1983)

1986, p. 165). Su amor al ballet le pondrá en contacto con la que será su mujer, Lydia Lopokova. Una vez casados sigue de cerca, con detalle, su carrera artística. Paralelamente colecciona cuadros, promueve artistas... Keynes admiraba y adoraba a los artistas. En 1936 se inaugura el *Arts Theatre* de Cambridge, de cuyo proyecto, financiación, construcción y funcionamiento, se ocupó personalmente. En 1941 toma la dirección del *Committee for the Encouragement of Music and the Arts*. Desarrolla ideas acerca de cómo hacerlo y las va poniendo en práctica.

Elizabeth Johnson lo considera también «un político de nacimiento, altamente eficiente, siempre alerta», especialmente buen consejero; aunque jamás quiso ser candidato al Parlamento. Siendo consultor fue, al decir de Skidelsky, el hombre más poderoso que jamás hubo en Whitehall (Cfr. Skidelsky (1996) 1998, p. 59). Pero un político no electoral sino intelectual: un «economista político científico» (Johnson, 1974, pp. 105 y 109). En efecto, a través de las biografías uno puede verlo moviéndose en esos ambientes con gran astucia. Lo de economista político, terminología muy clásica, se ajusta muy bien a Keynes, pues no era un economista abstracto ni un político irracional. Tenía una opinión algo curiosa de los economistas. Por una parte, desestimaba la capacidad intelectual necesaria para ser un buen economista. Como señala Skidelsky, «consideraba la teoría económica como una rama inferior del conocimiento» (Skidelsky (1983) 1986, p. 227). Pero por otra parte, era muy riguroso en cuanto a la combinación de cualidades que exigía del economista. Es decir, los economistas debían ser personas especialmente dotadas. Quería que fueran nada más que buenos dentistas, pero buenos: «¡Sería estupendo que los economistas lograran que se les considerara como personas modestas y competentes como los odontólogos!» (*EP*, p. 333). Para Keynes, sin embargo, el economista es un gobernante más sensato que el político, muy necesario en esta época. Volveremos a esto en el capítulo VII.

Finalmente, no habrá que argumentar que él mismo fue un gran economista. A pesar de que no se preocupó mayormente de su formación de economista –solo asistió al curso de Marshall en 1905– debemos pensar que se nutrió de ideas económicas desde

pequeño. Por otra parte, esto hay que ponerlo en el contexto de la época en que comenzaban a aparecer los estudios académicos de economía más organizados¹². Entre los visitantes frecuentes de su padre estaban el mismo Marshall, H. S. Foxwell, P. H. Wicksteed, R. Giffen e I. Palgrave. Pero luego continuó su educación económica con lecturas, la preparación de las clases y su enorme actividad en el campo teórico y especialmente en el práctico. Muchas de sus ideas forman parte ya del acervo de la ciencia económica, independientemente de la posición que se mantenga. Recientemente la *European Journal of the History of Economic Thought* (2001, pp. 285-310) publicó un simposio sobre las mayores aportaciones a la economía del siglo XX según varios premios Nobel. La *Teoría General*, como nadie dudaría, fue la ganadora. Fue consultor económico del gobierno, aplicó ideas de economía a sus finanzas personales, a las instituciones a las que ayudó (Eton, King's, artísticas) y participó de la vida académica de los economistas en todas sus formas: tuvo maestros, una comunidad académica y discípulos. Fue docente, escribió libros y artículos académicos, fue editor del *Economic Journal* durante más de 30 años, participó en seminarios y congresos (cfr. Dostaler 1999).

En conclusión, estamos frente a un hombre multifacético. Él demandará al buen economista, como dije antes, que sea lo que él fue. Es decir, Keynes se piensa –no sé si conscientemente o no– como modelo de economista; basta con leer la siguiente lista de requerimientos contenidos en su ensayo sobre Marshall (CW, X, p. 173):

«El estudio de la economía parece no requerir ningunas dotes especializadas de un orden desacostumbradamente superior. ¿No es, intelectualmente considerada, una materia verdaderamente fácil comparada con las ramas superiores de la filosofía y la ciencia pura? Sin embargo, los economistas, no ya buenos, sino sólo competentes, son auténticos mirlos blancos. ¿Una materia tan fácil, en la que tan pocos

12. En su aceptación y consolidación tuvo una participación preponderante precisamente Marshall. Al respecto cfr. John Maloney 1990. Sobre Keynes como economista cfr. Harrod 1958, p. 150, nota 26.

se destacan! Esta paradoja quizás pueda explicarse por el hecho de que el gran economista debe poseer una rara *combinación* de dotes. Tiene que llegar a mucho en diversas direcciones, y debe combinar facultades naturales que no siempre se encuentran reunidas en el mismo individuo. Debe ser en cierto grado matemático, historiador, estadista y filósofo. Debe comprender los símbolos y hablar con palabras corrientes. Debe contemplar lo particular en términos de lo general y tocar lo abstracto y concreto en el mismo vuelo del pensamiento. Debe estudiar el presente a la luz del pasado y con vista al futuro. Ninguna parte de la naturaleza del hombre o de sus instituciones debe quedar por completo fuera de su consideración. Debe ser simultáneamente intencionado y desinteresado; tan fuera de la realidad y tan incorruptible como un artista, y sin embargo, en algunas ocasiones, tan cerca de la tierra como el político. Marshall poseyó muchas de las múltiples facetas de este ideal, pero no todas. Principalmente su educación heterogénea, así como su naturaleza múltiple, lograron reunir en él las prendas o dones más especiales y fundamentales de cuantos son necesarios al economista: fue eminente historiador y matemático, un hombre que trató al mismo tiempo de lo particular y lo general, de lo temporal y lo eterno» (Keynes 1924, pp. 321-322).

Esta descripción retrata –según él parcialmente– a Marshall. ¿No es él quien, a la luz de lo expuesto, queda verdaderamente retratado? El mismo Marshall, su maestro, que lo quería y apreciaba enormemente, se lo había dicho varias veces. Por ejemplo:

«(...) siempre he deseado que algún economista fuera reconocido como una autoridad en los fundamentos económicos de la política en sentido más amplio. Esto requiere una combinación de agilidad con profundidad, que es escasa: no conozco a nadie que la posea en mayor grado que tú»¹³.

13. En John Whitaker (ed.) 1996, p. 382. La relación entre Marshall y Keynes es un ejemplo emocionante de relación entre un maestro y su discípulo. Desde el comienzo de sus estudios, la incorporación a la cátedra, la corrección de sus trabajos y el eco por sus actuaciones públicas. Esta relación resulta especialmente tierna en los últimos años de Marshall y desemboca finalmente en el largo obituario que Keynes escribió de él, con la ayuda de algunos datos que le facilitó su mujer, Mary Paley Marshall. Aunque no tenga mucha relación con

7. A modo de conclusión

Quizá al lector le quede un sabor agrídulce después de la lectura de estas páginas. Keynes, como todo hombre de carne y hueso, tiene virtudes y defectos; o más bien grandes virtudes y grandes defectos, pues fue un gran hombre. Nadie puede tirar la primera piedra. Reconozcamos sus virtudes y seamos misericordiosos con sus defectos. El conocimiento de su condición humana, «demasiado humana» –parafraseando a Nietzsche– puede incluso a animarnos a trabajar y tratar de incidir en las ideas con el impacto tan fuerte y duradero que logró Keynes. Por otra parte, y éste era el fin del capítulo, nos puede ayudar a leer sus obras desde el conocimiento de unas circunstancias que nos llevarán a exclamar muchas veces. «con razón, ahora entiendo». Si he conseguido esto, estoy satisfecho con el esfuerzo. Luego de este bosquejo del ambiente y la figura de Keynes, podemos comenzar a analizar cómo pensaba acceder a la melodía, y a la música.

este libro, no me resisto a transcribir el párrafo final de una carta de Marshall a Keynes escrita dos años antes de su muerte (27-VII-1922). La ocasión fue el agradecimiento por el homenaje que le hizo la *Royal Economic Society* con motivo de su 80 cumpleaños (Keynes era su secretario). Tanto el homenaje como el agradecimiento se publicaron luego en el *Economic Journal*. Dice así: «Si he ayudado a algunos estudiantes jóvenes a ponerse en el camino de lidiar con los problemas económicos futuros, esto es, de lejos, más importante que cualquier cosa que haya podido hacer: y, apoyándome en la esperanza de que haya hecho al menos un poco en este sentido, puedo irme en paz. Yours happily, Alfred Marshall» (Whitaker, p. 384 y *Economic Journal* 32/127, Septiembre de 1922, p. 289). Cuando Keynes supo que se acercaban sus últimos días fue a verlo, el 16 de mayo de 1924, y recogió una breve y emotiva crónica de la visita en una carta a la que sería luego su mujer, Lydia Lopokova (cfr. Skidelsky (1992) 1994, p. 181). Marshall murió el 13 de julio del mismo año y el “Memoir” citado más arriba salió dos meses después en el *Economic Journal*. Sin embargo, en esta materia también aparece la ambigüedad de Keynes. En una carta de 1906 lo trata de «un tanto bobo». Harrod (quien la recoge) añade que ante el tono de reverencia con que él mismo solía hablar de Marshall a Keynes, este último solía corregirlo diciéndole: «era una persona completamente absurda». Según Harrod, Keynes se refería a «su tono moral intensamente victoriano» (cfr. Harrod 1958, pp. 146-147).

II

TEORÍA DEL CONOCIMIENTO: ANTECEDENTES

*Cuando la proposición es verdadera,
es conocimiento.*
Bertrand Russell, 1904, p. 523.

1. *Metafísica y gnoseología*

La metafísica y la gnoseología son dos disciplinas filosóficas que están íntimamente imbricadas entre sí. Para la filosofía clásica las categorías metafísicas eran previas a las gnoseológicas, y la gnoseología estaba integrada en la misma metafísica. El problema crítico no se había planteado en la antigüedad con la intensidad de la modernidad –salvo en pensadores como los escépticos y los sofistas–; por eso, no se había desarrollado la gnoseología como disciplina separada¹. Aristóteles contestó a los sofistas desde la *Metafísica*. En cambio, para buena parte de la filosofía mo-

1. Se llama «problema crítico» a la radicalización de la crítica. Ésta llega a un punto tal que no conduce a nada, sólo a la sospecha sobre cualquier certeza. Cfr. A. Llano 1983, pp. 11-18.

derna el problema crítico antecede al metafísico: porque sólo puedo decir algo acerca del ser y sus modos si puedo conocerlo. «La filosofía, decía lúcidamente Juan Pablo II en su último libro, se ocupa de los seres en la medida en que son contenidos de la conciencia y no en cuanto existentes fuera de ella» (2005, p. 21). Por eso, debo resolver el problema del conocimiento para poder acceder al metafísico. En realidad, para ciertas corrientes de la filosofía moderna el estudio de la realidad se detiene en el pensamiento acerca de ella (cfr. A. Llano 1983, pp. 18-24 y 117-121). Sería como conocer el pentagrama, pero no la melodía. Así, de algún modo, la gnoseología reemplaza a la ontología². Sin embargo, veremos que no es lo que sucede en Keynes.

Keynes es un autor realista, pero no deja de ser un autor moderno. Así, en su *Tratado sobre la probabilidad* se nota claramente el influjo del problema crítico. En sus observaciones gnoseológicas Keynes va dejando «pistas» que ayudan a conocer su concepción metafísica. Estas «pistas» –recuerdo mi advertencia en el prólogo acerca del carácter «arqueológico» de estas investigaciones– no pueden dar lugar más que a hipótesis. Por eso, comenzamos por la teoría del conocimiento de Keynes. En este capítulo se tratará acerca de sus antecedentes. En el próximo, de la del propio Keynes.

Ahora bien, podemos preguntarnos, ¿la respuesta brindada por Keynes al problema crítico determina su metafísica o, a la inversa, una metafísica implícita da lugar a un planteamiento gnoseológico? A mi modo de ver, a pesar de que no diga explícitamente «ahora comienzo hablar de metafísica» y de que no trate los problemas ontológicos antes que los gnoseológicos, su resolu-

2. El término original para el estudio del ente en cuanto ente fue el de «Metafísica», y comprendía tanto el estudio de todo ente en cuanto que es, como el del ser principal del que dependen todos los entes, Dios. La denominación de «ontología», popularizada por Christian Wolff (1679-1754), se ocupa de la primera parte. F. Inciarte deja al descubierto algunos de los problemas que puede suscitar esta reducción (cfr., p. ej., 1979). A pesar de esta aclaración usará ambos términos, metafísica y ontología, como sinónimos.

ción de estos últimos lleva implícita una postura metafísica. En Keynes los objetos de estudio no surgen como resultado de los modos de conocer, sino que habitualmente, a la inversa, el modo de conocer, la metodología, se adapta al objeto de estudio. Éste es el sentido correcto: sólo conocemos el mismo conocimiento porque hay una realidad que es conocida previamente.

2. Realismo

Resulta un requisito previo definir en qué sentido uso las palabras realismo y verdad. Como decía antes, suele afirmarse que Keynes era realista. ¿Qué significa esto? Tony Lawson comienza afirmando en un reciente ensayo titulado «Keynes's realist orientation»:

«Estos últimos años un creciente número de economistas ha llegado a apreciar la relevancia de la ontología para una ciencia social como la economía. Con esto quiero decir que han llegado a reconocer la importancia de investigar la naturaleza del material social o del ente social y de tener en cuenta estos hallazgos para determinar los métodos de análisis eficaces de los fenómenos sociales. Las teorías sobre la naturaleza y estructura del sector material de la realidad son denominadas habitualmente como formas de realismo (ontológico). Mi interés aquí es la modelación de teorías realistas para la economía (...) Déjenme denominar una orientación explícita a los temas ontológicos, tal como los he identificado, una *orientación realista*» (Lawson 2003, pp. 159 y 160).

La literatura sobre el realismo en metafísica es hoy día abundantísima y las posturas son muy diversas. Alexander Miller señala en la voz «realism» de la *Stanford Encyclopedia of Philosophy* que no es posible exponer una breve reseña de las diversas posiciones que satisfaga a todos (y le dedica 24 páginas: <http://plato.stanford.edu/entries/realism/>). Uskali Mäki, un filósofo de la economía, hace un resumen de dos páginas y concluye que es más relevante fijarse en lo que denomina «realisticness» de las representaciones económicas: la propiedad de las teorías cien-

tíficas de describir la realidad de un modo correcto. En efecto, aunque la postura de Mäki quizás no sea compartida *in toto* por Lawson, coincidiría en sostener que cuando hablamos de realismo en economía no nos referimos a las discusiones técnicas de los metafísicos –hablar de «realismo (ontológico)», como hace Lawson, ya sería meterse por este rumbo– sino a lo que yo llamaría un significado ordinario de «realismo». Este significado ordinario supone la existencia de realidades independientes (un realismo ontológico) y fija su atención en la preocupación por que la teoría se adapte a la naturaleza de las realidades estudiadas, por que sean teorías verdaderas acerca de esas realidades. Como muy bien resume la cuestión Jesús Zamora Bonilla, «lo más importante para el realista no es la cuestión de la existencia [que se daría por supuesta], sino la cuestión de la *verdad*» (Zamora Bonilla 2000, p. 257).

Si hacemos una síntesis de las diversas clasificaciones mencionadas en el párrafo anterior, a la que agrego la realizada por E. Craig en un ponderado artículo que pretende ordenar esta vasta polisemia, podemos distinguir tres versiones principales de «realismo»: (i) una *ontológica*, (ii) otra *epistemológica*, y (iii) finalmente la *lógico-semántica*. La intuición básica del realista –de acuerdo con Craig– está expresada en la versión *ontológica*, según la cual los tipos de cosas que existen y su modo peculiar de ser son independientes de nosotros y de nuestras capacidades y posibilidades de descubrirlos. La noción clave y determinante de esta versión del realismo, y de la intuición realista básica, es la de *independencia*. Sobre esta intuición básica pueden montarse versiones de realismo más sofisticadas, como las (ii) o (iii). En la *epistemológica*, el realismo consiste en la tesis de que podemos conocer los hechos trascendentes al conocimiento que considera la versión anterior. Tiene relación directa con la teoría del conocimiento. Por su parte, la versión *lógico-semántica* del realismo es la tesis de que las proposiciones sobre la clase de entidades respecto de la cual existe un compromiso ontológico, son determinadamente verdaderas o falsas, de acuerdo a si las condiciones de verdad de tales proposiciones se dan o no determinada, objetiva e *independientemente* de nuestras capacidades cognoscitivas. Tiene

relación con una noción ontológica de verdad, fundamento de la verdad lógica. De este modo vuelve a aparecer la noción de verdad, con algunas distinciones, lo que también supone una explicación. Digamos que, tal como cité de Zamora Bonilla, el realismo del economista no admite dudas en su versión ontológica y, quizás tampoco en la semántica-lógica, pero es materia de discusión en la epistemológica. Debemos plantearnos en este trabajo en cuáles de los sentidos aquí reseñados Keynes es realista. La conclusión será que en los tres, aunque con alguna restricción para el epistémico.

3. *Verdad*

La conveniencia de definir la noción de verdad nos abre a una cuestión aún más complicada que el mismo realismo. No podemos, porque no correspondería a la preocupación de los economistas, explayarnos extensamente sobre las discusiones filosóficas acerca de esta noción. La noción ordinaria de verdad del economista medio habitualmente va más allá de la coherencia de la teoría y pretende que las cosas en la realidad son o funcionan como lo señala la teoría. En este caso, la teoría es verdadera. Por eso, el realismo de los economistas supone una postura realista no sólo ontológica sino también epistemológica: la que sostiene que somos capaces –al menos en parte– de conocer con cierta exactitud la realidad que estudiamos. Esta afirmación, sin duda, es muy general. Puede haber diversos niveles de profundidad en el conocimiento de la realidad: por ejemplo, podemos quedarnos al nivel de los hechos y, al intentar generalizaciones, agruparlos por sus similitudes; o intentar penetrar en la naturaleza y causalidad real de las cosas o acciones, lo que supone la captación de sus formas universales. El economista se concentra más en el primer nivel, pero no puede dejar de interesarle, al menos implícitamente, también el último.

Ahora bien, acerca de la verdad, podemos preguntarnos sobre su naturaleza –cuestión de la lógica–, o acerca del modo de alcanzarla y sus límites: qué, porqué y cómo conozco –cuestión de

gnoseología o teoría del conocimiento—. La primera pregunta tiene relación con el realismo lógico-semántico. La segunda con el realismo epistemológico. Ambas indagaciones quedan fusionadas en la versión realista aristotélica de la verdad: «decir que el Ente es y que el No-ente no es, es verdadero» (*Metafísica*, IV, 7, 1011b 27).

Comencemos, aunque sea con algunas breves palabras acerca de las diversas teorías lógicas de la verdad, pues resulta especialmente relevante para el estudio que vamos a encarar. Como dijimos, el de la verdad es un tema amplísimo, de gran repercusión en el siglo XX, especialmente a través de la epistemología. Por eso, me limitaré a presentar algunas teorías que pudieron tener alguna incidencia en economía, y de un modo muy simple (siguiendo a Conesa y Nubiola 1999).

La primera que mencioné arriba es la que se limita a considerar la verdad como la coherencia entre un conjunto de tesis que forman un sistema de creencias. En filosofía se encuentra en ámbitos idealistas y en algunos positivistas como O. Neurath. Cuando no interesa el realismo de los supuestos o cuando se desarrolla la teoría con la conciencia de su lejanía de la realidad —y sin ningún interés en lo contrario—, nos podríamos encontrar frente a *teorías de la coherencia* en economía³.

La posición más habitual es la sostenida por las *teorías de la verdad correspondencia* (hay una *correspondencia* entre el juicio y la realidad). Dentro de éstas, en la primera mitad del siglo XX han tenido importancia las llamadas *teorías referenciales del significado*⁴. Son representantes de esta corriente, entre otros, Bertrand

3. Hay mucho de esto en los desarrollos a partir de la formulación de la teoría del equilibrio general. Debo a unas exposiciones de F. Tohmé una cierta convicción al respecto.

4. Para usar la denominación de Davis 1994. Volveré varias veces a las consideraciones de este autor. En realidad las teorías del significado son teorías lingüísticas, mientras que las de la verdad son lógicas. Sin embargo, la consideración tiene sentido pues las teorías referenciales del significado son coherentes con la teoría de la verdad correspondencia.

Russell y el primer Wittgenstein⁵. Para Russell a cada categoría lógico-lingüística le corresponde una real. Le llama «atomismo lógico»: los átomos que componen los enunciados corresponden a los que componen la realidad enunciada. En el *Tractatus Logico-philosophicus* de 1921 Ludwig Wittgenstein postula una teoría figurativa del significado. Una proposición es una figura –una maqueta–, una representación de una parte de la realidad. En ambos autores –Russell y Wittgenstein– se da la exigencia de una isomorfía entre lenguaje y mundo, constituido en último término por cosas simples. Se llaman así pues se concentran en la *Referencia* (lo significado) sin tener en cuenta el *Sentido* (el modo en que es significado), siendo ambos elementos importantes. Estas teorías están en la base de la mayoría de los desarrollos de la ciencia económica.

Luego surgen las teorías pragmáticas, que ponen énfasis en el uso esencialmente comunicativo y comunitario del lenguaje y critican a los anteriores por no tenerlos en cuenta. La verdad corresponde a la realidad pero como un cuerpo vivo transido de acciones y comunicaciones humanas. El segundo Wittgenstein nos habla de «juegos lingüísticos» insertos en una «forma de vida», el contexto pragmático de la vida real. Esta postura tiene algunos puntos en común con la hermenéutica. En economía, comienzan a aparecer visiones heterodoxas más afines a estas posiciones. En relación con estos problemas, aquí deberemos plantearnos en qué teoría de la verdad podemos ubicar a Keynes. Pasamos ahora a aspectos gnoseológicos de la verdad.

Lo primero que ha de decirse es que desde el nacimiento de la filosofía se considera que el conocimiento es una creencia verdadera justificada. Encontramos afirmaciones de este tipo ya en Platón y Aristóteles. Lo mínimo que se requiere de la noción de conocimiento es que sea «factiva», esto es: «si se conoce que *p*,

5. Se llama «primer Wittgenstein» al autor del *Tractatus Logico-Philosophicus* y «segundo Wittgenstein» al autor de las *Philosophische Untersuchungen*. Las variaciones entre ambos constituyen un tema clave de la filosofía del siglo XX.

entonces es el caso que *p*». No puede haber conocimiento de un estado de cosas sin que se dé real, verdadera y efectivamente ese estado de cosas. Esto no es así porque nuestras facultades cognitivas sean infalibles, sino simplemente porque de otro modo allí habría un estado epistémico de creencia, pero no de conocimiento. El conocimiento es por definición factivo. Esta es una condición mínima reconocida casi universalmente: la «*JTB (Justified True Belief) account*»⁶. Esto en cuanto a la definición de conocimiento. Cuando se avanza en el sentido del modo de conocer surgen otras cuestiones.

Un problema central de algunas teorías del conocimiento modernas –con algunas raíces medievales–, que aquí viene al caso, es el de la representación. El problema se puede formular del siguiente modo: ¿qué conocemos, la realidad o una representación –idea, concepto– de ésta? Es obvio que necesitamos las ideas para pensar y conocer. Pero una cosa es quedarse en esas ideas o representaciones (representacionismo) y otra es pasar –inadvertidamente– por ellas hacia la realidad. La gran mayoría de las posturas modernas han sido representacionistas⁷. Los pragmatistas han criticado también al representacionismo mediante un «anti-representacionismo radical» que junto con la representación elimina al mismo pensamiento⁸.

¿Cuáles son los problemas de las teorías representacionistas? Éstas, decía, se detienen en el conocimiento de la maqueta. ¿Cuál es el problema si la maqueta es buena? Frege, matemático alemán que se ocupó de la filosofía del lenguaje, nos puede ayudar: «si

6. Cfr., por ejemplo, Ladyman 2002, pp. 5-6 y Matthias Steup, «The Analysis of Knowledge», en [http://plato.stanford.edu/entries/knowledge - analysis/](http://plato.stanford.edu/entries/knowledge-analysis/).

7. Dice, por ejemplo, Ludwig Wittgenstein en el *Tractatus logico-philosophicus* (6.3): «las leyes, como la ley de la causalidad, etc., tratan acerca del entramado, no acerca de lo que el entramado describe» (cfr. www.kfs.org/~jonathan/witt/t63en.html).

8. Tomo esta expresión de Llano 1999, p. 286. Este libro es excelente para la comprensión de estos problemas.

no sé que una imagen debe representar la catedral de Colonia, no sé con qué tengo que comparar la imagen para decidir acerca de su verdad. Incluso una concordancia sólo puede ser perfecta cuando las cosas concordantes coinciden, por tanto, cuando no son en absoluto cosas diferentes»⁹. Es decir, no me basta con tener la imagen: tengo que *saber* que es la imagen de tal cosa. Sin ese saber, el conocimiento es sólo de la imagen. Además, para hacer concordar perfectamente no puedo tener dos cosas a concordar: sólo puedo hacer copias de la misma imagen, *ad infinitum*, sin llegar nunca a la realidad. También se plantea siguiendo la misma línea la objeción al representacionismo llamada «falacia del homúnculo» postulada por Descartes. La desarrolla Anthony Kenny en *La metafísica de la mente*: «cuando vemos el objeto tenemos otro par de ojos, dentro del cerebro, para ver las imágenes» (Kenny 2000, p. 152). Ver consistiría en la percepción que el alma tiene de esas imágenes. Pero eso supone imaginarse otro pequeño hombre que a su vez viera esas imágenes, lo que a su vez implicaría un tercero y así *ad infinitum*. Como dice Llano, supone la puesta en marcha de una especie de juego de espejos en el que se pierde la realidad del conocimiento (cfr. Llano 1999, p. 286). La solución a este problema está en la consideración del concepto como vía transparente hacia la realidad.

Ahora bien, se accede a la realidad mediante la simple aprehensión del concepto, y se vuelve a ésta mediante el juicio, un ser veritativo. Este es un movimiento continuo. La pretensión de analizar el conocimiento intelectual transformando en un proceso lo que es movimiento unitario introduce un corte que desvincula la imagen de la realidad. Si pretendo descomponer el *swing* del golf en sus partes ya no tengo el *swing*: no «paso el palo» (como se dice en la jerga), sino que me detengo en la pelota y me quedo sin golpe. Cuando pienso que la vía para conocer la realidad es solamente analizar el lenguaje, descomponiendo analíticamente ese movimiento continuo, caigo en una de las formas del reduc-

9. Frege 1993-1994, p. 219 (de *Der Gedanke*); citado por Llano (según otra versión) 1984, p. 183.

cionismo moderno del ente a alguna realidad antropológica, en este caso, al lenguaje. Es un tema, como decía, delicado. Lo expresa muy bien Llano:

«(...) el concepto de representación se mueve en un estrecho filo: entre un anti-representacionismo que no sólo malogra toda metafísica del saber, sino que también despoja de inteligibilidad al conocimiento común y corriente, y un representacionismo que clausura a la conciencia humana en el ámbito oscuro y no traspasable de la correlación sujeto-objeto, con lo cual el propio conocimiento pierde todo alcance y peso ontológico» (Llano 1999, p. 22).

En el representacionismo se confunde la realidad con los conceptos y proposiciones. Con el símil anterior, el palo se queda en la pelota. La verdad no trasciende la representación. Entonces se alcanza certeza, estado subjetivo de la mente, pero no conocimiento verdadero¹⁰. Esto no sucede en Keynes.

A pesar del predominio representacionista, en el siglo XX también se da una vuelta a la teoría clásica de la correspondencia que es una solución a ese problema. Las objeciones pragmatistas mencionadas del «anti-representacionismo radical» estaban resueltas desde hacía muchos siglos. Aristóteles había caracterizado al hombre como *zoon echon logon* (animal que tiene palabra –o racional–) en su contexto de *zoon politikón* (animal comunitario –o político–): es decir, por una parte había considerado el carácter constitutivamente social del lenguaje¹¹. Pero, por otra parte, para él el sistema lingüístico podía expresar con verdad la realidad. La verdad de la realidad produce la certeza a través de su evidencia. De modo que el carácter comunitario del lenguaje no significa una caída en un relativismo generalizado.

Esta visión, decía, está presente a fines del siglo XIX y en el siglo XX –con sus diferencias– en autores como Frege, Bolzano,

10. Como dice Descartes, «son verdaderas todas las cosas que concebimos muy clara y distintamente» (Tercera Meditación), cit. por Llano 1999, p. 35.

11. La significación de estas caracterizaciones aristotélicas del hombre es bastante más rica: aquí me interesa sólo señalar este aspecto.

Brentano y Meinong. Para esta postura clásica se da una identificación de la inteligencia con la cosa entendida –las ideas y juicios acerca de éstas no son copia, ni maqueta, sino vías de acceso–; conocer no es construir imágenes sino unas actividades –llamadas simple aprehensión de los conceptos y juicios acerca de éstos– por las que capto lo real y sus propiedades y los hago míos; el entendimiento se conforma a la realidad. Volviendo a Aristóteles, «se ajusta a la verdad el que piensa que lo separado está separado y que lo junto está junto» (*Metafísica*, IX, 10, 1051b 3-4). La verdad, para esta postura, se da en la mente de modo propio en el juicio y en los entes derivadamente, en cuanto la causan: al decir de Aristóteles, «cada cosa tiene verdad en la medida en que tiene ser» (*Metafísica*, 993b 30-31). Se las ha llamado respectivamente –y usaré esta terminología aquí–, verdad lógica y verdad ontológica. «Conocer no es aprehender una cosa tal como está en el entendimiento; sino, aprehender en el entendimiento la cosa tal como es» (A. Llano 1983, p. 36). En el concepto se aprehende la cosa y mediante el juicio, al volver sobre el mismo concepto, se conoce la verdad. Es una forma de las teorías de la verdad-correspondencia, en la que el conocimiento no se detiene en la representación. Estas consideraciones parecen oportunas en el marco de un estudio de filosofía de la economía, pues las revistas del ramo son un buen despliegue de ejemplos de representacionismo. No conocemos –afirman– la realidad económica, sino sus modelos. Los modelos concretan teorías sin las que no podemos acercarnos a la realidad. Pero su mediación se ha hecho tan fuerte que hoy «son», más que «remiten» a la realidad económica. También es pertinente decirlo en un trabajo sobre Keynes, pues él denunciará y propondrá una solución a este problema.

En resumen, la verdad de los juicios es independiente de nuestros modos de conocerlos: depende de la realidad existente (que puede incluir el hecho comunicativo, que es comunitario). El camino va de la evidencia a la certeza, gracias al concepto, que es sólo vía hacia lo conocido, no lo conocido. Así, el restablecimiento contemporáneo de la visión clásica no se queda en el conocimiento del mapa o maqueta, como en la postura representacionista.

A este problema se debe agregar el de la concepción de la inducción reducida a inducción enumerativa, asociada al nominalismo y al positivismo. Se puede dar o no asociada al representacionismo. Esa postura tiene consecuencias gnoseológicas estrechamente vinculadas con una concepción metafísica. Como explica muy bien el mismo Keynes, el término inducción es usado por Aristóteles en dos sentidos distintos:

«(...) primero y principalmente, el proceso por el que de la observación de casos particulares en los que la noción abstracta está ejemplificada, podemos advertir y entender (*comprehend*) la abstracción misma; segundo, para el tipo de argumento en que generalizamos después de la enumeración y afirmación completa de *todos* los particulares que abarca la generalización» (TP, p. 274).

El primer sentido, llamado inducción esencial, remite a la forma de lo observado: así posibilita la postulación de un universal y la teoría en sentido clásico (captación intelectual de la causalidad real). Supone una concepción metafísica bien precisa que postula la existencia de una forma en los entes concretos universalizable. Desde allí se vincula con toda la metafísica aristotélica en la que el ente se dice de muchas maneras (homonimia *pros hen*), pero primariamente de la sustancia. Esta postura gnoseológica y metafísica es posible en el marco de la visión clásica. En cambio, no es posible para una postura nominalista. Esta carencia introduce limitaciones muy grandes en la teoría, ahora en sentido moderno (sistematización de leyes acerca de generalizaciones empíricas casi siempre incompletas y por eso nunca definitivamente válidas). La sola generalización es una verdad muy tenue si no se puede apoyar en un conocimiento esencial. De hecho, no se puede hacer teoría –en sentido moderno– sin un mínimo de teoría en sentido clásico.

Por otra parte, la visión clásica supone un concepto analógico de verdad que le brinda una riqueza y versatilidad muy realista. La verdad, tal como decía más arriba, es del juicio sobre lo conocido, pero se funda en el ser de la realidad. Esto supone la distinción entre un ser en la mente y un ser en las cosas. Aristóteles distinguió un ser como verdadero (*ón ós alethés*) y el ser real de cada cosa

(*ón kyríos*) (*Metafísica IX, 10, 1951b y ss.*). Esto no significa estar transformando la verdad en un ser exterior aparte del pensamiento (como si fuera una entidad platónica del mundo de las ideas): la verdad se da en el pensamiento mediante el juicio; pero se apoya en el ser real y capta lo universal. La teoría nominalista no alcanza el universal. Por ello no sorprende que tienda a despegarse de la realidad; al contrario de la clásica, que es justamente su penetración. El medio que el científico positivista encuentra para conectar con la realidad (y afirmar la verdad) es la verificación, que sólo puede ser provisoria o imperfecta. Para el clásico ésta es sólo un medio de confirmar algo que ya sabía: es fuente de certeza, no de verdad. Claro que el científico clásico se mueve en un reino de verdades esenciales o necesarias, mientras que el científico moderno se suele mover en el reino de las ciencias que tratan de cuestiones físicas, un reino de lo contingente o de lo probable. Coherentemente, para el moderno lo más que podemos sospechar de la constitución metafísica de la realidad son haces de elementos atómicos reunidos por cierta semejanza. Ahora bien, no se crea que la oposición entre ambas posiciones es necesaria. Puede haber complementariedad –más aún, en el ámbito de la mayoría de las ciencias debe haberla, como lo vio Keynes– siempre que cada visión acepte los campos de la otra y esté dispuesta a reconocer sus aportaciones propias. Sólo conozco las formas inteligibles mediante el conocimiento intelectual. Sólo derivo tendencias de ocurrencias accidentales de la inducción enumerativa. La realidad de la mayoría de las ciencias es una combinación de ambos procesos.

4. *Antecedentes de Keynes*

¿Dónde ubicamos a Keynes en este contexto de posiciones realistas y de teorías sobre la verdad? No es fácil decirlo. Pero tampoco imposible. Aparte de basarnos en las citas del mismo Keynes, esta definición resultará más fundamentada si comenzamos por ver dónde estaban quienes influyeron sobre él, lo que tampoco es fácil. Pero parece lógico y preferible seguir este camino.

Al comienzo de su *Tratado sobre la probabilidad*, Keynes reconoce su deuda con sus maestros y luego amigos George Moore y Bertrand Russell. Hacia Moore siempre mantuvo un trato afable pero algo distante y respetuoso. Con Russell, a quien llamaba familiarmente Bertie, tuvo mucha intimidad. Aunque el rastro de Moore es preponderante en los escritos de Keynes, el de Russell también está presente. Ambos lo llevan hacia el realismo. Ahora bien, Moore y Russell, pero sobre todo el primero, no son autores ni fáciles ni estables.

Por ello, al buscar otras «pistas» en estos autores, deberemos cuidarnos mucho de encontrarlas en el ámbito de las ideas que Keynes toma de ellos. Para empezar, tienen que ser escritos previos a la publicación del *Treatise* (1921). Pero las ideas del *Treatise* ya estaban perfiladas en la disertación presentada por Keynes en 1907 y 1908 para ingresar como *fellow* de *King's College*, y fueron ampliadas hasta no más allá de 1914¹². Así el campo de la búsqueda se ciñe mucho más. En cuanto a Moore, se trata de considerar fundamentalmente los *Principia Ethica* (1903) y algunos pocos artículos más de esos años (en el *Treatise on Probability* sólo cita este libro y un artículo de 1906). De Russell sólo cita, con alabanzas pero haciendo constar diferencias, los *Principia Mathematica* (escritos junto con Whitehead de 1910 a 1913). Pero, sin duda, leyó también otros trabajos suyos de esta época.

Ahora bien, propongo abrir este campo de influencias a otro autor más que no ha sido considerado por los expertos en la filosofía de Keynes. Desde mis primeras lecturas de Keynes percibí en él algunos destellos realistas clásicos. Algunos de éstos no los

12. Cfr. Robert Skidelsky (1983) 1986, pp. 159 y 237-238 y Davis 1994, p. 1. En carta a L. Strachey dice el 23-VII-1909 que la primera parte está prácticamente acabada. Por esa época 16 de los 26 capítulos proyectados estaban acabados. Bateman (1996, p. 57) señala que el capítulo XXVI, «La aplicación de la probabilidad a la conducta», permaneció intacto en las tres versiones, es decir, data de 1907. Según Roy Harrod (1958, p. 162) y Charles Hession (1985, p. 187) «pulió» el texto en 1920. Braithwaite señala lo mismo en el «Editorial Forward» del Tomo VII de las *CW*, (p. xv).

encontré en Moore y en Russell. No quiero decir con esto que Keynes sea un realista clásico; propongo que se dan en él fluctuaciones entre elementos, tanto de realismo como representacionistas. Pero dudaba de esta percepción pues los indicios estaban en contra. Salvo alguna referencia a su amigo Strachey de «ese magnífico Aristóteles» por la lectura de la *Ética Nicomaquea*¹³, no veía ningún contacto con lo clásico. Por eso lo rechazaba como una posible sugestión propia de mi formación clásica. Sin embargo hace poco encontré esta referencia de Moore en el Prólogo de los *Principia Ethica* de 1903:

«Cuando ya había concluido el libro, encontré, en *The Origin of the Knowledge of Right and Wrong* de Brentano, unas opiniones mucho más cercanas a las mías que las de cualquier otro filósofo de la Moral que conozca» (x, 20).

Luego explica las —a su juicio— causas de acuerdo y anuncia una reseña en la que expondrá las de desacuerdo¹⁴. Allí dice que el libro de Brentano es una discusión de los principios éticos fundamentales, de lejos, mejor que muchas otras que conoce (Moore 1903b, p. 115). A su vez —y esto es aún más importante para nuestro trabajo—, Keynes señala en una carta a Lytton Strachey (8 de julio de 1905):

«He estado releyendo los *Principia Ethica* y quiero escribir una larga crítica de ésta —pero es dudoso que lo haga—. También el libro de Brentano al que Moore se refiere en su Prefacio. Este último es el más eminente. Ha arribado prácticamente al Moorismo pero sin el Método —o al menos tiene un método diferente—» (cit. en Bate-man 1996, p. 267).

La cuestión del Método parece accidental. En *Early Believes* Keynes se queja e ironiza sobre la dureza y cierta arbitrariedad

13. Afirma: «nunca se ha hablado con tanto sentido común, ni antes ni después», el 23-I-1906 (citado por Skidelsky (1983) 1986, p. 173).

14. Moore 1903b. Se puede encontrar una exposición de estas similitudes y acuerdos en T. Baldwin 1999.

del método dialéctico de Moore: conminaba a los «apóstoles» a precisar exactamente qué estaban preguntando, qué querían decir¹⁵. Se terminaban discutiendo cuestiones nimias con enorme dificultad y antipatía. Bateman recoge correspondencia entre Strachey y Keynes de 1905 en que se quejan de esto: parece claro que este es el contexto de su referencia al método (Bateman 1996, pp. 20-27). Sin embargo, es patente que el juicio sobre Brentano va más allá de este asunto menor. En su caso Brentano nos debemos ceñir a tener en cuenta sólo este libro, pues no me consta que haya tenido contacto con ningún otro.

Vamos entonces a analizar ahora sucintamente las ideas de Brentano, Moore y Russell sobre gnoseología o teoría del conocimiento, ceñidas a esos escritos, para pasar luego, en el siguiente capítulo, a las de Keynes. En la exposición de los primeros autores destacaré aquellos elementos que pueden tener contacto –sea por coincidencia o diferencia– con los de Keynes. En el capítulo IV haré lo mismo con la metafísica.

4.1. *Brentano*

En el caso de este autor se trata de extraer ideas de gnoseología de un libro que es principalmente de moral. Por eso, aunque no iré más allá de lo que dice en este libro, tendré en cuenta otros escritos de la misma época que exponen sus ideas con mayor claridad.

Para Brentano existen proposiciones que conocemos de un modo natural y que son indiscutiblemente ciertas y universalmente válidas para todos los seres pensantes, aunque no innatas

15. Keynes lo describe como un «puritan and precisian» (*EB*, p. 435). Es muy revelador de esta actitud el modo en que Moore comienza el Prefacio de los *PE*: «Me parece que la ética, así como en todos los otros estudios filosóficos, las dificultades y desacuerdos, de que su historia está llena, se deben a una causa muy simple, a saber, al intento de responder cuestiones sin descubrir antes con precisión *qué* cuestión se desea responder» (p. vii).

(n. 5, p. 22)¹⁶; como el teorema de Pitágoras o las reglas de la lógica (n. 11, p. 27), que no dependen de un querer exterior sino de algo intrínseco. De igual modo que las reglas de la lógica son naturalmente válidas, así son también las de la ética (n. 11, p. 28). Lo importante es la corrección cierta intrínseca, no la apariencia. Su conocimiento es el motivo ético correcto (n. 12, p. 30). ¿Cómo lo obtenemos?

El origen de nuestro concepto de lo bueno, al igual que el del resto de los conceptos, está en ciertas presentaciones intuitivas (n. 18, p. 33). Éstas pueden tener dos tipos de contenidos: físicos o psicológicos. Estos últimos, que dan origen a conceptos como el de bien y verdad, son intencionales, es decir, remiten a algo que se presenta como un objeto (n. 19, p. 34). Siguiendo a Descartes distingue tres tipos de presentaciones con contenido psicológico: i. Las *Ideae*: representaciones (*Vorstellungen*) de los sentidos y conceptos no sensibles (n. 20, p. 35) de los que tenemos una mera contemplación (nota 22, p. 86); ii. Los *Judicia*, en los que hay una segunda relación intencional acerca del objeto de afirmación o negación; y iii. Las emociones (n. 20, p. 36)¹⁷.

Damos un paso más. Las primeras presentaciones –*Vorstellungen*– no son correctas o incorrectas, simplemente se tienen o no. En cambio sí lo son las segundas y las terceras, pues en éstas se da una oposición de intencionalidades (se pueden afirmar o negar). Esto es particularmente importante porque la doble consideración de la realidad, primero, en un acceso intelectual a su esencia en el concepto y, segundo, a su verdad o falsedad por el juicio es condición para una teoría de la verdad adecuada.

Llamamos verdadero a algo cuando la afirmación acerca de éste es correcta. Llamamos bueno a un bien cuando es correcto

16. Consigno los números de página de las citas de esta obra en el texto según la edición española que figura en la bibliografía. En ella constan también dos ediciones inglesas que he consultado: la que leyó Keynes, traducida por Cecil Hague y la posterior, más cuidada, editada por Roderick Chisholm.

17. A. Llano 1999, pp. 230-236 señala la importancia de esta distinción de Brentano y la relevancia que le otorga al juicio.

amarlo (n. 23, p. 38). Ahora bien, usamos las expresiones «verdadero» y «falso» de diferentes modos. Estrictamente son verdaderos o falsos los juicios; derivadamente, lo son las cosas (un verdadero amigo, oro falso).

«Así como decía Aristóteles “ón os alethés”, (lo que es como verdadero), podría decirse también “alethés os ón” (verdadero como lo que es)» (nota 26, p. 90).

Se trata de la distinción aristotélica vista más arriba entre verdad lógica y ontológica. Además hago notar que para Brentano, al igual que en la visión clásica, la verdad o falsedad es de la proposición o juicio. A continuación aclara algo que es muy importante a la luz de lo explicado sobre las consecuencias del representacionismo:

«De la verdad en su más propio sentido se ha dicho muchas veces que es la coincidencia del juicio con el objeto (*adequatio rei et intellectus*, decían los escolásticos). Esta expresión, en cierto sentido exacta, es sin embargo en alto grado propensa a malas interpretaciones, y por eso ha conducido a graves errores. Se ha interpretado esa coincidencia como una especie de identidad entre algo que está contenido en el juicio, o en la representación que sirve de base al juicio, y algo que se halla fuera del espíritu. Pero éste no puede ser el sentido; coincidir significa aquí más bien “convenir”, “estar en armonía”, “corresponder”» (nota 26, pp. 90-91).

Este pasaje revela que entiende perfectamente la teoría clásica. La identidad se da al nivel del concepto: es la forma abstracta de la misma forma real. En cambio, en el juicio hay actos distintos que se adecúan entre sí: el acto de ser y el acto de pensar¹⁸. Por eso es precisamente adecuación en los sentidos que Brentano señala: «ser apropiado», «estar en armonía», «cuadrar», «encajar». Mi interpretación de este texto tiene relación con su crítica a la teoría de la correspondencia:

18. Agradezco esta observación a Daniel Gamarra.

«Brentano defiende una teoría de la verdad evidencia porque quiere brindar una teoría de la verdad epistemológica. Critica la definición de la verdad como correspondencia precisamente porque esta definición no nos provee ese criterio. No puedo comparar mi juicio con el objeto real si no lo conozco ya (cfr. *Warheit und Evidenz*, 1974, p. 28). La única verdad que contiene esta definición es que un juicio verdadero debe estar en armonía con los objetos (...) Esta armonía no es una correspondencia en sentido literal» (Marierje van der Schaar 1999, p. 213).

Es decir, interpreto su crítica a la correspondencia como *identidad* como crítica a la pretensión de isomorfía. Parece tener claro que la correspondencia no es una copia entre la representación y la realidad, como en el representacionismo, sino una armonía o remisión a ésta¹⁹. Tampoco es una identidad. Sin embargo, esta interpretación, al menos para mí, no deja de ser hipotética, basada en el pensamiento general de Brentano.

Ahora bien, siguiendo con el propio Brentano, el hecho de que algo sea afirmado o querido no indica que sea verdadero o bueno inmediatamente. Sólo el juicio evidente es verdadero, con una claridad que no requiere fundamento: la duda sería completamente ridícula (n. 26, p. 42). «El carácter propio del conocimiento evidente, esa claridad y evidencia de ciertos juicios, de la que su verdad es inseparable...» (nota 28, p. 96). Juicio verdadero y juicio evidente son para Brentano la misma cosa (Cfr. Marierje van der Schaar 1999, p. 213). Así, aplicado a lo moral:

«Aquí, pues, y de estas experiencias de un amor caracterizado como justo se origina para nosotros el conocimiento de que algo es verdadera e indudablemente bueno, en toda la extensión que tal conocimiento pueda tener en nosotros. (...) la experiencia del referido acto de amor o de odio debe hacer manifiesta, de un golpe y sin inducción alguna de casos particulares, la bondad o maldad de toda la

19. Es interesante destacar que Brentano critica al lógico alemán Christoph Sigwart por su noción estrecha de ser que no puede explicar un juicio verdadero sobre algo ausente o no existente (pp. 59-73).

clase. Así llegamos, por ejemplo, al conocimiento general de que la intelección como tal es buena» (n. 27, p. 45 y nota 35, p.117).

Esto lleva a algunos filósofos a la tentación de postular juicios universales sintéticos *a priori*, que él rechaza (n. 35, p. 117). Pone algunos ejemplos y trata de mostrar cuáles son esos juicios evidentes para el conocimiento moral. Llega –al menos eso considera Keynes según la cita recogida–, a conclusiones similares a las de Moore.

Puede ser que personas diferentes tengan disposiciones diferentes (nota 28, p. 97). Pero aquello que es visto como evidente por una persona lo es también con certeza para la que lo ve del mismo modo: es algo propio de la naturaleza de la verdad (nota 28, p. 97). Por otra parte, estos hechos indudables bien conocidos han sido razonados correctamente durante miles de años sin requerir reflexión previa alguna acerca de los principios del razonamiento válido. Además, aunque,

«(...) la natural índole es diferente, y muchos gérmenes pueden ser perfeccionados por la educación y la propia orientación ética. Pero basta. La verdad habla, y aun quien no la posea plenamente, oye su voz» (n. 39, p. 59).

En resumen, y según la interpretación que propongo, Brentano encarna la visión clásica con bastante perfección. Hay un plano de verdades lógicas que se imponen con evidencia –la provocada por la necesidad de las mismas en el plano real– causando la certeza. Concluye:

«Todo esto es, en lo esencial, conocido generalmente; sólo unos pocos lo combaten y no sin caer en grandes inconsecuencias» (n. 27, p. 42)²⁰.

20. En efecto, esto, como ya aclaré, no es algo extraño. Hay toda una tradición filosófica que lo ha sostenido. Podemos mencionar al mismo Platón, Aristóteles, Descartes, Leibniz, entre otros autores clásicos, y al mismo Brentano, Oskar Kraus y Moore, más relacionados con este ensayo.

Esto me lleva a las siguientes conclusiones:

1. La teoría de la verdad de Brentano es una teoría de la verdad correspondencia que rechaza el representacionismo. La verdad se da primariamente en el juicio (lógica) y derivativamente en la cosa (ontológica).

2. Se dan en él los tres realismos: ontológico, epistemológico y lógico-semántico.

3. La intuición intelectual –que no elimina el concepto– es un elemento clave de su teoría del conocimiento.

4.2. Moore

Como ya dijimos, Moore es un autor con un pensamiento muy complejo, por las materias que trata, por el modo en que lo hace y por sus cambios de punto de vista a lo largo de su *iter* filosófico. Lo que emprenderé aquí será muy ceñido y escueto: las posturas gnoseológicas contenidas en los *Principia Ethica* y en unos pocos artículos más. Deberíamos tratar de decidir si Moore fue o no realista y de qué modo durante esta época. Obviamente, visto que los especialistas que se pasan la vida estudiando a este difícil Moore no están tan de acuerdo sobre estos puntos, las conclusiones de este breve apartado no tienen la pretensión de ser, ni mucho menos, una última palabra.

Moore también habla de «intuiciones». Son las que llama proposiciones de primera clase, «evidentes de suyo», y se distinguen, no por su origen o su verdad, sino porque son indemostrables (p. ix). Es decir, las intuiciones son proposiciones. Concretamente se refiere a la respuesta a la pregunta acerca de qué es lo bueno en sí mismo. Para poder darla, hay que averiguar qué es el predicado o cualidad *bueno*; no qué cosas son buenas sino cómo hay que definir *bueno*. Resulta entonces que *bueno* es indefinible porque denota una cualidad simple, sin partes. Es indefinible porque, para Moore, sólo puede haber definición de nociones compuestas. Mientras, *lo bueno* sí es definible (nn. 5-10). *Bueno* es una cualidad simple e indefinible (n. 10): es una noción de clase

simple (n. 7). «Bueno es bueno», y no puedo decir más nada. Por eso las proposiciones sobre *lo* bueno son todas sintéticas, no analíticas (n. 6)²¹.

Ahora bien, que una proposición sea evidente por sí misma no es la razón por la que es verdadera (p. ix). Pero entonces, ¿hay alguna relación entre verdad, evidencia y certeza? Daría la impresión de que la dirección va de la verdad intrínseca de la proposición a la certeza a través de su evidencia²². Dice Moore:

«Nunca podremos conocer sobre qué evidencia descansa una proposición ética a menos que conozcamos la naturaleza de la noción que torna ética la proposición» (PE n. 86, p. 135).

Esa noción que la torna ética es precisamente la de *bueno*. Debemos llegar a una proposición sintética, apoyada en una proposición que no se deduce de otra, que simplemente se acepta o rechaza, evidente de suyo, por sí misma, porque no se infiere de ninguna otra (cfr. n. 86, p. 136):

«Los principios fundamentales de la ética deben ser evidentes de suyo (...) la proposición así calificada es evidente o verdadera sólo *por sí misma*; (...) no significa que la proposición sea verdadera, porque es evidente para ti, para mí, o para toda la humanidad» (n. 86, p. 136).

«Que nos parezca verdadera» puede ser la *causa* de que nosotros afirmemos su verdad pero no la razón lógica de su verdad, que

21. Una proposición es analítica, según la definición de Kant, cuando el predicado está contenido en el sujeto: no le agrega nada. Una proposición es sintética cuando el predicado no está contenido en el sujeto: le agrega esa propiedad. En el caso de bueno, si bueno sólo es bueno y no es otra cosa natural –afirmar lo contrario, para Moore, es caer en lo que él denomina «falacia naturalista»–, necesariamente agrega algo al sujeto y esa proposición es sintética.

22. Como se señala en Davis 1994 respecto a la doctrina de Moore, «la certeza que tenemos acerca de las proposiciones verdaderas proviene de su verdad, no a la inversa. Podemos estar ciertos de que algo es verdadero sólo cuando ya es auto-evidente» (p. 15).

es la razón de que no tengan razón (o explicación, pues es lo más simple), «la razón de porqué es verdadera *la proposición misma*» (n. 86, p. 136). Ahora bien, aunque la evidencia de la proposición no sea la *causa* («razón lógica») de su verdad (que es algo intrínseco de ésta) nos sirve como razón para mantenerla. La intuición no reemplaza las razones lógicas de la verdad de la proposición:

«La intuición sólo puede suministrar una razón para *sostener* que cierta proposición es verdadera; esto, empero, debe hacerse cuando tal proposición es evidente de suyo, cuando, de hecho, no hay razones que prueben su verdad» (n. 86, p. 137).

Hasta ahora podemos afirmar una dirección clásica en el conocimiento, no cartesiana: la certeza no garantiza la verdad, sino al contrario, hay certeza porque hay verdad y evidencia.

La verdad hasta aquí es de la proposición, no por la evidencia, sino en sí misma, lo que la hace evidente. Hay una relación entre evidencia y verdad. La proposición verdadera por sí misma es evidente. En fin, la evidencia proviene de la verdad de la proposición. Hemos llegado a la verdad de una proposición que la hace evidente.

A esta altura podríamos preguntarnos. ¿Dónde se apoya o de dónde proviene la verdad de la proposición? ¿Qué tipo de relación establece la proposición con la realidad para ser verdadera? En *Principia Ethica* no dice mucho. Comienza con el epígrafe del Obispo Butler: «Everything is what it is, and not another thing», que nos podría hacer pensar en una verdad fundada en el ser. Podría alinearse con esta presunción que los juicios sobre lo *bueno en sí* son aquellos de los que no podemos dar ninguna razón (n. 90, p. 141). Para responder debemos adelantar algunas nociones metafísicas mooreanas.

Los estudiosos de Moore (por ejemplo, J. H. Sobel, H. Hochberg, G. Bergman, T. Regan) ensayan diversas interpretaciones de su metafísica según el texto y la época. En este contexto nos interesa lo que pudo haber leído e interpretado Keynes. Con todas las precauciones que se deben tomar respecto del texto de «My Early Beliefs», sería razonable tener en cuenta este pasaje:

«El Nuevo Testamento es el libro de cabecera de los políticos comparado con el carácter no mundano del capítulo de Moore sobre el ideal. No he conocido algo igual en la literatura desde Platón. Y es mejor que Platón porque estaba casi absolutamente al margen de tendencias. Difundía la belleza de la transparencia de la mente de Moore, la intensidad pura y apasionada de su visión, sin tendencias ni disfraces. Moore tuvo una vez una pesadilla en la que no podía distinguir las proposiciones de las mesas. Pero aún cuando estaba despierto, no podía distinguir el amor, la belleza y la verdad de los muebles. Compartían la misma definición de perfil, las mismas cualidades estables, sólidas, objetivas y la *common-sense reality*» (CW, X, p. 444).

La clave está en la asignación de realidad a las proposiciones y las cualidades universales mencionadas. Esto nos remite a varios trabajos de Moore de aquellos años. Para Moore los conceptos universales tienen una realidad muy especial y las realidades naturales están compuestas por aquéllos. «Todo lo que existe está compuesto por conceptos relacionados necesariamente entre sí de maneras específicas y, del mismo modo, con el concepto de existencia» («The Nature of Judgment», de ahora en más, «NJ», de 1899, p. 181). La verdad es uno de esos conceptos, un concepto simple que no puede depender de otros: «nuestra conclusión es que la verdad es en sí misma un concepto simple; que es lógicamente previa a cualquier proposición» («NJ» p. 182). «La verdad o falsedad no dependen de la relación de *nuestras* ideas con la realidad» («NJ» p. 177). El concepto (*Begriff*), para Moore, no proviene de la abstracción de nuestra idea (*Vorstellung*)²³. Estas afirmaciones de Moore, al igual que otras de Russell, hay que verlas en el contexto de la oposición al idealismo que para los ingleses tiene el nombre del Obispo G. Berkeley y que había resurgido en sus tiempos en autores como F. H. Bradley, B. Bosanquet, T. H.

23. Estas afirmaciones de Moore, al igual que otras de Russell, hay que verlas en el contexto de la oposición al idealismo que para los ingleses tiene el nombre del Obispo G. Berkeley y que había resurgido en sus tiempos en autores como F. H. Bradley, B. Bosanquet, T. H. Green o J. E. M. McTaggart. En estos artículos de Moore el referente es Bradley.

Green o J. E. M. McTaggart. En estos artículos de Moore el referente es Bradley. Las dificultades de los idealistas, sigue Moore, «proviene inevitablemente de tratar de explicar los conceptos en términos de algún hecho existente, sea mental o de cualquier otra naturaleza» («NJ» p. 178). El concepto no es un hecho mental. «Si un juicio es falso esto no es porque mis ideas no corresponden a la realidad, sino porque no se encuentra entre existentes tal conjunción de conceptos» («NJ» p. 179). Los conceptos son objetos posibles de pensamiento, pero esto no los define, deben *ser* algo ya; son independientes de que alguien los piense, no cambian. El mundo está formado por conceptos, únicos objetos de conocimiento que no son abstracciones de las cosas ni de las ideas (cfr. «NJ» p. 182). Ahora bien, los conceptos para Moore no existen (en el sentido de existir en el tiempo) pero tienen una realidad lógica independiente del pensamiento (cfr. *PE* n. 26, p. 38).

La existencia misma es un concepto, lógicamente subordinado al de verdad (quizás nos encontramos frente a lo que en filosofía se llama una concepción modal de la existencia). Algo existe si es verdadero, no a la inversa. Si la proposición «este papel existe» es verdadera esto significa que los conceptos relacionados en el concepto de este papel también están relacionados de un modo específico con el de existencia. «Este modo específico es algo conocido inmediatamente, como rojo o dos» («NJ» p. 181). «Su verdad o falsedad deben ser propiedades inmediatas por sí mismas» («NJ» p. 192). El mismo existente es una proposición (una proposición existencial verdadera), puesto que no es entendida como algo subjetivo sino como la combinación de conceptos afirmada.

Lo único substantivo (pero no existente) es el concepto. Éste forma parte o es ejemplificado en los objetos existentes (en su momento, volveré sobre la ontología de Moore). Según contaba Keynes, para Moore las proposiciones son las mesas. Ahora bien, esta curiosa entidad de los conceptos no menoscaba la de los entes naturales. En directa relación con Berkeley en «The Refutation of Idealism» («RI») de 1903, Moore dice sobre la existencia de las cosas materiales que tiene la misma evidencia que la de las sensaciones. La conciencia *del (of)* azul me remite al azul. Por

eso cuando Berkeley dice que sólo tengo conciencia de mis sensaciones o ideas se equivoca. También,

«(...) cuando Kant supuso que la objetividad de las cosas en el espacio *consistía* en el hecho de que eran “*Vorstellungen*” [representaciones] que tienen relaciones diferentes de aquellas que las mismas “*Vorstellungen*” tienen con otra en la experiencia subjetiva, suponía lo que era igualmente falso. Soy tan directamente consciente de la existencia de cosas materiales en el espacio como lo soy de mis propias sensaciones; y de *lo que* soy consciente en relación a cada una es exactamente lo mismo –es decir, que en un caso la cosa material y en el otro caso mi sensación realmente existen–. Por tanto, la pregunta que ha de hacerse respecto a las cosas materiales no es, ¿qué razón tenemos para suponer que existe algo que *corresponde* a nuestras sensaciones?, sino, ¿qué razón tenemos para suponer que las cosas materiales *no* existen puesto que su existencia tiene precisamente la misma evidencia que nuestras sensaciones? (...) La única alternativa *razonable* a la admisión de que la materia existe *tanto como* el espíritu, es el escepticismo absoluto –parezca o no, no existe *nada* en absoluto–. Todas las otras suposiciones –la del agnóstico, que, al fin, algo existe, como la del idealista, de que el espíritu existe– son, si no tenemos motivos para creer en la materia, tan sin fundamentos como las más grotescas supersticiones» («RI» p. 453).

Tras esta larga cita podemos volver a las preguntas acerca de la teoría de la verdad mooreana. Ante todo, es significativa la crítica de las *Vorstellungen* kantianas. Se trata de una crítica del representacionismo. En cambio, Moore parece afirmar un acceso directo a la realidad, no a sus representaciones. La verdad del juicio evidente consiste en su identidad con la conjunción de conceptos que se da en la realidad. Es decir, la verdad o la falsedad se dan en el ámbito ontológico independientemente de que sean conocidas o no. Queda clara su contraposición con los idealistas, su lucha para liberarse del Absoluto de Bradley que se manifiesta también en el epígrafe de *Principia Ethica* de Butler, ya citado y que compartía con Russell (cfr. Passmore, 1968, pp. 204-209). La verdad de las proposiciones se apoya tanto en la realidad que los entes naturales están compuestos o son casos de los conceptos

(que tienen una entidad autónoma de la mente) que forman la misma proposición. Es interesante la correlatividad entre la crítica a la correspondencia (la cursiva en *corresponde* es suya) y otras dos afirmaciones del mismo artículo. Una está contenida en una digresión y dice que lo que hace de la sensación un hecho mental parece escaparse; «parece, si puedo usar una metáfora, que es transparente— miro a través suyo y no veo más que el azul» («RI» p. 446). El efecto sería el mismo que el de la teoría del conocimiento clásica: paso a través del hecho mental, que permanece inadvertido, hacia la realidad significada. La segunda afirmación es cuando señala que un sentido en el que «azul» podría propiamente ser considerado contenido de la sensación, es aquél en que «contenido», como *eidos*, es opuesto a sustancia o materia («RI» p. 448), es decir, agrego yo la forma. Son ideas que tienen un curioso sabor aristotélico, a pesar de las evidentes diferencias del pensamiento del filósofo de Estagira con el de Moore, de resonancias predominantemente platónicas²⁴.

Lo que en cualquier caso resulta bastante claro es que la teoría de Moore no es representacionista en el sentido de detenerse en la representación. Hay unos «medios» —proposiciones, conceptos— con la curiosa propiedad de no ser «mediáticos»: por su misma naturaleza nos conectan directamente con la realidad.

En 1989 Stewart Candlish acuñó el término «Identity Theory of Truth» para denominar la teoría de la verdad de Moore y las

24. D. Dall'Agnol 2003 explora las fuentes aristotélicas de Moore en orden a encontrar similitudes y diferencias en el campo ético. Cuando en este ámbito —el mismo Moore, Keynes, Russell, etc.— hablan de «platónico» no hay que tomarlo al pie de la letra. Se está queriendo expresar que los conceptos o ideas tienen una realidad extra-mental que puede ser aún más radical que la misma realidad empírica, son simples y conocidas por un acto intuitivo. Sólo con muchas precisiones y definiendo previamente la interpretación que se dará a la época platónica que se tomará como referente se podría decir que Moore, por ejemplo, es platónico. Muchísimo más cuidado habría que tener respecto a Keynes, de cuyo platonismo hablan varios autores: Fitzgibbons 1988, *passim*, Bateman 1996, *passim*, Davis 1994, *passim*. Para un estudio sintético de estas cuestiones en Platón, cfr. Allan Silverman, <http://plato.stanford.edu/entries/plato-metaphysics>. Es especialmente lúcido el capítulo correspondiente (el 3) de Llano 1999.

correspondientes también a una época del mismo Bradley y de Russell (también de filósofos como Plotino, Bolzano, Meinong y Frege). Así la define Candlish en su artículo de la *Stanford Encyclopedia of Philosophy*:

«La enunciación más simple y general de la teoría de la verdad de la identidad es que cuando el soporte de una verdad [*a truth-bearer*] (p. ej., una proposición) es verdadera, hay un productor de la verdad [*a truth-maker*] (p. ej., un hecho) con el que es idéntico y la verdad del primero *consiste en* su identidad con el último. La teoría se entiende mejor por contraste con un rival como la teoría de la correspondencia, según la cual la relación entre el *truth-bearer* y el *truth-maker* es de correspondencia más que de identidad»²⁵.

«Guardamos» una cita de Moore para este momento:

«una verdad no difiere de ningún modo de la realidad con la que se supone que meramente corresponde: p. ej., la verdad de que yo existo no difiere de modo alguno de la correspondiente realidad –mi existencia»²⁶.

Aquí no importa tanto si son universales o particulares (como en este caso): la realidad existente es la que es verdadera y es conceptual. «El mundo está formado por conceptos» («NJ» p. 182), dice Moore. Se trata de un realismo extremo que tiene rasgos platónicos (con la salvedad ya recordada). Los conceptos constituyen o son ejemplificados por los particulares. En efecto, para Moore, como vimos, las proposiciones que son verdaderas son las reales: la realidad es la totalidad de las proposiciones ver-

25. 2002. La inclusión de Bradley tiene sus problemas (que no vienen al caso aquí), puesto que la suya es una teoría de la verdad identidad de rasgos hegelianos, distinta de la de los otros pensadores mencionados. Cfr. el mismo Candlish y T. Baldwin, 1991, I. Aprovecho para señalar que Bateman 1996 es consciente de esta orientación de Moore (cfr. p. 39) y Russell (cfr. p. 48) en esa época. También parece serlo Davis 1994 (cfr. pp. 10 y 82).

26. «Truth», en *Dictionary of Philosophy and Psychology* (ed. J. M. Baldwin), New York: MacMillan, 1901, p. 717: citado por T. Baldwin 1991, p. 40.

daderas. Dentro del conjunto de conceptos y de proposiciones formadas por conceptos, los verdaderos son la realidad.

Pero la anterior identificación le conduce a una duda persistente. Cuando no se distingue, como le pasa, concepto, proposición y realidad (el *sentido* del *referente*, dicho en términos de Frege) se fluctúa entre identificar las proposiciones verdaderas con los hechos, o reducir los hechos a proposiciones (cfr. Llano 1984, pp. 79 y 82). No hay inconveniente en la identificación concepto-realidad: la forma es la misma, es de la realidad y está en la mente como conocida. Sí hay inconvenientes en la identificación proposición-realidad, pues sí son distintas y se elimina la posibilidad de la falsedad o se transforma lo falso en real (cfr. Llano 1999, pp. 110-111). ¿Qué es primariamente la realidad: hechos que se identifican con proposiciones, o proposiciones que componen los hechos? Moore en «The Nature and Reality of Objects of Perception» (1905), prosiguiendo su crítica del idealismo, distingue, como lo había hecho en «Refutation of Idealism», la sensación, lo que de hecho vemos o el dato de los sentidos, del objeto sentido o percibido. Cuando vemos dos libros en un estante, lo que de hecho vemos son dos manchas de color, pero nos referimos a dos libros en el estante. El objeto no queda incluido en la sensación. Parecería entonces que la alternativa más plausible sería la primera.

Entonces, ¿qué realismos hay en Moore? Los tres: el ontológico, el lógico-semántico y el epistemológico. Hay una realidad distinta e independiente de nuestra mente, hay criterios de verdad de las proposiciones también independientes de nuestra mente y podemos conocer esa realidad. Esto se puede afirmar sin entrar a analizar más cuidadosamente el impacto que tiene sobre una metafísica un estatuto ontológico como el asignado por Moore a los conceptos²⁷. En último caso, queda el «existente concepto de existencia» como tabla de salvación de lo que sería un idealismo absoluto (posición, por otra parte, que él estaba empeñado en re-

27. Al respecto, A. Millán-Puelles 1990, p. 256 opina que en Moore hay una atribución de ser a algo irreal: la primera opción.

futar). Pero, debemos agregar siguiendo a Millán-Puelles, todo esto no se da sin una cuota de confusión por parte de Moore: «fusión (con-fusión) del inauténtico ser de la objetualidad con el genuino ser de la existencia efectiva» (Millán-Puelles 1990, p. 257).

Tampoco hay que pensar que Keynes no se haya apartado un ápice de Moore. Hay varios temas en los que Keynes no está de acuerdo con Moore: están muy bien estudiados por varios autores²⁸. Davis y Bateman se detienen en esto con especial atención (tanto en el contenido mismo de las objeciones de Keynes como en las vicisitudes históricas involucradas), pues esas críticas están en el camino de lo que para ellos es un cambio en la filosofía de Keynes²⁹. Sin embargo, a comienzos de 1906, después de muchas dudas, Keynes le dice a Strachey que «está con Moore» en absolutamente todo:

«algo se dio en mi cerebro y ví todo con enorme claridad en un *flash* (...) no es una cuestión de argumentos; todo depende de un particular *twist* en la mente» (citado por Bateman 1996, p. 36, cursiva agregada).

Cercano a esta afirmación es su comentario aprobatorio precisamente del trabajo «The Nature and Reality of Objects of Perception» (1905) recién citado. Éste, fuera de *Principia Ethica*, es el único trabajo de Moore que Keynes cita en el *Treatise on Probability*. El contexto es pertinente: el argumento de Moore —la validez de la *direct inspection*—, llevado al campo de la probabilidad, dice Keynes, confiere a ésta una certeza que no obtendría por otros métodos.

28. Por ejemplo: su concepción del ámbito de aplicación de la noción de todo orgánico, la descripción del proceso de conocimiento, la extensión de los entes indefinibles, su crítica del utilitarismo de Moore en relación a la acción recta.

29. Davis 1994, pp. 23-28 y 72-86; Bateman 1996, pp. 20-33. Parecería, según ellos muestran, que 1905 fue el año del distanciamiento, en relación a la indefinibilidad de las cualidades simples, en materia de teoría del conocimiento.

En resumen, según mi interpretación del pensamiento gnoseológico de Moore pertinente a su posible influencia en Keynes, podemos señalar que:

1. Hay, al igual que en Brentano, un rechazo implícito al representacionismo; es decir, no conocemos la representación sino la realidad. La representación o bien nos lleva o bien es la misma realidad.
2. Hay ciertas proposiciones cuya verdad intrínseca («verdaderas en sí mismas») las hace evidentes y provocan certeza. Las llama intuiciones.
3. La teoría de la verdad de esta época de su pensamiento es una teoría de la verdad identidad (una forma extrema de la teoría de la verdad correspondencia).
4. Moore sería realista en los tres sentidos analizados en este trabajo.

Con lo anterior tenemos un panorama del pensamiento lógico y gnoseológico de Moore correspondiente a su primera etapa. Ya veremos qué quedó de estas ideas en Keynes.

4.3. Russell

De Russell, decía, Keynes sólo cita en el *Treatise on Probability* los *Principia Mathematica* (escritos junto con Whitehead de 1910 a 1913). Pero, sin duda, leyó otros trabajos suyos de esta época. En «My Early Beliefs» cita los *Principles of Mathematics* de 1903³⁰. También parece que le influyó la reseña de Russell al libro de Moore de 1904 (cfr. Bateman 1996, pp. 26, 41 y 61). Es probable que haya tenido presentes el estudio sobre Alexius Meinong (1904), ideas de «On Denoting» (1905), «Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description» (1910) y algunos de los trabajos recopilados en *Philosophical Essays* de 1910, y *The Problems of Philosophy* de 1912.

30. Señala que se publicó el mismo año que los *PE*. Russell, dice Keynes, aportó el método para manejar el material contenido en los *PE* (pp. 438-439).

También dije que Russell sostuvo, siguiendo a Moore, una doctrina acerca de la verdad que luego fue considerada dentro del grupo de las teorías de la verdad identidad. Después desarrolló sus diversas versiones de la teoría de la verdad correspondencia.

Al comenzar a hablar sobre sus teorías de la verdad, Alfred Ayer dice de Russell:

«Su postura original fue que la creencia era una actitud mental que tenía por objeto una proposición, que Russell consideraba como una entidad objetiva genuina» (A. J. Ayer 1972, p. 63).

En efecto, en su serie de artículos sobre la teoría de los complejos de Meinong, comienza reconociendo su deuda con Moore. Luego denomina «proposición» a lo Objetivo (*Das Objectiv*) del juicio de Meinong (lo conocido):

«Este Objetivo del juicio es lo que (siguiendo a Mr. G. E. Moore) he llamado una proposición: es al Objetivo a lo que se aplican palabras tales como verdadero y falso, evidente, probable, necesario, etc. Que hay Objetivos queda abundantemente claro por sus casos (*instances*). Cuando decimos “es cierto que la evidencia no ha concluido” no es el juicio sino el Objetivo lo que es cierto» (Russell, 1904, p. 350).

Aparece una proposición identificada con un «Objetivo» como contenido del juicio. Esto viene exigido por la solución del dilema de las afirmaciones sobre algo falso. Si el juicio remite directamente a la realidad, ¿cómo puede haber un juicio sobre algo falso? Por eso necesito un intermediario con un cierto ser que sólo en una segunda instancia se define si es verdadero o falso. La verdad o falsedad pertenece al Objetivo (p. 351). Pero ya se nota, a mi juicio, algo de lo que vendrá después. A Russell le sorprende como «curiosa dificultad» que para Meinong el Objetivo (que él ha denominado proposición) no pueda ser objeto de una presentación, sino de un juicio (cfr. p. 350). Aunque está asumiendo la teoría de la verdad identidad, ésta le crea problemas. Se siguen observando en el tercer artículo sobre Meinong (también de 1904).

De poco tiempo antes (1903) es *The Principles of Mathematics*. Allí también encontramos afirmaciones que tienen resonancias tanto de Meinong como de Moore (de hecho, reconoce su deuda con él en materia filosófica)³¹. Toda expresión lingüística expresa algo que tiene un cierto ser (*being*), no necesariamente existente en el espacio y tiempo. El ser pertenece a todo término concebible que puede formar parte de una proposición, sea verdadera o falsa: los números, los dioses homéricos, las relaciones, las quimeras, espacios de cuatro dimensiones, etc. (parágrafo 427, Russell (1903) 1972, p. 449). En «On Denoting» (1905) acaba con esto: en la teoría de Meinong, afirma, se admiten objetos que no *subsisten*. Y concluye: «esto es intolerable» (p. 483). Quine (1968) hace notar esta evolución del realismo de Russell.

En Russell la teoría de la verdad identidad ya desde el principio y crecientemente va deslizándose hacia la teoría de la verdad correspondencia. En realidad, ya vimos que la teoría de la verdad identidad es un extremo de la de la verdad correspondencia: los términos comparados corresponden tanto que se identifican, son lo mismo. Se puede observar una actitud fluctuante tanto en «On Denoting» (1905) como en «On the Nature of Truth» (1906). Por una parte, sigue preocupándole la cuestión de la falsedad señalada más arriba; la afirmación de falsedades objetivas le parece increíble³²:

«(...) la verdad o falsedad de un juicio tiene siempre una base objetiva, y parece natural preguntar si hay verdades y falsedades

31. Dice allí: «mi posición en todos estos asuntos principales se deriva del señor G. E. Moore. Acepté de él la naturaleza no existencial de las proposiciones (salvo las que afirman existencia) y su independencia de toda mente cognoscente —también el pluralismo que ve el mundo, tanto el de los existentes como el de las entidades, como compuesto de un número infinito de entidades mutuamente independientes, cuyas relaciones son elementales y no reducibles a adjetivos de sus términos o del todo que éstos componen», citado por Passmore, 1968, pp. 225-226.

32. Este artículo de Russell apareció en los *Proceedings* de la *Aristotelian Society* y fue recogido, cortado en dos e incompleto, en los *Philosophical Essays* de 1910. La referencia proviene de la edición española: Russell (1910-1966) 1980, cfr. p. 220.

objetivas que constituyan los objetos de los juicios verdaderos y falsos, respectivamente. Respecto a las verdades, esta opinión es altamente plausible; pero respecto de las falsedades, es lo contrario mismo de la plausibilidad» (p. 217).

Pero por otra parte, para Russell la verdad tiende a radicarse en lo objetivo, no en la proposición, que recibe la verdad del objetivo. La solución al problema de la falsedad propuesta en este trabajo tiene un asiento objetivo:

«(...) el juicio es una relación de la mente con otros varios términos: cuando estos otros términos tienen *inter se* una relación «correspondiente», el juicio es verdadero; cuando no, es falso. Esta opinión, que creo es la única correcta, puede ser ahora explicada y desarrollada (p. 223) (...). [T]odo juicio es una relación del espíritu con varios objetos, uno de los cuales es una relación; el juicio es *verdadero* cuando la relación que es uno de los objetos relaciona los demás objetos; de otro modo es falso» (p. 226).

En opinión de Baldwin, aún en *The Philosophy of Logic Atomism* quedan residuos de la vieja teoría (cfr. 1991, p. 48).

Pero, ahora bien, fuera de este posible rasgo de la teoría del conocimiento de Russell ¿qué debemos agregar para completar lo que Keynes pudo haber recibido de él?

Para empezar, su mismo proyecto. Lo que Russell hizo respecto a las matemáticas –su exposición en términos lógicos– es lo que Keynes quiere hacer respecto a la probabilidad en el *Treatise on Probability*: la matemática deductiva al igual que la probabilidad inductiva son, para Keynes, partes de la lógica. Del mismo modo que Russell y Whitehead trataron la lógica de la deducción, él quiere tratar la de la inducción (cfr. Bateman 1996, p. 48). Para Russell, en consonancia con el programa de la filosofía analítica que él inspira, la lógica es también fundamental para un riguroso estudio filosófico de la realidad. Debe distinguirse cuidadosamente de la psicología.

También debemos tener en cuenta que para Russell, como dice en el ensayo acerca de Meinong: «cuando la proposición es verdadera, es conocimiento [*knowledge*]» (1904, p. 523). Es una

idea que se repetirá en obras posteriores y que responde a una concepción habitual acerca de la noción de conocimiento, tal como lo he señalado antes. La encontraremos en Keynes.

Otro elemento de aquellos primeros años fue la modificación que supusieron «On Denoting» y «Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description» (1910) de la teoría del significado. En los *Principles of Mathematics* cada palabra tenía un significado y cada significado una entidad. Russell busca cómo quitarle entidad a algunos de los significados que no eran entidades existentes. Distingue entonces conocimiento por familiaridad [*acquaintance*] y por descripción. El primero incluye la aprehensión sensorial directa de los *sense-data* y la conciencia reflexiva de un universal «instanciado» por este particular³³. «Tenemos familiaridad en la sensación con los datos de los sentidos externos y en la introspección con los datos de los que podrían llamarse sentidos internos –pensamientos, sentimientos, deseos–» (Russell (1912) 1997, p. 51). El segundo es meramente proposicional: sólo brinda información: es una *denoting phrase*. Pero toda proposición debe componerse de elementos que puedan ser «acquainted» (Russell 1905, p. 492.): «todo pensamiento debe comenzar por la familiaridad» (p. 480).

En síntesis, se va observando en Russell una paulatina desconexión de la realidad y una simultánea conexión con las presentaciones de esa realidad. Sin embargo, no pierde la conexión entre presentaciones y realidad. No obstante lo cual también podemos adscribirle los tres realismos –ontológico, semántico y epistémico–. En cuanto a la teoría de la verdad estamos en el marco de una teoría correspondencia.

Habiendo recorrido el costoso camino del pensamiento de los antecesores de Keynes, en el próximo capítulo veremos qué po-

33. Adopto las palabras «instanciación», «instanciado», «instanciar», no existentes en el idioma español, para traducir *instantiation*, *instantiated*, *instan-tiate*. Una «instanciación» es un caso particular o concreto de un universal, o un caso que ejemplifica o prueba una teoría. Corresponde aproximadamente a los términos españoles más cercanos: «caso» o «ejemplo».

demos sacar de todo lo anterior para tratar de entender mejor su teoría del conocimiento. Moore, Russell y Brentano creen que es posible descubrir la melodía. Es un buen antecedente para que Keynes también lo crea o para que al menos piense que vale la pena intentarlo.

III

LA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO DE KEYNES

*Our Lord is great and almighty;
his wisdom can never be measured,*
Ps. 146.

Lawson, como vimos al principio del capítulo anterior, habla de una «orientación realista» en Keynes. Confirmarlo implica preguntarse por las tres formas de realismo que hemos considerado, por su teoría de la verdad y por su teoría del conocimiento. Lawson después de afirmar esta orientación pasa directamente a mostrar cómo Keynes se ocupó de tener en cuenta el objeto de estudio en las diversas etapas de sus escritos, que es lo que le interesa al economista. Pero no hace un análisis propiamente lógico, gnoseológico y metafísico de sus ideas¹. Confiamos en que el

1. Davis 1994, en cambio, desarrolla en parte las ideas gnoseológicas de Moore y Keynes, identificándolas con una teoría referencial del lenguaje y las critica desde una visión pragmatista. A mi juicio el punto de vista crítico pragmatista le hace poner el acento en algunos aspectos y omitir otros. Aquí trataré de abstraerme de cualquier punto de vista externo al pensamiento de Keynes, Brentano, Moore y Russell.

previo análisis de los antecedentes –Brentano, Moore y Russell– nos ayudará a dirimir el sentido de su teoría del conocimiento y de su ontología. En este capítulo me ocuparé de la verdad y el conocimiento. Keynes no hace una exposición sistemática, más aún, según afirma, trata de evitar los problemas epistemológicos.

¿Cuáles son los trabajos de Keynes que han de considerarse para el análisis gnoseológico y ontológico? El principal es el *Treatise on Probability*. El motivo es que es casi su única obra filosófica y, en todo caso, la más importante. En segundo lugar, se deben tener en cuenta los «Apostle papers», monografías no publicadas que presentó a la Sociedad de los Apóstoles durante sus años de interés filosófico en Cambridge: 1904-1906. También «My Early Beliefs», ya citado varias veces. Finalmente, puede haber elementos relevantes en otras obras económicas y políticas o en obras menores. Éstos se deberán extraer con sumo cuidado pues habrá que advertir si ha cambiado el sentido de algún término. Pero es una tarea importante, pues es el modo de descubrir –hasta donde esto sea posible– si hubo algún cambio en sus ideas filosóficas.

La secuencia del capítulo será la siguiente. Primero expondré la teoría del conocimiento de Keynes y mi interpretación de ésta. Después pondré atención en los posibles antecedentes de esta teoría. Finalmente haré un balance y síntesis de mi interpretación de su postura acerca del conocimiento y la verdad. Veremos cómo para Keynes es posible descubrir la melodía. Ciertamente habrá muchas orquestaciones y fugas, pero por fin accederemos a la melodía misma, aunque en algunos casos sólo sean ecos tenues.

1. *Su teoría del conocimiento*

1.1. *Una rama de la lógica*

Una primera aclaración que se puede considerar epistemológica pero que tiene connotaciones gnoseológicas y ontológicas es que Keynes –en el Prefacio del *Treatise on Probability*– declara

que, siguiendo a Leibniz, concibe la probabilidad como una rama de la lógica; al mismo tiempo se lamenta de que los ejercicios algebraicos hayan reemplazado a las investigaciones del filósofo acerca de los procesos de las facultades humanas que guían nuestras elecciones determinando preferencias razonables (p. v). A la luz de lo que hemos visto antes, este punto de partida supone ya toda una posición. El problema no es matemático ni psicológico: es lógico. Es decir, Keynes pretende la misma objetividad que Brentano y Moore pretendieron para la ética y la que Russell pretendió para la matemática y el conocimiento filosófico, aplicado al campo de la probabilidad. La razón lógica es independiente de la naturaleza psicológica de nuestro conocer. Keynes la aplica a una forma del conocer, la probable. En la mayoría de las ramas de la lógica, afirma, las conclusiones contienen una certeza demostrativa. Pero hay ramas de la misma lógica, la metafísica y la conducta en que los argumentos son racionales y tienen cierto peso sin pretender certeza². Concluye entonces,

«Si la lógica investiga los principios generales del pensamiento válido, el estudio de los argumentos a los que resulta racional asignar cierto peso, es tanto una parte de ella como el estudio de los argumentos demostrativos» (p. 3). «Mi Tratado se ocupa de la teoría general de los argumentos que partiendo de premisas arriban a conclusiones que son razonables pero no ciertas» (p. 98)³.

Hecha esta aclaración, entramos en materia. Comenzamos con el proceso del conocer, tal como es descrito en el *Treatise on Probability*, luego surgirán sus facultades y las cuestiones de la verdad, la certeza y la probabilidad. Cobrará especial importancia el análisis de la intuición.

2. En una nota al pie dice que hasta finales del siglo XVII la rama de la lógica que se ocupó de la probabilidad fue la lógica modal (p. 16, nota 1).

3. Como se ve, ya aparece la expresión «teoría general» que luego usaría en su libro más famoso. Se repite nuevamente al incluir en ella la idea de la frecuencia estadística: «(L)a teoría de este Tratado es la teoría generalizada» (p. 104).

1.2. *El conocimiento*

El conocimiento, para Keynes, comienza con las cosas (*things*) de varias clases (*classes*) con las que tenemos una familiaridad *directa* (*direct acquaintance*) (p. 12): sensaciones que *experimentamos*, ideas que *comprendemos* y hechos, características o relaciones de datos sensoriales o significados que *percibimos*: sensación de «amarillo», significado de «amarillo», «color», «existencia». También tenemos familiaridad directa con relaciones lógicas (p. 13).

Nos hemos encontrado con la palabra *acquaintance* en Russell; no así en Moore. Para Russell eran objeto de *acquaintance* los datos de los sentidos externos e internos⁴ y universales como blancura o diversidad «instanciados» en nuestra experiencia (*The Problems of Philosophy*, (1912) 1997, pp. 51-52). En Russell el conocimiento por familiaridad, por contraste al conocimiento por descripción, provee más que información proposicional, pretende ser referencial. También se pudo haber inspirado en Brentano con sus presentaciones intuitivas de lo que se nos da por los sentidos y los conceptos; o en otras fuentes, pues no es una propuesta especialmente original.

Ahora bien, en la familiaridad directa aún no tenemos conocimiento. Este último surge a partir de allí. Del mismo modo que los objetos de la familiaridad directa son sensaciones, significados y percepciones, «llamaré *proposiciones* a los objetos del conocimiento y la creencia» (p. 12). Nos encontramos con un término, el de proposición, que estaba en Brentano, Moore y Russell. En los dos últimos se identifica con la realidad cuando ésta es verdadera. Brentano las distingue.

Nuestro conocimiento de las proposiciones puede ser directo, como resultado de la contemplación de esos objetos de familiari-

4. En los *Ensayos Filosóficos* de 1910 (Russell (1910-1966) 1980), que recoge algunos escritos previos, hay numerosas referencias a hechos corrientes de la percepción (pp. 125, 182, 227), la verdad propia de la percepción (p. 227), etc.

dad directa, o indirecto, *por argumento*, percibiendo la relación de probabilidad de la proposición que queremos conocer en relación a otras proposiciones (cfr. p. 12).

Detengámonos un momento en el conocimiento indirecto. En la primera página dice que una parte de nuestro conocimiento (*knowledge*) se obtiene directamente, y parte por argumento. La Teoría de la probabilidad se ocupa de este último y trata acerca de los grados en que los resultados son conclusivos o no. «El grado más alto de la creencia racional, la creencia cierta (*certain*), corresponde al *conocimiento (knowledge)*» (p. 10). Siguiendo lo que ya vimos en Russell, la definición de conocimiento lleva consigo la de certeza y verdad:

«Así el conocimiento de una proposición siempre corresponde a la certeza de creencia racional en ésta y al mismo tiempo a la verdad de hecho [*actual*] en la proposición misma. No podemos conocer una proposición a menos que sea de hecho [*in fact*] verdadera» (p. 11).

En el conocimiento indirecto no conocemos la proposición misma sino una proposición secundaria que la incluye.

«Cuando conocemos una proposición secundaria que incluye la proposición *p* como sujeto, podemos decir que tenemos conocimiento indirecto *acerca de [about] p*. En condiciones apropiadas el conocimiento indirecto conduce a la creencia racional en *p* de un grado apropiado. Si este grado es de certeza, luego no tenemos conocimiento indirecto meramente *acerca de p*, sino conocimiento indirecto *de [of] p*» (p. 12).

Pasamos del conocimiento directo de una proposición al indirecto de otra mediante la familiaridad directa con la relación lógica entre ellas: esta familiaridad directa permite el conocimiento directo de la proposición secundaria que afirma la relación de probabilidad que, a su vez, posibilita el conocimiento indirecto *acerca de o de* la proposición primaria (cfr. p. 13). No siempre se puede conocer bien este proceso, sobre todo *cuál* fue la relación lógica que hizo el puente, como es habitual en el conocimiento

ordinario. En este caso le llama conocimiento incompleto. En cambio, cuando se conoce bien, le llama conocimiento propio (p. 13). En cualquier caso siempre se requiere un conocimiento directo para pasar al indirecto: «en *todo* conocimiento hay un elemento directo; y la lógica nunca puede hacerse de un modo puramente mecánico» (p. 15).

Una proposición es probable en relación a un determinado cuerpo de conocimiento: en este sentido se puede decir que es subjetiva. Pero en el sentido relevante para la lógica no lo es, puesto que provistos los hechos que determinan nuestro conocimiento, la probabilidad depende de esos hechos. Se trata de relaciones puramente lógicas entre las proposiciones que conocemos directamente y las que buscamos conocer indirectamente. «Una proposición no es probable porque nosotros lo pensemos así» (p. 4):

«Dado el cuerpo de conocimiento directo que constituyen las premisas últimas, esta teoría nos dice qué creencias racionales, ciertas o probables, pueden derivarse por argumentación válida a partir de nuestro conocimiento directo. Esto supone relaciones puramente lógicas entre las proposiciones encarnadas en nuestro conocimiento directo y las proposiciones acerca de las cuales buscamos un conocimiento indirecto» (p. 4).

Esto lo asumimos constantemente sin inconvenientes; pertenece al uso común:

«(...) creemos que hay alguna relación real objetiva (...) que es independiente del mero hecho de nuestra creencia y que es tan real y objetiva, aunque de un grado diferente, como aquella que existiría si el argumento fuera tan demostrativo como un silogismo» (p. 5).

Visto entonces el conocimiento indirecto, concluimos este apartado con una referencia al conocimiento directo. Ya dijimos que es conocimiento de los objetos de familiaridad directa. ¿Cómo se produce?

«Mediante un proceso mental del que es difícil dar una explicación, podemos pasar de la familiaridad directa con las cosas al co-

nocimiento de proposiciones sobre las cosas de las que tenemos sensaciones o entendemos el significado» (p. 13).

Es decir, hay un proceso mental misterioso que nos permite conocer las proposiciones a partir de la contemplación o percepción de los objetos de la familiaridad directa. ¿Qué conocemos directamente? Nuestra propia existencia, datos de los sentidos, algunas ideas y relaciones lógicas. A este conocimiento directo le da otros varios nombres más: «intuición o juicio directo (...), una facultad de reconocimiento directo de muchas relaciones de probabilidad» (pp. 52-53), «el elemento oculto del juicio o intuición directo» (p. 63), un «poder intuitivo» (p. 70), «el juicio directo por *visión* (by *seeing*)» (p. 111). Por de pronto, no parece una teoría del conocimiento, por decirlo de algún modo, muy acabada. Volveremos a la cuestión de la intuición. Pasamos antes a la certeza y la verdad. Esto nos ayudará a ensayar una hipótesis acerca de qué es ese proceso mental misterioso, qué teoría de la verdad está involucrada, etc.

1.3. *Certeza y verdad*

«Los términos *cierto* [*certain*] y *probable* describen los varios grados de creencia racional [*rational belief*] acerca de una proposición que nos permiten aceptar diversas cantidades de conocimiento. Todas las proposiciones son verdaderas o falsas, pero el conocimiento que tenemos de éstas depende de nuestras circunstancias» (p. 3).

La última frase nos habla de un realismo lógico-semántico y, hasta donde llega la creencia, de un realismo epistemológico. Podemos creer en algo verdadero por falsas razones o creer que algo es probable cuando en realidad es falso (p. 10). La creencia puede ser racional (apoyada en razones racionales) o mera creencia (sin razón o apoyada en razones absurdas). Una mera creencia puede creer algo verdadero por razones desconocidas. También podemos creer racionalmente en una proposición falsa. Por eso la distinción entre creencia racional y mera creencia no es la misma que entre

verdaderas y falsas creencias. La probabilidad expresa los grados de certeza (p. 15) acerca de la proposición (sin embargo, no olvidemos que es una relación lógica, no un fenómeno psicológico); no trata directamente acerca de la verdad (indirectamente sí, pues, como hemos dicho y veremos nuevamente, la creencia racional cierta conocida es verdadera). Y aclara:

«(...) la visión sostenida ocasionalmente de que la probabilidad se ocupa de los grados de verdad proviene de una confusión entre certeza y verdad» (p. 15, nota 1).

Keynes distingue claramente la verdad de la proposición misma, de la certeza, una creencia racional subjetiva. Pero la subjetividad no implica arbitrariedad, puesto que, como vimos, aunque subjetiva, la probabilidad es objetiva en relación a los hechos o las premisas en las que se apoya (pp. 4, 18). Con independencia de lo que piense acerca de la posibilidad de alcanzar la verdad, esta distinción supone ya una posición acerca del carácter autónomo de ésta respecto a la mente, en el sentido de que la verdad no es una cuestión subjetiva.

Es decir, hasta ahora, 1) la creencia racional no implica lógicamente verdad sino sólo certeza o probabilidad; 2) nuestro conocimiento de proposiciones parte de la familiaridad con sensaciones, ideas o relaciones lógicas (cfr. p. 12); y 3) puede haber verdad en la proposición pero no sabemos si podemos conocerla. La certeza de las proposiciones expresa su relación con un cuerpo de conocimiento real o hipotético, no una característica de las mismas. En este contexto, objetividad significaría coherencia lógica, soporte, racionalidad de la creencia: por ejemplo, sobre la base de estos datos que determinan nuestro conocimiento de un conjunto de proposiciones es lógicamente racional y objetivo, independiente de nuestra opinión, afirmar la probabilidad de la conclusión (cfr. pp. 4-6). Se trata de una relación lógica y objetiva entre conjuntos de proposiciones.

Sigamos adelante. Habíamos visto que al grado más alto de la creencia racional, la creencia racional *cierta* (*certain*), Keynes le llama *conocimiento* (*knowledge*) en cursiva (p. 10). ¿Cuál es, se

plantea a continuación, la relación entre *conocimiento* y grados probables de creencia racional?

«La proposición (digamos q) que *conocemos* en este caso no es lo mismo que la proposición (digamos, p) en la que tenemos un grado probable (digamos a) de creencia racional. Si la evidencia en la que basamos nuestra creencia es h , entonces lo que *conocemos*, es decir q , es que la proposición p posee la relación de probabilidad de grado a respecto al conjunto de proposiciones h ; y este conocimiento nuestro nos justifica la creencia racional de grado a en la proposición p . Será conveniente llamar a las proposiciones como p , que no contienen afirmaciones acerca de relaciones de probabilidad, “proposiciones primarias”; y a las proposiciones como q , que afirman la existencia de una relación de probabilidad, proposiciones secundarias» (p. 11).

Es la distinción que ya conocíamos y que le hace decir que si la proposición secundaria puede afirmar certeza acerca de la primaria, en esta última tenemos conocimiento –indirecto– *de*, no *acerca de*, la proposición primaria. Ahora bien, recordemos que para Keynes este *conocimiento*, además de cierto, es verdadero de hecho. Dice a continuación de la última cita (ya consignada más arriba):

«Así el conocimiento de una proposición siempre corresponde a la certeza de creencia racional en ésta y al mismo tiempo a la verdad de hecho [*actual*] en la proposición misma. No podemos conocer una proposición a menos que de hecho [*in fact*] sea verdadera. Un grado de creencia racional probable en una proposición, por otra parte, proviene del conocimiento de alguna proposición secundaria correspondiente. Una persona puede creer que una proposición es probable cuando de hecho es falsa, si la proposición secundaria de la que él depende es verdadera y cierta; mientras tanto una persona no puede creer racionalmente que una proposición es probable, aún cuando de hecho sea verdadera si la proposición secundaria de la que él depende no es verdadera» (p. 11).

Por una parte, si la certeza implica la verdad, la inversa no es simétrica: puede haber algo verdadero no conocido. Hay conoci-

miento cuando hay certeza y verdad conjuntamente (cfr. p. 11). Pero, ¿cómo no puedo tener certeza de algo que es falso? No cabría este error. Lo que hay que recordar es que la certeza no es psicológica sino una relación racional entre conjuntos de proposiciones (*TP*, p. 15; lo señala muy bien Davis 1994, p. 23). La relación es racionalmente cierta porque es verdadera. Esto no quiere decir que no trate el aspecto psicológico. Lo hace y afirma que la evidencia y la certeza en este último sentido son subjetivas, en tanto que son relativas a los individuos: puede haber diferencias aún en las cuestiones más claras, como los axiomas de la lógica. Sin embargo, esto no menoscaba la objetividad lógica (cfr. pp. 17-18). La certeza es coherencia lógica, como dijimos antes, y sólo hay certeza lógica cuando de hecho hay verdad.

Por otra parte, estrictamente no dice que algo de lo cual tengo certeza no pueda ser falso. Lo que dice es que «el conocimiento de una proposición siempre corresponde a la certeza de creencia racional en ésta y al mismo tiempo a la verdad de hecho en la proposición misma». Es decir, está señalando las propiedades del *conocimiento* en cursiva: una determinada concepción de «conocimiento». Éste es cierto y la proposición conocida es verdadera: sin certeza, no hay conocimiento; pero sin verdad, tampoco hay conocimiento. Digámoslo en otras palabras: el concepto de conocimiento de Keynes, siguiendo la tradición filosófica, es muy exigente, porque sólo es propiamente conocimiento si es cierto y verdadero. Un conocimiento incierto no es *conocimiento*. El conocimiento de una proposición falsa no es *conocimiento*. Estos modos de conocer no son *conocimiento*: quizás entren en la categoría de conocimiento vago no analizada en el *Treatise on Probability*.

Otra observación es que el *conocimiento* finalmente sólo es directo: tenemos certeza de los objetos de familiaridad directa que contemplamos directamente y en las proposiciones secundarias que justifican el conocimiento indirecto acerca o de la proposición primaria. El conocimiento directo en Keynes se revela como la base de todo conocimiento.

Por otra parte en la última cita consignada aparece la expresión «verdad de hecho» y «falsedad de hecho». Sólo podemos *co-*

nocer proposiciones verdaderas de hecho (por eso sostiene que hay que re-denominar «conocimiento probable» por «grado de creencia racional probable», p. 17). Pero aparecen diversas combinaciones posibles de situaciones de certeza y verdad o falsedad de hecho. Mi interpretación de estas situaciones posibles quedará más clara con un ejemplo: Si digo: «Visto que el sol sale todos los días es seguro que “el sol saldrá mañana”», afirmo una proposición secundaria verdadera gracias a la cual tenemos conocimiento *de* que el sol saldrá mañana. Si, en cambio, digo que «Visto que Juan viene diariamente a trabajar es probable que “Juan venga mañana a trabajar”», afirmo una proposición secundaria también verdadera y cierta sobre un hecho probable: un conocimiento *acerca de* la venida a trabajar de Juan mañana. Pero podría suceder que Juan no haya venido al día siguiente y la proposición primaria sería de hecho falsa, sin dejar de ser la secundaria verdadera: por eso no dejaría de ser racional creer en su probabilidad. A pesar de que haya coherencia lógica puede haber falsedad.

Hay que distinguir la verdad de dos tipos de proposiciones: la verdad de la proposición primaria: «la mesa es marrón» y la verdad de la proposición secundaria: «es cierto (o probable) que la mesa sea marrón». Es decir, hay verdad (o no) de hecho y hay verdad (o no) en la proposición acerca de la verdad de hecho.

Convendrá introducir aquí una cita de Spinoza consignada por Keynes en una nota que, por su denso contenido gnoseológico y ontológico, transcribo completamente. El contexto del pasaje al que se refiere la nota (pp. 116-119) es señalar que el conjunto de proposiciones que pueden ser sujetos posibles de un hipotético argumento probable deben ser objetos *posibles* de conocimiento: las premisas no pueden ser «auto-contradictorias» y «formalmente inconsistentes consigo mismas»⁵. Por eso conviene distinguir entre un conjunto de proposiciones «meramente falso» y otro conjunto «formalmente inconsistente consigo mismo». Al acabar esta frase arranca la nota:

5. En este análisis se separa, aclara luego, de Russell, quien en los razonamientos de los *Principia Matemática* aborda sólo aspectos formales (pp. 117-118).

«Spinoza tenía *in mente*, pienso, la distinción entre Verdad y Probabilidad en su tratamiento de la Necesidad, Contingencia y Posibilidad. *Todas las cosas, dada la naturaleza de Dios, se han seguido necesariamente, y por la necesidad de la naturaleza de Dios están determinadas a existir y obrar de un cierto modo* (Ética, I, 33). Es decir, todo es, sin cualificaciones, o verdadero o falso. *Pero por ninguna otra razón se dice que una cosa es contingente, sino con respecto a una deficiencia de nuestro conocimiento* (Ética, I, 33, escolio I). Es decir, la Contingencia, o como yo la llamo, la Probabilidad, sólo proviene de nuestro conocimiento. La contingencia en este sentido amplio, que incluye toda proposición que, relacionada con nuestro conocimiento, es sólo probable (cubriendo este término todos los grados intermedios de probabilidad), puede ser a su vez dividida entre Contingencia en sentido estricto, que corresponde a la probabilidad *a priori* o formal que excede cero y Posibilidad; es decir, en posibilidad formal y posibilidad empírica. *Llamo contingentes a las cosas singulares en cuanto, si nos atenemos a su sola esencia, no encontramos nada que siente necesariamente su existencia o que la excluya necesariamente. Llamo posibles a estas mismas cosas singulares en cuanto, si atendemos a las causas por las cuales deben ser producidas, no sabemos si tales causas están determinadas a producirlas* (Ética IV, Definiciones 3 y 4) (nota 1, p. 116-117)⁶.

La Verdad con mayúsculas de Spinoza es la verdad de hecho de Keynes. Para Spinoza, por su particular concepción metafísica, ésta es necesaria. Para Keynes, yo diría que está determinada, pero no que es necesaria: puede ser probable⁷. Por otra parte está la verdad de la proposición secundaria cierta o probable.

6. Keynes cita a Spinoza en latín. He consignado directamente la traducción según la versión de O. Cohan, Fondo de Cultura Económica, 1958. La primera edición de la *Ethica more geometrico demonstrata* es de 1677. Quisiera aclarar que el contexto de la frase de Spinoza es eminentemente metafísico, ubicado en la parte de su obra dedicada a las obras de Dios. Digamos que Keynes «se encontró» la cita y le pareció que «encajaba» con lo que quería decir (como de hecho sucede), pero el contexto es completamente diverso.

7. Esta afirmación supone aventurar que en Keynes habría cierta filosofía modal e incluso alguna de sus posiciones, lo que es puramente hipotético. Dudo que se pueda llegar a saber; he cavilado mucho sobre la cuestión, no sé si valdrá

Mi interpretación de este texto es la siguiente. La «auto-consistencia formal» es requisito para la certeza, pero no asegura la Verdad: es decir, la dirección no va de la certeza a la verdad, como ya dije antes. La razón por la que algo consistente puede no ser verdadero es un defecto de conocimiento: ¿de qué? De la real existencia y del efectivo obrar de una cosa, pues la esencia no está efectivamente determinándola, y sus causas no están determinándola a obrar determinadamente, y son la esencia y la causa lo que conocemos. Mientras tanto, la verdad o falsedad de la existencia y la acción mismas sí que están determinadas *ex necessitate naturae Dei* (según la cita de Spinoza, o determinadamente, según sugerí arriba, para Keynes), independientemente de nuestro conocimiento: es una Verdad con mayúscula. Pero, al revés, cuando es verdadero es cierto, pues no hay nada verdadero que sea inconsistente en sí mismo. Si esta interpretación es válida, nos abre a perspectivas de una gran profundidad en el pensamiento de Keynes, que aún no hemos mostrado.

Conectada a la certeza y al conocimiento directo surge también la noción de evidencia:

«Para los objetos de creencia cierta basada en conocimiento directo, en tanto opuesto a la creencia cierta indirecta, hay una expresión bien establecida; las proposiciones de las que nuestra creencia racional es tanto directa como cierta son llamadas *auto-evidentes* [*self-evident*]» (p. 17).

Verdad-evidencia-certeza lógica, parece ser la secuencia. Sin embargo, a pesar de todo lo visto todavía nos puede quedar la duda acerca de si estamos «llegando» a la realidad. En efecto, la certeza y la evidencia son de proposiciones. Entre tanto, la verdad es de la realidad y de la proposición en tanto, siendo coherente, su contenido se da efectivamente. En términos clásicos, hay un ser veritativo en el juicio. Pero, ¿estamos accediendo a la realidad? ¿Captamos su contenido? Por ahora tenemos una verdad

la pena seguir haciéndolo; en cualquier caso, no basta con lo reflexionado como para hacer una afirmación segura.

empírica: se dio o no la proposición de hecho. Pero este «se dio o no», ¿envuelve además un conocimiento de la misma realidad o es conocimiento de sensaciones e ideas como los objetos de familiaridad (*acquaintance*)? Todo parece llevarnos a la realidad, pero hasta el momento no lo hemos oído. Creo que queda confirmado cuando dice:

«En el caso de entidades no lógicas o empíricas, parece que a veces se supone que nuestro conocimiento directo debe confinarse a lo que se puede considerar como una expresión o descripción del significado o la sensación apprehendida por nosotros (...) Sugiero (...) que somos capaces de conocimiento directo acerca de las entidades empíricas que va más allá de una mera expresión de nuestra comprensión o sensación de éstas (...) Cuando percibimos la naturaleza de nuestras experiencias fenoménicas tenemos una seguridad directa de que en su caso también es legítimo el supuesto. Es decir, somos capaces de conocimiento sintético directo de la naturaleza de los objetos de nuestra experiencia» (263-264).

Esta afirmación es clave. Se trata de conocimiento sintético –no sólo analítico– y directo de las entidades, en el contexto de su tratamiento de la validez de la inducción. Sería excesivo aplicar a Keynes las categorías clásicas que suponen afirmar la identidad entre ser ontológico –en la cosa– e intencional –en la mente– de la forma o naturaleza conocida. Pero a su modo está diciendo esto. Ya llegará el momento de ponerle ciertas restricciones provenientes del objeto de estudio. Considero que ha llegado la hora de relacionar el pensamiento de Keynes con el de sus antecesores para seguir aclarando su misma postura.

2. *Rastreo de antecedentes*

2.1. *Russell*

En cuanto a Russell, ya vimos que el proyecto de Keynes equivale al de Russell en el campo de la probabilidad: construir una teoría lógica acerca de ésta. También aludimos a su concepto

de *acquaintance*. Su objeto es muy similar al planteado por Keynes. Este es un concepto que no está en Moore, por lo que su filiación en Russell es altamente probable. En Keynes es un intermediario representativo casi transparente en la medida que, el posterior conocimiento, contemplación de los objetos contactados, nos remite a la naturaleza de los objetos empíricos de los que, así, tenemos conocimiento directo y a las relaciones lógicas que nos permiten alcanzar un conocimiento indirecto de la probabilidad de otras realidades.

Además, recordamos los vaivenes de Russell, de la teoría de la verdad identidad a la teoría de la verdad correspondencia. Están muy bien sintetizados en una de las citas consignadas anteriormente:

«Así, la verdad o falsedad de un juicio tiene siempre una base objetiva, y parece natural preguntar si hay verdades y falsedades objetivas que constituyan los objetos de los juicios verdaderos y falsos, respectivamente» (*Ensayos filosóficos*, 217).

En Keynes también hemos visto la dirección verdad-certeza. Ambos tienen una similitud muy grande en este campo.

Otro pasaje citado previamente es significativamente parecido a una idea de Keynes. Es del ensayo acerca de Meinong: «cuando la proposición es verdadera, es conocimiento [*knowledge*]» (1904, p. 523). Vimos en Keynes, de igual modo, la reserva del término *conocimiento* para determinado tipo de proposiciones: las ciertas que son al mismo tiempo evidentes y verdaderas de hecho.

2.2. Moore

Keynes decía que «no podemos conocer una proposición a menos que sea de hecho verdadera» (*TP*, p. 11), refiriéndose al conocimiento, que es cierto. Dijimos que parece que la dirección va de la verdad de la proposición a la certeza a través de su evidencia. Es la misma dirección de Moore. Recordemos algunas

ideas y citas suyas. «Nunca podremos conocer sobre qué evidencia descansa una proposición ética, dice Moore, a menos que conozcamos la naturaleza de la noción que torna ética la proposición» (*PE*, p. 135). Debemos llegar a una proposición sintética. «Los principios fundamentales de la ética deben ser evidentes de suyo (...) la proposición así calificada es evidente o verdadera sólo *por sí misma*; (...) no significa que la proposición sea verdadera, porque es evidente para ti, para mi, o para toda la humanidad» (p. 136). Que nos parezca verdadera puede ser la causa de que nosotros afirmemos su verdad pero no la razón lógica de su verdad. «La intuición sólo puede suministrar una razón para *sostener* que cierta proposición es verdadera; esto, empero, debe hacerse cuando tal proposición es evidente de suyo, cuando, de hecho, no hay razones que prueben su verdad» (p. 137).

Esta postura, que podrá ser objetable desde muchos ángulos, se asemejaría al marco presente en el *Treatise on Probability*. Según vimos, para Keynes, la realidad es verdadera. Toda proposición, consiguientemente, es verdadera o falsa, pero es cierta o probable en función de un cuerpo de conocimiento (pp. 3-4), pues el conocimiento de la coherencia que conduce a la certeza no implica necesariamente el de la realidad efectiva de lo afirmado. Ahora bien, lo que es verdadero es cierto lógicamente, independientemente de que lo conozcamos o no. Es verdadero y cierto no porque lo conozcamos, sino porque es así. Hasta aquí parece haber concordancia con Moore.

Un elemento básico para el conocimiento en Keynes, dijimos, es el conocimiento directo. Éste, un «juicio intuitivo directo», tiene una conexión, que el mismo Keynes expresa, con las «intuiciones» de Moore. En cambio, la familiaridad directa, no presente en Moore, puede provenir de la influencia de Russell.

En su trabajo «Egoism» leído a la Sociedad de los Apóstoles el 24-II-1906, Keynes afirma:

«Admito con Moore que bueno es una cualidad simple indefinible que sólo puedo identificar por inspección directa –análogo a azul o bello» (citado por Bateman 1996, pp. 37 y 48).

En el capítulo XXVI del *Treatise on Probability*, «La probabilidad aplicada a la conducta», analizando la teoría ética de Moore, afirma que la cuestión de la acción correcta debe encararse en virtud de un «juicio intuitivo» (p. 312). Este juicio es guía práctica para la acción (p. 323).

En «My Early Beliefs» (1938) recuerda que en 1903, siguiendo a Moore, concordaban en que el conocimiento de los buenos estados de la mente era

«(...) una cuestión de inspección directa, de intuición no analizable y directa acerca de la cual era inútil e imposible argumentar (...) Como cualquier otra rama de la ciencia no se trataba más que de la aplicación de la lógica y el análisis racional al material presentado como datos de los sentidos. Nuestra aprehensión del bien era exactamente la misma que nuestra aprehensión del verde» (pp. 437 y 438).

Keynes ya ha puesto el ejemplo de los colores. El amarillo es uno de los datos que lleva al conocimiento directo de la proposición correspondiente «amarillo es un color» (*TP*, p. 13). Se trata hasta del mismo color, el amarillo, que Moore pone como ejemplo (*PE*, p. 6). Volviendo al *Treatise on Probability* vemos que no podemos definir la probabilidad, porque no podemos analizarla en términos de ideas más simples (p. 8)⁸. Es el mismo motivo por el que Moore no puede definir bueno, ni amarillo: porque son nociones simples (*PE*, p. 6). Estas proposiciones que llama «intuiciones» (p. ix) son «proposiciones de primera clase» o «clase evidente de suyo» (p. viii), incapaces de demostración.

8. Esta imposibilidad de definición también está incoada en su «Apostle paper» «Ética en relación con la conducta» (1904): «no sostengo haber expuesto ninguna definición precisa de probabilidad» (cfr. la cita en Davis 1994, pp. 18-19). Sin embargo, poco después, en una época en que se aparta temporalmente de Moore, discute las nociones de «indefinibilidad» e «inanalizabilidad» (simplicidad) de «bueno». En un sentido es simple y en otro complejo. Es simple en cuanto incluye un solo elemento que no puede ser pensado al margen de la noción de bueno. Pero es complejo en cuanto podemos decir algo sobre bueno más que bueno es bueno. La única noción simple en este último sentido es la de ser: «Miscellanea Ethica», citado por Bateman, 1996, pp. 31-32.

También habíamos hablado de un comentario aprobatorio, por parte de Keynes, del trabajo de Moore «The Nature and Reality of Objects of Perception» (1905). Éste, fuera de *Principia Ethica*, es el único trabajo de Moore que Keynes cita en el *Treatise on Probability* (p. 240, nota). El argumento de Moore —la validez de la *direct inspection*—, llevado al campo de la probabilidad, dice Keynes, confiere a ésta una certeza que no obtendría por otros métodos.

Es decir, parece claro que Moore pudo haber marcado a Keynes con su concepto de intuición y haber dejado una cierta impronta en su teoría de la verdad. Aunque no idéntica, conserva la misma dirección: va de la verdad a la certeza.

2.3. Brentano

Esta será probablemente la sección más audaz de este libro por dos motivos. El primero (no en importancia) es postular una similitud entre Brentano y Keynes (hecho que no ha sido señalado por nadie). El segundo (más importante que el anterior) es sugerir, como he venido haciendo, una teoría de la verdad en Keynes que también es inédita y que tendría relación con Brentano. No creo que el carácter novedoso de ambas hipótesis y de la referencia obedezca a una genialidad en su proponente. Por eso, estoy abierto a la crítica.

Para mostrar las coincidencias con Brentano, destacaré algunos puntos del mismo Keynes. Primero, un poco de recapitulación. Keynes no define ni explica qué es la verdad en ninguna parte; sin embargo, como vimos, la diferencia de la certeza. Aunque la certeza y la probabilidad son creencias racionales (cfr. p. 3), son independientes de la verdad o falsedad de esas creencias. La racionalidad de la creencia nos habla de su objetividad en la medida en que tiene fundamento: la objetividad en cuestión es una conexión lógica entre dos conjuntos de proposiciones (cfr. pp. 5-6). Pero esto no basta para que haya verdad (cfr. p. 3).

Por eso, la verdad en Keynes es más que una cuestión de coherencia (sería sólo objetividad). Implica que hay algo que hace que la proposición sea verdadera y que esto es lo relevante para que lo sea. Nuestro *conocimiento* cierto de la proposición es un efecto de esa verdad de la realidad. Por eso, sólo podemos *conocer* las proposiciones ciertas si de hecho son verdaderas (cfr. p. 11).

La verdad *de hecho* parece ser simplemente que de hecho la proposición sea verdadera: que se afirme lo que en la realidad está determinado de ese modo, por más que sea algo contingente. La inconsistencia lógica es distinta de la falsedad de hecho. Lo lógicamente inconsistente es sin duda falso, pero algo puede ser lógicamente consistente y «meramente falso de hecho» (hay probabilidad *a priori* positiva pero la sola esencia y las causas no lo determinan a ser y actuar, y no sabemos si lo hace) (p. 116).

Pero hay otra referencia a una Verdad en mayúsculas. ¿Qué es esta Verdad? No podría estar más clara la respuesta que en la cita correspondiente de Spinoza a la que adhiere:

«Spinoza tenía in mente, pienso, la distinción entre Verdad y Probabilidad en su tratamiento de la Necesidad, Contingencia y Posibilidad. *Todas las cosas, dada la naturaleza de Dios, se han seguido necesariamente, y por la necesidad de la naturaleza de Dios están determinadas a existir y obrar de un cierto modo* (Ética, I, 33). Es decir, todo es, sin cualificaciones, o verdadero o falso» (pp. 116-117).

Aunque no la define desde las categorías y orígenes que he explicado previamente, coincide con la que he llamado verdad ontológica. Obviamente ambas verdades –de hecho (lógica) y ontológica– coinciden. Keynes no asigna mayor o menor importancia a una u otra: están relacionadas pero en distintos planos. La verdad ontológica keynesiana (Verdad) es la determinación de lo que existe y actúa. La certeza lógica keynesiana es la verdad de la proposición cuando lo que afirma o niega coincide con la anterior. Pero, ¿cómo alcanzamos la certeza verdadera?

La proposición surge de la contemplación de los objetos de familiaridad directa que nos conducen a las realidades empíricas

y lógicas: «somos capaces de conocimiento sintético directo de los objetos de nuestra experiencia» (pp. 263-264). Para él este proceso de conocimiento directo es algo misterioso:

«Mediante un proceso mental del que es difícil dar una explicación podemos pasar de la familiaridad directa con las cosas al conocimiento de proposiciones sobre las cosas de las que tenemos sensaciones o entendemos el significado» (p. 13).

Pero, por más misterioso que sea, este proceso se da y, aunque lo argumentaremos más en el próximo apartado, podemos afirmar que es posible penetrar la realidad. Keynes dice, como hemos citado en el capítulo anterior, en su conversión al moorismo confesada a Strachey que:

«(...) algo se dio en mi cerebro y vi todo con enorme claridad en un *flash*. Pero como todo depende de intuir (*intuiting*) el Universo de un modo particular –lo veo ahora– no hay esperanza de convertir al mundo más que por Conversión, y esto es casi desesperante. No es cuestión de argumentos; todo depende de un particular *twist* en la mente» (citado por Bateman 1996, p. 36, cursiva agregada).

¡Cuánto se asemeja a esa expresión de Brentano que Keynes había leído poco antes!:

«Aquí, pues, y de estas experiencias de un amor caracterizado como justo se origina para nosotros el conocimiento de que algo es verdadera e indudablemente bueno, en toda la extensión que tal conocimiento pueda tener en nosotros. (...) la experiencia del referido acto de amor o de odio debe hacer manifiesta, de un golpe y sin inducción alguna de casos particulares, la bondad o maldad de toda la clase. Así llegamos, por ejemplo, al conocimiento general de que la intelección como tal es buena» (n. 27, p. 45 y nota 35 p.117).

Dicho todo lo cual, la vinculación que he mostrado con Brentano parece clara. La sintetizo del siguiente modo:

en Brentano tenemos las presentaciones, que en Keynes serían los objetos de familiaridad, por los que comienza el conocimiento;

Brentano quiere otorgarle a la ética un estatuto lógico, mientras Keynes quiere otorgárselo a la teoría de la probabilidad;

en consonancia con lo anterior, ambos consideran que las diferencias personales pueden llevar a diferentes conocimientos, pero las premisas objetivas han de llevar a la misma conclusión (p. ej., *TP*, p. 18);

tendríamos dos acepciones de verdad, la ontológica y la lógica, con relaciones similares; sin embargo, en cuanto a la verdad lógica, para Brentano es del juicio (la actividad intelectual) y para Keynes es de la proposición (el resultado de esa actividad).

para Brentano hay ciertos juicios inmediatamente evidentes (*insightful*), cuyas proposiciones son ciertas y universalmente válidas, paralelas a las intuiciones o conocimientos directos de Keynes.

3. *El pensamiento lógico y gnoseológico de Keynes*

Tras este recorrido, ya es hora de desprendernos de los antecedentes y de volver a la teoría del conocimiento y de la verdad en Keynes.

Para empezar, había quedado pendiente una historia de la noción de intuición (o conocimiento, análisis, inspección, etc.) directa de Keynes. Es la que nos permite conocer la naturaleza de los objetos empíricos, captar las relaciones lógicas, en fin, hacer teoría. Para Keynes no alcanzamos ningún conocimiento sin pasar por esta operación. Ésta, con independencia de su ámbito y del nombre concreto de «intuición», ha estado siempre presente en la obra de Keynes. Por eso, si la interpretación hecha aquí fuera válida, Keynes no habría introducido cambios de fondo en este punto. Vamos a repasar qué dice de esta capacidad. Comenzamos por el *Treatise on Probability*.

La intuición directa está conectada en Keynes, como vimos, con la inducción. Esto, desde un punto de vista clásico, es absolu-

tamente necesario, pues la inducción enumerativa como método lógico es siempre imperfecto. Este proceso inductivo no puede hacerse válido formalmente sino por su contenido o materia, que se capta intelectivamente. ¿Pero en qué parte de la inducción interviene la intuición para Keynes?

Keynes sostiene que el método inductivo no se limita al conocimiento de los objetos de la experiencia fenoménica, sino que también abarca otro tipo de realidades abstractas. Las generalizaciones inductivas pueden ser para él de dos tipos: la inducción universal, que reclama universalidad, no admite excepción y se da especialmente en las ciencias exactas, y la correlación inductiva, que es la inducción probable. De la primera se ocupa en la tercera parte del libro, «Inducción y analogía»; de la segunda en la cuarta, «Los fundamentos de la inferencia estadística». Distingue también la que denomina simplemente «inducción» —que usa la enumeración y la analogía— de la que llama «pura inducción» que se basa sólo en la enumeración (cfr. p. 275).

La analogía es un elemento imprescindible en la inducción. La analogía positiva señala la similitud entre los objetos y la negativa las diferencias (cfr. p. 223). Para Keynes la analogía tiene prioridad en cuanto a la validez de la inducción. La multiplicación de casos sólo añade algo cuando acrecienta la analogía negativa —disminución de similitudes no esenciales—, pudiéndose de este modo precisar mejor el objeto de la inducción (cfr. p. 233). Por otra parte, todo nuevo caso que no fuera predecible con certeza por la generalización, aumenta su probabilidad (p. 236). Pero, de cualquier modo, lo que es previo es la posibilidad de postular la probabilidad, lo que depende de nuestra *direct inspection*. Por eso, la validez de la inducción deriva en último término de esta posibilidad de origen intuitivo. Las razones no son conclusivas, pero se aceptan en cuanto que, gracias al conocimiento directo, «vemos» la relación de probabilidad. Esta aceptación es racional y tiene grandes ventajas. El rechazo de la «vieja metafísica» obedece en parte a su pretensión de certeza demostrativa (cfr. p. 239):

«Cuando aceptamos que el conocimiento probable es, sin embargo, real, se puede introducir un nuevo método en las discusiones

metafísicas. El método demostrativo puede dejarse de lado y podemos intentar que la argumentación avance teniendo en cuenta las circunstancias que parecen ofrecer *alguna* razón para preferir una alternativa sobre otra. Por ejemplo, se podría obtener un progreso importante si pudiéramos estudiar la naturaleza y realidad de los objetos de percepción por métodos no completamente distintos a los de las ciencias y con la perspectiva de alcanzar tanta certeza como la propia de las conclusiones científicas» (p. 240).

Esta propuesta es absurda para la metafísica tal como ha sido concebida durante su historia. Sin embargo, es muy sensata y compatible con un planteamiento clásico en el caso, por ejemplo, de materia práctica. Ya lo veremos al llegar al capítulo correspondiente a la economía. Keynes lo sugiere más adelante (pp. 368-369). Hay casos en que se alcanza una intuición directa del objeto; en otros, la intuición directa es de su probabilidad. Cuanto más contingente es la materia, más se requiere esta última y es todo lo que podemos lograr.

En cualquier caso, lo anterior supondría, si no necesariamente una ley de uniformidad de la naturaleza, al menos una constancia en el modo de actuar de las unidades mínimas que la componen («un carácter *atómico* de la ley natural»: p. 249) y la concepción de la Naturaleza como un «sistema finito» (p. 252): de lo contrario la predicción sería imposible y el método inductivo inútil. La analogía requiere este «fundamento lógico» (p. 258): no puede funcionar si hay infinitos grupos independientes de objetos.

En este punto el razonamiento llega a una gran tensión. Hemos supuesto la finitud del sistema de la Naturaleza (supuesto al que llama «la Hipótesis Inductiva» –p. 260–): ¿qué derecho tenemos para hacerlo?, se pregunta Keynes (p. 261). No tenemos una respuesta apropiada, contesta: no es un axioma auto-evidente (cfr. p. 262). Pero aquí es donde inserta el pasaje en que, a pesar de ello, afirma que somos capaces de conocimiento directo de las entidades empíricas (p. 263), y que éste es un conocimiento sintético directo acerca de su naturaleza. Ahora bien, no obstante, «esta convicción [el conocimiento supuesta la hipótesis inductiva] toma su certeza invencible de algún principio válido oscura-

mente presente a nuestras mentes» (p. 264). Pero por más oscuro que sea nos permite justificar el método inductivo. Lo que parece extraño es que conociendo perfectamente el sentido principal de la *epagogé* aristotélica (cfr. p. 274) no haya acudido a ésta. Keynes admite su dificultad. Como dice Broad en su reseña al *Treatise on Probability* «sólo podemos suponerla [la hipótesis atómica] de algún modo cuando podemos ver directamente que tiene una probabilidad finita para el mundo real. Pero su epistemología hasta el momento está envuelta en el misterio» (1922, p. 85).

Sigamos adelante con el análisis de éste pues aún no está todo dicho. Para Keynes, tal como vimos, la inducción es justificable si es altamente probable, o, en su extremo, cierta. Por eso, aunque sin intentar entrar en cuestiones de epistemología o detalles concretos acerca de la probabilidad, nos interesa seguir mostrando el desarrollo del papel del conocimiento directo, tal como lo concibe Keynes. Se plantea primero cuáles son las reglas que validan el que llama «principio de indiferencia»:

«En ausencia de una razón *conocida* para predicar de un sujeto una alternativa sobre otra de las alternativas, las afirmaciones de cada una de esas alternativas relativa a ese conocimiento tienen una probabilidad igual» (p. 42).

Debemos ceñir este principio a algunas reglas pues, presentado como está, siendo las alternativas no dos sino muchas, no tiene validez. Keynes sigue a Von Kries en la exposición de sus problemas⁹. La conclusión es que «hasta que no se proponga otro criterio nos vemos obligados a concordar con Poincaré en que la preferencia por cualquiera de las hipótesis es completamente arbitraria» (p. 51)¹⁰. El principio termina siendo sólo un criterio negativo (dos proposiciones no pueden ser equiprobables cuando hay motivos para discriminar entre ellas). Las dificultades para

9. Sobre la relación entre los pensamientos de Keynes y von Kries, cfr. los recientes trabajos de G. Fioretti 1998, 2001 y 2003.

10. No me pronuncio aquí sobre la corrección o no de esta apreciación de Keynes acerca del pensamiento de Poincaré.

avanzar en el descubrimiento de esas reglas radican en la impresión de subjetividad envuelta en toda esta materia. Recuerda que, sin embargo, no todo es subjetividad en la probabilidad:

«Por tanto también en el caso de la probabilidad, podemos creer que nuestros juicios pueden penetrar (*penetrate*) en el mundo real, aunque sus credenciales sean subjetivas (...) [D]ebemos hacer más preciso el Principio descubriendo hasta qué punto su aplicación es mecánica y hasta qué punto supone acudir a la intuición lógica. Sin poner en compromiso el carácter objetivo de las relaciones de probabilidad, debemos admitir sin embargo que tenemos pocas posibilidades de descubrir un método para reconocer las probabilidades particulares sin una cierta asistencia de la intuición o juicio directo» (p. 52).

Es decir, la probabilidad no es una cuestión mecánica, formal, sino que requiere la intervención de la intuición que «penetra» el mundo real. Se propone entonces la postulación de una serie de reglas, un «sistema lógico de probabilidad», que vincule las relaciones lógicas que surgen de esa «facultad de reconocimiento directo de muchas relaciones de probabilidad» con otra menos clara, «de modo de convertir, de hecho, el conocimiento vago en un conocimiento más distinto» (p. 53). Acomete entonces la empresa de «distinguir entre el elemento de juicio directo y la regla mecánica en el Principio de Indiferencia» (p. 53). La conclusión es que la aplicabilidad válida del Principio requiere la formulación de una serie de juicios directos –de irrelevancia y de relevancia–. Sólo podemos descartar la evidencia irrelevante *viendo* (*by seeing*) que no tiene peso lógico en la conclusión (p. 111). Ha puesto así de manifiesto «el elemento escondido del juicio directo o intuición, que siempre ha estado presente» (p. 63). A la luz de esta aplicación concreta quizá se entienda mejor porqué decía en los capítulos introductorios que «en *todo* conocimiento hay un elemento directo; y la lógica nunca puede hacerse de un modo puramente mecánico» (p. 15). Es decir, no podemos dar un paso sin intuir, sin entender.

El Principio de Indiferencia se puede aplicar con el auxilio de la intuición en casos en que las probabilidades son numéricamente calculables. La presencia de un elemento intuitivo es aún más

necesaria cuando nos encontramos con realidades cuyas probabilidades no son numéricamente mensurables. Concluye el respectivo capítulo con afirmaciones como las siguientes:

«Antes de dejar esta parte de la argumentación debemos enfatizar la parte que corresponde al juicio directo en la teoría aquí presentada. Todas las reglas de determinación de la igualdad y desigualdad entre probabilidades dependen en cierto punto de éste. Esto me parece inevitable. Pero no siento que debiéramos mirarlo como una debilidad (...) Es importante, a la hora de establecer un control del juicio directo mediante principios generales, no ocultar su presencia puesto que el hecho de que finalmente dependemos de una intuición no debe llevarnos a suponer que nuestras conclusiones no tienen por eso base racional, o que son tan subjetivas en validez como lo son en su origen (...) debemos admitir con la menor preocupación posible el reto de Hume: “cuando otorgamos preferencia a un conjunto de argumentos sobre otro, no hacemos más que decidir desde nuestra sensación (*from our feeling*) acerca de la superioridad de su influencia”» (p. 70).

A mi juicio ya no queda duda de que la intuición o conocimiento directo que me permite «penetrar» el mundo, conocer «la naturaleza de las entidades empíricas», las relaciones lógicas, es captación intelectual de la realidad.

Como decía antes, la prioridad y validez de la teoría siempre fue defendida por Keynes y esto es lo que me parece especialmente destacable e importante en su teoría del conocimiento. Esto aún cuando, como veremos, enfrentado a objetos de estudio inciertos en sí mismos, no tiene más remedio que acudir a la convención para decidir qué hacer.

La validez del método inductivo, como acabamos de ver, no depende del éxito predictivo o de la confirmación empírica, sino de la existencia de una relación de probabilidad aplicable a realidades discriminadas mediante un juicio de relevancia como es la analogía: es antes que nada una cuestión de lógica, no de experiencia¹¹.

11. Carabelli 1988, pp. 66 y ss., es enfática al señalar estas condiciones.

La estadística también depende de un juicio acertado de las circunstancias –consideraciones de analogía– y en los asuntos prácticos, siguiendo a Leibniz, una estimación inexacta es útil (cfr. pp. 368-369)¹². Para el caso de una herramienta concreta, «la verdad es que los investigadores sensatos sólo emplean el coeficiente de correlación para testear o confirmar conclusiones que han obtenido por otras fuentes» (p. 426). «La virtud de la predicción o prediseño es imaginaria (...) la plausibilidad del argumento deriva de otra fuente diferente» (p. 305). Una hipótesis que descansa sobre fundamentos de conocimiento extra-inductivos es más fuerte que la que se deriva de datos inductivos. Por eso su visión de que la posición de algunos estadísticos que sostienen que «es una ventaja aproximarse a la evidencia estadística *sin* preconcepciones basadas en fundamentos generales, porque sino la tentación de cocinar los datos sería irresistible, no tiene base *lógica* y sólo ha de considerarse cuando esté en duda la imparcialidad del investigador» (p. 306).

Otro pasaje, previo, que conviene citar, es aquél en el que describe su visión del proceso científico en un trabajo titulado «Science and Art», leído a los “Apóstoles” el 20 de febrero de 1909:

«Él [el científico] se enfrenta a una masa informe de hechos que poseen similitudes y diferencias, dispuestos sin ningún esquema u orden. Su primera necesidad es percibir claramente la naturaleza precisa de los diversos detalles... [Luego] conserva los detalles

12. Cita una carta de Leibniz a Bernoulli donde dice: «Utilissima est aestimatio probabilitatum, quamquam in exemplis juridicis politicisque plerumque non tam subtili calculo opus est, quam accurate omnium circumstantiarum enumeratione (...)». La afirmación de Keynes, basada en Leibniz, tiene un sentido común epistemológico rotundo: «A pesar de que la naturaleza tiene sus hábitos, debidos a la recurrencia de las causas, son generales, no invariables. Pero el cálculo empírico, aunque inexacto, puede ser adecuado para los asuntos prácticos» (368). Al enfrentarse con estos asuntos en sus escritos económicos y políticos relajará aún más la posibilidad de exactitud. El rescate de esta tradición es, a mi juicio, uno de los grandes méritos, una verdadera «genialidad» de Keynes. Volveré sobre esto en el capítulo VII sobre epistemología.

claramente en su mente y probablemente deba guardarlos por un tiempo más o menos considerable. Finalmente verá, con una especie de intuición repentina, a través de la oscuridad del argumento o de los datos aparentemente inconexos, y los detalles se ordenarán rápidamente en el esquema en el que cada parte tiene una conexión real (citado por R. Skidelsky (1983) 1994, 159).

Ahora bien, hay quienes se apoyan en otro escrito de Keynes, la reseña (a veces incorrectamente llamada «obituario») de Ramsey («Ramsey As An Economist», *EJ*, marzo de 1930), para afirmar que Keynes abandonó las intuiciones directas en una especie de capitulación a las críticas de Ramsey (Cfr. Davis 1994, p. 69 y *passim*, Bateman 1996, *passim*).

Ramsey, aunque menor, fue otro «apóstol» y otra de las personas que frecuentó Keynes. Entre 1921 y 1925 Keynes estuvo en la exposición de cinco de los siete trabajos presentados ante la Sociedad por el joven «apóstol» (dato aportado por Bateman 1996, p. 62.). Ramsey es uno de los padres de la teoría de la probabilidad subjetiva. En 1922, recién aparecido el *Treatise*, Ramsey publicó una reseña crítica en *The Cambridge Review* que Keynes nunca contestó hasta esta hecha *post-mortem* de Ramsey, en 1930. En la reseña al *Treatise* Ramsey había escrito:

«(...) una crítica más fundamental de la posición de Keynes es la obvia de que realmente no parecen existir cosas tales como las relaciones de probabilidad que él describe. Supone que, sin duda en algunos casos, pueden percibirse; pero, hablando de mi mismo, me siento seguro de que esto no es verdad. Yo no las percibo, y si debo ser persuadido acerca de su existencia deberá ser con argumentos; más aún, con cierta agudeza [*shrewdly*] sospecho que otros tampoco las han percibido, puesto que han podido llegar a muy poco acuerdo acerca de cuáles relacionan dos proposiciones dadas» (Ramsey 1926, p. 161).

Keynes parece ceder al contestar ocho años después:

«Ramsey sostiene, en contra de mi posición, que la probabilidad trata no con relaciones objetivas entre proposiciones sino (en algún sentido) con grados de creencia, y muestra exitosamente que el cálculo

lo de probabilidad responde simplemente a un conjunto de reglas para asegurar que el sistema de nuestros grados de creencia sea *consistente*. Así, el cálculo de probabilidades pertenece a la lógica formal. Pero la base de nuestros grados de creencia —o probabilidades *a priori* como suelen llamarse— es parte de nuestra dotación humana, quizás recibida por selección natural, análoga a nuestras percepciones y a nuestra memoria más bien que parte de la lógica formal. En tanto que cedo a Ramsey, pienso que está en lo cierto. Pero tratando de distinguir grados “racionales” de creencia de la creencia en general no ha sido aún, pienso, demasiado exitoso. No es ir al fondo del principio de inducción decir meramente que es un hábito mental útil. Sin embargo al tratar de distinguir una lógica “humana” de la lógica formal, por una parte, y la psicología descriptiva, por otra, Ramsey pudo haber señalado el camino hacia el próximo campo de estudio, cuando la lógica formal haya sido ordenada y su muy limitado ámbito haya sido definido apropiadamente» (CW, X, 338-339).

A mi modo de ver y en contra de lo que opinan Davis y Bate-man hay aquí una concesión, pero parcial. Quizás la probabilidad es subjetiva y se resuelve en un sistema consistente de reglas para las que no hace falta la intuición. Pero la necesidad de esta última sigue vigente ahora en el orden de las creencias que dan lugar a las probabilidades *a priori*. En realidad, entonces, Keynes sigue diciendo lo mismo. Se podrán obtener las reglas de la probabilidad independientemente de la intuición, pero los grados de creencia que dan origen a proposiciones hipotéticas o probabilidades *a priori* requieren una intuición, que pertenece a lo que ahora llama *human logic*. Antes había aclarado:

«Así fue llevado a considerar una “lógica humana” diferente de la “lógica formal”. La lógica formal se ocupa sólo de las reglas del pensamiento consistente. Pero además de esto, poseemos ciertos “hábitos mentales útiles” para manejar el material que nos proveen la percepción y la memoria y quizás de otros modos, y que nos sirven para llegar a o hacia la verdad; y el análisis de esos hábitos es una especie de lógica. La aplicación de estas ideas a la lógica de la probabilidad es muy útil» (CW, X, p. 338).

Esto es, la lógica formal llega hasta el grado de la consistencia: para llegar al conocimiento del material provisto por nuestras facul-

tades y alcanzar la verdad se requiere la lógica humana que se ha mostrado tan útil en el campo de la probabilidad. Más aún, la lógica humana está por encima de la formal y le define sus alcances (cfr. id., p. 339). Con sólo la lógica formal, señala Keynes, Russell, Wittgenstein y Ramsey la están vaciando de contenido y transformándola en «meros huesos secos» (cfr. id., p. 338). Como bien señala Braithwaite: Ramsey fracasó en su intento de convertir a Keynes (Braithwaite 1973, p. xxii). La concesión, como opina Fitzgibbons, es sólo semántica: acepta la estrecha definición de lógica (formal, consistente) de Ramsey, pero se «escapa» abriendo el campo de la lógica humana, de lo razonable (Cfr. Fitzgibbons, 2000, pp. 131-133, 147-158). No es el primer escrito en que Keynes se queja de las limitaciones de la lógica formal (cfr., p. ej., *TP*, pp. 116-119)¹³.

La lógica amplia es la que aplica en su célebre crítica al libro de Tinbergen *A Method and its Application to Investment Activity* (Ginebra, 1939), encargada por la misma Liga de las Naciones. Primero escribe la carta a Tyler sobre el libro (23 de agosto de 1938). Allí sostiene:

«En primer lugar hay una cuestión central de epistemología: la lógica de aplicar el método de correlación múltiple a material económico no analizado» (*CW*, XIV, 285-286).

El mismo 23 de agosto escribe a Frank Kahn diciendo acerca del libro: «no hay la menor explicación o justificación de la lógica subyacente» (*CW*, X, p. 289). Después tenemos una carta al mismo Tinbergen (20-IX-38) donde insiste en que el problema es la adaptación del método al objeto (cfr. *CW*, X, pp. 293-295). Al día siguiente escribe una carta a Roy Harrod señalándole un supuesto incorrecto del trabajo de Tinbergen. Concluye: «Lamento que esta especie de punto lógico no haya sido discutido primero

13. Quizás nos sirva hacer un esquema. Keynes ha distinguido certeza y probabilidad. Pero dentro de lo que en la época del *TP* llama probabilidad, distingue a su vez una probabilidad propia de la lógica formal y otra propia de lo que ahora llama lógica humana, y que dará origen a su noción de incertidumbre de la *TG*.

—o al menos mencionado. A partir de allí, todo es charlatanería, a pesar del admirable candor de T.—» (CW, X, p. 305).

La crítica expuesta en la reseña misma (*Economic Journal*, 49, 1939, pp. 558-568), mordacidad aparte, apunta al mismo problema. Si no tenemos teoría, ¿de qué sirven los datos y los cálculos? Recogemos algunos pasajes relevantes:

«El primer capítulo, que debería haber abordado los difíciles problemas lógicos resultantes de la aplicación a los datos económicos de métodos elaborados en conexión con material de un tipo muy diferente es lastimosamente decepcionante (CW, X, p. 306) lo peor de él es que está mucho más interesado en poner manos a la obra que en dedicar el tiempo necesario para decidir si vale la pena hacerlo. Así prefiere claramente los laberintos de la aritmética a los de la lógica (p. 307). (...) El método sólo es aplicable cuando el economista puede proveer previamente un análisis correcto e indudablemente completo de los factores significativos. El método no pretende descubrir ni criticar. Es sólo un medio de dar precisión cuantitativa a lo que, en términos cualitativos, ya conocemos como resultado de un análisis teórico» (p. 308).

Recuerda que hace 30 años se había ocupado del problema de pasar de una descripción estadística a una generalización inductiva (la disertación). La condición clave es contar con un material homogéneo que pueda ser base para la inducción (se trata del problema de la finitud del sistema del que habla en el *Treatise on Probability*). Termina con la conocida ironía:

«Tengo la sensación de que el profesor Tinbergen estará de acuerdo con gran parte de mi comentario. Pero sospecho que su reacción será añadir diez calculistas más y ahogar sus penas en aritmética» (p. 318).

La historia acaba con la réplica de Tinbergen y el comentario a ésta de Keynes (*EJ*, 50, 1940). Allí ofrece el siguiente ejemplo para ilustrar la prioridad de la teoría:

«Se podrá recordar que los setenta traductores de la *Biblia de los Setenta* fueron encerrados en diferentes cuartos con el texto hebreo y

que al salir trajeron consigo setenta traducciones idénticas. ¿Puede garantizarse el mismo milagro si encerramos a setenta “correlacionadores” con el mismo material estadístico? Y de cualquier modo, supongo, si cada uno tuviera un economista diferente sentado sobre su a priori, esto provocaría diferencias en el resultado» (p. 320).

Contemporánea a esta discusión es otra célebre correspondencia mantenida con Roy Harrod a propósito de un trabajo de este último pero con temas similares. Las cartas relevantes de Keynes, del 4 y 16 de julio de 1938, tienen una riqueza enorme. Aquí sólo nos importa destacar la relevancia de la teoría –volvemos sobre éstas al tratar el tema epistemológico–. La economía es un modo de pensar. La clave es la elección de los modelos adecuados para cada situación pues el material del que trata no es homogéneo a través del tiempo.

También en el año 1938 –el 9-IX– pronuncia su encantadora conferencia «My Early Beliefs». Había dicho:

«¿Cómo sabíamos qué estados de la mente eran buenos? Era una cuestión de inspección directa, de intuición directa inanalizable sobre la que era inútil e imposible discutir» (p. 437). «Nuestra aprehensión del bien era exactamente igual a nuestra aprehensión del color verde» (p. 438).

Y agrega, exactamente después de recoger la anécdota de la pesadilla en que Moore confundió muebles con conceptos, «no veo razón para cambiar las intuiciones fundamentales de *Principia Ethica*» (p. 444).

En 1946, poco antes de morir, escribía sobre Newton:

«Creo que la clave de su mente se ha de buscar en sus inusuales poderes de introspección concentrada continua» (CW, X, p. 364). Su don peculiar fue el poder de conservar continuamente en la mente un problema puramente mental hasta que lo hubiera atravesado viéndolo (p. 365). Era su intuición lo que era prominentemente extraordinaria –“tan feliz en sus conjeturas, decía de Morgan, que parecía conocer más que lo que hubiera podido probar”–. Las pruebas, para lo que valen la pena, eran, como he dicho, provistas después; no eran el

instrumento de descubrimiento (p. 365). Sus experimentos fueron siempre, sospecho, no un medio de descubrimiento, sino de verificación de lo que ya sabía» (p. 366).

A continuación cuenta una anécdota con Halley, el del cometa:

«Está la historia de cómo informó a Halley de uno de sus descubrimientos más fundamentales acerca del movimiento de los planetas. “Si”, respondió Halley, “pero ¿cómo lo supiste? ¿cómo lo probaste?” Newton se quedó desconcertado: “¿Porqué?, lo he sabido desde hace muchos años”, le respondió. “Si me das unos días, seguro que te encuentro una prueba de ello”, como efectivamente hizo» (CW, X, p. 365).

En fin, la prioridad y posibilidad de la teoría, que depende de un *flash* intelectual, ha sido la constante de la obra de Keynes. Recordemos el pasaje:

«(...) algo se dio en mi cerebro y ví todo con enorme claridad en un *flash* (...) no es una cuestión de argumentos; todo depende de un particular *twist* en la mente» (citado por Bateman 1996, p. 36, cursiva agregada).

Lo del «flash» vuelve a aparecer unos cuantos años después. En la correspondencia con Harrod relativa al artículo que estaba preparando para el *Economic Journal* sobre la teoría dinámica, después de varias cartas de ida y vuelta, Keynes le contesta (26 de septiembre de 1938):

«Como resultado de tu última carta, al fin vi todo como un flash. Mi intuición me dijo que tu conclusión podía no ser verdadera en general, pero...» (XIV, 345).

He dejado para el final una obligada referencia a la convención, presente en la *Teoría General* y en su artículo «The General Theory of Employment» (*QJE/37*). Davis 1994 sostiene que Keynes, después del *Treatise on Probability*, abandonó el atomismo, le dio un papel social al lenguaje y reemplazó las intuiciones por expectativas y convenciones (cfr. pp. 5, 71, 94, 103-105, 107-108,

113). De un modo más específico acerca de la intuición, algunos autores sostienen que Keynes transformó su noción mooreana de una intuición solipsista en otra de intuición intersubjetiva (cfr. Lawson 1985 y 1987, y Davis 1994). No quisiera detenerme mayormente en este tema aquí¹⁴. Sin embargo, tampoco puedo ignorarlo, pues la discusión al respecto es muy importante y divulgada.

Parecería que la convención surge en Keynes cuando la incertidumbre acerca de ciertos temas es tal que no queda un modo científico de decidir acerca de éstos: «simplemente, no sabemos» (*QJE/37* p. 214). Por eso, pareciera que la convención aparece por una razón pragmática, como si fuera una *rule of thumb*: «la necesidad de actuar y de decidir nos obliga a nosotros, hombres prácticos a hacer lo mejor por superar este hecho tan embarazoso [la ignorancia propia del estado de incertidumbre]...» (ibíd.). Este es también el espíritu de la referencia a reglas, convenciones y el *estado de confianza* en la *Teoría General* (por ejemplo, Capítulo XII, I-IV). Esto no es ni estrictamente racional, ni irracional, sino razonable –lo que es un sentido amplio de racionalidad–: «Así la inversión se vuelve razonablemente “segura”» (*id.*, p. 152). Esta razonabilidad descansa en el *estado de confianza*.

Otra característica de la convención, tal como es abordada en la *Teoría General* y en «The General Theory of Employment» es su carácter social interactivo. «La psicología de una sociedad de individuos cada uno de los cuales está intentando imitar a los otros conduce a lo que podemos denominar estrictamente un juicio convencional» (*QJE/37*, p. 214). Esto también surge de la *Teoría General*, por ejemplo del Capítulo XII, cuando habla de la tasa de interés:

«Quizás fuera más exacto decir que la tasa de interés es un fenómeno muy convencional, más que muy psicológico; porque su valor real está determinado en gran parte por la opinión que prevalece acerca del valor que se espera irá a tener» (p. 197).

14. Una idea del «estado del arte» de esta discusión puede surgir de la lectura del reciente libro editado por Runde y Mizuhara 2003.

Visto lo anterior, ¿cómo conocemos las convenciones? ¿Es cierto que la convención reemplaza a la intuición? Pienso que coexisten. Las convenciones están conformadas por expectativas (cfr. Davis 1994, pp. 129, 145 y Bateman 1996, p. 130); éstas son ciertas intuiciones acerca del futuro y acerca de otros hechos inciertos. Estos hechos se originan socialmente. Por eso dice Davis que «la intuición o el juicio individual en el pensamiento tardío de Keynes contiene un componente social, puesto que funciona en el marco de un sistema interdependiente de expectativas individuales» (Davis 1994, p. 116). En cualquier caso, se trata de la misma intuición intelectual. El conocimiento y la adherencia a las convenciones también supone la intuición¹⁵. «¿Cómo es capaz la gente de conocer dichas convenciones?», se pregunta Lawson. Y responde: «a través de ese contacto directo con éstas; y esto significa a través de la participación en prácticas sociales» (Lawson 1985, pp. 916-917). Volviendo a Davis, dice:

«Podemos, debería enfatizarse, seguir hablando acerca de la intuición, vision o auto-evidencia en el Nuevo contexto sin problemas. El juicio individual, aún cuando se apoye en reglas y convenciones todavía posee una inmediatez que no es caracterizada erróneamente como intuitiva» (Davis 1994, p. 96).

No es, decía, la casi solipsista intuición de los tiempos mooreanos de Keynes. Ha cambiado el objeto de estudio, éste es social y su conocimiento supone, entonces, una cierta intersubjetividad¹⁶. De todos modos, sigue siendo una operación intelectual de una mente individual, como la intuición de Brentano. Por otra

15. Nótese que la convención es un término no sólo descriptivo; también tiene un carácter normativo. Como dice Davis 1994, «[una] convención y una expectativa promedio (...) ejerce una influencia regulativa o normativa en las decisiones y juicios de los individuos puesto que exhibe implícitamente cursos de acción recomendados, dejando lugar, claramente, a la discreción individual (...)» (p. 145).

16. Dice Davis 1994, pp. 107-108: «la intuición y la creencia en esta concepción tardía puede ser justamente denominada social en tanto que se arriba a éstas a través de un proceso epistémico intersubjetivo»

parte, Keynes continúa considerando la aprehensión intelectual de otros tipos de objetos de estudio que suponen una incertidumbre menor¹⁷.

Tal como hemos visto, la intuición como modo de acceso a la teoría estuvo presente siempre en Keynes. Las convenciones aparecen donde la intuición no llega de un modo inmediato: más que reemplazo hay complementariedad. No sucede, entonces, que la economía haga cambiar sus categorías filosóficas, sino que el mejor conocimiento del hombre y de la realidad social, que adquiere gracias a su profesión, le hace acudir con mayor asiduidad a elementos que ya estaban presentes en el *Treatise on Probability*.

En definitiva, es posible conocer ciertas realidades; y este conocimiento no es algo subjetivo: «podemos creer que nuestros juicios pueden penetrar (*penetrate*) en el mundo real» (p. 52). Por eso, a mi modo de ver, el espíritu de la teoría del conocimiento de Keynes está tan cerca de la de Brentano. Hay una verdad lógica –la verdad de hecho: la proposición coincide con el hecho– y otra ontológica –la «Verdad»–. La verdad de hecho es tal porque el hecho en cuestión es ontológicamente verdadero y determinado (ambas confluyen en la proposición primaria). *Ergo*, además es lógicamente coherente. Esta coherencia queda afirmada en la verdad de la proposición secundaria.

4. *Conclusión*

¿A qué conclusiones llegamos tras este largo y dificultoso recorrido?

En cuanto al realismo, hemos supuesto durante el transcurso de todo el capítulo un *realismo ontológico*: se terminará de confirmar en el próximo capítulo. Respecto al *realismo lógico-semántico* está asegurado en cuanto que hay condiciones de verdad independientes de la mente humana. Queda suficientemente de-

17. Carabelli 2003, p. 225 señala que en Keynes la convención aparece en situaciones de ignorancia total.

mostrado mediante la postulación de la coincidencia entre verdad lógica y ontológica. Finalmente, respecto al *realismo epistemológico*, aquí cobra un rol clave el papel de la intuición, pues es ésta la que nos permite acceder a la naturaleza de la realidad extra-mental. Este realismo tiene la restricción del objeto de estudio.

Sin embargo, su orientación realista está presente también en su economía. Piensa que algunos asuntos de la economía son de tal naturaleza que conllevan dificultades epistemológicas. Como dice Lawson, «es un asunto notable de las explicaciones realistas que tienden a poner foco en la penetración de la incertidumbre como un hecho innegable de la vida económica»¹⁸. Es decir, es muy realista ser consciente de los límites del conocimiento y, por tanto, del realismo epistémico. Esto es lo que Lawson llama «una orientación realista» (cfr. 2003). En este campo, Keynes también se apoya en la intuición.

Quizá nos sirva repetir el esquema que hemos adelantado en una nota acerca de sus nociones de probabilidad e incertidumbre. Keynes ha distinguido certeza y probabilidad en el *Treatise on Probability*. Pero dentro de lo que en la época de este trabajo llama probabilidad, distingue una probabilidad propia de la lógica formal y otra propia de lo que en su reseña a Ramsey llama lógica humana, que originará su noción de incertidumbre de la *Teoría General*.

¿Qué teoría de la verdad de las presentadas en el capítulo anterior se ajusta más a Keynes? Obviamente no es la teoría de la verdad identidad. La realidad queda bien diferenciada de la proposición. Tampoco es verdad coherencia, puesto que va más allá. Se trata de una teoría de la verdad correspondencia. Como decía arriba, hay tres formas de verdad: la lógica, que coincide con la ontológica, y la verdad de la proposición secundaria (que cuando es probable puede quedar falsada por el hecho). La unión entre

18. 1987, p. 951. Lawson añade como nota al pie: «(...) el realismo incorpora la creencia de que hay un mundo objetivo que existe independientemente (en parte) de la conciencia pero que es cognoscible por la conciencia». Es decir, está hablando de los realismos ontológico y epistémico.

verdad ontológica y lógica queda clara tanto en la cita de Spinoza como, por ejemplo, en la siguiente cita de un escrito inédito («Truth», octubre de 1904):

«Se me ocurre que seguimos la verdad porque es verdad y no porque hemos justificado nuestro recorrido mediante el cálculo de probabilidades. De algún modo creemos firmemente que la verdad resultará mejor al final, y sin embargo, encuentro difícil, incluso averiguar que las probabilidades le son favorables, antes de alcanzar ese fin, cualquiera sea» (citado por Bateman 1996, p. 46).

En cuanto a la teoría del conocimiento, Keynes no cae en el representacionismo, pues lo conocido no es ni la proposición ni el concepto ni la sensación, sino aquello a lo que estos nos remiten. Cuando tengo conocimiento directo la familiaridad directa me lleva a la realidad conocida a través de su objeto. No hay representación sino un mostrar. Pero, por otra parte, sí cae en el representacionismo, pues la familiaridad directa, en una primera instancia, llega a representaciones. Mediante los sentidos veo sensaciones, no cosas. Las cosas se conocen o penetran luego, gracias al proceso misterioso del conocimiento directo. El paso a través de las sensaciones no es lo directo que hubiera sido en una concepción clásica. Además, cualquier conclusión queda bajo el manto de oscuridad que el propio Keynes tiende.

Keynes no resuelve finalmente el problema de la inducción, puesto que sólo la considera posible bajo la condición de un universo finito, hipótesis de la que él mismo duda. Para salvarla, la supone de sentido común.

De cualquier modo, lo claro e importante, a mi juicio, es la prioridad del carácter teórico del conocimiento. Este carácter obedece a la función penetrante de la intuición. Keynes cree en la capacidad intelectual humana. Muy unida a ésta, pues es complementaria, Keynes cree en esta capacidad adaptada al objeto en cuestión. Ya se ve que el ámbito práctico, por ejemplo, es un campo en que el razonamiento probable (y no por ello menos científico) es más adecuado para que la ciencia avance en su camino hacia la verdad. Cuando la misma probabilidad no alcanza,

aparece la intuición de las convenciones conformadas por expectativas en un marco de interacción social. Esta conclusión es igualmente importante porque sin ella la primera quedaría inmediatamente refutada por la evidencia de las dificultades de las ciencias sociales. En definitiva, Keynes cree que es posible descubrir la melodía.

IV

LA METAFÍSICA IMPLÍCITA EN EL PENSAMIENTO KEYNESIANO

*Cada cosa tiene verdad
en la medida en que tiene ser,
Aristóteles, Metafísica,
993b 30-31.*

Tony Lawson ha afirmado en su *Economics and Reality*:

«El concepto de realismo que sostengo está explícita y firmemente unido a la *ontología* o “metafísica”, es decir, a la investigación de la naturaleza del *ser*, de la *existencia*, incluyendo la naturaleza, la constitución y la estructura de los objetos de estudio» (Lawson 1997, p. 15).

Uskali Mäki dice en *Studies in the Ontology of Economics*:

«El estudio de la ontología económica se ocupa de lo que podría denominarse “el reino económico”: el reino económico consiste en aquellas partes o aspectos del universo que pueden agruparse por constituir la materia de la ciencia económica. Podemos pensar en el reino económico como distinto de otros reinos (el físico, el biológico, el estético) por el hecho de estar compuesto de cierto tipo de entidades o propiedades (...) El reino económico está

conectado con otros reinos de varios modos. La posibilidad de la existencia del reino económico presupone la existencia de los reinos físico, biológico y psíquico. La caracterización de esta dependencia es en sí misma un asunto ontológico; (...) El funcionamiento del reino económico está modelado por los reinos de la moralidad y la política» (Mäki 2001, p. 4).

Mäki define a la metafísica como la ciencia del ente en cuanto ente (Mäki 2001, p. 7). Sobre la tarea metafísica dice el metafísico contemporáneo Michael Loux:

«(...) lo que se supone que ha de hacer el metafísico es identificar los tipos relevantes de lo existente, especificar las características o rasgos categoriales peculiares de cada uno de esos tipos, e indicar los modos en que esos tipos generales se relacionan entre sí» (Loux 2002, p. xi).

En efecto, intentaré descubrir qué, cómo, de qué tipo, es la realidad para Keynes: cuál es la melodía. Éste no se pronuncia expresamente acerca de estos temas. La metafísica de Keynes está bastante más oculta que su gnoseología. Por ello, como se ha aclarado desde el mismo prólogo, este estudio será «arqueológico» y las conclusiones serán hipotéticas.

1. *Antecedentes*

¿Pueden ayudarnos los autores que he considerado como predecesores para averiguar la metafísica implícita en el pensamiento de Keynes? En Brentano encontramos una metafísica realista aristotélica: substancia y accidentes, forma y materia en los entes, universales en la mente. ¿Qué se trasluce de ello en el libro que leyó Keynes?

Repasemos, entonces, los temas metafísicos, que sin ser un libro de metafísica, aparecen en *The Origin of our Knowledge of Right and Wrong*. La idea clave de Brentano es que la intencionalidad del conocimiento nos remite a objetos independientes del conocimiento mismo (n. 19, p. 34 y nota 24, p. 89). Dentro de és-

tos, *true* y *good* son propiedades de las cosas –*things*– que guardan una analogía entre sí (nn. 24-26, pp. 39-41). Hay una realidad verdadera –el ser real, entre otros, sujetos que son seres pensantes (n. 5, pp. 21-23)– y una verdad real –el ser de razón– (notas 23-24 y 26, pp. 88-90). Brentano así sostiene una múltiple (*manifold*) significación del ente. Había desarrollado el tema de la homonimia *pros hen* (la llamada analogía del ente) en su misma tesis doctoral. Aristóteles, dice aquí, divide al ente (*being: ón*) en diferentes categorías y entre actualidad (*ón energeía*) y potencialidad (*dunámei*), pero no lo hace con el ente de razón (*ón ós alethés*) (cfr. pp. 57-58 de la edición inglesa).

Pero lo que quizás resulte más interesante en relación con Keynes son sus ideas acerca de los todos y sus partes. La referencia al tema se origina en sede ética –como en Moore y en Keynes–: sabemos que una cosa es mejor que otra «viéndolo» a través de nuestros actos de preferir, cuya corrección es análoga a la del juicio evidente (cfr. pp. 26-27). Un tipo de «preferible» es el todo en relación a la parte: «Aristóteles llamó la atención al hecho de que la suma de lo que es bueno es mejor que las partes particulares que lo componen» (p. 28). Pone ejemplos familiares a Moore: la felicidad de un pueblo, la obra de arte, un organismo o la casa. Pero al agregar el ejemplo del todo de la creación queda claro que la substancialidad independiente de sus partes no es incompatible con que formen parte del todo, cuyo fin inmanente es el orden (cfr. p. 40). Es decir, las partes forman parte del todo guardando un orden en éste sin perder su individualidad. En este sentido, su interpretación es la que sostiene Moore –y luego Keynes– por oposición a la concepción hegeliana.

En efecto, y pasando ya a Moore, se lamenta de la influencia de Hegel en esa doctrina que dice que «las partes no son lo que son sino gracias a la existencia del todo» (n. 22, p. 30). Predicar de una cosa que forma parte del todo no altera su naturaleza. Concluye: «esta doctrina acerca de que una parte “no puede tener sentido o significado aparte de su todo” debe rechazarse absolutamente» (id., p. 31). Es verdad que la denominación que le da al todo, «orgánico» y el consiguiente símil, el del cuerpo humano, puede dar lugar a confusiones. En efecto, se estaría hablando de

un todo biológico en el que, por el contrario, las partes no existen fuera del todo. Una pierna fuera de un cuerpo no cumple ninguna función, es inmóvil y se corrompe. Moore —y luego Keynes— habla de todos «morales», en los que las personas que los componen no agotan su realidad en formar parte del todo, sino que subsisten ontológicamente fuera de éste. La unidad de los «organismos» morales es sólo de finalidad y de acción y no determina, por tanto, el ser físico de sus miembros¹.

La discusión del tema surge igual que en Brentano de la apreciación del bien. Resulta que existen todos cuyo valor no guarda proporción con la suma de los valores de las partes. Pone el ejemplo de la conciencia de un objeto bello: «no podemos atribuir la gran superioridad de la conciencia de la cosa bella sobre la cosa bella misma, a una mera suma del valor de la conciencia con el de la cosa bella» (n. 18, p. 26). Usará, dice Moore, el término orgánico relativo a los todos con un sentido especial:

«Lo usaré para denotar el hecho de que un todo tiene un valor intrínseco diferente del de la suma de los valores de sus partes (...) El término no implicará relación causal alguna entre las partes del todo que se trata. No implicará que las partes sean inconcebibles a

1. Sobre la distinción entre los todos físicos y morales, cfr. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, II-IIae. q. 58, a. 6 *corpus*. La del todo orgánico aplicada a todos sociales es una idea que se remonta a la Edad Media y cuyo origen es eminentemente cristiano, relacionado con la idea del Cuerpo Místico de Cristo. Al respecto, se explaya Otto von Gierke en su documentada *Das deutsche Genossenschaftsrecht*, concretamente en su volumen tercero. El símil organicista, muestra Von Gierke, se presenta tanto en la misma idea de la sociedad como organismo, como en la explicación del surgimiento y crecimiento de las instituciones sociales. Según la doctrina católica, de raigambre paulina en el caso de la Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo, la analogía tiene sentido pues quien está fuera de ésta no tiene vida sobrenatural, «muere». Cfr. (1868) 1934, 1963, *Natural Law and the Theory of Society*, Cambridge University Press, 1934; trad.: F. W. Maitland (tercer volumen de *Das deutsche Genossenschaftsrecht*). Versión en español: *Teorías políticas de la Edad Media*, Huemul, Buenos Aires, 1963; trad.: Julio Irazusta, desde la versión inglesa, pp. 110 y ss. y 118 y ss. Agradezco esta referencia a Jorge Martínez Barrera.

no ser como partes de ese todo, ni que, cuando forman parte de él, tienen un valor diferente del que pudieran tener si no entraran en él» (n. 22, p. 32).

Moore, entonces, defiende claramente la unidad individual de esas partes, a pesar de que la desigualdad de valor del todo respecto a la suma de las partes pudiera hacer pensar que no la mantuvieran. En el capítulo dedicado al Ideal (VI), sobre las cosas que son buenas o fines en sí, resulta que todas estas son «unidades orgánicas altamente complejas» (n. 113, p. 178). En esos todos complejos se incluye el conocimiento de cualidades materiales, que sería descartado por los idealistas (n. 123, p. 193).

¿Cómo está formada la realidad de los todos o las partes tal como aparece en *Principia Ethica*? Al hablar del bien dice que es un «objeto o idea». Hay objetos complejos y objetos simples. Los complejos pueden definirse, pues son descomponibles en partes: mediante su descripción defino su «naturaleza real». Podemos reducirlos a partes ínfimas, simples, que son indefinibles. El bien –ya lo vimos– tiene una naturaleza simple; también «amarillo» (cfr. n. 7, pp. 6 y 7). Además, en la metafísica de *Principia Ethica* hay objetos naturales –sensibles y «hechos mentales»– y no naturales, como bueno (n. 12, p. 12). Este tipo de objetos:

«(...) no se dan en el tiempo, (...) no son, por ende, parte de la naturaleza y (...) no existen en absoluto. A esta clase, como he dicho, pertenece lo que damos a entender con el adjetivo “bueno” (...) Empero los miembros más prominentes de esta clase son, tal vez, los números (...) Dos y dos *son* cuatro. Esto no significa, sin embargo, que el dos o el cuatro existan. Con todo, ciertamente significan *algo*. El dos *es* en cierta forma, aunque no exista. (...) Ninguna verdad, de hecho, *existe*; esto es peculiarmente obvio por lo que toca a verdades como “dos y dos son cuatro” en las que los objetos sobre los que versan tampoco existen. Es con el reconocimiento de verdades como éstas –verdades que han sido llamadas “universales”– y con el reconocimiento de su diferencia esencial, con lo que podemos tocar, ver y sentir que la metafísica comienza propiamente. Tales verdades “universales” han ocupado siempre una gran parte en el razonamiento de los metafísicos, desde Platón hasta nuestros días. El que hayan atendido directamente a la diferencia entre estas

verdades y lo que yo he llamado “objetos naturales” constituye su principal contribución al conocimiento, y esto los distingue de otra clase de filósofos –los filósofos “empiristas”– a la que la mayoría de los ingleses han pertenecido» (n. 66, p. 106).

Pero a continuación se queja de que para los metafísicos esos objetos no naturales, que no existen en el tiempo, deben existir en algún lado, en alguna realidad suprasensible (nn. 66-67, pp. 106-107). Moore no considera que esos universales son de la clase de los objetos naturales que él mismo ha denominado «hechos mentales». Un problema es que para él existir parece equivaler a ser en el tiempo. Como los universales no son en el tiempo no existen. Y resulta que para Moore los hechos mentales sí existen en el tiempo, son una realidad psicológica. Entonces, ¿será su defensa del carácter no natural de «bueno» lo que lo lleva a ignorar la posibilidad de considerar la existencia mental de los universales? «Si nos preguntamos ¿qué conexión tiene la metafísica con la cuestión acerca de qué es bueno?, la única respuesta posible es que absoluta y obviamente ninguna» (n. 69, p. 112). Para Moore, ninguna verdad sobre lo que es real tiene conexión lógica con esa pregunta. Lo contrario sería caer en la falacia naturalista, un error propio de las éticas metafísicas que Moore rechaza. Hay que tener en cuenta que cuando se queja de la constitución del universal en realidades suprasensibles está pensando en Bradley y el idealismo con su absoluto real eterno. En realidad, parecería que toda su argumentación se dirige a refutar el idealismo (cfr. n. 85) –a juzgar por la reseña de B. Bosanquet a *Principia Ethica* (1904), esto es así–. Por eso discute que toda proposición afirme una relación entre existentes (falacia lógica) o que «bueno» denote alguna propiedad real: en sede idealista esto significaría la dilución de bueno en lo pensado que es lo real. Por tanto insiste en que:

«(...) debe distinguirse universalmente el *objeto* de conocimiento del conocimiento de que es objeto, y, por ende, que en ningún caso puede ser la cuestión de que el objeto es *verdadero* idéntica a la cuestión acerca de cómo es, o de si es conocido» (n. 85, p. 133).

En su contexto, si aceptara que el universal es una realidad mental, estaría dándole la razón a los idealistas. Recordemos cómo se esfuerza en «The Refutation of Idealism» en distinguir la sensación de lo sentido. Visto todo lo cual se hace posible comprender mejor su postulación de una dirección que va de la razón lógica, o razón de la verdad de la proposición misma, a la evidencia para nosotros y no a la inversa, tal como vimos en el capítulo II. Es decir, Moore, contra los idealistas, trata de resguardar siempre la objetividad, en todos los campos. Por ejemplo,

«(...) la cuestión acerca de si [algo] es verdaderamente bello o no, depende de la cuestión objetiva acerca de si el todo en cuestión es o no es verdaderamente bueno y no de la cuestión de si excita o no sentimientos particulares en determinadas personas» (n. 121, p. 189).

Ahora bien, el resultado es una curiosa ontología en la que los objetos existentes parecen componerse de partes simples indefinibles no existentes (más el concepto de existencia), pero que son algo, no en un sentido predicativo sino existencial (son fuera del tiempo, pues como dijimos, para Moore, existir es existir en el tiempo). En cualquier caso, queda claro un aspecto realista de su postura: el reconocimiento de universales provistos de una entidad no existente en el tiempo, pero que algo son, en guardia quizás contra su posible transformación idealista en seres pensados, del universal junto con la realidad.

Nótese, en esta misma línea, la identificación entre objeto e idea (n. 6, p. 6) que nos habla de la teoría de la verdad identidad que describimos en el capítulo II. Pero es una identidad que no es de lo real con lo pensado, sino de lo pensado con lo real. Tenemos naturalezas reales y universales objetivos. Los objetos subsisten individual y realmente: «a thing is what it is and not another thing», había citado de Butler al comenzar *Principia Ethica*. Ahora bien, si la «prohibición» de predicar *bueno* a cualquier realidad, so pena de caer en la «falacia naturalista», sucede con cualquiera de los universales respecto a los entes naturales que son ejemplos o están compuestos por esos universales, llegamos a la

conclusión nominalista de que los existentes son sólo singulares. De donde la metafísica de Moore, a pesar de su intencionalidad realista anti-idealista tiene también sus aspectos nominalistas.

Russell, finalmente, no puede agregar algo más sustantivo en cuanto a la ontología que lo que hemos visto en los anteriores autores. Sus momentos más realistas no superan el *standard* de Moore. Vistos estos antecedentes pasamos a Keynes.

2. Keynes

Como ya hemos señalado varias veces, Keynes no expone su postura ontológica. Debemos tratar de leerla entre líneas con el consiguiente riesgo de caer en una interpretación errónea. Insisto entonces en el carácter hipotético de las siguientes reflexiones. Éstas deben tratar de averiguar si Keynes reconoce una realidad exterior a la mente humana; si ésta es individual o está compuesta de individualidades, si esas individualidades son agrupables; en este último caso, cuáles son los tipos o clases; si esta realidad tiene una inteligibilidad; si, conforme a esa inteligibilidad puedo captar las formas universales y causas de las cosas, o si sólo puedo hablar de rótulos que agrupan características similares de entes esencialmente individuales o cuya esencia no nos resulta penetrable.

Algunas de estas preguntas ya fueron respondidas en el capítulo anterior. En efecto, para Keynes hay realidad exterior y es cognoscible. Cuánto sea cognoscible, es una cuestión sobre la que duda mucho. Sin embargo, la médula del capítulo anterior ha sido precisamente argumentar que Keynes propone que hemos de conocer a nivel teórico, por encima del meramente fenoménico y que esto lo permite la misma realidad que es verdadera y se hace evidente, y la intuición que la capta. También hemos tratado, dando una respuesta titubeante, la cuestión de los universales (vinculada a la anterior): la conclusión fue que los hay y que la intuición penetra la realidad y los posee. Sin embargo, a la hora de la inducción, la analogía es sólo agrupación de similitudes. Lo que no queda claro es si la «carencia» de ese *plus* que le «falta» a la analogía para llegar a ser un universal se debe a motivos ontológicos

(así es la realidad), gnoseológicos (es todo lo que podemos conocer) o epistemológicos (en el contexto en que interviene la analogía sólo corresponde que llegue a ese punto). Aunque percibo en Keynes una inseguridad muy grande en el plano gnoseológico, me inclino por opinar que pueden predominar las razones epistemológicas. Sería el mismo motivo que opera ante realidades muy inciertas para sostener la imposibilidad de su conocimiento. En este caso, además, aparece un motivo de tipo ontológico: nos encontramos frente a realidades que en realidad «aún no son», hechos futuros de los que sólo podemos intuir expectativas y adherir a las convenciones que éstas conforman. En efecto, al analizar la ontología de lo social y lo económico en el capítulo VII, veremos cómo influye sobre su epistemología.

Pasemos a las «categorías keynesianas». Una primera clasificación podría ser entre realidad mensurable y no mensurable, o cuantificable y diferenciable cualitativamente. Cuando en el capítulo tercero del *Treatise* Keynes se plantea la posibilidad de medir los grados de creencia racional, es decir la probabilidad, nos dice algo acerca de la realidad, puesto que distingue varias categorías de objetos o hechos según la mensurabilidad de su probabilidad. Debemos recordar que la probabilidad es una realidad objetiva para Keynes. Rod O'Donnell habla de la doctrina del realismo de Keynes que incluye realidades no materiales como las probabilidades, que existen en una realidad independiente de la mente, no material, externa, un reino inmutable de relaciones lógicas (1991, p. 9). Estaría proponiendo una división de realidades por sus grados de inteligibilidad cuantitativa. La verdad en los entes (ontológica) es un accidente –su relación con la mente cognoscente–. Keynes estaría dividiendo a los entes por un aspecto de este accidente. El texto es:

«Parece haber cuatro alternativas. O bien en algunos casos no hay ningún tipo de probabilidad; o las probabilidades no pertenecen a un solo conjunto de magnitudes mensurables en términos de una unidad común; o estas medidas siempre existen pero en algunos casos son, y deben permanecer, desconocidas; o las probabilidades pertenecen a un conjunto tal que sus medidas son susceptibles (*ca-*

pable) de ser determinadas por nosotros, a pesar de que muchas veces no podemos hacerlo en la práctica» (p. 31).

Entonces los casos posibles son:

A. Casos, señala (después resultará que son la mayoría), en que no existe una base racional para una comparación numérica (p. 30), que se dividen en dos:

1. algunos casos en que no hay probabilidad de ningún modo; y
2. otros en que las probabilidades no pertenecen a un único conjunto de magnitudes mensurables por la misma unidad

Estas dos primeras alternativas han sido excluidas –dice– por Laplace y sus seguidores.

B. Quedan dos casos en que la probabilidad es mensurable:

3. aquellos en los que las medidas de las probabilidades existen pero permanecen desconocidas (por falta de habilidad para argumentar desde la evidencia dada, no por ser incognoscibles en sí mismas –pp. 30-31), y

4. otros en que existen esas medidas y son determinables, aunque a veces no podamos determinarlas en la práctica.

Aunque sólo se trata de clasificación de relaciones de probabilidad, evidentemente ésta nos habla de una cierta visión de la realidad. En el *Treatise on Probability* se esfuerza por encontrar un sistema para comparar probabilidades no mensurables. En este proceso se vuelve a hacer presente la necesidad de contar con la asistencia de la intuición o de un juicio directo (cfr. pp. 52, 53, 63, 65, 86). Ahora bien, aunque en el *Treatise on Probability* se concentre en la probabilidad mensurable o comparable de algún modo, deja abiertas las puertas a otro tipo de realidades: las del tipo 1, donde no hay probabilidad de ningún tipo. Es un caso que había señalado años antes en su «Ethics in Relation to Conduct» (1904): allí afirma que sólo una clase muy limitada de cuestiones son susceptibles (*capable*) de tratamiento numérico (citado por Davis 1994, p. 74). De hecho, al dedicarse a la economía desempeñarán un rol central. Aparecerá un tema keynesiano típico, el

de la incertidumbre fundamental, que, como decía más arriba, veremos en el respectivo capítulo (VII). Aquí sólo agregó algunas citas significativas a modo de ilustración:

«Por conocimiento “incierto”, déjenme explicarlo, no busco simplemente distinguir entre lo que es conocido con certeza y lo que es sólo probable» (*QJE/37*, p. 213). «Acercas de estas materias no hay base científica sobre la cual formar probabilidad calculable alguna. Simplemente, no sabemos» (*QJE/37*, p. 214). «Las decisiones humanas que afectan el futuro, ya sean personales, políticas o económicas, no pueden depender de la previsión matemática estricta, desde el momento en que las bases para realizar semejante cálculo no existen» (*TG*, pp. 161-2).

Aparte, son muchas las veces en que Keynes se queja de la matemática cuando se intenta aplicar falazmente a cosas o procedimientos esencialmente cualitativos. No todo es reducible o expresable en cantidad (cfr. *TP*, pp. 30, 103, 104, 316). Muchos fenómenos económicos son no cuantitativos (cfr., p. ej., *TG*, p. 38). Pero otros sí lo son². En fin, está claro que para Keynes hay cantidad y cualidad como propiedades de las cosas.

Una segunda clasificación de los entes podría ser la de todo-parte. Vimos que Keynes aplica un procedimiento análogo al de la probabilidad para justificar la validez de la inducción. Keynes propone una salida para determinar una probabilidad sin medirla. Esta solución, como vimos, sólo es posible si el sistema en el que nos movemos es finito (cfr. *TP*, pp. 252, 257) o, como le llamará después, cerrado (p. ej., *TG*, pp. 261-262). El juicio intuitivo puede reemplazar a la ausencia de datos, pero sólo puede hacerlo si nos encontramos frente a una realidad –sea física o humana– «atómica» o «no orgánica» (cfr. *TP*, pp. 249, 310).

2. Es falsa la creencia de algunos de que Keynes estaba en contra de las matemáticas. Sólo estaba en contra de su mal uso. «Nuestra precisión sería cómica, dice en su defensa, si tratáramos de usar expresiones parcialmente vagas y conceptos no cuantitativos como base de un análisis cuantitativo» (*TG*, p. 39). Volveré sobre esta cuestión en el capítulo VII.

Todo y parte, orgánico y atómico son conceptos que, por lo que dijimos antes, están en Moore. Un todo orgánico «tiene un valor intrínseco diferente del de la suma de los valores de sus partes» (*PE*, 32), con la consecuencia de que no se puede ir de las partes al todo o del todo a las partes. Para Moore pertenecen a esta categoría al menos el bien y la belleza.

Keynes, por su parte, en «Miscellanea Ethica», escrito presentado a los «Apóstoles» en agosto de 1905, había considerado diversos tipos de cualidades: 1. sin grado: existencia, verdad; 2. con grado: i. el grado del todo es igual a la suma de los grados de las partes (peso, extensión); ii. el grado del todo es igual al grado de cada parte (color); y iii. el todo es independiente de la parte: la belleza y la utilidad. Y concluye que en este caso «aparece el principio de unidad orgánica» (cit. por O'Donnell 1989, pp. 61-62). En el *Treatise on Probability* no avanza en la definición de todos orgánicos, pero con el paso de los años lo hace y al ocuparse de la economía aparece presente en muchas realidades económicas, con diversos nombres: heterogeneidad o no homogeneidad, sistemas complejos, no cerrados, abiertos.

La complejidad parece mostrarse en el ámbito de lo humano. Dirá en su artículo sobre F. Y. Edgeworth (*Economic Journal*) de 1926:

«La hipótesis atómica que ha servido tan espléndidamente en la física se quiebra para la “Psíquica”. En cada paso nos enfrentamos a problemas de unidad orgánica, de carácter discreto, de discontinuidad —el todo no es igual a la suma de las partes, las comparaciones de cantidad nos fallan, pequeños cambios producen grandes efectos, los supuestos de un continuo homogéneo y uniforme no se cumplen. Luego, los resultados de la “Psíquica” matemática se convierten en derivados, no fundamentos, índices, no medidas, a lo mejor sólo primeras aproximaciones; nadie fue más consciente de esto que Edgeworth» (*CW*, X, p. 262)³.

3. Traduzco *Psychics* por «Psíquica», palabra no existente en español, por la que Edgeworth se refiere a la Psicología.

No obstante, en el *Treatise on Probability* también considera la posibilidad de que la naturaleza no sea atómica:

«Sin embargo, podrían existir leyes muy diferentes para todos de distintos grados de complejidad, y leyes de conexión entre los complejos que no pudieran ser formuladas en términos de leyes que conectan partes individuales. En este caso la ley natural sería orgánica y no, como se supone generalmente, atómica. Si todas las configuraciones del Universo estuvieran sujetas a leyes separadas e independientes, o si diferencias muy pequeñas entre los cuerpos –por ejemplo, de forma o tamaño– los condujeran a obedecer leyes muy diferentes, la predicción sería imposible y el método inductivo inútil. Sin embargo, la naturaleza podría continuar siendo uniforme, la causalidad soberana y las leyes, atemporales y absolutas» (p. 249).

Es decir, la complejidad no afecta a la misma realidad sino al conocimiento de ésta. Estamos en el marco de una ley u orden natural, sólo que más complejo y, *ergo*, más difícil de conocer (cfr. pp. 258, 261). Tanto lo natural como lo social podrían ser atómicos o complejos (cfr. pp. 249, 310, 327, 427). Luego duda algo irónicamente de que el atomismo se de en la naturaleza:

«Quetelet una vez declaró en demasiadas palabras –“l’urne que nous interrogeons, c’est la nature”–. Pero nuevamente en la historia de la ciencia los métodos de la astrología pueden mostrarse como útiles para el astrónomo; y puede resultar verdadero, dando vuelta a la expresión de Quetelet, que “la nature que nous interrogeons c’est une urne”–» (p. 428)⁴.

Antes había afirmado, en relación a la inducción: «podemos imaginar muy fácilmente un universo construido de tal modo que esos métodos sean inútiles» (p. 244).

Vuelvo a la cuestión del ámbito de lo atómico y de lo orgánico o complejo, pero en cuanto a «tamaño» y «sede». En el *Treatise on Probability* lo atómico parece ser individual:

4. La figura del astrólogo, el mago, el alquimista, el brujo, es recurrente en Keynes, siempre en un tono irónico. La usa para recalcar la prioridad de la teoría sobre los que piensan que la ciencia es medición.

«Suponemos habitualmente, pienso, que el tamaño de la unidad atómica es para los eventos mentales una conciencia individual y para los eventos materiales un objeto pequeño en relación a nuestras percepciones» (p. 250).

En cuanto a lo orgánico, dice:

«Debemos suponer, en general, que las unidades cuyo bien debemos considerar orgánico e indivisible son no siempre más grandes que aquellas cuyo bien podemos percibir y juzgar directamente» (p. 311).

En «Miscellanea Ethica» (de 1905) afirma claramente que «el principio orgánico no puede llegar más allá de cada individuo» (Citado por O'Donnell 1989, p. 128 y Davis 1994, pp. 79 y 110). En «A Theory of Beauty» (de 1905) también dice:

«(...) en el cálculo ético nuestra única unidad es el estado momentáneo de la mente de cada individuo. En tanto el estado de la mente tiene partes, admito el principio de unidades orgánicas (...) El principio orgánico no llega más allá de cada individuo» (citado por Davis 1994, p. 79).

Dice, algo en broma en una carta del 5-XI-1904 a su amigo Swithinbank: «creo que Eton es el lugar más sorprendente del mundo; es, de todos los entes complejos, el más improbable a priori» (citado por Skidelsky (1983) 1986, 1359). En este caso, sería un todo institucional. Aunque en ese momento no es más que una broma luego, según la interpretación de algunos, aparecerán otros casos en serio y no improbables *a priori*⁵.

Lo orgánico se hará más común a medida que se meta más a fondo en las cosas humanas, estando sumamente presente en la

5. Davis opina que lo orgánico, conforme a las citas que él mismo provee queda a nivel individual (cfr. pp. 111 y ss.). Winslow 1989, en cambio, muestra que Keynes pasa del atomismo al organicismo, en la «Psíquica» y la economía. O'Donnell 1989 muestra la evolución desde los textos de «Miscelanea Ethica» y «A Theory of Beauty» a los de «Edgeworth» y otros (cfr. pp. 127-129, 160, 177-178).

realidad económica. En la *Teoría General* afirma que «la producción de mercancías y servicios realizada por la comunidad es un complejo no homogéneo» (p. 38). El ciclo económico es una cuestión muy compleja (p. 301). En efecto, aunque no parecen ser lo mismo, la complejidad está muy vinculada a la heterogeneidad. Pareciera que una realidad puede ser simple o compleja. A su vez, la compleja puede ser homogénea o heterogénea. La heterogeneidad da lugar a sistemas abiertos (*TG*, p. 252). La heterogeneidad invalida la comparación cuantitativa. Cuando los recursos no son homogéneos, no son intercambiables (*TG*, p. 295). Al objetar las ideas darwinistas aplicadas al *laissez-faire* económico, dice:

«Aparte de otras objeciones que mencionaré luego, la conclusión de que individuos que actúan independientemente motivados por su ventaja propia producirá la mayor suma de riqueza, depende de un conjunto de supuestos irreales acerca de que los procesos de producción y consumo no son de ningún modo orgánicos, (...)».

Parecería entonces, por el contrario, que tienen al menos algo de orgánico según este escrito de 1927 (p. 32), basado en conferencias dictadas en 1924 y 1926.

¿Qué otras clasificaciones categoriales y propiedades de los entes encontramos? «*Things of various classes*» (*TP*, p. 12) parece incluir realidades naturales y sensibles (pp. 13, 243), otras psíquicas, y realidades lógicas (p. 13), diversas del mismo pensamiento. También hemos encontrado *properties* (cantidad, cualidad, relación). Ambas categorías pueden ser simples o complejas. El término «naturaleza» es usado frecuentemente. Sin embargo, en contra de esta concepción, al hablar del carácter atómico de la ley natural como presupuesto de la validez de la inducción, dice:

«El sistema debe consistir, si se garantiza este tipo de concepción, en cuerpos que podemos denominar (...) *átomos legales*, de modo que cada uno de ellos ejerza su efecto separado, independiente e invariable» (p. 249).

Esto nos habla de una metafísica empirista, pero el marco —el análisis de la realidad física— es propicio para este punto de vista.

Además, aunque evita definirlo y analizarlo, el concepto de causalidad real está presente en muchos pasajes. Llega incluso a distinguir la *causa essendi* de la *causa cognoscendi* (cfr. *TP*, pp. 277), a hablar de la *causa causans* (*QJE/37*, p. 221). En el ámbito económico queda muy clara la causalidad real (cfr. p. ej., *TG*, p. 287).

Visto lo anterior, se podría pensar en algunos elementos de Brentano y especialmente de Moore presentes en Keynes y también en diferencias entre ellos. Primero, las similitudes. Las categorías de todo-partes –descuidadas habitualmente en la metafísica– son desarrolladas en Keynes al modo de estos dos predecesores. El valor del todo es mayor que la suma de los valores de las partes, que conservan su identidad no obstante estar en el todo. Además, los tres tienen una idea de naturaleza, de causalidad y entes naturales, lógicos y mentales. Tanto en Brentano como en Moore, aunque con características diversas, nos encontramos con los universales.

Ahora algunas diferencias. Todo lo anterior resulta bastante forzado. Las concepciones son muy distintas: hablar de causa, naturaleza, universal, en Keynes, nos hace pensar más en un mero término y en una realidad de sentido común que en un concepto filosófico. Carencias claves de Keynes en relación a Brentano son: la idea de analogía en el sentido aristotélico –homonimia *proshen*–, la constitución ontológica de los entes, el universal que capta la forma. Pienso que la no identificación entre concepto y proposición, y realidad es, en cambio, un avance de Keynes en relación a Moore. También la *direct acquaintance*.

Las ideas anteriores preparan el camino para un correcto abordaje de la filosofía práctica. Visto que Keynes terminó dedicándose a esta materia, esto resulta relevante. En efecto, la complejidad, la heterogeneidad, los sistemas abiertos, la incertidumbre y la probabilidad son conceptos que facilitan una comprensión adecuada de la materia práctica. También la peculiar actuación de los estados mentales sobre la realidad y su concepción de ontología social. Volveré sobre la filosofía de lo práctico en el momento oportuno.

3. Conclusión

La visión que he venido sosteniendo en este ensayo es que Keynes es gnoseológica y ontológicamente realista. Los autores que influyen en él lo son, Brentano por aristotélico, y Moore y Russell por oposición al idealismo que había resurgido poco antes en Inglaterra. El realismo de Keynes significa que hay una realidad exterior e independiente de la mente del que la piensa (*realismo ontológico*), que está compuesta por seres materiales y no materiales, entre los que están las realidades psicológicas y lógicas. Hay un criterio de consistencia o verdad en estas últimas (*realismo lógico-semántico*). Podemos conocer, en parte, sectores de esa realidad gracias a la intuición intelectual (*realismo epistemológico*). Como dice S. Dow (2003, p. 214), «Su punto de partida fue realista, es decir, la existencia de un mundo real a pesar de que lo entendamos pobremente» (cfr. también su 1991, p. 145).

Dada la realidad, surge un método preciso como el más apropiado para tratar acerca de ella. A medida que Keynes se adentra en el estudio de la economía y la política esta presunción se va reafirmando, pues enfatiza los problemas metodológicos que surgen en el abordaje de una realidad de naturaleza orgánica. Como bien dice Davis (1994, p. 71):

«(...) cuando Keynes escribió el *Treatise* aún no estaba sensibilizado por las complejidades inherentes al ejercicio ordinario de la intuición o juicio por parte de los agentes económicos en los contextos históricos y sociales concretos».

Tenemos entonces una idea de los componentes de la melodía. ¿Cómo influirán éstos y su realismo en su concepción del hombre y de la sociedad? ¿Tendrán consecuencias en su ética, en su visión del alcance y validez de la ciencia y del conocimiento económico? Éstos son los temas de los próximos capítulos.



V

LA IDEA DEL HOMBRE EN KEYNES

Nuestro ideal era un Dios misericordioso,
J.M. Keynes, *CW*, X, p. 442.

El realismo de Keynes le hace cambiar su visión del hombre a lo largo de su vida intelectual. Su descubrimiento de la melodía humana es un proceso que le lleva a afinar progresivamente el oído para captarla finalmente con gran perfección. En efecto, pienso que de todos los economistas que he estudiado, es aquel en quien he encontrado una posición antropológica final más realista. Las preciosas memorias contenidas en «My Early Beliefs» (1938) relatan con precisión esta evolución desde su época de estudiante en Cambridge hasta su madurez. Al recordar las creencias de los miembros de la Sociedad de los Apóstoles de comienzos de siglo, Keynes decía:

«[Nuestro código] se basaba superficialmente, según pienso ahora, en una visión *a priori* de la naturaleza humana, tanto la de otras personas como la nuestra, desastrosamente equivocada. (...) Estábamos entre los últimos utópicos, o melioristas, como a veces se les llama, que creen en un progreso moral continuo gracias al cual la raza humana está constituida por personas confiables, racio-

nales y decentes, influidas por la verdad y por normas objetivas, eximibles sin temor alguno de las restricciones externas de las convenciones, de las normas tradicionales y de las reglas inflexibles de conducta, y libradas de ahora en más a sus propios recursos, a sus móviles puros y a sus intuiciones fidedignas del bien. (...) [R]epudiábamos todas las versiones de la doctrina del pecado original que sostienen la existencia de resortes de maldad insanos e irracionales en la mayoría de los hombres» (CW, X, p. 447).

Tal como explicaba en el primer capítulo, se debe ubicar a Keynes en el contexto de los comienzos de la época eduardiana, con su rechazo a la victoriana. Como muchos comienzos de cambio de época, éste también tuvo sus incongruencias. Hoy, por ejemplo, asistimos a un rechazo del positivismo, al mismo tiempo que seguimos siendo fundamentalmente positivistas en nuestra vida cotidiana. El rechazo a lo victoriano se ve en el repudio de las reglas y de aquello que las harían necesarias: los brotes de maldad de la naturaleza humana. Pero, sin embargo, su consiguiente visión racional del hombre también tiene sus raíces en ideas vinculadas o provenientes de la era victoriana. Dice Keynes:

«La visión de que la naturaleza humana es razonable en 1903 tenía tras de sí una muy larga historia. Sostenía tanto la ética del auto-interés –auto-interés racional, como se lo llamaba– como la ética universal de Kant o Bentham dirigidas hacia el bien general; puesto que el auto-interés era *racional* se suponía que los sistemas egoístas y altruistas llegaban en la práctica a las mismas conclusiones» (CW, X, p. 447).

Había desarrollado antes argumentos relacionados con estas ideas más cuidadosa y extensamente en *The End of Laissez-Faire* (1927). Allí, además, había criticado la supuesta convergencia al equilibrio económico o a la armonía social de las voluntades individuales que actúan sin tener presente un fin común, o como él mismo explica:

«El principio del *laissez-faire* había llegado a armonizar individualismo y socialismo, y a conciliar el egoísmo de Hume con el mayor bien para el mayor número. El filósofo político podía retirar-

se a favor del hombre de negocios, porque el último podía alcanzar el *summum bonum* sólo con proseguir su propio beneficio privado» (EP, p. 278).

Pero esta creencia, opina Keynes siguiendo a Cairnes, no tiene fundamento teórico, sino una mera aplicabilidad práctica (cfr. EP, p. 284). Para ello, depende del amor al dinero, uno de los móviles humanos más poderosos, y de una serie de supuestos irrealles:

«Al igual que Darwin invocó el amor sexual, que actúa a través de la selección sexual, como ayuda de la selección natural mediante la competencia, para dirigir la evolución a lo largo de las líneas que serían tan deseables como efectivas, así el individualista invoca el amor al dinero, actuando a través de la persecución del beneficio, como ayuda de la selección natural, para obtener la producción en la escala lo más grande posible de lo que se desea con más fuerza, medido por el valor de cambio. La belleza y la simplicidad de una teoría semejante son tan grandes que es fácil olvidar que no se deduce de los hechos, sino de una hipótesis incompleta introducida en aras de la simplicidad» (EP, p. 287).

Esta creencia divulgó la confianza en un cierto funcionamiento automático de la economía. La visión joven e ingenua de Keynes de la naturaleza humana es la que corresponde a su creencia en los resultados coordinativos benéficos del *laissez-faire*. Un cambio en esta visión antropológica hacia una más realista conduce precisamente a «El fin del Laissez-faire».

La caracterización contextual de las épocas idealistas de los «apóstoles» corresponde a su entusiasmo con las ideas de Moore, a su creencia en la superación de la moral victoriana y en un hombre nuevo, a su estado de ánimo que, bajo la influencia de Moore, era –permítaseme citarlo en inglés en honor a su expresividad– «exciting, exhilarating, the beginning of a renaissance, the opening of a new heaven on a new earth» (CW, X, p. 435). Amor, verdad, belleza, amistad, eran sus ideales y ponían a los «Apóstoles» en un nivel antropológico muy fino, por no decir sublime. En

este contexto no cabía otra condición para el hombre que ellos consideraban –los «metecos» y los «extranjeros» quedaban fuera de toda consideración– que una racionalidad en sentido amplio. El ideal antropológico de los apóstoles en aquella época consistía, en estrecha vinculación al ideal de la ética de Moore, en vivir estados apasionados y atemporales de contemplación y comunión con objetos de amor, de belleza y de verdad por parte de la mente, desvinculados de la acción y de posibles consecuencias (*CW*, X, pp. 436, 438). «Nuestro ideal, señala, era un Dios misericordioso» (p. 442).

Se entienden muy bien estos ideales en el contexto de su rechazo de todo lo que significaba la era victoriana. Pero, en el mismo escrito, considera precisamente que,

«(...) [c]omo causa y consecuencia de nuestro estado general de ánimo nos equivocamos completamente acerca de la naturaleza humana, incluida la nuestra. La racionalidad que le atribuimos nos condujo a una superficialidad no sólo de juicio sino también de pensamiento. No se trataba de que fuéramos intelectualmente pre-freudianos, sino también de que habíamos perdido algo que nuestros predecesores tenían y nosotros no reemplazamos. Todavía sufro incurablemente de atribuir una racionalidad irreal a los sentimientos y al comportamiento de otras personas (y, sin duda, también a mi mismo) (...) Hoy me parece que la atribución de racionalidad a la naturaleza humana, en vez de enriquecerla, la empobreció. Ignoraba ciertos resortes poderosos y valiosos del sentimiento. Algunos de los arranques espontáneos e irracionales de la naturaleza humana pueden tener un tipo de valor que no entraba en nuestro esquema. Incluso algunos sentimientos asociados a la maldad pueden tener valor. Y además de los valores que surgen de impulsos espontáneos, volcánicos e incluso malos, hay también muchos objetos de contemplación y comunión valiosos más allá de los que conocíamos (...). [L]evamos demasiado lejos el individualismo de nuestros individuos. Y a medida que pasaban los años y nos acercábamos a 1914 se hizo más obvia, como ahora me parece, la liviandad y superficialidad, a la vez que falsedad, de nuestra visión del corazón humano» (*CW*, X, pp. 448-449).

Esta falsedad, sigue Keynes, hizo que se dañara la pureza original de la doctrina que ellos sostenían y de sus conversaciones,

«porque no tenían implícitas un diagnóstico sólido de la naturaleza humana» (CW, X, p. 449). Supone que quizás incluían dentro de la experiencia o apreciación estética pasiones más profundas y ciegas, que eran realmente experiencias humanas, por ejemplo, la emoción trágica. De algún modo, las esterilizaban al clasificarlas mal (cfr. CW, X, p. 450). Además, este desengaño de Keynes le hace descubrir la que considera ahora como verdadera naturaleza de la sociedad:

«No éramos conscientes de que la civilización era una costra fina y precaria erigida por la personalidad y voluntad de muy pocos, y sólo mantenida por las reglas y convenciones establecidas hábilmente y preservadas astutamente» (CW, X, p. 447).

El cambio, su concepción de la naturaleza humana se traslada a su concepción sobre la sociedad y la política. Skidelsky piensa que la política para Keynes había sido siempre un campo «mundano» donde valía el utilitarismo. No me queda tan claro, aún frente a su ensayo sobre Burke, ciertamente de juventud, pero no es cuestión que se deba discutir en este momento (se verá en el próximo capítulo).

¿Cómo pudo cambiar tanto? De un hombre racionalista a, como veremos, un hombre de carne y hueso. A mi modo de ver, la razón principal de este cambio, fue su progresivo conocimiento de las personas, con las que lo puso en un contacto mayor su compromiso con los asuntos públicos. Tengamos en cuenta que entre 1902 –plena *Belle époque*– y 1938 vivió hechos como la Primera Guerra, las negociaciones de Versalles, la Gran depresión, parte de la Segunda Guerra, a lo que se debe agregar algo quizás no menos importante: la vivencia patética de sus propias pasiones a veces incontrolables... Pero antes de hacer más conjeturas, pasemos a la nueva visión del hombre de Keynes. Soy consciente de que esta tesis del cambio de su postura antropológica requiere más fundamentación. Pienso que la lectura de este capítulo y del próximo ayudará a verlo más claramente.

Aunque se rastrearán vestigios en todos sus escritos de madurez, hay unas breves páginas de la *Teoría General* especialmente

ricas en este sentido: se trata del famoso párrafo VII del capítulo XII en que aparecen los célebres «*animal spirits*». Este capítulo es central desde todo punto de vista: aparece un nuevo hombre que determina una nueva economía. Haciendo pie en éste, pero sin prescindir de otros escritos, desarrollaré una caracterización de la visión que Keynes tenía de la naturaleza humana temáticamente, desde lo más puramente biológico hasta lo más espiritual. Debo aclarar que la división será algo caprichosa, pues estos elementos no pueden aislarse con pureza química, como tampoco lo intenta hacer Keynes.

Otra aclaración que debe hacerse es que Keynes tiene una visión jerárquica de la sociedad, en la que se pueden distinguir distintos tipos humanos. Los dos más importantes son el empresario y el hombre probo de Estado. Pero hay más: están los consumidores, los especuladores, los banqueros y los trabajadores. Aunque los rasgos antropológicos que se van a explicar en los próximos párrafos pueden ser aplicables a todos los hombres, surgen a partir de la caracterización de esos distintos tipos humanos. Estos aparecen en escena especialmente en la *Teoría General* y en los *Ensayos de Persuasión*. Una vez expuesta la antropología, la resumiré también desde este otro punto de vista de los tipos humanos.

1. Elementos biológicos y los «*animal spirits*»

Dice Keynes:

«Al calcular las posibilidades de inversión debemos tener en cuenta, por tanto, los nervios y la histeria, y aún las digestiones y reacciones frente al estado del tiempo, de aquellos de cuya actividad espontánea depende principalmente» (*TG*, p. 160).

Los elementos biológicos –digestiones y reacciones al tiempo– vienen muy unidos a los psicológicos –nervios e histeria– (la vuelta al patrón oro –1925–, por ejemplo, se decidió «en un espíritu de histeria»: *EP*, p. 245). Pero, en una primera instancia, pa-

rece considerar una fuerza vital que viene muy de dentro, «visceral», que, siendo psicológica, tiene mucho de biológico. Es cuando habla de los «*animal spirits*»:

«Quizás la mayor parte de nuestras decisiones de hacer algo positivo, (...), sólo pueden considerarse como resultado de la foga-sidad [*animal spirits*] –de un resorte espontáneo que impulsa a la acción de preferencia a la quietud–, (...) (TG, p. 159)».

Y sólo unas páginas después dice, «es nuestra inclinación natural a la actividad la que hace girar las cosas» (TG, p. 160).

¿Qué son los «*animal spirits*»? Se trata de una expresión de larga tradición en el ámbito médico. Galeno pensaba que el hígado producía «espíritus naturales» llevados por las venas; el corazón, «espíritus vitales» llevados por las arterias; y el cerebro espíritus animales que van por los nervios y explican la sensación y el movimiento. Estas ideas se mantuvieron con diversas versiones en el medioevo. Varios autores piensan –probablemente con razón– que Keynes lo tomó de Descartes¹. En efecto, fuera de la *Teoría General* sólo se refiere a estos «bichitos» en unas notas manuscritas sobre filosofía moderna en cuya sección sobre Descartes, sin citarlo, escribe:

«El cuerpo es movido por espíritus animales –las ardientes partes de la sangre destiladas por el calor del corazón–. Mueven el cuerpo penetrando y moviendo los nervios y los músculos; los espíritus animales siempre están en movimiento –la voluntad sólo los dirige–».

Y agrega: «acción mental inconsciente» («unconscious mental action») –tomado de Carabelli 1988, p. 298–). Sin embargo, la expresión también está en Hume, en Marx y en la literatura de los siglos XVIII y XIX (véase también Wayne Parsons 1997, pp. 125-127). Aún hoy día podemos encontrar la voz «*animal spirits*»

1. Cfr. Carabelli 1988, p. 298, Koppl 1991 y 1992, Moggridge y otros 1992, Marchionatti 1999.

en el *Webster's Encyclopedic Unabridged Dictionary* (1994, p. 82), donde dice: «exuberance arising from an excess of energy; vivacity and good humor: *The children romped on the lawn, full of animal spirits* [1535-1545]».

Personalmente pienso que, como tantas veces, Keynes está usando la expresión metafóricamente. Está hablando de la «vitalidad», algo que es a la vez psicológico y biológico. Una propensión a la acción, algo parecido a lo que hoy llamaríamos «espíritu emprendedor». Es esta fuerza, más que excesivos cálculos, en una materia en que su demasía no es lógica, la que mueve a invertir. Pocas páginas antes ha hablado de los empresarios,

«(...) individuos de temperamento sanguíneo e impulsos constructivos, que emprendieran negocios como una forma de vivir, sin basarse en cálculos precisos acerca de las ganancias probables (...) Si la naturaleza humana no sintiera la tentación de probar suerte, ni satisfacción (abstracción hecha de la ganancia) en construir una fábrica, un ferrocarril, una mina o una hacienda, no habría mucha inversión como resultado simplemente de cálculos ponderados» (148-149).

En efecto, estas referencias a los empresarios están muy conectadas con el pasaje de los «*animal spirits*». Marchionatti (1999) también considera la similitud de esta visión del empresario con la de Marshall y Schumpeter. En cuanto a la racionalidad o no de los espíritus animales, las opiniones son de lo más dispares: desde la irracionalidad en Winslow (1990 y 1993) hasta una razonabilidad práctica en Fitzgibbons (1988, pp. 84 y ss.) y Dow (1985 y 1995), pasando por una interpretación freudiana en Carabelli 1988 y en el mismo Winslow. Marchionatti (1999) considera la decisión de dejarse guiar por los «*animal spirits*» como razonable en el contexto de una atmósfera económica, política y social (pp. 430-434).

Mi visión es que la referencia a los espíritus animales es muy coherente con el crédito que Keynes da a la intuición como medio para decidir en situaciones probables. «*Animal spirits*» serían una serie de datos, teorías, experiencia y lógica, que se han hecho carne, de modo que el empresario los lleva consigo inconsciente-

mente y le sirven para actuar de un modo más o menos adecuado. Lo explica muy bien André Maurois en sus páginas sobre «el arte de pensar» (especialmente en la sección VIII, «pensamiento y acción») de su célebre libro *Un arte de vivir*. Se trata entonces, más bien, de una razonabilidad práctica o, como él mismo dice también en la *Teoría General*, «intuición práctica» (p. 239), puesto que la razón es precisamente el lugar de la síntesis casi instintiva de todos los datos que permiten una visión o intuición adecuada.

Contar con esta característica de la naturaleza humana, los «*animal spirits*», es imprescindible para los negocios. Keynes considera que

«(...) si la fogsidad [*animal spirits*] se enfría y el optimismo espontáneo vacila, dejando como única base de sustentación la previsión matemática, la “empresa” se marchita y muere» (*TG*, p. 160). Porque «gran parte de nuestras actividades positivas dependen más del optimismo espontáneo que de una previsión matemática» (*TG*, p. 159). «La iniciativa individual solamente será adecuada cuando el cálculo razonable esté apuntalado y soportado por la energía animal [*animal spirits*]» (*TG*, 160).

Ya estamos en el ámbito de lo psicológico, en el que ahora nos adentramos.

2. Elementos psicológicos

A la hora de tomar decisiones humanas que afectan el futuro, sea en el ámbito personal, político o económico, seguimos con el texto de la *Teoría General* XII, VII, nuestros seres racionales escogerán, entre las alternativas posibles, del mejor modo que puedan, calculando cuando esto sea factible, «pero con frecuencia hallando el motivo en el capricho, el sentimentalismo o el azar» (p. 161). Por eso el economista no es como los químicos, matemáticos o astrónomos, que trabajan con materias inertes que no deben comprender. «Debe ser humilde: su campo de pensamiento está en la esfera pública. Sólo puede triunfar por la persuasión y simplificación» (*CW*, XVII, p. 355) (citado por Wayne Parsons

1997, p. 33). La atmósfera que debe crear «se apoya en el sentimiento, la sugestión y el engaño y debe operar en los elementos de la naturaleza humana que son intelectualmente más vagos» (CW, XVII, p. 421) (citado por Wayne Parsons 1997, p. 34). Por eso, precisamente, es tan importante la sugestión y la persuasión. Al final de su opúsculo escrito junto con Hubert Henderson, «¿Puede hacerlo Lloyd George?» (1929) despliega su capacidad literaria para animar a la reactivación: es una pieza magnífica que apunta a levantar la psicología del público en orden a superar el trauma actual (cfr. *EP*, pp. 131-133). La depresión tiene mucho que ver con los temores exagerados que abruma al hombre de la calle, la que llama «psicología del miedo» (cfr. *EP*, pp. 134, 238).

En el ámbito económico, muy concretamente, Keynes asigna una relevancia muy grande a la psicología. Cuando habla de psicología, Keynes se refiere al correlato mental de los sentimientos, miedos, presunciones, expectativas, incertidumbres y confianza, o temor, etc., que, aunque a veces puedan tener una explicación racional y voluntaria, son exagerados por los hombres o no responden sólo a un cálculo mecánico o exacto. Se encuentran mencionados rasgos psicológicos como factores relevantes en *Las consecuencias económicas de la Paz* (por ejemplo, el capítulo II), en el *A Tract on Monetary Reform*, en el *Treatise on Money*, en sus ensayos sobre Rusia, sobre «El fin del Laissez-faire» y sobre «Las posibilidades económicas de nuestros nietos», y, por supuesto, en la *Teoría General* y el artículo posterior «The General Theory of Employment» publicado en la *Quarterly Journal of Economics (QJE/37)*. En el tipo del «hombre de negocios» Keynes aplica y encuentra todas las características de la psicología humana tanto positivas como negativas para la misma marcha de los asuntos.

La importancia del ingreso neto, por ejemplo depende de la influencia psicológica de la magnitud de la depreciación involuntaria del equipo sobre el consumo (p. 66). Las reacciones psicológicas habituales conducen a un equilibrio en el que es posible igualar las inclinaciones a comprar y vender en los mercados, y por tanto, puede haber precios (p. 72). Las características psicológicas de la naturaleza humana inciden en el consumo (pp. 94, 99,

100, 109-113, 236), en la tasa de interés (caps. 15 y 16, p. 236), en el comportamiento de los trabajadores respecto a sus salarios (pp. 241-243, 289). Keynes otorga un rol fundamental en la economía a las propensiones psicológicas permanentes y a los hábitos (pp. 100, 109-113), a la confianza (120, cap. 12, pp. 197, 253, cap. 22, *EP*, pp. 89, 90, 148, 240-242), a la incertidumbre y las expectativas (pp. 59, 60, 65, 99, cap. 12, pp. 166-167, 195, 223, cap. 22, *EP*, pp. 82-83, 93, 141, *QJE/37*) y a las convenciones (p. 111, cap. 12, p. 197, *QJE/37*).

El carácter reflexivo de la naturaleza humana y sus influencias en las expectativas hacen que los hechos futuros sean muchas veces imprevisibles. «El estado de las previsiones es susceptible de variar constantemente, apareciendo una nueva previsión antes de que la anterior se haya desenvuelto por completo» (*TG*, p. 58). «[L]a previsión del futuro influye sobre el presente...» (*TG*, p. 144). Pero también este mismo carácter hace posible las situaciones del tipo de profecía auto-cumplida. De hecho, en el Prefacio de los *Ensayos de Persuasión* dice que se podrían haber llamado «Ensayos de profecía y persuasión», porque la profecía tuvo más vigencia (cfr. p. 9). Lo social tiene un carácter auto-reflexivo y auto-modificable:

«Y sucede que hay una razón sutil, extraída del análisis económico, por la que en este caso [la posible liberación futura del problema económico], la fe puede obrar. Porque si actuamos consistentemente sobre la hipótesis optimista, esta hipótesis tenderá a realizarse; mientras que actuando sobre la hipótesis pesimista podemos encerrarnos para siempre en el foso de la necesidad» (*EP*, p. 10). «En el mundo económico, los acontecimientos que se van a producir proyectan su sombra por adelantado y el mero conocimiento (...) proporcionaría un estímulo inmediato...» (*EP*, p. 116).

En los mismos *Ensayos de Persuasión* se lamenta de cómo el mundo de los negocios, si actúa de acuerdo a las expectativas, las refuerza. Concluye: «Así, un impulso inicial comparativamente débil puede producir una fluctuación considerable» (*EP*, p. 83). Volviendo sobre el parágrafo VII del capítulo XII de la *Teoría General*, dice que: «por desgracia, no sólo se exagera la impor-

tancia de las depresiones, sino que la prosperidad económica depende excesivamente del ambiente político y social que agrada al tipo medio del hombre de negocios» (*TG*, p. 160). La causa de estas exageraciones, tanto en el alza (hoy llamadas «burbujas») como en la baja, está en esa «enfermedad mortal del individualismo» (*EP*, p. 83). Ambas son muy dañinas e injustas y tenemos que tratar de evitarlas. La clave es infundir confianza y limitar las expectativas. Una forma de eliminar la desconfianza es transformar los movimientos de aquellas variables que parecen fuera de control en decisión deliberada (cfr. *EP*, pp. 83-85). También se debe tratar usar este «poder» creativo del pensamiento humano, que opera a través de las expectativas, convenciendo de algo factible que, en la medida en que la gente se convenza, se cumple casi infaliblemente. Hay que dar confianza tomando medidas posibles de cumplir. Algo de esto hay detrás de su famosa estrategia antidepresiva que ilustra con la metáfora de la fábrica de queso:

«[L]a desocupación prospera porque la gente quiere tomar la luna con la mano —los hombres no pueden lograr ocupación cuando el objeto de su deseo (es decir, el dinero) es algo que no puede producirse y cuya demanda no puede sofocarse con facilidad—. No queda más remedio que persuadir al público de que el queso verde es prácticamente la misma cosa y poner la fábrica de queso (es decir, un banco central) bajo la dirección del público» (*TG*, p. 226).

En esta misma línea, David Colander cuenta una anécdota recogida de la grabación de un seminario con Alvin Hansen y Abba Lerner en Boston University (24 de abril de 1972). En una comida durante la visita de Keynes a Estados Unidos de 1945, él habría respondido elípticamente a una pregunta de Lerner: «El arte del político es decir mentiras, pero deben ser mentiras convincentes» (Colander 1984, p. 1574). Debido al carácter de lo humano y de lo social se puede lograr mucho, en cuanto a metas sociales, convenciendo a las personas.

Sin embargo, en un pasaje sobre las crisis, reconoce «la indigible y desobediente psicología del mundo de los negocios» (*TG*, p. 304), que hace que los males no sean fácilmente corregibles. Los especuladores, por eso, «están más interesados en las

previsiones acerca del próximo desplazamiento de la opinión del mercado, que en una estimación razonable [del futuro rendimiento de los bienes de capital]» (TG, p. 303). Otra metáfora divertida que usa para expresar este mismo comportamiento es la de esos concursos de belleza en los que quienes compiten no eligen la cara más linda sino la que piensan que los demás considerarán más linda, puesto que gana el competidor cuya elección se acerca más a la mayoría. Concluye:

«(...) hemos alcanzado el tercer grado en el que dedicamos nuestra inteligencia a anticipar lo que la opinión general espera que sea la opinión general. Y existen algunos, según creo, que practican los grados cuarto, quinto y superiores» (TG, p. 155).

Ante la crisis de 1930, le parece a veces más preocupante la ansiedad de los hogares que la misma privación, ambas extremas (EP, p. 143). En suma, lo económico tiene mucho de mental y la psicología influye poderosamente.

3. *Algunas pasiones: el amor por el dinero*

Como decía antes, su visión del hombre cambia de una consideración excesivamente optimista a otra realista con el paso de los años. Lo atestigua en «My Early Beliefs» –ya lo he citado– y se empieza a notar desde antes. Allí hace referencia a las «pasiones profundas y ciegas» y a «las pasiones vulgares» (CW, X, pp. 449 y 450). En un artículo en el *New Stateman and Nation* del 15 de agosto de 1931, al referirse a una de las propuestas para mitigar los efectos de la depresión económica, nos habla de cómo el endeudamiento gubernamental se hace inevitable. Y explica:

«Porque este es un caso, quizás afortunadamente, en el que la debilidad de la naturaleza humana acudirá –podemos estar seguros– en ayuda de la obstinación en el error» (EP, p. 152).

El dinero es un eslabón entre el presente y el futuro: de aquí surge esencialmente su importancia (TG, p. 282). Es decir, Key-

nes reconoce la necesidad y ventajas del dinero. La inestabilidad monetaria afecta no sólo al equilibrio económico sino también el psicológico de los individuos y de la sociedad en su conjunto: «Lenin tenía, ciertamente, razón. No hay medio más sutil ni más seguro de trastornar las bases existentes de la sociedad, que envilecer el valor de la moneda» (1920, p. 207 –*CW*, II, pp. 148-149).

El problema no está en el dinero en sí mismo, sino en el amor al dinero, en su deseo como fin, no como medio, que influye en la economía. «[L]a vida no es bastante larga, la naturaleza humana desea resultados inmediatos, hay un deleite particular en hacer dinero pronto, y las ganancias remotas son descontadas por la generalidad de los hombres a tasas muy altas» (*TG*, p. 155).

Uno de los rasgos claros del hombre, para Keynes, es su codicia. En su ensayo sobre Rusia, de 1925, dice:

«(...) de cualquier modo, a mí me parece mucho más claro cada día que el problema moral de nuestra época tiene que ver con el amor al dinero, con la apelación habitual al motivo monetario en el 90% de las actividades de la vida, con el afán universal por conseguir la seguridad económica como principal objetivo del esfuerzo, con la aprobación social del dinero como medida del éxito constructivo y con la apelación social al instinto de acumulación como fundamento de la necesaria provisión para la familia y para el futuro» (*EP*, pp. 271-272)².

Por el contrario, sigue,

«Una revolución en nuestros modos de pensar y sentir sobre el dinero puede convertirse en el objetivo creciente de las personificaciones contemporáneas del ideal» (*EP*, p. 272)³.

Ya antes, en una carta a su madre, le había hablado de su percepción de algo anómalo respecto del dinero:

2. Parecería que Keynes está oyendo al apóstol san Pablo cuando dice en su primera carta a Timoteo: «porque la raíz de todos los males es la avaricia» (6, 10).

3. Recordemos el sentido del «ideal»: es el bien que ha de alcanzarse, siguiendo a Moore.

«El dinero es una cosa curiosa; resulta imposible creer que el sistema presente pueda continuar durante mucho tiempo. Como consecuencia de unos pocos conocimientos no habituales y de alguna experiencia especial, te empieza a llegar dinero sin merecimiento alguno»⁴.

En el *Treatise on Money* (1930) hace referencia a la explicación de Freud acerca de la atracción por el oro:

«Freud explica que existen razones particulares, en lo profundo de nuestro subconsciente, según las cuales el oro en concreto satisfaría instintos fuertes y serviría como símbolo» (EP, 169)⁵.

Luego el oro salió de circulación: «Ya no va más de mano en mano y el toque del metal ha sido arrancado de las codiciosas palmas de los hombres» (EP, 170). Fue reemplazado por el papel moneda, pero la relación sigue siendo la misma.

Quizás la frase más fuerte sea de su ensayo sobre «Las posibilidades económicas de nuestros nietos» (1930): sueña en un futuro casi utópico en el que:

«[P]odremos librarnos de muchos de los principios pseudo-morales que han pesado durante doscientos años sobre nosotros, si-

4. Citado por Skidelsky (1983) 1986, p. 368. Algo por el estilo sentí personalmente durante los años de 1980 en la Argentina con el «festival» de arbitrajes posibles entre peso, dólar, tasa de interés a diversos plazos (*call*, 7, 15 y 30 días), BID, VNA, BONEX, BONOD, acciones, etc. en el que vivimos y operamos. En efecto, eso no duró.

5. Keynes leyó y citó varias veces a Freud. Según algunos autores se notan muchas influencias del fundador del psicoanálisis en la obra de Keynes. Cfr., por ejemplo, Ted Winslow 1993 y Christophe Bormans 2002. Bormans hace un trabajo muy interesante en ese artículo: muestra el camino de Freud a Keynes que pasa por Sandor Ferenczi y Ernest Jones (un psicoanalista británico amigo de James Strachey, el hermano de Lytton). Keynes cita a todos en una nota al pie del *Treatise on Money*. Las piezas de oro son símbolos inconscientes de los excrementos, fuentes a su vez, de donde nace en nuestra infancia el sentimiento de posesión y propiedad. Para Ferenczi el dinero no es otra cosa que excremento desodorizado, desecado y con brillo. Pero se extiende a todo tipo de dinero.

guiendo los cuales hemos exaltado algunas de las cualidades humanas más desagradables, colocándolas en la posición de las virtudes más altas. Podremos permitirnos el atrevimiento de dar al motivo monetario su verdadero valor. El amor al dinero como posesión –a diferencia del amor al dinero como un medio para gozar de los placeres y realidades de la vida– será reconocido por lo que es, una morbosidad, algo repugnante, una de esas propensiones semidelictivas, semipatológicas, que se ponen, encogiendo los hombros, en manos de los especialistas en enfermedades mentales» (*EP*, pp. 330-331)⁶.

¿Cuál es la causa profunda, más allá de las posibles explicaciones freudianas, de esta inclinación? Keynes ensaya una respuesta a esta pregunta en su reseña a un libro de H. G. Wells («Clissold», 1927):

«¿Porqué los hombres prácticos encuentran más divertido ganar dinero que adherirse a la conspiración pública? Sugiero que esta es, con mucho, la misma razón que les hace considerar más divertido jugar al bridge los domingos que ir a la iglesia. Carecen de la clase de motivo cuya posesión, si fuera el caso, podría expresarse diciendo que tenían un credo» (*EP*, p. 321).

Se trata de un problema moral, de la falta de control suficiente de esta pasión, un rasgo antropológico especialmente fuerte. Keynes también encuentra una raíz moral en los defectos de los banqueros; los critica burlándose de ellos:

6. Parece clara aquí la referencia implícita a Freud. Bormans cita el siguiente pasaje suyo: «Nos hemos habituado a remitir el interés del dinero, en la medida que es de naturaleza libidinosa y no racional, al placer excremental, y a reclamar al hombre normal que mantenga sus relaciones con el dinero al margen de influencias libidinosas y a que las regule según las exigencias de la realidad» (p. 27). Bormans señala que las exigencias de Freud y Keynes respecto al dinero son paralelas: que la inteligencia prime sobre los instintos (p. 28). Las referencias de Keynes al dinero en su artículo «The General Theory of Employment» (*QJE*/37, pp. 215-219) también tienen estas resonancias. Las vinculaciones del pensamiento de Keynes con el de Freud no estarían sólo en los aspectos monetarios, sino también en otros, como la psicología de masas.

«Es parte necesaria del quehacer de un banquero mantener las apariencias y profesar una respetabilidad convencional que es más que humana. A lo largo de la vida, las prácticas de esta clase los hacen los más románticos y menos realistas de los hombres. Es tanta su reputación que su posición no debe ser cuestionada y ellos mismos no deben cuestionarla hasta que sea demasiado tarde. Como los ciudadanos honestos, ellos sienten una verdadera indignación ante los peligros del mundo malvado en el que viven, cuando el peligro está madurando; pero no lo prevén. ¡Una conspiración de los banqueros! La idea es absurda. ¡Sólo quisiera que hubiese una! Porque si han de salvarse, me parece que será a pesar de ellos mismos» (*EP*, pp. 164-165).

En una carta a Alfred Marshall del 10 de octubre de 1914, le cuenta pestes de los banqueros: cobardes o egoístas, tímidos, sin capacidad de liderazgo. Los bancos tienen demasiados empleados y sus directores llegan a ocupar esta posición por motivos hereditarios o de influencias (cfr. John Whitaker, 1996, p. 310). Los ricos, en general, suscitan «pasiones de malignidad, envidia y odio respecto de aquellos que tienen riqueza y poder» (*EP*, p. 302). Sin embargo, no todo es rechazo. Keynes alaba la capacidad de iniciativa del empresario y la inyección de gasto e inversión que aplica a la economía. También conoce perfectamente el papel del sistema monetario. Además reconoce otros beneficios del dinero, pero como una concesión, como el modo de equilibrar algunas pasiones dañinas. Como cuando afirma en la *Teoría General*:

«Hay valiosas actividades humanas cuyo desarrollo exige la existencia y estímulo de hacer dinero y la atmósfera de la propiedad privada de riqueza. Además, ciertas inclinaciones humanas peligrosas pueden orientarse por cauces comparativamente inofensivos con la existencia de oportunidades para hacer dinero y tener riqueza privada, que, de no ser posible satisfacerse de este modo, pueden encontrar un desahogo en la crueldad, en temeraria ambición de poder y autoridad y otras formas de engrandecimiento personal. Es preferible que un hombre tiranice su saldo en el banco que a sus conciudadanos; y aunque se dice que lo primero conduce a lo segundo, en ocasiones, por lo menos es una alternativa» (*TG*, p. 359).

En cambio, para los *Ensayos de Persuasión* la concesión es engañosa y sólo «oportunista». Allí nos dice:

«Pero, ¡cuidado!, todavía no ha llegado el tiempo de todo esto [su utopía]. Por lo menos durante otros cien años debemos fingir nosotros y todos los demás que lo justo es malo y lo malo es justo; porque lo malo es útil y lo justo no lo es. La avaricia, la usura y la cautela deben ser nuestros dioses todavía durante un poco más de tiempo, pues sólo ellos pueden sacarnos de la necesidad económica y llevarnos a la luz del día» (*EP*, pp. 332-233).

En fin, el dinero es un instrumento neutral en sí mismo, pero que puede ser objeto de una pasión humana exacerbada, que refuerza un defecto de las fuerzas económicas. Antes se la condenaba sencillamente como codicia. Hoy su posesión es signo de estatus y éxito. Se ha considerado, además, de un modo simplista, como motor del equilibrio económico. Se impone, según Keynes, la tarea moral de volver a llamar a las cosas por su nombre.

4. *Elementos de voluntariedad racional y espiritualidad*

Para Keynes, en consecuencia, el hombre está llamado a algo mucho más elevado que lo significado por lo material y lo económico. Sostiene esta idea desde los años de la juventud hasta sus últimos días.

Aunque volveré sobre las enseñanzas de Moore en la sección dedicada a la ética, ya he adelantado que el ideal ético de Moore, el bien, consistía en los placeres del trato humano y el goce de los objetos bellós (*Principia Ethica*, n. 113), la amistad y la belleza. Estas son las ideas alrededor de las cuales giran las creencias éticas de Keynes en los primeros años del siglo XX.

Como ya cité en el capítulo I, el 7 de febrero de 1906 escribía a Lytton Strachey: «el amor es lo primero, la Filosofía lo segundo, la Poesía lo tercero y la Política ocupa el cuarto lugar». Nótese que la economía y lo material ni aparecen en la lista. Al hacer un *ranking* de la excelencia de las vocaciones en su conferencia

ante los «Apóstoles» sobre la Ciencia y el Arte («Science or Art», 20-II-1909), pone en primer lugar al artista, luego al metafísico, después va el científico y finalmente el hombre de negocios (citado por Skidelsky (1983) 1986, pp. 164-165). Entre los dos últimos quedan el filántropo y el político.

A pesar de sus consideraciones en «My Early Beliefs» acerca de su evolución de la visión del hombre hacia una más madura y realista, sus ideales no cambiaron substancialmente. Sus aspiraciones para el futuro del hombre en 1931 quedan reflejadas en el prefacio de los *Ensayos de Persuasión*:

«Así, el autor de estos ensayos, por toda especie de graznidos [al empezar dice que son graznidos de cuervo o cantos de rana], todavía espera y cree que no está lejos el día en que el problema económico ocupará el lugar secundario que le corresponde y en que la arena del corazón y de la cabeza será ocupada, o reocupada, por nuestros problemas reales: los problemas de la vida y de las relaciones humanas, de la creación, del comportamiento y de la religión» (*EP*, p. 10).

Darí­a la impresión de que está añorando el regreso a otra época, un renacimiento de los ideales clásicos. En éstos, lo económico era instrumental y secundario, nunca un fin en sí mismo. De una manera muy clara afirma en su ensayo sobre Rusia (1925):

«Si el progreso económico no tiene un objetivo moral, entonces se deduce que no debemos sacrificar, ni siquiera por un momento, las ventajas morales a las materiales; en otras palabras, que no podemos mantener por más tiempo el negocio y la religión en compartimentos separados del alma» (*EP*, 271).

Había dicho que considera al comunismo como una religión, puesto que sólo así se hace comprensible su persistencia (esta es una idea que aparece en muchos autores). En cambio, el capitalismo es «absolutamente irreligioso, sin unidad interna, sin mucho espíritu público, a menudo –aunque no siempre– un puro montón de propietarios y arribistas» (*EP*, 270-271). Fue posible, porque los «protestantes y puritanos» lo consideraron como un medio impío aunque tolerable para alcanzar luego un cielo. Pero si no

creemos ni en el cielo celeste de los protestantes ni en el terrestre futuro de los comunistas, puede haber una tercera alternativa, «un tercer estado del espíritu en el que (...) el cielo no está ni en otra parte ni en el futuro, tiene que estar aquí y ahora o no estar en absoluto» (*EP*, p. 271). Si es así, no podemos separar más los negocios del único cielo posible, el actual, de la moralidad ahora y ya. Aunque ciertamente por una vía curiosa, Keynes llega a la «católica» conclusión de la búsqueda y prioridad de lo religioso en el negocio cotidiano, sin ser él de hecho nada católico. Porque ello no significa que el hombre no sea un trabajador natural. Aún en la situación utópica soñada en «las posibilidades económicas de nuestros nietos», «[t]odo el mundo necesitará hacer algún trabajo, si quiere sentirse satisfecho» (*EP*, p. 330).

En el mismo ensayo vuelve sobre la idea de poner al «problema económico» en su lugar:

«Pero, sobre todo, no sobreestimemos la importancia del problema económico ni sacrifiquemos a sus supuestas necesidades otras cuestiones de mayor significado y permanencia. La economía debe ser una cuestión reservada a los especialistas, como la odontología. ¡Sería estupendo que los economistas lograran que se les considerara como personas modestas y competentes como los odontólogos!» (*EP*, p. 333).

Pero aún el mismo problema económico no es para Keynes un problema técnico, o de «músculos». Refiriéndose a la depresión, al igual que antes había señalado motivos psicológicos, ahora se refiere a motivos que, aunque tienen un correlato psíquico, pertenecen a la esfera espiritual del hombre:

«[N]uestro apuro es notoriamente de otra clase. Procede de algún fallo en los mecanismos inmateriales de la mente, en la operación de los motivos que deberían llevarnos a las decisiones y actos de voluntad necesarios para poner en movimiento los recursos y medios técnicos que ya tenemos (*EP*, p. 337).

En cuanto al conocimiento, ya lo he caracterizado extensamente en el capítulo tercero. Allí señalé que considero a su creen-

cia en la intuición intelectual como uno de sus aportes más relevantes (quizás el mayor) al pensamiento. El proceso quedó claro allí: de la familiaridad directa —experiencia, comprensión y percepción— se pasa al conocimiento directo y por éste al indirecto. Siempre interviene un elemento directo. Además, obviamente, la capacidad lógica colabora en el conocimiento discursivo. En la vida cotidiana y en la mayoría de los conocimientos, la exactitud es lo más escaso: nos movemos con probabilidades, conocimientos imperfectos y vagos, incluso adhiriendo a convenciones, pero estas herramientas son suficientes para un buen desempeño práctico.

Keynes también manifiesta su aprecio por la libertad de elección: la cuestión principal, dice en el prefacio de los *Ensayos de Persuasión*, es que la hemos recuperado (*EP*, p. 11). Vuelve sobre este gran tesoro humano al trazar un «Breve Panorama de Rusia» (1925). En ese país, explica, se siente un estado de opresión. Cita un pasaje de Sir Martin Conway, de su libro sobre los tesoros de arte rusos, en el que manifiesta el alivio que siente al pasar la frontera hacia Finlandia. Concluye Keynes:

«No podría transmitirse mejor esa clase de opresión. En parte, sin duda, es el fruto de la Revolución Roja; hay muchas cosas en Rusia que le impulsan a uno a rezar para que su país pueda alcanzar sus objetivos de otra manera (...) La tensión de la atmósfera es mayor de la que uno está acostumbrado a soportar y le viene la nostalgia de la agradable frivolidad de Londres» (*EP*, p. 273).

Valora esta libertad de elección, pero además, y esto es más importante, considera que el hombre es intrínsecamente libre como una característica antropológica que interviene entre los datos de la economía misma. Hay algunos hechos en que el hombre puede no comportarse del modo esperable «simplemente a consecuencia de la obstinación humana» (*TG*, p. 20). Cada hombre estima o interpreta de modo diferente; no se puede prever cómo van a reaccionar frente a diversos hechos exteriores (cfr. *TG*, pp. 167, 193, 243, 361). Volviendo al párrafo que nos ha servido de falsilla, considera la inestabilidad «que resulta de las

características de la naturaleza humana» (TG, p. 159) que hace que muchas acciones del hombre sean impredecibles.

En el capítulo final de la *Teoría General*, «Notas finales sobre la filosofía social a que podría conducir la Teoría General» Keynes sostiene que, a pesar de haber señalado sus defectos, prefiere el individualismo sobre el socialismo, por las

«(...) ventajas de la descentralización de las decisiones y de la responsabilidad individual (...) Pero por encima de todo, el individualismo es la mejor salvaguarda de la libertad personal (...) amplía considerablemente el campo en el que puede manifestarse la facultad de elección personal. También es la mejor protección de la vida variada, que brota precisamente de este extendido campo de la facultad de elección, cuya pérdida es la mayor de las desgracias del estado homogéneo o totalitario» (TG, p. 364).

Allí también explica una idea que aparece varias veces en sus obras: como hay que ir llevando al hombre, incentivándolo mientras se toleran prácticas (en este pasaje concreto, el juego) que no son deseables y aclara con firmeza: «la tarea de transmutar la naturaleza humana no debe confundirse con la de manejarla» (TG, p. 359)⁷.

Esto nos habla, a su vez, de que, a pesar de todos los defectos que ve en el hombre, piensa que es reformable. No se trata de imponer la reforma, sino de ir llevándolo, como decía, mediante argumentos y la persuasión, creando un clima, unas corrientes subterráneas que cuando salen a la superficie generan los cambios. Dice en *Las consecuencias económicas de la Paz*:

7. En otra parte dice: «supongo que la prohibición de licores y de apuestas haría bien. Pero esto no resolvería el problema. ¿Cuán lejos está la aburrida y sufrida humanidad de que se le permita, de vez en cuando, una evasión, una emoción, un estímulo, una posibilidad de cambio? Este es el problema importante. ¿Es posible permitir una licencia razonable, unas saturnales autorizadas, un carnaval santificado, en condiciones que no tengan que arruinar ni la salud ni el bolsillo de los jaraneros, y que protejan de la tentación irresistible a la pobre clase de los que en Norteamérica se llaman adictos?» (EP, pp. 305-306).

«Los sucesos del año entrante [1920] no serán trazados por los actos deliberados de los estadistas, sino por las corrientes desconocidas que continuamente fluyen por debajo de la superficie de la historia política, de las que nadie suele predecir las consecuencias. Sólo de un modo podemos influir en estas corrientes: poniendo en movimiento aquellas fuerzas educadoras y espirituales que cambian la opinión. La afirmación de la verdad, el descubrimiento de la ilusión, la disipación del odio, el ensanchamiento y la educación del corazón y del espíritu de los hombres deben ser los medios» (EP, pp. 42-43).

También habla de estas corrientes en su artículo sobre la teoría general del empleo (*QJE/37*): propone algunas reglas prácticas para actuar en casos de una incertidumbre tal en que no hay bases para ningún cálculo posible, «simplemente, no sabemos» (p. 214). Pero, aclara, esa salida convencional tiene una base muy poco firme; está sujeta a cambios repentinos y violentos: en todo momento puede haber pánicos vagos, esperanzas también vagas y poco razonables que están bajo la superficie y pueden irrumpir sin previo aviso (p. 215). Tanto creyó en esto que se dedicó afanosamente a tratar de formar la opinión pública dedicando muchas horas a sus numerosos artículos en diarios.

Esto es coherente con su visión del carácter reflexivo de lo social que le confiere su capacidad de profecía auto-cumplida. «Estoy seguro», dice al final de la *Teoría General*, «de que el poder de los intereses creados se exagera mucho comparado con la intrusión gradual de las ideas» (*TG*, p. 367). A esta tarea de convencer al hombre de la calle dedicó algunos de sus mejores esfuerzos.

Bien valen la pena esos esfuerzos pues para Keynes el hombre está llamado a una vocación muy sublime. Son suficientemente conocidas sus críticas a las cláusulas económicas del tratado de paz de Versalles, que dieron origen a su libro *Las consecuencias económicas de la paz*. El argumento es de imposibilidad práctica, pero sobre todo de respeto a las personas. Esos tributos, señala «[n]i encajan en la naturaleza humana, ni son acordes con el espíritu de los tiempos» (EP, p. 39).

Quizás su ideal «clásico» no sea más claro que en uno o dos pasajes de «Las posibilidades económicas de nuestros nietos» cuando invocando esa nueva época que vaticina dice de ella:

«Nos vemos libres, por lo tanto, para volver a algunos de los principios más seguros y ciertos de la religión y virtudes tradicionales: que la avaricia es un vicio, que la práctica de la usura es un delito y el amor al dinero es detestable, que aquellos que siguen verdaderamente los caminos de la virtud y la sana sabiduría son los que menos piensan en el mañana. Una vez más debemos valorar los fines por encima de los medios y preferir lo que es bueno a lo que es útil. Honraremos a todos cuantos puedan enseñarnos cómo podemos aprovechar bien y virtuosamente la hora y el día, la gente deliciosa que es capaz de disfrutar directamente de las cosas, las lilas del campo que no trabajan ni hilan (*EP*, p. 332)⁸.

Conviene prepararse desde ahora para esa nueva época:

¡Así, por primera vez desde su creación, el hombre se enfrentará con su problema real y permanente: cómo usar su libertad respecto de los afanes económicos acuciantes, cómo ocupar el ocio que la ciencia y el interés compuesto le habrán ganado, para vivir sabia y agradablemente bien! Los incansables y decididos fabricantes de dinero pueden llevarnos con ellos hasta el regazo de la abundancia económica. Pero serán las personas que puedan mantenerse vivas y cultivarse hacia un mayor perfeccionamiento del propio arte de la vida y no venderse por los medios de vida, las que serán capaces de disfrutar de la abundancia cuando llegue» (*EP*, pp. 329-330).

Esta *mélange* de ideas en las que va intercalando pasiones y virtudes, fortalezas y debilidades del hombre nos hacen pensar que, aunque el Keynes maduro tiene una visión más realista que el Keynes joven, sigue confiando en el hombre, añorando lo que ingenuamente pensó algún día. Keynes siempre conservó un natural optimista, aún cuando las dificultades arreciaron. Incluso

8. Esta última metáfora es una paráfrasis del Evangelio según San Mateo, 6, 28. También aparece este tema en el pasaje paralelo de San Lucas 12, 27.

termina *Las consecuencias económicas de la Paz* con un capítulo sobre «Los remedios» en el que expresa su confianza en la posibilidad de redirigir las tendencias económicas hacia la prosperidad y el orden (1920, p. 224 –CW, II, p. 162). A pesar de todo lo que se mofa en «My Early Beliefs» de sus ideas juveniles, confiesa: «no veo razones para cambiar las intuiciones fundamentales de los *Principia Ethica*» (CW, X, p. 444). Y agrega:

«Todavía sufro incurablemente de atribuir una racionalidad irreal a los sentimientos y a la conducta de las otras personas (y sin duda también a las mías). Una pequeña pero extraordinariamente tonta manifestación de esta idea absurda es el impulso a *protestar* –escribir una carta al *The Times*, convocar una reunión en el Guildhall...–. Me comporto como si existiera realmente alguna autoridad o estándar al que pudiera apelar exitosamente si grito lo suficientemente fuerte –quizás es algún vestigio hereditario de la creencia en la eficacia de la oración– (CW, X, p. 448)».

En efecto, Keynes no se quedaba en palabras. Su actividad es incansable y comprende todos los aspectos de la actividad humana en los que creía. Llegó a construir un teatro, el Teatro de las Artes, en Cambridge; a animar, ayudar y financiar a pintores y escritores, a formar una impresionante biblioteca, a rescatar manuscritos de Newton y otros grandes, a promover intelectuales, incluso con ayuda económica, a defender y trabajar por todas las causas en que creía.

5. Ordenación jerárquica

Señalé al principio del capítulo que Keynes tenía una visión jerárquica de la sociedad. La civilización es esa costra fina y precaria erigida por la personalidad y voluntad de muy pocos, y sólo mantenida por las reglas y convenciones establecidas hábilmente y preservadas astutamente (cfr. CW, X, p. 447). «La solución correcta, señala, implicará elementos intelectuales y científicos que no estarán al alcance de la ingente masa de votantes más o menos analfabetos» (EP, p. 298). En su concepción de la sociedad el lu-

gar de privilegio corresponde a esos hombres de espíritu público que, como veremos, son capaces de llevar adelante corporaciones semipúblicas que superan el afán de lucro como único fin. Son los que encarnan las virtudes que hemos visto en los últimos apartados. Quizá son estos –también lo veremos– los capaces de calcular la eficacia marginal del capital social⁹.

Yo pondría en un segundo lugar al empresario, pues es el hombre fogoso, lleno de «*animal spirits*», emprendedor, hábil y arriesgado que, a pesar de todos sus defectos, es el motor de la economía. No es un calculador benthamita, no obstante su individualismo y su amor al dinero. Tiene impulso a la acción y amor al trabajo.

Un personaje nefasto, en cambio, es el especulador. Sólo piensa en su ganancia; tiene un desprecio de la realidad objetiva. Su única realidad es la opinión ajena acerca del valor de los activos que le permite hacer las transacciones más beneficiosas. Es un caso semi-patológico; al menos, un jugador.

El consumidor no ofrece una riqueza antropológica destacable. Es casi un reactor neoclásico. Salvo en la preferencia por la liquidez, no tienen en sus manos una verdadera elección. El trabajador nucleado en una oferta oligopólica aparece pocas veces pero también decide.

Sin duda, él tiene puesta su confianza en el primer tipo humano que es el éticamente más elevado, como se verá en el próximo capítulo. La tarea de este tipo incluye el tratar de convertir al resto (cfr., p. ej., *EP*, pp. 43, 333).

6. Conclusión

Paso a sintetizar. Puede encontrarse un resumen de la antropología final de Keynes en una carta a Hugh Townshed de 1938:

9. Bateman 1996 (cfr. pp. 153-154) señala algunas diferencias entre unos y otros –corresponden en efecto a escritos de diferentes épocas–. Pero a los efectos de la ordenación jerárquica, no está mal unirlos.

al tomar una decisión pueden presentarse alternativas cuya mayor o menor racionalidad no es clara. Para no quedar paralizados como el asno de Buridán, nos guiamos...

«(...) por motivos de otro tipo, que no son “racionales” en el sentido de ocuparse de la evaluación de las consecuencias, sino que están decididos por el hábito, el instinto, la preferencia, el deseo, la voluntad, etc.» (CW, XXIX, p. 294) (citado por Wayne Parsons 1997, p. 147).

De los *Ensayos de Persuasión* recogimos un pasaje en el que consta cómo, según Keynes, intervienen mecanismos inmateriales de la mente, motivos, decisiones, actos de voluntad (EP, 337) en las decisiones humanas. Finalizamos con una cita (ya parcialmente consignada) algo más larga de nuestro texto de la *Teoría General*, en que nos ofrece un panorama amplio de su concepción antropológica, también desde los móviles de la acción humana:

«Estamos siempre acordándonos de que las decisiones humanas que afectan el futuro, ya sean personales, políticas o económicas, no pueden depender de la previsión matemática estricta, desde el momento en que las bases para realizar semejante cálculo no existen; y que es nuestra inclinación natural a la actividad la que hace girar las cosas, escogiendo nuestro ser racional entre las diversas alternativas lo mejor que puede, calculando cuando hay oportunidad, pero con frecuencia hallando el motivo en el capricho, el sentimentalismo o el azar» (pp. 160-161).

Pienso que como había anunciado al comienzo del capítulo, queda mostrado que Keynes nos pone frente al hombre de carne y hueso que somos, al menos de un modo más pleno que la teoría clásica y neoclásica. Considera tanto los impulsos biológicos, los instintos, mecanismos inconscientes de la mente y pasiones, como los hábitos, las preferencias y deseos, y también los motivos, la libertad de elegir el bien o el mal, el amor y el conocimiento en todas sus formas.

Frente a Keynes, uno no sabe si pensar que tiene una visión negativa o positiva del hombre. A favor de la visión negativa está

su postura jerárquica. Sólo esos personajes curiosos –por lo capaces y probos– del Estado hacen algo por los demás. El resto parecen unos inútiles llenos de defectos (empresarios, banqueros, especuladores) o inútiles pasivos (los consumidores). Parece un esteticista que habla de los pobres humanos desde su círculo áulico de Cambridge. Sin embargo, también se puede abogar por una visión positiva y optimista: el hombre es razonable; la naturaleza humana es transformable. El hombre tiene una gran capacidad de adaptación (*EP*, p. 15). Ahora bien, esta reforma debe inducirse, no imponerse: transformar no es manipular. Estas ideas cimentan sus recomendaciones de política económica, que trataremos en su debido momento. Siempre que pueda hacerlo, hay que dejar que el hombre solo se conduzca al bien común. Cuando esto no suceda hay que inducirlo, motivarlo, de modo que sea él quien entendiendo elija el camino adecuado. En esto tienen gran importancia la formación de la opinión pública, las convenciones y los hábitos. El hombre es social y, aunque actúa individualmente, lo hace muy influido por la corriente profunda en la que navega. Estos hábitos, convenciones y corrientes subterráneas facilitan tanto la tarea de la ciencia, que en materia contingente de otro modo no sería posible, como el que haya solución a los problemas, que en caso contrario serían incorregibles puesto que serían absolutamente imprevisibles. En conclusión, pienso que su visión del hombre tiene claros y oscuros que le son esenciales e inevitables.

A mi juicio, Keynes logró sintonizar muy bien el equipo musical y así pudo descubrir la melodía humana esencial.

VI
«ÉTICA ESPECULATIVA»
Y «ÉTICA PRÁCTICA» EN KEYNES

*Keynes was born and bred
a moral scientist in the
Cambridge atmosphere,
Braithwaite, 1946, p. 283.*

La preocupación fundamental de Keynes y de los demás miembros de la Sociedad de los Apóstoles fue ética: esta es la melodía que más les importaba y se empeñaron en su descubrimiento. Ya explicamos cómo ellos pertenecieron al rechazo eduardiano de la época victoriana. También sugerí que en estos movimientos se producen incoherencias y se conservan rasgos de la posición rechazada, pues uno es hijo de su época y la primera educación –en la familia y la escuela– dejan una huella tan profunda que muchas veces no es advertida ni por uno mismo. El rechazo eduardiano tenía un tópico central, el ético. La victoriana era una posición ante la vida con un sustrato ético muy fuerte. El cambio, por consiguiente, debía ser ético también.

Desde el punto de vista familiar, no hay que olvidar que Keynes provenía de una familia en la que abundaron los predicadores. Como bien dice Skidelsky, Keynes «perteneció a la primera

generación de no creyentes atribulados por las “dudas”, pero llevaba la teología en los huesos (...)» (Skidelsky (1996) 1998, p. 21). Él y sus amigos habían perdido la fe en lo que les enseñaba la religión de sus padres. Mucho tuvo que ver con esta pérdida el triste espectáculo de la hipocresía moral victoriana, víctima, precisamente, de una fe relajada. Sin embargo, ellos estaban conformados de modo tal que no podían no creer en algo. Debían reemplazar la religión con otro credo. Este credo debía descartar los falsos pudores victorianos. Aunque Moore fue un «santo varón», su ética les permitió quebrantar los códigos sociales y sexuales de sus padres. Su necesidad de creer está muy bien expresada por Skidelsky:

«[E]staba lo bastante próximo a la generación de los creyentes como para sentir también la necesidad de tener creencias verdaderas. Esta es, tal vez, la característica de su época que nos separa más radicalmente de la nuestra. No se trata sólo de que nosotros hayamos perdido nuestras creencias, sino de que ya no creemos en la posibilidad de tener creencias verdaderas¹. Y esto significa que nuestras convicciones son menos importantes para nosotros. La importancia que Keynes atribuía al descubrimiento de creencias auténticas, la magnitud de atención intelectual que dedicó a la conexión entre creencias y actos, la constante necesidad que sentía de justificar sus acciones refiriéndolas a sus creencias, todo esto presupone una perspectiva mental que prácticamente ha desaparecido excepto entre los marxistas. Era una perspectiva que también capacitaba a Keynes para ejercer una autoridad moral. Sus cálculos y sus actos estaban al servicio de fines en los que creía» (Skidelsky (1983) 1986, p. 143).

Es decir, está significando Skidelsky, estos anti-victorianos fueron mucho más victorianos que los que vinimos después, ya que perdimos toda referencia posible al victorianismo. En el capítulo anterior vimos como la concepción antropológica de Keynes y, sobre todo, su visión del ideal para el hombre termina

1. Esta afirmación de Skidelsky resulta, a mi juicio, patética.

siendo clásica. Estos reformistas no renunciaron a su aristocracia: fueron más conservadores que los actuales conservadores. ¿Quién podría sospechar algo así de un personaje irónico y libertino como Strachey? Sin embargo, al terminar su finísimo estudio sobre su obra *Eminentes Victorianos*, André Maurois concluye: «Casi siempre, después que ha tratado con severidad a un eminente victoriano, lo rehabilita. ¿Me atreveré a decirlo? Era él mismo, en gran parte, un victoriano eminente» (Maurois, 1936, p. 172).

1. «Ética especulativa»

Cuenta Skidelsky que en su trabajo para los «Apóstoles» «Miscellanea Ethica» Keynes planeó un tratado completo de ética (cfr. Skidelsky (1983) 1986, pp. 155-156). Seguía los lineamientos de Moore y se dividía en dos grandes apartados, Ética Especulativa y Ética Práctica. La primera contiene, en palabras de Keynes, «algunos temas lógicos o cuasimetafísicos». Temas fundamentales como la definición de los términos, la noción de bien, «en palabras de Moore, los “prolegómenos de cualquier Ética futura que aspire a ser científica”»: se trata de una meta-ética o una teoría ética. La Ética práctica, por su parte, se ocuparía de la conducta, la virtud, la educación y la política. Siguiendo el espíritu de Keynes, dividiré el capítulo en estos dos apartados. En el primero conectaré la teoría ética de Moore con la de Keynes. En el segundo me dedicaré a concreciones prácticas individuales y sociales del pensar ético de Keynes. Obviamente, la división no será estricta. Tampoco hay una división estricta entre los temas antropológicos y éticos, entre este capítulo y el anterior.

¿Cuánto incidió Moore sobre los «apóstoles»? La fuente moreana de la que bebieron fue, especialmente, *Principia Ethica*. Keynes los recuerda en «My Early Beliefs», referencia central de su memoria:

«Fui a Cambridge en los *Michaelmas* de 1902 y los *Principia Ethica* aparecieron al fin de mi primer año. (...) Sin duda su efecto

en nosotros, y las charlas que lo precedieron y procedieron, dominaron, y quizás aún dominan, todo lo demás (...) la influencia no fue sólo irresistible (...); fue apasionante, estimulante» (CW, X, p. 435).

Esta influencia fue duradera. En las mismas memorias, Keynes dice que releyó la semana anterior a la conferencia el capítulo del libro de Moore sobre el ideal y concluye: «Aún es mi religión bajo la superficie» (id., p. 442).

¿Qué les enseñó Moore? Ellos tomaron lo que Keynes denominaba su «religión» (no su «moral»). Su religión era pura, prescindía absolutamente de los intereses utilitaristas. No importaban las consecuencias exteriores, sino la actitud interna respecto a uno mismo y a los ideales últimos:

«(...) nada importaba salvo los estados de la mente (...) no estaban asociados a la acción, al logro o a las consecuencias. Consistían en estados apasionados de contemplación y comunión atemporales (...) Los sujetos apropiados (...) eran una persona amada, la belleza y la verdad, y los primeros objetos en la vida eran el amor, la creación y el gozo de la experiencia estética y la prosecución del conocimiento (...) En términos generales todos sabíamos con certeza cuáles eran los estados buenos de la mente y que consistían en la comunión con objetos de amor, belleza y verdad» (CW, X, pp. 436-438).

Nuestra religión, aclara Keynes, seguía la tradición puritana de estar dirigida a la salvación de las almas propias. No tenía nada que ver con esas pseudo-religiones que se ocupan del servicio social (cfr. id., p. 437). Repudiaban fuertemente la idea de que el conocimiento útil fuera preferible al inútil; pero «flirteaban» con la idea de que perseguir un conocimiento «interesante» podría ser mejor que alcanzar uno no interesante. O algo importante mejor que algo no importante, siempre que importante no significara útil (cfr. id., pp. 439 y 440). Algo es clarísimo; si algo no eran –y Keynes nunca lo fue– es utilitaristas: «estuvimos entre los primeros de nuestra generación, quizás los únicos de nuestra generación, que escapamos de la tradición benthamita» (id., p.

445)². De allí proviene, precisamente la división entre la religión y la moral de Moore y su apartamiento de la última. Más aún, de allí proviene su interés por la probabilidad. Pero antes de entrar en este interesantísimo asunto, ¿qué decía el mismo Moore? Keynes también cita en «My Early Beliefs» el pasaje clave del capítulo sobre el Ideal de los *Principia Ethica*, al que ya hemos hecho referencia:

«Sin duda, una vez que el sentido de la cuestión se ha entendido claramente, darle respuesta, en sus principales rasgos, parece tan obvio que corre el riesgo de parecer una trivialidad. Las cosas más valiosas que conocemos o podemos imaginar son, con mucho, ciertos estados de conciencia que pueden, *grosso modo*, describirse como los placeres del trato humano y el goce de los objetos bellos. Nadie, probablemente, que se haya planteado la cuestión ha dudado nunca de que el afecto personal y la apreciación de lo que es bello en el arte o la naturaleza sean buenos en sí. Ni, si consideramos estrictamente qué cosas merecen tenerse *puramente por mor de ellas*, parece probable que haya alguien que piense que algo tiene *casi* un valor tan grande como las cosas que están incluidas bajo estos dos nombres» (*PE*, n. 113, p. 178).

Para Moore esta verdad es universal, «la verdad última y fundamental de la filosofía moral» (*ibíd.*). «Bueno», que Moore previamente ha caracterizado –no definido, pues es indefinible por ser simple (n. 7)– (n. 6) es una propiedad (n. 7), no natural. Confundir bueno con lo bueno, una entidad compleja, supondría caer en lo que él denomina «falacia naturalista», quizás la expresión por la que Moore pasa a la historia de la ética: la noción simple de bueno no equivale a las cosas buenas, a *lo* bueno (nn. 10-12). El

2. Dice en una carta a Arthur Saler, uno de los tantos que le aconsejó para que atemperara sus afirmaciones del manuscrito de *Las consecuencias económicas de la Paz*: «(...) [E]l intento de calcular los efectos psicológicos de las acciones propias constituye una empresa imposible, y he llegado a la conclusión de que lo mejor que uno puede hacer en cualquier circunstancia es afirmar la verdad tan rotundamente como sea posible» (18-X-1919), citado por Skidelsky (1983) 1986, p. 369.

ideal, en cambio, no es simple sino complejo (n. 113): son las cosas que son buenas o fines en sí (n. 110). Según Keynes, el ideal era muy exigente. El espíritu «puritan and precisian», a la vez que riguroso de Moore los llevaba a una absorción platónica en el bien en sí, a disquisiciones escolásticas que superaban las de santo Tomás (de Aquino)... (CW, X, p. 435 y 442). El *Nuevo Testamento* era un manual para políticos comparado con la espiritualidad del Ideal de Moore (cfr. id., p. 444).

¿Cómo conocemos lo bueno y el ideal? Tal como explicamos en el capítulo II, Moore propone la intuición como modo de conocer qué es «bueno». En el capítulo III explicamos cómo esta noción mooreana impacta en la paralela de Keynes. Sólo conociendo qué es «bueno» podemos conocer luego qué es *lo* bueno. Para esto, «es necesario considerar qué cosas son de tal índole que, si existen *por sí*, en aislamiento absoluto, debamos no obstante juzgar buena su existencia» (n. 112). Usando este método de aislamiento se llega a la conclusión de la larga cita previa: «Las cosas más valiosas que conocemos o podemos imaginar son, con mucho, ciertos estados de conciencia que pueden, *grosso modo*, describirse como los placeres del trato humano y el goce de los objetos bellos» (n. 113). Como hemos visto, Keynes les agrega el amor al conocimiento (también lo hace Brentano). Pero en cuanto al método, lo toma. Dice en «My Early Beliefs»:

«¿Cómo conocíamos qué estados de la mente eran Buenos? Esta era una cuestión de inspección directa, de intuición directa no analizable acerca de aquello que era inútil e imposible argumentar (...) Nuestra aprehensión de bueno era exactamente la misma que nuestra aprehensión de verde» (CW, X, pp. 437-438).

Para ellos, recuerda Keynes, esto era algo absolutamente científico, la simple aplicación de la lógica y del análisis racional a datos sensoriales (cfr. id., p. 438). Sin embargo, se da cuenta de que era una fe, por ello la llama «religión». Pero, como ya citamos, en 1938 seguía siendo su religión bajo la superficie (cfr. id., p. 442). Es decir, Keynes siempre confió, creyó o le resultó evidente el poder de la intuición. Por eso, precisamente, tiene pro-

blemas con lo que denomina la «moral» de Moore. Oigámoslo en sus propias palabras:

«Ahora bien, lo que tomamos de Moore no fue de ningún modo todo lo que nos ofrecía. Él tenía un pie puesto en el umbral del nuevo cielo, pero el otro en Sidgwick y el cálculo benthamita y las normas generales para una conducta correcta. Había un capítulo de los *Principia* del cual no tomamos ni la menor noticia. Aceptamos la religión de Moore, para decirlo de algún modo y descartamos su moral (CW, X, p. 436). Era un objetivo importante del libro de Moore distinguir entre la bondad como atributo de los estados de la mente y la corrección como un atributo de las acciones. También tenía una sección sobre la justificación de las reglas generales de la conducta. El extenso papel jugado por consideraciones de probabilidad en su teoría de la conducta correcta fue ciertamente una importante causa que contribuyó a que dedicara todo el tiempo libre de varios años al estudio de este asunto» (p. 445).

Lo que sucede con la conducta correcta es que para Moore, en este campo, no sirve la intuición. En cambio, acude al cálculo utilitarista. «Correcto (...) es (...) idéntico a útil», dice Moore (n. 89). Las reglas de acción no son evidentes en sí (cfr. n. 90). Debemos determinar los efectos de las acciones a lo largo de un futuro infinito, algo por supuesto imposible (n. 91). Caemos entonces en el campo de la probabilidad que termina imponiendo la obligatoriedad de la observancia universal de las reglas generales (n. 99). Esta conclusión le repele a Keynes, tanto porque supone caer nuevamente en el utilitarismo como por significar un sometimiento a reglas generales.

«No puede ser parte de esta memoria tratar de explicar porqué el haber escapado de la tradición benthamita fue una ventaja tan grande para nosotros. Pero ahora la veo claramente como el gusano que había estado corroyendo por dentro nuestra civilización y que es responsable de nuestra actual decadencia (...) Más aún, fue este escape de Bentham, unido al insuperable individualismo de nuestra filosofía, lo que sirvió para protegernos a todos nosotros de la *reductio ad absurdum* final del benthamismo conocida como Marxismo. (...) Esto es lo que ganamos. Pero dejamos de lado no sólo

aquella parte del capítulo quinto de Moore sobre “La ética en relación con la conducta” que trata de la obligación de actuar de modo que se produzca una conexión que cause el máximo posible de bien eventual a través de toda la procesión de las eras futuras (una discusión ciertamente plagada de falacias), sino también la parte que discute la obligación del individuo de obedecer reglas generales. Repudiábamos completamente la responsabilidad personal de obedecer normas generales. (...) Repudiábamos completamente la moral consuetudinaria, las convenciones y la sabiduría tradicional. Es decir, éramos, en el sentido estricto de la palabra, inmoralistas» (CW, X, pp. 445-446).

Keynes piensa que la clave del error está en que Moore está aplicando una teoría frecuentista de la probabilidad, y esto le obliga a desarrollar su teoría lógica de la probabilidad en la que el papel definitorio lo tiene la intuición (capítulo III). En efecto, en el *Treatise on Probability* dedica un capítulo, el XXVI, a «La aplicación de la probabilidad a la conducta»³. Allí cita y ataca el argumento de Moore de la imposibilidad de conocer las consecuencias de la acción. Su razonamiento, dice Keynes, lleva a descartar una probabilidad mostrando que no hay certeza (cfr. *TP*, p. 309). Puede haber probabilidad, sostiene Keynes, aunque el bien sea en parte orgánico (cfr. *TP*, p. 310). Para Keynes la cuestión de la acción correcta debe ser encarada «en virtud de un juicio intuitivo» (*TP*, p. 312). La solución de Keynes evoca notablemente a la de Brentano, cuyo libro, como señalé en el capítulo segundo, había leído poco antes (en 1905)⁴. Según Keynes, la probabilidad es clave para determinar cuál es la acción correcta:

«La importancia de la probabilidad sólo puede derivarse del juicio de que es *racional* guiarse por ella en la acción; y la dependencia práctica de ésta sólo puede justificarse por el juicio de que

3. Según Bateman 1996, p. 57 este capítulo tuvo su forma definitiva ya en 1907.

4. Cfr. Brentano (1889/1902-1934) 1969, p. 33, nota 44 o Brentano (1889) 1927, pp. 125-126. Sobre las ideas de Brentano y su posible influencia en las de Keynes, cfr. los capítulos II y III.

en la acción debemos actuar para tomarla en cuenta. Por esta razón para nosotros la probabilidad es “guía de vida” puesto que como dice Locke, para nosotros, “en la mayor parte de nuestros intereses, Dios nos ha provisto sólo con el crepúsculo, como podría decirlo, de la probabilidad, adecuado, presumo, al estado de mediocridad y condicionalidad en el que Él se ha complacido en colocarnos aquí” (TP, p. 323).

Esto nos sugiere una concepción de la ética como ciencia práctica⁵. Keynes siempre defendió la lógica, la razonabilidad, de decidir bajo estado de probabilidad o en incertidumbre. El término «razonable» aparece numerosas veces en sus escritos. Su ética, claramente, no es ni utilitarista ni kantiana: detesta tanto la utilidad como los principios éticos. Defiende contra estos últimos el «derecho a juzgar cada caso individual por sus propios méritos, y la sabiduría, experiencia y auto-control para hacerlo exitosamente (...) Reclamábamos ser nuestros propios jueces en nuestros propios casos delante del cielo» (CW, X, p. 446). Sin declararlo

5. Esta visión de la moral se remonta a Aristóteles. Ya vimos que Keynes leyó la *Ética a Nicómaco*. Este libro y la *Política* son los documentos fundadores de esta corriente. Aristóteles advirtió que el estudio de algunos tipos de objetos tiene peculiaridades que obedecen a la condición de los mismos y que lo hacen distinto de las ciencias teóricas –la física, matemática y filosofía primera (metafísica)–. En el caso de las ciencias prácticas esta peculiaridad es que los actos humanos se originan en la elección del que los realiza. Por este motivo, son objetos de conocimiento que están sujetos a una cierta imprevisibilidad –por su contingencia debida a la libertad y por su singularidad– y que poseen connotaciones morales. Estas condiciones del sujeto dan lugar a unas características que son propias de las ciencias prácticas: carecen de exactitud en sus conocimientos, su fin va más allá del puro conocimiento invadiendo el campo de la acción, dependen mucho de la experiencia. El siglo XX ha visto un renacer de la filosofía práctica aristotélica en la mayor parte de las comunidades filosóficas del mundo. Los principales representantes están en Alemania, Italia, Inglaterra, Estados Unidos y otros países. Sin embargo, la «filosofía práctica de Keynes», como la llama Skidelsky, pudo desarrollarse al margen de influencias aristotélicas. Es decir, no pretendo argumentar por este motivo que Keynes era un aristotélico. La expresión «filosofía práctica» está presente en la mayor parte de los filósofos occidentales que se ocuparon de asuntos morales, muy particularmente, por ejemplo, en Kant.

explícitamente se parece mucho más a una ética de las virtudes, con un fuerte tinte subjetivista⁶.

Volvemos al problema del utilitarismo de Moore. La crítica y propuesta de solución de Keynes fue incluso previa a la primera versión del capítulo XXVI del *Treatise*. El 23 de enero de 1904 leyó a los «apóstoles» su «Ética en relación a la conducta» (el mismo título del controvertido capítulo de los *Principia Ethica*). Ya entonces declaraba que Moore confundía probabilidad (que es lógica) con frecuencia de hechos⁷. La melodía no se calcula, se capta. Skidelsky señala otras diferencias de detalle de Keynes respecto a Moore, en las que no nos vamos a entretener⁸. Lo rescatable aquí es que en el Keynes joven de los escritos para los «apóstoles» ya hay un genuino interés ético. A pesar de las diferencias con Moore, en el esquema que traza para un tratado de ética en «Miscellanea Ethica» (1905), Keynes sigue esencialmente, en su división entre ética especulativa o meta-ética (el ideal de Moore) y ética práctica, la doctrina de su maestro (cfr. Skidelsky (1983) 1986, pp. 155-156).

Hay otro asunto que debe ser aclarado. Dije, citando a Keynes, que uno de los motivos por los que rechaza la «ética en relación a la conducta» de Moore es –además de sus consecuencias utilitaristas– su rechazo a las normas. Repito la parte relevante de la cita: «Repudiábamos completamente una responsabilidad personal de obedecer normas generales. (...) Repudiábamos completamente la moral consuetudinaria, las convenciones y la sabiduría

6. Suzanne Helburn 1991 la llama una «ética deontológica de la virtud» (p. 43) y la afilia a la racionalidad práctica (p. 50). Esto último lo comparten de modo algo diverso Athol Fitzgibbons 1988 –en una línea clásica– y Anna Carabelli 1988 –en una línea posmoderna–. No todos los comentaristas lo ven de este modo. Para Skidelsky, fue utilitarista.

7. Cfr. Skidelsky (1996) 1998, p. 70. Sobre la probabilidad en Keynes, cfr. el capítulo III. Sobre este mismo tema, cfr. Davis 1994, pp. 24-26, 73-74 y Bateman 1996, pp. 44-45.

8. Cfr. Skidelsky (1996) 1998, pp. 64-79 y (1983) 1986, pp. 157-161. Cfr. también Davis 1994, pp. 77-80, 83-85, Bateman 1996, pp. 27-33, Coates 1996, p. 74.

tradicional. Es decir, éramos, en el sentido estricto de la palabra, inmoralistas» (CW, X, pp. 445-446). En el capítulo previo recogí otra cita pertinente:

«Estábamos entre los últimos utópicos, o melioristas, como a veces se les llama, que creen en un progreso moral continuo gracias al cual la raza humana está constituida por personas confiables, racionales y decentes, influidas por la verdad y por normas objetivas, eximibles sin temor alguno de las restricciones externas de las convenciones, de las normas tradicionales y de las reglas inflexibles de conducta, y libradas de ahora en adelante más a sus propios recursos, a sus móviles puros y a sus intuiciones fidedignas del bien. (...) [R]epudiábamos todas las versiones de la doctrina del pecado original que sostienen la existencia de resortes de maldad insanos e irracionales en la mayoría de los hombres» (CW, X, p. 447).

También he citado en el capítulo previo una de las consecuencias de su desencanto original sobre la naturaleza racional del hombre: «No éramos conscientes de que la civilización era una costra fina y precaria erigida por la personalidad y voluntad de muy pocos, y sólo mantenida por las reglas y convenciones establecidas hábilmente y preservadas astutamente» (p. 447). Este apoyo en las normas también se hace presente en el artículo del *Quarterly Journal of Economics*. ¿Cómo hacemos para decidir racionalmente cómo obrar cuando no hay base alguna para un cálculo sobre acontecimientos futuros, cuando «simplemente no sabemos»? Ofrece tres técnicas: 1. confiar más en el presente que en el pasado, 2. tomar el estado de opinión actual como bueno y 3. guiarnos por el juicio de los demás, por un «juicio convencional» (cfr. *QJE*/37, p. 214). En efecto, las convenciones aparecieron también en la misma *Teoría General* con esta función. Algunos (por ejemplo, Davis 1994, Winslow 1990) ven un cambio en Keynes en este punto, del rechazo a la aceptación de las convenciones. Por mi parte considero, como he explicado en el capítulo III, que lo que puede haber habido es un cambio, pero no radical, sólo de énfasis. Sin embargo, el mismo Keynes, una vez declarado inmoral y apreciadas sus desventajas, declara: «Sin embargo, en cuanto a mi se refiere, es demasiado tarde para

cambiar. Sigo y siempre seguiré siendo un inmoralista» (CW, X, p. 447). Recordemos que la referencia de esta inmoralidad suya es la ética victoriana y utilitarista. Por otra parte, deben considerarse dos factores más. Primero, que para Keynes es razonable tener en cuenta la convención. Segundo, que el mismo Keynes ya había considerado que en el ámbito de lo humano, cuando los fenómenos son orgánicos, la capacidad de la intuición queda disminuida para el conocimiento directo de la naturaleza implicada: por eso se requiere la convención. Esta consideración, a su vez, tiene estrecha relación con el tema que abordamos en la próxima sección.

2. «Ética Práctica»

Al plantear la caracterización antropológica del hombre hecha por Keynes ya vimos cómo se concretaba su ideal ético. Sus aspiraciones de alcanzar estados de ánimo consistentes en el amor a la belleza, a la verdad y el trato con los amigos, renacen en el estado ideal que sueña para sus nietos⁹. Su detección del amor al dinero como uno de los principales males de nuestra época, va en la línea de su descubrimiento del utilitarismo como el «gusano que ha corroído por dentro nuestra civilización».

Ante todo, digamos que el ideal de Keynes –al igual que el de Moore– no era político, en el actual sentido de la palabra. Sí lo es en su sentido clásico de praxis de perfeccionamiento humano en la sociedad. El «ideal» era una sociedad que es civilizada porque está compuesta por hombres virtuosos y por corporaciones inspiradas por un espíritu de servicio público.

Obviamente, parte fundamental de la ética práctica es la política, en este sentido clásico. Él mismo, según afirman algunos autores, fue utilitarista en política. Uno de estos es Skidelsky, cuya

9. Ahora faltarían sólo unos 30 años para que se cumpla el plazo mínimo que Keynes puso para el cumplimiento de su profecía: me animo a profetizar yo ahora que en esto se equivocó.

autoridad es muy grande¹⁰. Este es un tema que no voy a profundizar aquí, pues me ofrece muchas dudas y salir de éstas supone, entre otras cosas, contar con fuentes no publicadas –como, entre otros, sus trabajos sobre Burke–. Sin embargo, aún teniendo en cuenta la autoridad de Skidelsky y otros, me inclino por seguir la opinión contraria de Fitzgibbons (p. ej., 1988, especialmente capítulo 4), quien ve a la política keynesiana como parte de su ética, obviamente no utilitarista. Suzanne Helburn (1991) corrobora la visión de Fitzgibbons. Yo mismo, sin, como digo, haberlo profundizado, encuentro un tono ético tan elevado en los escritos políticos de Keynes que me parece absurdo pensar que fuera utilitarista, o más aún que pudiera haber una quiebra en el pensamiento de Keynes, como si dijera «la ética está bien para la conducta personal, pero, seamos realistas (como dijo Maquiavelo), olvidémonos de ella en el ámbito político». Keynes no necesitaba ofrecer incoherencias o rendir pleitesía a nadie¹¹. Por sus mismas afirmaciones, parecería que tiene una visión utilitarista de Burke. Helburn analiza a fondo esta cuestión y desmiente esa presunción. En cualquier caso los comentaristas que ven al Keynes utilitarista en política también dicen que Burke lo fue. No sé a ciencia cierta si Keynes habrá sido o no utilitarista en política, pero decir que Burke lo fue es una afirmación propia de un ignorante de las ideas políticas. No hay que confundir la «expediency» de Burke (que significa no ceder ante los dogmatismos) con el utilitarismo. En el capítulo XXVI del *Treatise on Probability* («La aplicación de la probabilidad a la conducta») –que, como ya dijimos, data de 1907– se plantea que, aceptando una teoría de la bondad orgáni-

10. Cfr. por ejemplo en su trabajo 1988. Igualmente Y. Shionoya 1991. También Rod O'Donnell, p. ej., en su 1989, capítulo 6 y en 1991, sostiene que la racionalidad práctica de Keynes es consecuencialista y acerca de los medios, no de los fines.

11. A la cita de la carta a Arthur Saler, podemos agregar que en su irónica crítica a Lloyd George dice que él puede considerar que «[u]na preferencia por la verdad o por la sinceridad como método puede ser un prejuicio basado en algún patrón ascético o personal, inconsecuente en política con la utilidad práctica» (*EP*, p. 45). Estas frases no parecen tener nada de utilitarista; todo lo contrario.

ca, no tiene sentido el razonamiento matemático que podría estar detrás de un cálculo utilitarista.

El escrito de Keynes sobre el que basé la gran división de este capítulo, «Miscellanea Ethica» incluye en la ética práctica a «la teoría y métodos de la política» (citado por Skidelsky (1983) 1986, p. 156). Pero, antes de relatar las ideas políticas de Keynes, me parece pertinente e interesante contar qué pensaba de sus «operadores».

Keynes tenía una visión muy negativa de los políticos. Quizás lo más fuerte que escribió sobre ellos está en una carta privada a Duncan Grant, del 3 de octubre de 1911, relatándole sus experiencias de una gira con algunos de ellos:

«Son *horribles*. Sospecho que algunos de los que me han tocado constituyen las heces, pero en todo caso he descubierto algo que antes pensaba que era imposible; los políticos hablan y se comportan en privado exactamente del mismo modo que en público. Su estupidez es inhumana» (citado por Skidelsky (1983) 1986, p. 257).

Escribe también a su madre, el 24 de diciembre de 1917: «dado que nuestros dirigentes son tan incompetentes como locos y malvados, es natural que termine una era especial de una clase particular de civilización» (citado por Skidelsky (1983) 1986, p. 335). A pesar de todas las matizaciones surgidas de las sugerencias de los lectores previos del manuscrito de *Las consecuencias económicas de la Paz*, es célebre su descripción de las *dramatis personae* de la Paz de Versalles, especialmente de Clemenceau, Wilson y Lloyd George (cfr. Skidelsky (1983) 1986, cap. 16). Precisamente su experiencia de Versalles y el libro consiguiente me parece que constituyen quizás un punto de inflexión entre la frivolidad de Keynes, compatible con la creencia en una ética apoyada en una antropología poco realista, y su acción e interés públicos. Los ideales siguen siendo prácticamente los mismos; los que cambian son los medios necesarios para alcanzarlos y, con éstos, su vida. Como ya señalé, la Primera Guerra, que había sido el acta de defunción de la *Belle époque*, fue también algo muy fuerte para Keynes y sus amigos de la Sociedad de los Após-

toles y Bloomsbury. Keynes, sin necesidad de hacerlo, pues era funcionario público y no hubiera sido convocado, presentó la objeción de conciencia al servicio militar. Skidelsky, quien ha estudiado este hecho histórico a fondo, considera que Keynes se estaba negando a participar en una guerra cuya continuación le parecía inmoral (cfr. Skidelsky (1983) 1986, pp. 308 y ss.). Keynes tenía entonces 33 años; cuando aparece éste, su primer libro, 36. Aunque los cambios no son de un día para el otro, es obvio que este suceso es clave para su maduración.

Como ya he dicho, el móvil de este libro es moral: aboga por una actitud moral, por la paz del mundo. Se pregunta:

«¿[N]o debemos basar nuestras acciones en esperanzas de algo mejor y creer que la prosperidad y la felicidad de un país engendran la de los otros, que la solidaridad del hombre no es una ficción y que aún pueden las naciones tratar a las otras naciones como semejantes?» (*EP*, p. 32).

Los frutos se verán en sus obras siguientes, particularmente en los *Ensayos de Persuasión* y en la propuesta de la *Teoría General*. Comienza el capítulo final de esta última diciendo:

«Los principales inconvenientes de la sociedad económica en que vivimos son su incapacidad para procurar la ocupación plena y su arbitraria y desigual distribución de la riqueza y los ingresos» (*TG*, p. 357).

Aunque estamos en el marco de una obra económica ya vemos que las preocupaciones económicas de Keynes son éticas al mismo tiempo. Keynes buscará diseñar políticas e instituciones que reconcilien la prosperidad con el bien, no con la utilidad. La imbricación de todos los temas nos obligará a repetir algunas ideas del capítulo anterior y adelantarnos a las de política económica del próximo. Ante todo, rememoremos el ideal social propuesto por Keynes:

«Nos vemos libres, por lo tanto, para volver a algunos de los principios más seguros y ciertos de la religión y virtudes tradiciona-

les: que la avaricia es un vicio, que la práctica de la usura es un delito y el amor al dinero es detestable, que aquellos que siguen verdaderamente los caminos de la virtud y la sana sabiduría son los que menos piensan en el mañana. Una vez más debemos valorar los fines por encima de los medios y preferir lo que es bueno a lo que es útil. Honraremos a todos cuantos puedan enseñarnos cómo podemos aprovechar bien y virtuosamente la hora y el día, la gente deliciosa que es capaz de disfrutar directamente de las cosas, las lilas del campo que no trabajan ni hilan (*EP*, p. 332).

Y también:

«Paz, confianza y un equilibrio económico armonioso para todos los países del globo íntimamente interrelacionados, es el único objetivo que vale la pena proponerse» (*EP*, p. 253)¹².

Para llegar a esto, como vimos en el capítulo anterior, Keynes piensa que aún no estamos preparados, porque se debe reunir un capital mayor. Por eso debemos soportar al menos durante 100 años más el reino del amor por el dinero. Keynes festeja esta pasión irónicamente durante esta transición. La estrategia que Keynes relata en su «Clissold» –reseña al libro de H. G. Wells, *The World of William Clissold*– (1927), y que retoma en «Las posibilidades económicas de nuestros nietos», es efectivamente usar la creatividad del hombre de negocios: «A menos que podamos utilizar esta clase de inteligencia, carácter y temperamento, no podremos concluir la tarea pendiente, porque presenta inmensa complejidad práctica y dificultad intelectual» (*EP*, p. 321). Apuesta a «convertirlos»: «Debemos persuadir al tipo de hombre al que ahora divierte crear un negocio, que le están esperando todavía cosas más grandes, que le divertirán más» (*EP*, p. 321).

La creatividad está en la derecha (Brahma); la izquierda (Siva) es sólo destructiva: son sentimentales y pseudo-intelectua-

12. Obsérvese que son los países «íntimamente interrelacionados», no todos. Este «elitismo» de naciones aparece varias veces en Keynes. Lambert (1963) 1983, p. 357 hace notar este punto.

les que sólo tienen sentimientos, no ideas (cfr. p. 320). Por eso teme que una posible reacción socialista ponga el proceso en peligro:

«La remodelación del mundo necesita el toque del creativo Brahma. Pero en el actual momento Brahma está sirviendo a la ciencia y a los negocios, no a la política o al gobierno. El extremo peligro del mundo radica, en palabras de Clissold, en que “antes de que el creativo Brahma pueda ponerse a trabajar, Siva, en otras palabras el espíritu apasionado de destrucción del trabajo, tomando conciencia de las limitaciones y privaciones ahora innecesarias que le son impuestas, pueda hacer imposible la tarea de Brahma”. Creo que todos sentimos esto. Sabemos que necesitamos urgentemente crear un *milieu* en el que Brahma pueda ponerse a trabajar antes de que sea demasiado tarde. Por tanto, hasta cierto punto, muchos temperamentos activos y constructivos en cada campo político están dispuestos a adherirse a la conspiración pública» (EP, p. 321).

Pero hay algo que los frena y que hace que los creativos prefieran hacer dinero. La misma razón por la que prefieren jugar al *bridge* en vez de ir a la iglesia: «Carecen de la clase de motivo cuya posesión, si fuera el caso, podría expresarse diciendo que tenían un credo» (EP, p. 321). Keynes quiere convertir a los hombres de negocio. Quiere, como dice en su ensayo sobre Rusia, volver a unir los negocios con la religión (cfr. EP, p. 271). Estamos frente a una carencia de espíritu público propia del capitalismo moderno, absolutamente irreligioso (cfr. EP, p. 270). Pero, como vimos, el socialismo no es una solución mejor. Se requiere una renovación del liberalismo. Keynes, decía, diseña instituciones que puedan facilitar que se obre esta reforma. La reforma debe apuntar a resolver los problemas del desempleo y de las injusticias en la distribución. Keynes expresa muchas veces su preocupación por la justicia social (cfr., p. ej., EP, pp. 67, 69, 153, 307-308, 368, 374, 388-389, 391-393, 396; TG, pp. 257). Ahora bien, justicia no es igualdad estricta. Ya vimos como acepta la desigualdad, pero en una proporción razonable.

¿Cómo, entonces, vamos a promover el espíritu público faltante en el capitalismo? Recordemos que la tarea de transmutar la

naturaleza humana no es manipularla (cfr. *TG*, p. 359). Con su fantástico realismo reconoce las grandes hazañas y virtudes de la que es capaz, pero también advierte sus humillantes debilidades. El hombre quiere ser bueno, pero hay que ayudarlo. Los que son buenos son los hombres, no las instituciones¹³. Estas últimas, diseñadas por hombres sabios y buenos, deben ayudar al hombre a ser bueno. El Estado debe actuar, pero el Estado no es un ente impersonal. Son los hombres buenos del Estado, una elite inteligente y proba, la que ayudará¹⁴. Supuesto lo cual, debe actuar; interviendrá –ya lo veremos en el capítulo próximo– en la inversión de un modo directo (cfr. *TG*, p. 162) y de otros modos para disminuir las desigualdades. Para aproximarse a la ocupación plena, por su parte, por motivos que derivan también de sus ideas económicas y que veremos oportunamente, «una socialización bastante completa de las inversiones será el único medio» (*TG*, p. 362). Pero esta intervención ¿supone acaso que Keynes era socialista o que propugnaba medidas socialistas? Nada de eso, que proviene de una deficiente comprensión –y lectura también insuficiente– de sus escritos. Lo que él precisamente busca es defender al liberalismo de una caída en regímenes marxistas o socialistas. Ya hemos visto su elogio del individualismo y la libertad.

Precisamente encontramos una explicación más extensa de esa socialización de la inversión en su conferencia «¿Soy un liberal?» (1925), pronunciada once años antes de la publicación de la *Teoría General*:

«Creo que en el futuro el gobierno tendrá que ocuparse de muchas obligaciones que ha evitado en el pasado. Para estos propósi-

13. «[S]ólo los individuos son buenos y todas las naciones son deshonradas, crueles e intrigantes» (*EP*, p. 55).

14. Dice: «La solución correcta implicará elementos intelectuales y científicos que no estarán al alcance de la ingente masa de votantes más o menos analfabetos» (*EP*, p. 299). Hace falta una elite dirigente de los partidos ilustrada. Esta se encuentra, dice, en el partido conservador, menos en el liberal y «el partido laborista está en una posición mucho más débil». Suzanne Helburn 1991 también hace notar el elitismo conservador de Keynes en su estudio sobre Keynes y Burke.

tos, los ministerios y el Parlamento serán inútiles. Nuestra tarea debe ser descentralizar y traspasar todo lo que podamos, y en particular establecer corporaciones semi-independientes y órganos de administración a los que se les deberá confiar tareas de gobierno, nuevas y viejas» (*EP*, p. 304).

Dice también en «El fin del Laissez-faire» –aproximadamente de la misma época–:

«Creo que en muchos casos la medida ideal para la unidad de control y organización está situada en algún punto entre el individuo y el estado moderno. Sugiero, por tanto, que el progreso radica en el aumento del reconocimiento de los cuerpos semi-autónomos dentro del estado –cuerpos cuyo criterio de acción dentro de su propio campo es únicamente el bien público tal como ellos lo entienden, y de los cuales están excluidos los motivos de reflexión de interés privado; aunque todavía pueda ser necesario dejarles algún lugar, hasta que el ámbito del altruismo de los hombres se amplíe al interés de grupos particulares, clases o facultades–, cuerpos que en el curso ordinario de los negocios son principalmente autónomos dentro de sus limitaciones prescritas, pero que están sujetos en último término a la soberanía de la democracia expresada a través del Parlamento» (*EP*, p. 291).

Sugiere volver a las concepciones medievales de autonomías separadas, como nunca han dejado de existir en Inglaterra, y pone los siguientes ejemplos: las universidades, el Banco de Inglaterra, el Puerto de Londres e incluso también las compañías de ferrocarril. Dice que en Alemania hay también instituciones análogas –en efecto, las hay–. ¿Estará Keynes pecando de ingenuo? ¿O será una solución sólo para sajones? Observa otro fenómeno real para abonar su postura:

«Pero más interesante que éstas es la tendencia de las instituciones capitalistas, cuando han alcanzado una cierta edad y tamaño, a aproximarse al estatus de las corporaciones públicas más que al de la empresa privada individualista. Uno de los desarrollos más interesantes e inadvertidos de las recientes décadas ha sido la tendencia de la gran empresa a socializarse. En el crecimiento de una gran

institución (...) se llega a un punto en el que los propietarios del capital, es decir, los accionistas, están casi enteramente disociados de la dirección, con el resultado de que el interés personal de la última en la persecución del mayor beneficio viene a ser completamente secundario. Cuando se alcanza este estadio, la estabilidad general y el prestigio de la institución son más tenidos en cuenta por la dirección que el beneficio máximo de los accionistas. A éstos debe bastarles con percibir dividendos convencionalmente adecuados; pero una vez que esto queda asegurado, el interés directo de la dirección consiste a menudo en evitar las críticas del público y de los clientes de la empresa. Este es particularmente el caso si su gran tamaño o su posición semi-monopolista atraen la atención del público y la hacen vulnerable a los ataques de éste» (*EP*, pp. 291-292).

Keynes pone el ejemplo del Banco de Inglaterra. El amor al dinero unido al afán de lucro refuerza las tendencias que conducen al desempleo. Con esta tendencia de las grandes empresas descrita por Keynes se mitigaría el problema. Pero el mismo Keynes consideraba, según vimos, que el amor al dinero es un asunto moral; no se va a resolver tan fácil a través de estructuras: depende de la disposición de los individuos. Quienes trabajamos en una escuela de negocios sabemos que la economía busca y encuentra el modo de alinear a los directivos de las empresas grandes hacia la obtención prioritaria de beneficios para los accionistas, a través de instrumentos por los que se les hace participar de las ganancias a ellos mismos, mediante la presión que ejercen los fondos de pensión y de inversión en las empresas que cotizan en bolsa, y la que también ejercen los propietarios en muchos casos de modo muy directo. Hay honrosas excepciones y ésta no es una regla determinista del sistema. Pero, sin duda, esta conducta está bastante generalizada¹⁵.

Volviendo a Keynes, él ve con claridad la necesidad de intervenir, al menos en la *Teoría General*. Para Keynes, la inversión privada no alcanza autónomamente el nivel de equilibrio con ple-

15. Agradezco los comentarios de mis colegas Alejandro Carrera y Guillermo D'Andrea en este sentido.

no empleo. Pienso que tiene claro el origen último de este problema –más aún, considero que es mayor la aportación económica de Keynes–: «Muchos de los mayores males económicos de nuestro tiempo son la consecuencia del riesgo, la incertidumbre y la ignorancia» (*EP*, p. 294). Volveré sobre esto en la sección correspondiente. Lo claro es que esta situación requiere un control para resolver los problemas resultantes. Como dice Joan Robinson, «Keynes reintrodujo la cuestión moral en la economía destrozando la reconciliación neoclásica del egoísmo privado con el servicio público» (Robinson 1962, p. 83).

Sin embargo, siempre que sea posible, es mejor que las cosas se arreglen por su cuenta. Esto es claro en la época de los *Ensayos de Persuasión*. La libertad, que tanto aprecia, ordinariamente actúa y sus resultados son fructíferos la mayoría de las veces. Por eso, señala, «debemos preferir organizaciones semiautónomas a órganos del gobierno central» (*EP*, p. 293). Keynes no cree en el *laissez-faire* en absoluto, pero sí en las ventajas de la libertad en muchos campos: «no creo en la filosofía política que acompañó a la doctrina del libre comercio. Creo en el libre comercio porque, a largo plazo y en general, es la única política técnicamente sana e intelectualmente coherente» (*EP*, p. 301). Hay que distinguir, dice citando a Edmund Burke, «lo que el Estado debe asumir para dirigir por la sabiduría pública, y lo que debe dejar, con tan poca interferencia como sea posible, al esfuerzo individual» (*EP*, pp. 290-291). Hay que saber distinguir –tal vez sea ésta la principal tarea de los economistas– la *agenda* de la *no-agenda* del gobierno. Así ensaya la formulación de una especie de principio de subsidiariedad:

«La agenda del Estado más importante no se refiere a aquellas actividades que los individuos privados ya están desarrollando, sino a aquellas funciones que caen fuera de la esfera del individuo, aquellas decisiones que *nadie* toma si el Estado no lo hace. Lo importante para el gobierno no es hacer las cosas que ya están haciendo los individuos, y hacerlas un poco mejor o un poco peor, sino hacer aquellas cosas que en el actualidad no se hacen en absoluto» (*EP*, p. 293).

Esto lo escribía en 1927. En 1929, lo ejemplificaba con el caso de las carreteras (cfr. *EP*, p. 123). Es llamativa su carta de 1944 a Hayek acerca de su recientemente publicado *The Road to Serfdom (Camino de servidumbre)*. Le dice: «Moral y filosóficamente estoy de acuerdo con virtualmente todo el libro»¹⁶. Sin embargo, le dice que no coincide con su rechazo absoluto del plan, que subestima demasiado la vía intermedia. Ahora bien, agrega, el plan tiene como condición una posición moral compartida por líderes y seguidores.

Keynes sigue pensando que el capitalista es el mejor sistema a la vista, pero que debe apoyarse en algunas circunstancias y corregirse a tiempo para no caer debido a la acción opositora del socialismo que pone el dedo en sus llagas. Son peores los males del socialismo, como para dejar que derroque al capitalismo. Del socialismo, especialmente el marxista, habla realmente pestes (cfr., p. ej., *EP*, p. 288). Pero el capitalismo debe reformarse para evitar caer. Las mejoras posibles en la técnica del capitalismo moderno provienen de una acción colectiva (cfr. *EP*, p. 295). «Tenemos que descubrir una nueva sabiduría para una nueva época» (*EP*, p. 308): la sabiduría de saber descentralizar en corporaciones que busquen el bien público, de controlar sin coartar la buena acción de la libertad. Pero, agrega, tal como está planteado actualmente, el capitalismo se basa en la vigencia de algunos principios que no son buenos en sí mismos, como el criterio prioritario del afán de lucro, o la creencia metafísica infundada en un orden automático. El capitalismo requiere una dirección y una reforma.

«(...) el mundo *no* se gobierna desde arriba, de manera que no siempre coinciden el interés privado y el social. *No* es dirigido aquí

16. Citado por Lambert (1963) 1983, pp. 354-355. Skidelsky 2000 trae algunos testimonios de finales de su vida (1946) realmente sorprendentes por su ortodoxia. Uno es de Harry Johnson. Según Johnson, Keynes le dijo que había campos en que funcionaban fuerzas naturales, a las que podemos denominar mano invisible cuando conducen al equilibrio (p. 460). Otro es de Henry Clay. Le habría dicho: «me encuentro cada vez más inclinado a una solución a nuestros problemas sobre la base de la mano invisible que traté de expulsar del pensamiento económico hace 20 años» (p. 470).

abajo de manera que coincidan en la práctica. *No* es una deducción correcta de los principios de la economía que el interés propio ilustrado produzca siempre el interés público. Ni es verdad que el interés propio sea generalmente ilustrado;» (*EP*, p. 290).

Por eso,

«Pienso que el capitalismo, dirigido con sensatez, puede probablemente hacerse más eficiente, para alcanzar fines económicos, que cualquier sistema alternativo a la vista, pero que en sí mismo es en muchos sentidos cuestionable. Nuestro problema es construir una organización social que sea lo más eficiente posible sin contrariar nuestra idea de un modo de vida satisfactorio» (*EP*, p. 296).

Una cita parcialmente consignada en el mismo sentido es la siguiente:

«(...) el individualismo es la mejor salvaguarda de la libertad personal si puede ser purgado de sus defectos y abusos, en el sentido de que, comparado con cualquier otro sistema, amplía considerablemente el campo en el que puede manifestarse la facultad de elección personal. También es la mejor protección de la vida variada, que brota precisamente de este extendido campo de la facultad de elección, cuya pérdida es la mayor de las desgracias del Estado homogéneo o totalitario» (*TG*, p. 364).

Es decir, nuevamente: Keynes no era socialista sino liberal. Pero quería un «nuevo liberalismo» que apuntara a canalizar las fuerzas económicas hacia la justicia y estabilidad social (cfr. *EP*, p. 307)¹⁷. En «¿Soy un liberal?» (1925) divide cinco cuestiones que, según su opinión, debe encarar. Primero, debe ser pacifista

17. Esta es, según Rod O'Donnell 1991, una posición frecuente en la Gran Bretaña de 1870 a 1914. Señala: «El nuevo liberalismo representó un viraje significativo de los liberales hacia la izquierda. Rechazaron el viejo liberalismo del *laissez-faire*, enfatizaron la naturaleza social de los individuos, abogaron por el colectivismo y una actividad significativa del Estado y poseían un fuerte compromiso con la justicia social» (p. 19). Keynes, en efecto, comparte algunas de estas características.

al máximo. Segundo, debe descentralizar el gobierno lo más posible. Tercero, se ha de ocupar de las cuestiones sexuales: propugna el control de la natalidad, el uso de anticonceptivos y demás ideas liberales en materia de matrimonio, «anormalidades sexuales» (*sic*), etc. Cuarto, se debe tratar la cuestión de las drogas. Finalmente, las económicas.

Termino esta referencia a la visión de la política de Keynes con una cita suya en que se resumen muy bien los requerimientos que pretende de ésta. En el próximo capítulo nos dedicaremos a su visión de la economía, de su condición epistemológica y de las subsiguientes propuestas, que completarán lo dicho aquí.

«El problema político de la humanidad consiste en combinar tres cosas: eficiencia económica, justicia social y libertad individual. La primera necesita sentido, prudencia y conocimiento técnico; la segunda, un espíritu desinteresado y entusiasta, que ame al hombre corriente; la tercera, tolerancia, amplitud de miras, apreciación de las excelencias de la variedad y de la independencia, que prefiere, ante todo, dar oportunidades libres a lo excepcional y a lo ambicioso. El segundo ingrediente es el mejor patrimonio del gran partido del proletariado. Pero la primera y la tercera requieren las cualidades del partido que, por sus tradiciones y sus antiguas simpatías, ha sido el hogar del individualismo económico y de la libertad social» (*EP*, p. 313).

Sin embargo, no quiero cerrar el capítulo sin hacer una aclaración final: las últimas citas tienden a focalizar a la política en una preocupación que a muchos puede parecer muy materialista. Sin embargo, antes habíamos citado otros pasajes en que proponía un ideal social muy desprendido de lo material. Por ejemplo:

«¡Así, por primera vez desde su creación, el hombre se enfrentará con su problema real y permanente: cómo usar su libertad respecto de los afanes económicos acuciantes, cómo ocupar el ocio que la ciencia y el interés compuesto le habrán ganado, para vivir sabia y agradablemente bien. Los incansables y decididos fabricantes de dinero pueden llevarnos con ellos hasta el regazo de la abundancia económica. Pero serán las personas que puedan mantenerse vivas y cultivarse hacia un mayor perfeccionamiento del propio arte

de la vida y no venderse por los medios de vida, las que serán capaces de disfrutar de la abundancia cuando llegue» (*EP*, pp. 329-330).

Ya comenté que para llegar a este estadio Keynes dice que hay que esperar con paciencia unos 100 años de predominio de la preocupación económica. ¿Será este planteamiento una manifestación de utilitarismo o maquiavelismo? No creo que lo sea de un modo explícito; se trata más bien, a mi juicio, de una consecuencia de su gran pragmatismo y de que ve claro que, como reza el viejo adagio, *primum vivere, deinde philosophare*. Sin embargo, detrás del pragmatismo siempre puede haber algo de actitud utilitarista. En fin, aunque a primera vista no lo pareciera, siempre puede quedar la duda.

VII
EPISTEMOLOGÍA
DE LAS CIENCIAS Y DE LA ECONOMÍA

*It has been truly said
that no economist since Adam Smith
has had so great influence on public affairs
(and Adam Smith, like Keynes,
was also a philosopher),
Braithwaite, 1946, p. 283.*

Llegamos finalmente al descubrimiento de la melodía de las ciencias, especialmente de las humanas, y más concretamente de la económica. Habiendo explicado la teoría del conocimiento de Keynes en el capítulo tercero, corresponde ver ahora cuáles son sus consecuencias para la teoría de las ciencias, es decir, para la epistemología, y más particularmente, para la epistemología de la economía. Ambas materias están profundamente unidas, pues Keynes pensó gran parte de su teoría del conocimiento en función de la ciencia. Por eso, quienes, siguiendo la sugerencia del Prólogo, hayan saltado ese capítulo tercero, encontrarán aquí un breve resumen de su contenido. Para quienes, en cambio, se hayan tomado el trabajo de leerlo, les servirá como un repaso, que resultará útil a estas alturas, en que la mente se ha concentrado en otro tipo de aportaciones del pensador inglés. Era necesario pre-

sentar las ideas antropológicas y éticas antes que las epistemológicas, pues Keynes es un científico social, y el hombre y su conducta son el objeto privilegiado de las ciencias humanas.

El orden lógico –que seguiré– será exponer las ideas gnoseológicas y epistemológicas principales, luego tratar de esbozar una ontología de lo social y económico y, finalmente, una epistemología de las ciencias sociales y económicas. El capítulo se cierra con la conexión filosofía-propuestas de política económica.

El conocimiento para Keynes es un proceso que comienza con la familiaridad directa con objetos tales como sensaciones, ideas, cosas y relaciones lógicas. A partir de este primer contacto podemos, mediante la contemplación de los objetos «contactados», conocer proposiciones acerca de estos. El conocimiento es de dos tipos: el conocimiento directo, de esos objetos, que es una cierta intuición, y el conocimiento indirecto o argumentativo, a partir de conocimientos directos, de otras proposiciones no intuitivas. Siempre hay en el conocimiento un elemento directo, sin el cual no habría conocimiento en absoluto. Esto en cuanto a procesos. En lo que se refiere al valor de verdad, para Keynes, siguiendo una antigua tradición occidental, la sola palabra «conocimiento» supone verdad de hecho acerca de lo conocido. Sino, sería sólo opinión. El conocimiento directo es cierto (creencia racional subjetiva) y verdadero (cualidad objetiva). Ahora bien, la verdad puede ser de la probabilidad del hecho en cuestión. Es decir, no se requiere certeza en el objeto para que haya conocimiento. Estoy seguro, en cambio, y es verdadero, de que un hecho es probable. A su vez, el conocimiento indirecto puede ser completo o incompleto, dependiendo de que se conozca claramente o no la relación lógica que conduce a éste. Como se puede ver, en toda esta teoría tiene una importancia clave la intuición directa. Esta importancia, sostenida en el *Treatise on Probability*, perdurará hasta el fin de sus días. La intuición intelectual nos permite «penetrar» los datos sensibles más allá de ellos mismos hasta llegar a la naturaleza de los objetos cuando hay conocimiento. Todo lo anterior pertenece al *Treatise on Probability* y está desarrollado en el capítulo tercero de este libro. Ahora bien, hay objetos acerca de los que no es posible tener conocimiento, pues son radical-

mente inciertos: «muy inciertos», dice en la *Teoría General* (p. 147). Esta posibilidad fue contemplada en el *Treatise on Probability* en abstracto, pero fue aplicada efectivamente a realidades sociales recientemente en sus escritos económicos, como en la *Teoría General*.

1. Algunas ideas epistemológicas fundamentales

Recordados sucintamente los anteriores elementos de su teoría del conocimiento, ¿qué podemos decir de su epistemología?

1. Ante todo, presentemos los elementos con los que trabaja. En primer lugar, el conocimiento, intuición o inspección directa. En cuanto a la inducción, Keynes distingue entre la «inducción pura» (en la que sólo cuenta la enumeración completa de los casos) y simplemente «inducción» (cuando se combina el número de los casos con la analogía o similitud). La analogía es la similitud esencial de los elementos estudiados desde el punto de vista en que se estudian (cap. XVIII). A su vez, puede ser analogía positiva (se fija en las similitudes) o negativa (se fija en las diferencias) (cap. XIX). La captación de la analogía depende de un juicio intuitivo. Reconoce, sin embargo, que Aristóteles usaba el término inducción (*epagogé*) también en el sentido de abstracción de una noción o naturaleza (cfr. *TP*, pp. 274-275). Además, entre las generalizaciones («la afirmación de que todas las proposiciones de una clase definible son verdaderas», *TP*, p. 222) provenientes de argumentos empíricos, Keynes distingue la «inducción universal», que afirma relaciones invariables, aunque sean probables o ciertas, y la «correlación inductiva» o inferencia estadística, que no requiere esa invariabilidad. Keynes dice que las primeras, que quedan falsadas por un solo caso, sólo pueden darse en las ciencias más exactas (cfr. *TP*, p. 220). Finalmente agreguemos que, además de todo lo anterior, Keynes considera lo que denomina el «peso (*weight*) del argumento» (*TP*, cap. VI). Una nueva evidencia puede aumentar o disminuir la probabilidad, pero en cualquiera de esos casos es relevante si la modifica. Le va a llamar *confidence* (confianza) en la *Teoría General* y va tener

su papel importante en el capítulo XII de ésta. El *estado de confianza* es lo que nos permite adherirnos a una convención que se requiere para poder actuar cuando no tenemos conocimiento directo de la naturaleza del objeto estudiado (capítulo XII, IV).

2. Presentados los elementos anteriores, comencemos afirmando que Keynes reconoce la importancia para la ciencia del conocimiento probable:

«(...) en la metafísica, en la ciencia y en la conducta, la mayoría de los argumentos en los que se basan habitualmente nuestras creencias racionales son admitidas como no conclusivas en mayor o menor grado. Por eso, para un tratamiento filosófico de estas ramas del conocimiento se requiere el estudio de la probabilidad» (TP, 3).

Y señala más adelante:

«He descrito la Probabilidad como la parte de la lógica que se ocupa de los argumentos racionales pero no conclusivos. De lejos, los tipos más importantes de éstos son los basados en los métodos de la inducción y la analogía. Casi todas las ciencias empíricas descansan en ellos. Y las decisiones dictadas por la experiencia en la conducta ordinaria de la vida generalmente dependen de estos» (TP, p. 217).

3. Keynes piensa que es posible conocer científicamente la realidad, siempre teniendo en cuenta una definición de la ciencia que no incluye el imperativo de la exactitud como condición necesaria. Algo es científico cuando tenemos buenas razones para creerlo, es decir, cuando es probable. Apoyado en la intuición y la lógica de la inducción y la analogía podemos conocer parte de la realidad. «La concepción de tener *alguna* razón, aunque no conclusiva, para ciertas creencias, proveniente de la inspección directa, puede resultar importante para la teoría de la epistemología» (TP, p. 239)¹. La vieja metafísica requería certeza demos-

1. La probabilidad comienza y acaba con la probabilidad (cfr. TP, p. 322). Pero su importancia deriva de que es racional guiarse por ésta en la acción concreta, como dice Locke (cfr. TP, p. 323).

trativa. Esta argumentación en base a algunas razones puede resultar más fructífera, agrega. La inducción pura puede ser, además, un buen método para fortalecer una probabilidad obtenida sobre otra base: la intuición y la analogía (o similitud). «Somos capaces de obtener un conocimiento sintético directo de la naturaleza de los objetos de nuestra experiencia» (TP, p. 264). «Podemos creer que nuestros juicios pueden penetrar (*penetrate*) en el mundo real» (TP, p. 52).

4. Keynes, entonces, apoya firmemente todo conocimiento, también el científico, en el poder de la intuición intelectual: sobre este particular me he extendido largamente en el capítulo tercero, en la última sección sobre el pensamiento gnoseológico y lógico de Keynes. Para él, la intuición no significa de ningún modo irracionalidad:

«Antes de dejar esta parte del argumento, debemos enfatizar la parte que juega el juicio directo en la teoría aquí presentada (...) No siento que debiéramos considerarlo una debilidad (...) Aunque es importante establecer un control del juicio directo mediante principios generales en vez de disimular su presencia, sin embargo, el hecho de que dependamos en último término de una intuición no nos debe conducir a suponer que nuestras conclusiones no tienen por eso una base racional, o que son subjetivas en su validez tal como lo son en su origen» (TP, p. 70)².

Por todo lo anterior, tienen un peso relativo mayor, a la hora del conocimiento, la teoría y la analogía. Es decir, es más importante lo que se capta con el conocimiento directo (o intuición) que con los datos que luego lo prueban. Y es más importante el conocimiento de las similitudes y diferencias de los objetos de estudio que la repetición de los casos (cfr. TP, pp. 221-222, 227-228, 233-235, 238-241, 306, 384, 426). A mi juicio el mejor ejemplo que pone de la prioridad de la intuición es la anécdota

2. Athol Fitzgibbons insiste en el carácter científico de esta ciencia basada en la intuición. Y más concretamente, «la ciencia moral de la economía no significa que la economía keynesiana debe ser arbitraria» (1988, p. 197).

que contamos también en el capítulo tercero sobre Newton y Halley:

«Está la historia de cómo [Newton] informó a Halley de uno de sus descubrimientos más fundamentales acerca del movimiento de los planetas. «Si», respondió Halley, «pero ¿cómo lo supiste? ¿cómo lo probaste?» Newton se quedó desconcertado: «¿Por qué?, lo he sabido desde hace muchos años», le respondió. «Si me das unos días, seguro que te encuentro una prueba de ello», como efectivamente hizo» (CW, X, p. 365).

En fin, la prioridad y posibilidad de la teoría, que depende de un «flash» intelectual, ha sido la constante de la obra de Keynes. Este escrito sobre Newton corresponde al final de su vida. Volvamos a un pasaje de 1906:

«(...) algo se dio en mi cerebro y ví todo con enorme claridad en un *flash* (...) no es una cuestión de argumentos; todo depende de un particular *twist* en la mente»(citado por Bateman 1996, p. 36, cursiva agregada).

Lo del «flash» vuelve a aparecer unos cuantos años después en su correspondencia con Harrod relativa al artículo que estaba preparando para el *Economic Journal* sobre la teoría dinámica, Keynes le contesta (26-IX-1938): «Como resultado de tu última carta, al fin ví todo como un *flash* (XIV, p. 345).

5. Keynes resuelve el problema de la inducción no resolviéndolo. La inducción es posible en un universo finito atómico del que él mismo duda (TP, p. 249). Simplemente acepta esta situación y piensa que es de sentido común hacerlo. «La inducción nos dice que, sobre la base de cierta evidencia, una cierta conclusión es razonable, no *verdadera*» (TP, p. 245). La finitud de todos los sistemas no tiene validez universal para Keynes (cfr. TP, p. 262), y esta circunstancia pone en duda también la validez de la inducción universal y estadística (cfr. TP, p. 427). La organicidad en los todos complejos nos pone fuera de la inducción y la probabilidad (cfr. TP, pp. 249, 310-311). Si no hay una homogeneidad mínima, puede no haber probabilidad de ningún modo (cfr. TP, pp. 30-31).

6. Hay materias de conocimiento que sólo admiten que éste sea vago. Para Keynes, en el *Treatise on Probability*, conocimiento probable no es lo mismo que conocimiento vago, el que no entra dentro de la lógica. Prefiere no ocuparse de éste allí, a pesar de reconocer su importancia (cfr. *TP*, p. 17). Daría la impresión de que la vaguedad puede darse en un conocimiento directo: a veces la facultad de reconocimiento directo puede ser mayor o menor. Se puede acudir entonces al sistema lógico de probabilidad que, como hace la trigonometría, puede ayudar a convertir un conocimiento vago en uno más claro por una vía indirecta (cfr. *TP*, 53). También parecería que surge en relación con el carácter orgánico de las realidades, aunque estrictamente no lo dice así en el *Treatise on Probability*. En cualquier caso, para Keynes el método y sus posibilidades dependen del objeto de conocimiento (cfr., p. ej., *TP*, pp. 262-264) y la heterogeneidad y el carácter orgánico que aparecen en ciertos todos complejos complican aún más el conocimiento probable.

7. Se puede llegar al punto de complejidad o de incertidumbre que hace que, como decía más arriba, no haya bases científicas suficientes para conocimiento alguno: «simplemente, no sabemos» (*QJE/37*, p. 214). En este caso se recurre a la adherencia fiducial a una convención que nos saca de un posible estado de indecisión e inacción pero que, señala Keynes, tiene bases muy poco firmes. Esta posición es sumamente realista en tanto que reconoce las dificultades epistémicas que se derivan de las naturalezas ontológicas del objeto conocido y de nuestro mismo conocimiento (*Teoría General*, Capítulos IV, V y XII).

En efecto, queda claro que el conocimiento de la materia práctica tiene peculiaridades propias para Keynes. Cabe tener en cuenta aquí el pasaje donde ya en el *Treatise on Probability* afirma: «De ningún modo tengo la misma vívida esperanza de Condorcet, o aún de Edgeworth, de “éclairer les Sciences morales et politiques par le flambeau de l’Algèbre”» (*TP*, p. 316). También en el *Treatise on Probability* cita a Leibniz y saca consecuencias para las ciencias prácticas: «Utilissima est aestimatio probabilitatum, quamquam in exemplis juridicis politicisque plerumque non tam subtili calculo opus est, quam accurate omnium circumstan-

tiarum enumeratione (...)». La afirmación de Keynes, basada en este pasaje de una carta de Leibniz a Bernouilli, tiene un gran «sentido común epistemológico»: «A pesar de que la naturaleza tiene sus hábitos, debidos a la recurrencia de las causas, son generales, no invariables. Pero el cálculo empírico, aunque inexacto, puede ser adecuado para los asuntos prácticos» (p. 368). A pesar de que, como ya dije, la fuente no deba ser necesariamente Aristóteles, Keynes se inscribe, quizás sin darse cuenta, en la tradición de la ciencia práctica. Es inexacta, cercana a la realidad, con un fin pragmático, moral y metodológicamente plural. Lo veremos concretamente en el caso de la economía³.

Para seguir adelante, conviene que examinemos antes brevemente el carácter de las realidades con las que trata la ciencia económica. Posteriormente volvemos sobre la epistemología, pero más específicamente de las ciencias humanas y particularmente de la economía.

2. *El material económico*

En el capítulo I hemos hablado de la disposición de Keynes frente a la economía. Vimos que para él no se encuentra, precisamente, en una posición muy alta en la jerarquía de las ciencias. Sin embargo, al analizar su material, encuentra que éste supone dificultades que la hacen más sofisticada que las matemáticas o las ciencias exactas. Esto no la pone sobre la filosofía, pero al menos destaca su complejidad metodológica, que demanda dotes nada comunes. De algún modo, las dificultades inherentes al análisis económico redimen su consideración para Keynes.

Puesto que es un hombre formado en la filosofía e interesado en la economía, uno supondría que nos habría de dejar una reflexión profunda y más o menos sistemática sobre la naturaleza de lo económico. Sin embargo, no es así por lo sistemático. En cuan-

3. Sobre las características de la ciencia práctica cfr., por ejemplo, mi 1997-1998.

to a la profundidad, sus referencias aisladas la tienen. Pero, sin duda, se podía esperar más de él. No hay que olvidar que los ingleses no son grandes teóricos y que, particularmente, en el caso de Keynes, a veces sus intereses son dramáticamente pragmáticos: «Keynes fue un pragmatista», dice Skidelsky (2000, p. 179). En fin, sirvan estas palabras como introducción a sus escasas referencias conceptuales sobre la naturaleza de lo social y lo económico, hechas siempre al pasar, a propósito de algún tema por el que es consultado o en el curso de alguna de sus argumentaciones: nunca como un tema encarado en sí mismo. Los dos *locii* probablemente más relevantes en este sentido son sus cartas a Harrod y los comentarios acerca del libro de Tinbergen (*CW*, XIV).

Las cartas a Roy Harrod son dos (4 y 16 de julio de 1938). En éstas, Keynes mezcla los temas de la evaluación de la próxima *Presidential Address* de su colega con su trabajo en la reseña al libro de Tinbergen. En la primera señala que el material económico, distinto del de las ciencias naturales típicas, «es, en muchos sentidos, no homogéneo a través del tiempo» (p. 296). Por eso es una ciencia moral, no natural. En la segunda carta señala que el objeto de la economía no es expresable numéricamente de una vez para siempre (p. 299). Se ocupa de introspecciones y valores, motivos, expectativas e incertidumbres psicológicas (p. 300). Recordemos que para Keynes, en el campo de lo social, pesan mucho «esas corrientes desconocidas que continuamente fluyen por debajo de la superficie», «susurros subterráneos», «estados de ánimo tácitos», que tienen tanta relación con la opinión pública e inciden en las convenciones (*EP*, pp. 42-43, 46, 47)⁴. La ontolo-

4. Pienso que todos los economistas hemos tenido experiencia de las dificultades que implica el carácter orgánico de nuestra materia de estudio, las complejas relaciones entre variables que deben analizarse en varios grados subsiguientes de influencia mutua. Este análisis completo agota las posibilidades de los modelos. Hay un ajuste final que depende de una apreciación prudencial. Lo hemos vivido al estudiar, al conversar con colegas sobre teoría o coyuntura, al analizar los hechos y tratar de prever el futuro. También hemos experimentado el impacto de las noticias sobre la psicología de la gente y cómo muchas ve-

gía de lo social y lo económico nos habla de una realidad con una naturaleza muy «volátil», que es creada y modificada continuamente por los individuos que la piensan y proyectan, los que a su vez están influidos por un conjunto de opiniones o expectativas –convenciones– también muy volátiles, «débiles» (*Teoría General*, capítulo XII, IV, p. 152: esta «debilidad» está en el origen de la insuficiencia de la inversión autónoma).

El problema de la falta de constancia y homogeneidad en el tiempo del material económico aparece también en la carta a Tyler a propósito del libro de Tinbergen del 23 de agosto de 1938. No se trata de fuerzas independientes y mensurables (p. 286). Por otra parte, señala, hay factores relevantes –«vitales»– para la explicación de los hechos económicos que no son tenidos en cuenta habitualmente: las expectativas y el estado de confianza respecto al futuro; factores no numéricos como inventos, la política, los conflictos laborales, las guerras, terremotos y las crisis financieras (p. 287). Tinbergen le contesta que todo esto está oculto en algunas variables sistemáticas y en los valores residuales (p. 292). Keynes replica que pueden existir algunos objetos de estudio a los que el método de correlación múltiple sea aplicable (pone el ejemplo de un estudio sobre la relación entre el volumen de tráfico y los costes de operación de los ferrocarriles ingleses próxima a publicarse en el *Economic Journal*, p. 295). Pero el problema tratado por Tinbergen, el del ciclo del crédito, insiste, es complejo, variable y recibe influencia de factores no expresables estadísticamente (pp. 294-295).

En la reseña misma, publicada también en el *Economic Journal*, vuelve sobre la necesidad de considerar todos los factores significativos (p. 308). Vuelve a mencionar los políticos, sociales y psicológicos, «incluyendo cosas como la política gubernamental, el progreso técnico y el estado de las expectativas» (p. 309).

Pasando a otras fuentes, en su ensayo sobre Marshall habla de la mayor riqueza relativa de la «interpretación económica de los

ces la reacción del público es más relevante que los cálculos racionales. Al menos, se deben tener en cuenta ambos factores.

complejos e incompletamente conocidos hechos de experiencia» respecto a esas partes de huesos desnudos de la teoría económica expresadas matemáticamente (CW, X, p. 186). En la biografía de Edgeworth (1926) añade:

«La hipótesis atómica que ha funcionado tan espléndidamente en la física falla en el campo psíquico. Nos enfrentamos a cada momento con problemas de unidad orgánica, de carácter discreto, de discontinuidad —el todo no es igual a la suma de las partes, las comparaciones de cantidad nos fallan, pequeños cambios producen importantes efectos, los supuestos de un continuo homogéneo y uniforme no quedan satisfechos» (CW, X, p. 262).

En «El fin del Laissez-faire» nos previene de la organicidad de los procesos de producción y consumo (cfr. EP, p. 287). Si vamos a la *Teoría General*, también nos encontramos con dificultades de este tipo. La producción de mercancías «es un complejo no homogéneo, que no puede medirse» (p. 48); el nivel general de precios es un concepto vago (p. 49). La indeterminación cuantitativa de estos conceptos, sin embargo, no interrumpe la serie causal de los fenómenos económicos, que son claros y determinados (p. 49). Tampoco el hecho de que dos grupos inconmensurables no puedan ofrecer material para un análisis cuantitativo es obstáculo para comparaciones estadísticas aproximadas (p. 49). El ciclo económico, en consonancia con lo que dice sobre el libro de Tinbergen, es un fenómeno muy complejo (p. 301). Ya hice alguna referencia al carácter reflexivo de los fenómenos económicos. Por eso el estado de las previsiones puede cambiar constantemente (pp. 58, 193).

Las bases para hacer previsiones son muy precarias. La incertidumbre y el pesimismo empujan el derrumbamiento de la eficacia marginal del capital (p. 303). Los especuladores conspiran contra la empresa y a veces predominan: transforman al país en un casino donde no importa el rendimiento económico real esperable sino las expectativas sobre la valoración de los activos (p. 157). Además, debemos agregarle la inestabilidad que surge de la misma naturaleza humana. Por una parte, tenemos el optimismo y el «*animal spirit*» empresarial. Pero, por otra, el hecho de que

los empresarios se guían por convenciones débiles que, en la *Teoría General*, llevan a una actividad deficiente:

«Esto quiere decir, por desgracia, no sólo que se exagera la importancia de las depresiones, sino que la prosperidad económica depende excesivamente del ambiente político y social que agrada al tipo medio del hombre de negocios. Si el temor a un gobierno laborista o a un New Deal deprime la “empresa”, esto no tiene que ser necesariamente resultado de un cálculo razonable o de una conspiración con finalidades políticas; es simple consecuencia de trastornar el delicado equilibrio del optimismo espontáneo» (p. 160).

Todo el capítulo XII de la *Teoría General* considera factores que no caben en un análisis neoclásico: nervios, histeria, digestiones, reacciones frente al tiempo, «*animal spirits*», capricho, sentimentalismo, azar. También están los elementos que admiten la previsión matemática, pero son un factor más entre tantos. «El capítulo XII», dice Skidelsky, «es el más vívido y realista de la *Teoría General* (...) Es fundamental al nivel de la visión. Es el más próximo a la vida de Keynes: el capítulo en el que la autobiografía se encuentra con la economía» (Skidelsky (1992) 1995, p. 557). El problema queda aún más claro en su artículo del año siguiente a la *Teoría General*. Para Keynes, existe suficiente evidencia empírica como para contradecir el postulado de la homogeneidad (*QJE/37*, p. 209). Las condiciones de la materia de estudio lo hacen imposible:

«[E]l hecho de que nuestro conocimiento del futuro es fluctuante, vago e incierto, hace que la Riqueza sea un objeto particularmente inconveniente para los métodos de la teoría económica clásica» (*QJE/37*, p. 213). (Recordemos que cuando Keynes habla de la teoría clásica se refiere a la neoclásica contemporánea suya).

Aclara que la incertidumbre de la que habla no es la probabilidad (también lo había aclarado en una nota al pie en la *Teoría General*: p. 147); se refiere a hechos como una nueva guerra europea, el precio del cobre y la tasa de interés dentro de veinte años, etc.: «No existe una base científica sobre la que formar nin-

guna probabilidad acerca de estas cuestiones. Simplemente, no sabemos» (*QJE/37*, p. 214). Nos encontramos en un «sistema complejo» (*QJE/37*, p. 221). La solución que propone, como en la *Teoría General*, es guiarnos por convenciones. Pero reconoce que este es un fundamento muy débil sujeto a cambios repentinos y violentos, sobre todo, en contra de la certeza, de la calma, de la seguridad (*QJE/37*, pp. 214-215).

Si, siendo así todo lo anterior –como más o menos lo reconocen también los austríacos– tuviéramos –como ellos– una fe en que las consecuencias no buscadas de las acciones individuales condujeran a la coordinación económica, no habría mayor problema. Pero ya vimos que esto no es así en Keynes: «el mundo no se gobierna desde arriba, de manera que no siempre coinciden el interés privado y el social» (*EP*, p. 290). Vuelve repetidas veces sobre el problema de la «disharmony of general and particular interest» (Keynes 1932, II, *in principio*), que complica la materia y su estudio.

Si tomamos un poco de distancia del análisis de Keynes acerca de las variables y miramos directamente a éstas, advertimos que las hay de todo tipo: reales (ingreso, ocupación, consumo, producción, instituciones), monetarias (cantidad de dinero, tasa de interés) y psicológicas (propensión a consumir, expectativas de rendimiento futuro y su influjo en la eficacia marginal del capital, preferencia por la liquidez). En fin, se trata de una ensalada que requiere más que aceite y vinagre. Fundamentalmente porque no se pueden pasar por alto rápidamente los factores que inciden en las expectativas de rendimiento futuro y los que conducen a los gobernantes a generar una inversión autónoma, es decir los factores que no se pueden formalizar (que aparecen raudamente en el capítulo XII). Obviamente, la caracterización previa del material económico ha de influir sobre el método, tema del próximo apartado. Quizás por esto mismo la *Teoría General* sea un libro tan atípico –también tan atractivo– para un economista⁵. Extraeré

5. Dice Skidelsky: «Hoy podemos ver la *Teoría General* como una obra de arte e imaginación, así como de lógica económica (...) Del mismo modo que

más consecuencias del carácter del material económico en las conclusiones.

3. *Epistemología y metodología de la economía*

La epistemología es la teoría de la ciencia. La metodología es la parte de la anterior que estudia cuál es el método adecuado a cada ciencia.

Keynes define claramente su postura acerca de la epistemología de la economía en la carta a Harrod del 4-VII-38: «contra Robbins, la economía es esencialmente una ciencia moral, no natural. Es decir, emplea la introspección y los juicios de valor (p. 297)». Se lo repite en la carta siguiente (16-VII-38). Esto no es una doctrina de los años 30 o 40: es una idea que estuvo siempre presente en Keynes. Como dice Braithwaite,

«(...) [p]ara Keynes la economía siempre fue una de las “ciencias morales”: a pesar de que usó las técnicas matemáticas cuando fueron de ayuda, siempre recordaba que las matemáticas eran un buen sirviente pero un mal maestro y que la economía no era un sistema deductivo abstracto sino una ciencia que se ocupaba de un aspecto del bienestar humano» (Braithwaite 1946, p. 283).

La materia de estudio hace que la aplicación de la matemática sea muy restringida. Keynes no tiene nada contra esta disciplina, que había estudiado a fondo. Sólo desconfía, por motivos epistemológicos, de su utilidad para la economía. El tema es recurrente

Keynes fue más —y quizás menos— que un economista, así la *Teoría General* es tanto más como menos que un libro de economía» (1992) 1995, p. 538. Me decía hace poco Victoria Chick: «is a sexy book»: da para pensar. Parsons 1997, p. 39, dice que es «the last of the ancient books of alchemy». Samuelson 1946, p. 190, después de una serie de diatribas, termina concluyendo: «In short, it is a work of genius». R. Rubio de Urquía, 1988, p. 35 propone considerarlo como un «texto literario», no meramente científico. Así se pueden superar las inconsistencias aparentes de un conjunto de planos que no se presentan analíticamente separados, sino entremezclados.

–y tiene un paralelo con los austríacos, para quienes la incertidumbre es también un concepto clave–. Aristóteles dice en la *Ética Nicomaquea*:

«(...) es propio del hombre instruido buscar la exactitud en cada género de conocimientos en la medida en que la admite la naturaleza del asunto; evidentemente, tan absurdo sería aprobar a un matemático que empleara la persuasión como reclamar demostraciones a un retórico» (I, 3, 194b 11-27).

Se asemeja mucho a esta afirmación de Keynes:

«Nuestra precisión sería cómica si tratáramos de usar tales expresiones parcialmente vagas y conceptos no cuantitativos [varias nociones económicas] como base de un análisis cuantitativo» (TG, pp. 49-50).

Y más adelante agrega que «no podemos esperar generalizaciones completamente exactas» para un estudio complejo como el económico (TG, p. 237).

Esto no supone ninguna dificultad para el análisis causal: se trata de un análisis en que la precisión es innecesaria (cfr. p. 49). A propósito del apoyo en la convención en los casos en que no hay posibilidad de cálculos posibles, dice que filosóficamente no se puede confiar en la equiprobabilidad en un estado de ignorancia, pues no es correcta (p. 151): es un tema que desarrolló en el *Treatise on Probability*. Aún más explícito es cuando afirma:

«Una parte demasiado grande de la economía «matemática» reciente es una simple mixtura, tan imprecisa como los supuestos originales que la sustentan, que permite al autor perder de vista las complejidades e interdependencias del mundo real en un laberinto de símbolos pretenciosos e inútiles» (TG, p. 286).

Esta idea viene de antes. En 1924, en su biografía de Marshall –a quien sigue en estas ideas–, decía:

«La economía matemática ejerce a menudo una fascinación e influencia excesivas sobre los estudiantes que se acercan al objeto

de estudio sin mucho conocimiento previo de matemáticas técnicas. Son tan fáciles, que están al alcance de casi todos e introducen al alumno, en una pequeña escala, en los placeres de la percepción de las construcciones puramente formales, y les pone ladrillos de juguete en las manos que pueden manipular por sí mismos, y esto ofrece una emoción nueva a aquellos que no han vislumbrado la arquitectura de rascacielos y los monumentos minuciosamente embelecidos de la matemática moderna» (CW, X, p. 186).

Aplicada a las ciencias morales, la idea ya estaba presente, lógicamente, en el *Treatise on Probability*:

«La esperanza sostenida por muchos investigadores en el curso del siglo XIX de introducir gradualmente a las ciencias morales bajo el dominio del razonamiento matemático, cede constantemente –si significamos por matemáticas, como ellos lo hacen, la introducción de métodos numéricos precisos–. No se pueden seguir sosteniendo los viejos supuestos de que toda cantidad es numérica y de que todas las características cuantitativas son aditivas. El razonamiento matemático hoy es una ayuda, más por su carácter simbólico, que por el numérico. De ningún modo mantengo la viva esperanza de Condorcet, o aún de Edgeworth, de “éclairer les Sciences morales et politiques par le flambeau de l’Algèbre”» (TP, p. 316).

La exactitud, aún la terminológica, no es la mejor receta para las ciencias sociales, piensa Keynes. Los términos vagos tienen su ventaja. En el mismo *Treatise on Probability*, entre las ideas fundamentales introductorias, dice que no va a dejar de usar expresiones convenientes aunque vagas, usadas por escritores previos que tienen la virtud de ser inteligibles inmediatamente para los lectores (cfr. TP, pp. 18-19)⁶. En la breve antología de textos de Ramsey que publica junto a «Ramsey As An Economist», recoge uno muy sugestivo: «El peligro principal de nuestra filosofía (...) es el escolasticismo, cuya esencia es tratar lo que es vago como si fuera preciso e intentar encajarlo en alguna categoría ló-

6. Sobre este tema, consultar Coates 1996, capítulo 4. Recoge una interesantísima colección de citas en este sentido.

gica exacta» (CW, X, p. 343). Esta cita tiene relación con su propuesta –en el mismo escrito– de poner mayor atención en la lógica ordinaria, «*human logic*», que en la formal (338). También se relaciona con su frecuente alusión al «*common sense*» (cfr., p. ej. TP, pp. 418-419) y a la razonabilidad (volveré sobre esto).

Por todo lo anterior, ve el estudio de los economistas contemporáneos muy limitado: «Teorías muy abstractas, venerables inventos académicos, (...) basados en supuestos contrarios a los hechos» (EP, p. 101). O: «Los economistas, como otros científicos, han escogido las hipótesis de las que parten, que ofrecen a los principiantes, porque es lo más simple y no porque sea lo más próximo a los hechos» (EP, p. 285). También: «La belleza y la simplicidad de una teoría semejante son tan grandes que es fácil olvidar que no se deduce de los hechos, sino de una hipótesis incompleta introducida en aras de la simplicidad» (EP, p. 287). Pienso que las razones de Keynes, a esta altura, son claras: la economía neoclásica analiza sólo una parte del problema y con frecuencia la toma por el todo. Por otra parte, el modo de analizarlo muchas veces no es el adecuado, pues trata de cuantificar y comparar homogéneamente realidades que no son ni cuantitativas ni homogéneas.

Pero, digamos algo positivo. ¿Cuál es, entonces, la lógica de la ciencia económica para Keynes? Al pensar en ella me vienen a la cabeza los almuerzos semanales del área de economía de la institución donde trabajo, una escuela de negocios. Pues la visión de Keynes es tan realista que corresponde a lo que vemos y practicamos en el día a día de un instituto universitario tan ligado a lo concreto⁷.

En otra nota de la biografía de Marshall, al contar una anécdota que tuvo con Max Planck, Keynes señala que «la interpretación económica en su forma más alta» requiere una «amalgama de lógica e intuición y un conocimiento amplio de los hechos, la

7. Aprovecho para agradecer a mis colegas en esas comidas, a las que faltó tantas veces, Cecilia Adrogué, Ariel Casarín, Marcos Dal Bianco, Eduardo Fracchia, María Elina Gigaglia y Juan José Llach.

mayor parte de los cuales son imprecisos» (CW, X, p. 186). En la concepción de Keynes, la mente es un poderoso procesador lógico en el que se introducen datos de hechos, experiencias previas, conocimientos teóricos. Todo eso bien revuelto por la racionalidad da lugar a intuiciones teóricas –conceptuales, causales– y prácticas, a veces muy precisas. En su ensayo sobre Ramsey habla de «las deliciosas sendas de nuestra rama más agradable de las ciencias morales, en las que la teoría y los hechos, la imaginación intuitiva y el juicio práctico, se mezclan de un modo confortable al intelecto humano» (CW, X, p. 335).

Mucho antes había descrito su visión del proceso científico en un trabajo titulado «Science and Art», (leído a los «Apóstoles» el 20 de febrero de 1909):

«Él [el científico] se enfrenta a una masa informe de hechos que poseen similitudes y diferencias, dispuestos sin ningún esquema u orden. Su primera necesidad es percibir claramente la naturaleza precisa de los diversos detalles... [Luego] conserva los detalles claramente en su mente y probablemente deba guardarlos por un tiempo más o menos considerable. Finalmente verá, con una especie de intuición repentina, a través de la oscuridad del argumento o de los datos aparentemente inconexos, y los detalles se ordenarán rápidamente en el esquema en el que cada parte tiene una conexión real (citado por Skidelsky (1983) 1986, p. 159).

Se ven rastros de esta concepción en su visión del método económico. Pero la economía es un trabajo de equipo. Se requiere el concurso de los otros: «es sorprendente el número de tonterías que se pueden creer temporalmente si se aísla uno demasiado tiempo del pensamiento de los demás, sobre todo en economía (así como en las otras ciencias morales)» (TG, p. 9). Lo cuantitativo deber ser preciso y sólo es aplicable a lo que es preciso en sí mismo. Como intervienen muchos factores inexactos, se requiere un análisis cualitativo. Por ambas vías tratamos de averiguar causas. La causalidad no siempre requiere la determinación cuantitativa: se trata de una captación intelectual que muchas veces no precisa exactitud cuantitativa para ser correcta.

Por otra parte, dada la contingencia de la materia, la historia muchas veces no se repite. Se requiere una adaptación de la teoría a la situación, la construcción de un modelo adecuado. No podemos determinar de una vez para siempre las variables que determinan nuestro *quaesitum* «en un estudio tan complejo como la economía» (TG, p. 237). Buscamos un modelo que resulte un material más manejable para nuestra intuición práctica (TG, p. 239). Por eso, más que en la posibilidad de acceso a un contenido concreto, el éxito de la ciencia económica se cifra en una especie de entrenamiento lógico: «El objetivo de nuestro análisis no es proveer un mecanismo o método de manipulación ciega que nos dé una respuesta infalible, sino dotarnos de un método organizado y ordenado de razonar sobre problemas concretos» (TG, p. 285). Así, aislando factores, se alcanza una conclusión provisional. Después tenemos que reintegrarlos, teniendo en cuenta sus posibles interacciones:

«Esta es la naturaleza del pensamiento económico» (TG, p. 286). (...) «[E]n el razonamiento ordinario, donde no se manipula a ciegas, sino que se sabe en todo momento lo que se está haciendo y lo que las palabras significan, podemos conservar “en el fondo de nuestra mente” las necesarias reservas y limitaciones y las correcciones que tendremos que hacer después (...)» (TG, p. 286).

Desarrolla más extensamente el tema concreto de la lógica y de los modelos en las cartas a Harrod y en los escritos alrededor del libro de Tinbergen. La cuestión central de la metodología, afirma, es la lógica envuelta en el análisis (CW, XIV, pp. 285-286, 289): ¿por qué se usa este método para este material? Es decir, el requisito ya mencionado de la adaptación del método al objeto de estudio (cfr. pp. 294-295). «Lo peor de él», dice de Tinbergen, «es que está más interesado en hacer el trabajo que en tomarse el tiempo de decidir si vale la pena hacerlo. Prefiere los laberintos de la matemática a los laberintos de la lógica» (p. 307). Si queremos averiguar las *verae causae* (esto es hacer ciencia) necesitamos una teoría que releve los factores significativos. El método estadístico –o el que fuera– será un modo de dar precisión cuantitativa a lo que ya conocemos en términos cualitativos

gracias al análisis teórico (cfr. p. 308). Si no me sirve para esto, no me sirve en absoluto (cfr. p. 315).

Es decir, para la ciencia necesitamos –son imprescindibles– tanto datos como teoría, pero la teoría tiene una importancia mayor. Podemos «coleccionar» muchos datos, pero sin la teoría adecuada no vamos a ningún lado: no hacemos ciencia⁸. Incluso, la misma correlación de datos no es ciencia, pues aún falta el enlace causal, que se capta intelectualmente. Ahora bien, de modo particular en ciencias sociales, necesitamos teorías adaptadas al material que es objeto de estudio. Necesitamos modelos adecuados. De esto, veíamos antes, trata la economía: de poseer una capacidad, un entrenamiento especial, para elegir, diseñar y usar en cada momento y cada situación el modelo más adecuado. Dice en la primera carta a Harrod:

«Me parece que la economía es una rama de la lógica, un modo de pensar (...) El progreso en economía consiste casi enteramente en un mejoramiento progresivo en la elección de los modelos. La gran falta de la última escuela clásica, ejemplificada por Pigou, ha sido llevar demasiado lejos un modelo demasiado simple y anticuado, y no haber captado que el progreso consiste en el mejoramiento de los modelos (...) El objeto del estudio estadístico no es tanto rellenar las variables con vistas a la predicción, sino testear la relevancia y validez del modelo.

La economía es la ciencia de pensar en términos de modelos junto con el arte de elegir los modelos relevantes para el mundo actual. Está obligada a esto, pues el material al que se aplica, a diferencia del de la ciencia natural típica, no es, en muchos sentidos, homogéneo a través del tiempo. El objetivo del modelo es separar los factores semi-relevantes o relativamente constantes de aquellos que son transitorios o fluctuantes para desarrollar una forma lógica

8. Esto parece obvio. Pero no lo es tanto. La mentalidad positivista está muy arraigada. El mismo David Hendry dice sobre Keynes: «Tomado literalmente, Keynes está próximo a afirmar que ninguna teoría económica será testeable definitivamente, en cuyo caso, por supuesto, la economía misma deja de ser científica»: Hendry 2000, p. 20. ¿Qué diría Popper, por ejemplo, de una afirmación así?

de pensar acerca de los últimos y entender las secuencias temporales a las que dan origen en casos particulares.

Los buenos economistas son escasos pues el don de la “observación vigilante” para elegir buenos modelos, a pesar de no requerir una técnica intelectual especializada, parece ser muy escaso» (CW, XIV, pp. 296-297).

En la siguiente carta a Harrod, insiste en que no se trata de llenar espacios cuantitativos:

«(...) convertir un modelo en una fórmula cuantitativa equivale a destruir su utilidad como instrumento de pensamiento» (p. 299). «El arte de pensar en términos de modelos, prosigue, es una práctica difícil –en gran parte por ser tan poco usual–. La pseudo-analogía con la física va directamente en contra del hábito de pensamiento que el economista debe tener» (p. 300).

Ahora bien, esta importancia fundamental de los modelos no va en detrimento de los hechos, pues sólo se obtienen los modelos adecuados partiendo de aquéllos. El economista de Keynes es un constructor de modelos, pero los busca relevantes para cada situación, para cada *topos* –«lugar», en el sentido de espacio y tiempo–. No tiene un modelo fijo que trata de «encajar» sino que, al contrario, adapta el modelo a las circunstancias. Por eso fracasaría si no tuviera muy en cuenta los hechos:

«El especialista en la fabricación de modelos no será exitoso a no ser que esté constantemente corrigiendo sus juicios por un contacto íntimo y desordenado con los hechos a los que se aplica el modelo» (p. 300).

Por eso, no hay que confundir la crítica al trabajo de Tinbergen con una crítica a la estadística y la econometría *per se*. Su crítica es a un trabajo hecho sin criterios de discernimiento acerca de la utilidad de los datos (cfr. Bateman 1990, pp. 370-378). Estos elementos –teoría concretada en modelos, y hechos– son dos de los componentes de la pluralidad metodológica integrable que Keynes está proponiendo implícitamente para la economía. Aun-

que no tiene la misma prioridad «ontológica», la precisión y cuidado de los datos tiene para Keynes una importancia fundamental. La corrección de los datos es clave para una buena elección de los modelos. Los datos deben ser precisos, tratados adecuadamente y completos (cfr., p. ej., *CW*, XIV, pp. 286-287, 289, 294, 299, 302).

Con los datos a la vista y un conocimiento teórico previo, la imaginación intuitiva y el juicio práctico (*CW*, X, p. 335), la intuición práctica (*TG*, p. 239), conseguirán llegar a una solución más satisfactoria de los problemas reales. En esta tarea cobran una especial relevancia la experiencia y la historia, que permean los escritos económicos de Keynes. Recordemos los ingredientes que mencionaba en su ensayo biográfico sobre Marshall como requisitos para la «interpretación económica en su forma más elevada»: la amalgama de lógica e intuición, y el amplio conocimiento de los hechos, la mayor parte de los cuales no son precisos (*CW*, X, p. 186). Decía admirativamente de Malthus:

«Sostengo de Malthus una profunda intuición económica y una combinación inusual de la capacidad de mantener la mente abierta a la pintura cambiante de la experiencia y con la aplicación constante del pensamiento formal a su interpretación de los principios» (*CW*, X, p. 108).

Keynes prestó también una especial importancia a la retórica, tanto como medio para mejorar la expresión, divulgación y comprensión del mensaje (como, por ejemplo, dice a Harrod –*CW*, XIV, p. 300–), como para provocar la confianza necesaria para conseguir una medida económica exitosa. Recordemos su propuesta de poner una fábrica de quesos (un Banco Central) y luego convencer a la gente de las virtudes del queso (*TG*, p. 226).

Todo esto parece, como decía antes, muy parecido al modo habitual de trabajar de, por ejemplo, un consultor económico, es decir, un economista real, siempre que pensemos que la economía es una ciencia práctica. No supone ningún desprecio a la teoría; más aún, Keynes precisamente le da prioridad. Pero la teoría desgajada de los datos agota los modelos. Toda esta considera-

ción puede dar lugar a otras acerca de los estudios académicos de economía. Sin embargo, no es éste el objeto de este trabajo.

Por otra parte, me resulta especialmente «razonable». Keynes usa este término frecuentemente. Dice, por ejemplo, en vista de la facilidad para el error: «Nosotros, como hombres razonables, no podemos hacer nada mejor que fundar nuestra política en la evidencia y adaptarla a un plazo de cinco o diez años, a los cuales podemos suponer que alcanza nuestra previsión» (*EP*, p. 22). El hombre, frente a la depresión, está especialmente abrumado; sin embargo antes, no había experimentado una inquietud razonable (*EP*, p. 134; cfr. también 108, 111, 305). En la *Teoría General* habla de un cálculo razonable apuntalado por el «*animal spirit*» (p. 160), de la confianza que es razonable tener, de convenciones que hacen que una inversión sea razonablemente segura, etc. Todo este razonamiento arranca, obviamente, de sus posturas en el *Treatise on Probability*. Recordamos, por ejemplo, que decía que con su propuesta «[e]l método demostrativo puede dejarse a un lado y podemos intentar adelantar el razonamiento tomando en cuenta las circunstancias que parecen dar *alguna* razón para preferir una alternativa sobre la otra» (p. 240). Se trata de la razonabilidad propia del sentido común, al que también acude muchas veces (en el mismo *TP*, pp. 244, 247, 259, 261, 418-419), o de la lógica humana de la que habla en su ensayo sobre Ramsey. Concluimos con el ya citado pasaje de su ensayo sobre Marshall (*CW*, X, p. 173):

«El estudio de la economía parece no requerir ningunas dotes especializadas de un orden desacomodadamente superior. ¿No es, intelectualmente considerada, una materia verdaderamente fácil comparada con las ramas superiores de la filosofía y la ciencia pura? Sin embargo, los economistas, no ya buenos, sino sólo competentes, son auténticos mirlos blancos. ¿Una materia tan fácil, en la que tan pocos se destacan! Esta paradoja quizás pueda explicarse por el hecho de que el gran economista debe poseer una rara *combinación* de dotes. Tiene que llegar a mucho en diversas direcciones, y debe combinar facultades naturales que no siempre se encuentran reunidas en el mismo individuo. Debe ser en cierto grado matemático, historiador, estadista y filósofo. Debe comprender los símbolos

y hablar con palabras corrientes. Debe contemplar lo particular en términos de lo general y tocar lo abstracto y concreto en el mismo vuelo del pensamiento. Debe estudiar el presente a la luz del pasado y con vista al futuro. Ninguna parte de la naturaleza del hombre o de sus instituciones debe quedar por completo fuera de su consideración. Debe ser simultáneamente intencionado y desinteresado; tan fuera de la realidad y tan incorruptible como un artista, y sin embargo, en algunas ocasiones, tan cerca de la tierra como el político. Marshall poseyó muchas de las múltiples facetas de este ideal, pero no todas. Principalmente su educación heterogénea, así como su naturaleza múltiple, lograron reunir en él las prendas o dones más especiales y fundamentales de cuantas son necesarias al economista: fue eminente historiador y matemático, un hombre que trató al mismo tiempo de lo particular y lo general, de lo temporal y lo eterno» (Keynes 1924, pp. 321-322).

¡Quién tuviera un discípulo que fuera un maestro como Keynes!

4. *Medidas de política económica y antropología*

Obviamente, no podemos abarcar en la sección final de un capítulo final un tema tan gigante. Por una parte, entonces, aquí daremos por supuesto el conocimiento de las herramientas teóricas y de propuestas de política económica de Keynes. No daremos mayores explicaciones acerca de unas y otras cuando las mencionemos. Por otra parte, su mención será sumamente especializada. Hay algunas que parecen tener una muy íntima conexión con las ideas antropológicas, éticas y epistemológicas que hemos estudiado. Son éstas las que nombraremos. Sin embargo, como se verá, se estará abarcando la esencia de la propuesta del pensador inglés.

Keynes tenía clara conciencia de que su *Teoría General* era un libro de ruptura, de cambio, respecto a lo que él denomina «clásicos» (que son los neoclásicos contemporáneos suyos: menciona a Marshall, Edgeworth y Pigou —nota 1, p. 17—). En el mismo Prefacio habla de que es un libro «que marca nuevas rutas»

(p. 9), al que llega después de «a long struggle to escape» de las viejas ideas (p. viii/9). Es notable lo que dice en una carta a Bernard Shaw bastante citada:

«[P]ara comprender mi estado mental, usted tiene que saber que creo estar escribiendo un libro de teoría económica que en general revolucionará –supongo que no inmediatamente, sino en el curso de los próximos diez años– el modo de pensar del mundo acerca de los problemas económicos. Cuando mi nueva teoría haya sido debidamente asimilada y se haya mezclado con la política y los sentimientos y las pasiones, no sé cuál será el resultado definitivo por lo que hace a sus efectos sobre la acción y las cosas. Pero habrá un gran cambio (...). «no puedo pretender que usted u otra persona cualquiera lo crea en la etapa actual. Pero por lo que se refiere a mí mismo, no me limito a abrigar esperanzas acerca de lo que digo; en mi propia mente estoy totalmente seguro» (citado por Hession (1984) 1985, p. 292).

A mi juicio, el vuelco fundamental está en el capítulo XII, sobre las expectativas a largo plazo. Pues allí se plantea un modo de funcionamiento de la economía, basado en una antropología diversa de la neoclásica, que invalida sus métodos y alcances⁹. Respecto a esta antropología, me he explayado ampliamente en el capítulo correspondiente. Keynes prepara el terreno en el capítulo anterior sobre el rol central de la eficacia marginal del capital, cuyo análisis todavía puede enmarcarse en herramientas neoclásicas. Pero en el capítulo XII estas herramientas quedan fuera de juego, pues las variables que aparecen allí resultan «inasibles».

En el capítulo XI Keynes había postulado que la eficacia marginal del capital y la decisión de inversión consiguientemente dependían de los rendimientos esperados o posibles del capital: los «*prospective yields*» (pp. 140, 143-144). El capítulo XII analizará los factores que determinan el rendimiento esperado. Hay algunos

9. Las situaciones que plantea Keynes, señala Leontief, «desde el punto de vista del análisis ortodoxo son claramente lógicamente imposibles y teóricamente inmanejables»: citado por Togati 1998, p. 56.

ciertos, conocidos, y otros inciertos: el estado de las expectativas de largo plazo¹⁰. Debido a que no nos podemos mover por motivos «muy inciertos», damos cabida al pensamiento de que persistirá la situación actual, que nos brinda confianza. Los pronósticos más el *estado de confianza* (el equivalente al peso del argumento del *Treatise on Probability*, había aclarado) determinan las expectativas de largo plazo. El *estado de confianza*, dice Keynes, es clave para los hombres prácticos pero no ha sido analizado con detenimiento por los economistas; y resulta central, pues determina la eficacia marginal del capital (la demanda de inversión)¹¹. Y aquí viene el cambio de orden o nivel en el razonamiento:

«Sin embargo, no hay mucho que decir *a priori* sobre el *estado de la confianza*. Nuestras conclusiones deben depender, esencialmente, de la observación real de los mercados y de la psicología de los negocios. Por este motivo la digresión siguiente se encuentra en un plano de abstracción distinto al de la mayor parte de este libro. (...) El hecho más destacado es lo precario de las bases de conocimiento en que han de basarse nuestros cálculos de los rendimientos probables (...) es frecuentemente muy ligero y a menudo desdeñable (...) De hecho, quienes intentan en serio realizar semejante estimación se encuentran en tal minoría que su conducta no gobierna el mercado» (TG, p. 148).

Como se dice vulgarmente, Keynes «patea el tablero»: no hay modo racional de calcular el rendimiento esperado. En otros tiempos, dice, la inversión se explicaba por los hombres de temperamento sanguíneo, empresarios, que emprendían «los negocios como una forma de vivir, sin basarse en cálculos precisos

10. En el capítulo XVIII vuelve a hablar de que la eficacia marginal del capital depende no sólo de la cantidad de equipo existente sino también del estado de previsiones a largo plazo (TG, pp. 235-236).

11. El profesor Stephen Frowen me ha hecho conocer la interesante anotación marginal que hizo George Shackle en su volumen de la *Teoría General* (hoy en manos de Frowen) en esta página (149): «Keynes does not explain *what kind of effect* differences in the state of confidence have on the schedule of the MEC».

acerca de las ganancias probables» (*TG*, p. 149). Pero la separación de propiedad y dirección conduce a mirar los valores bursátiles. Estos, a su vez, se rigen en general por una convención (de que todo seguirá igual, salvo razón clara en contrario).

Sin embargo, esto no es nuevo en Keynes. Ya en 1910 había afirmado, en términos que parecen copiados en la *Teoría General*, que al inversor:

«le afectará, como es obvio, no la renta neta que vaya a recibir de su inversión a largo plazo, sino sus expectativas. A menudo éstas dependerán de la moda, de la propaganda o de olas enteramente irracionales de optimismo o depresión» (*CW*, XV, pp. 47-48).

Continúa hablando de lo que allí denomina «riesgo subjetivo» (que no puede calcularse) y del «riesgo objetivo», «suscitado por ejemplo, por un gobierno eficaz o inestable o por las incertidumbres atmosféricas» (citado por Skidelsky (1983) 1986, p. 209). En su artículo aclaratorio de la *Teoría General* («The General Theory of Employment»), también acude a la convención, pero no a propósito de los valores bursátiles sino como medio para salir de la indecisión en el contexto de una situación en la que no hay bases científicas para calcular la probabilidad –motivo pragmático que también está presente en la *Teoría General*–. Reconoce su debilidad, pero no queda otra solución que acudir «a lo que estrictamente podemos denominar juicio *convencional*» (*QJE/37*, p. 214). Esta situación corresponde al caso en que «no hay ningún tipo de probabilidad» del *Treatise on Probability* (p. 31; cfr. cap. IV de este trabajo). Es muy lógico que suceda esto frente a realidades orgánicas, en las que, como vimos, la inducción y los cálculos resultan inservibles.

En realidad, sigue Keynes, no hay base «filosófica» para sostener a la convención como criterio de decisión (*TG*, p. 151), pero sirve mientras confiemos en ella. Sin embargo, tiene una gran debilidad. La principal, además de su arbitrariedad, es que no alcanza para lograr el volumen suficiente de inversión requerido por el pleno empleo (*TG*, p. 152). A esta debilidad se le agregan la disminución del elemento de conocimiento directo

real, la influencia excesiva y absurda de las fluctuaciones diarias de las ganancias, las «oleadas de sentimientos optimistas o pesimistas» (*TG*, p. 153; cfr. también *QJE/37*, pp. 214-215) y la acción de los especuladores, que no conduce a un equilibrio real sino a burbujas hechas posibles por movimientos sólo «auto-referenciales»¹².

Pero, agrega en la siguiente sección, «[a]ún haciendo a un lado la inestabilidad debida a la especulación, está aquella que resulta de las características de la naturaleza humana» (*TG*, p. 159). Sintéticamente, se trata de unos hombres que se mueven por «*animal spirits*», tanto al alza como a la baja, pero que serán más sensibles a la baja que al alza: «la prosperidad económica depende excesivamente del ambiente político y social que agrada al hombre medio de negocios» (*TG*, p. 160)¹³. Vuelve sobre esto en el capítulo XXII, sobre el ciclo económico. Parece estar fuertemente impresionado por la «violenta», «catastrófica», disminución de la eficacia marginal del capital. La causa de la crisis es «un colapso repentino de la eficacia marginal del capital» (p. 303); «[L]o esencial de tal estado de cosas se encuentra (...) en la postración de la eficacia marginal del capital» (p. 304). Los especuladores agregan su cuota de exageración. También disminuye la propensión a consumir (en los *Ensayos de Persuasión* «arena» a recuperarla frecuentemente). Además, lógicamente, aumenta la preferencia por la liquidez y consiguientemente sube la tasa de interés. Pero esto sucede después; lo primero es el derrumbamiento de la eficacia marginal del capital (cfr. *TG*, p. 304). De hecho, una disminución de la tasa de interés no alcanza para la recuperación:

12. Castiga muy especialmente a los especuladores norteamericanos. Buena parte de la sección V y la sección VI entera de este capítulo están dedicadas a ellos. Vale la pena leerlo para comprobar lo bien que los conocía (como que era uno de ellos). También propone algunas medidas para mitigar sus efectos perversos.

13. ¿Por qué es esto así para Keynes? Debe estar muy influenciado por el momento que vivía, tanto por la depresión ya pasada, como por la decadencia de Inglaterra. Me lo hizo notar M. A. Martínez-Echevarría.

«(...) esto no suele ocurrir, y no es tan fácil resucitar la eficacia marginal del capital, estando, como está, determinada por la indrígible y desobediente psicología del mundo de los negocios. Es el retorno a la confianza, para hablar en lenguaje ordinario, el que resulta tan poco susceptible de control en una economía de capitalismo individual» (TG, p. 304).

Los hombres de negocio y los banqueros se dan cuenta de esto: no así los economistas que lo han subestimado cifrando su fe en un remedio monetario. La falta de reacción a la disminución de la tasa de interés es también algo razonable pero que escapa a la racionalidad económica convencional. Agrega:

«[E]n condiciones de *laissez-faire*, quizás sea imposible evitar las fluctuaciones amplias en la ocupación sin un cambio trascendental en la psicología de los mercados de inversión, cambio que no hay razón para esperar que ocurra. En conclusión, afirmo que el deber de ordenar el volumen actual de inversión no puede dejarse con garantías de seguridad en manos de los particulares» (TG, p. 307).

Ya sean las convenciones o las reacciones de los empresarios, ambas son deficientes para impulsar una inversión que conduzca a una ocupación plena. Aparecen entonces en el capítulo XII otros tipos de hombres que tienen la sabiduría necesaria para calcular la eficacia marginal social del capital e impulsar la inversión. En este marco, la política económica de Keynes es un corolario obvio. Al finalizar este capítulo dice sobre este segundo tipo humano:

«Por mi parte, soy ahora un poco escéptico respecto al éxito de una política puramente monetaria dirigida a influir sobre la tasa de interés. Espero ver al Estado, que está en situación de poder calcular la eficacia marginal de los bienes de capital a largo plazo sobre la base de la conveniencia social general, asumir una responsabilidad cada vez mayor en la organización directa de las inversiones, ya que probablemente las fluctuaciones en la estimación del mercado de la eficacia marginal de las diferentes clases de capital, calculadas en la forma descrita antes, serán demasiado grandes para contrarrestarlas con alguna modificación factible de la tasa de interés» (TG, p. 162. Cfr. también p. 335).

En cambio, más adelante afirma:

«[L]a estimación que hace el mercado de la eficacia marginal del capital puede sufrir fluctuaciones tan enormemente amplias que no quepa neutralizarlas lo bastante por fluctuaciones correspondientes de la tasa de interés» (*TG*, p. 307).

De todos modos, puesto que la tarea de transmutar la naturaleza humana no debe confundirse con la de manipularla, «las consecuencias de la teoría expuesta son moderadamente conservadoras en otros aspectos» (*TG*, p. 361).

«Yo las defiendo [el ensanchamiento de las funciones del gobierno], dice, (...) tanto porque son el único medio practicable de evitar la destrucción total de las fuerzas económicas existentes, como por ser condición del funcionamiento afortunado de la iniciativa individual» (p. 364).

Nos encontramos además con las soluciones de socialización de las inversiones a través de corporaciones semipúblicas, propuestas en las Notas finales (último capítulo de la *Teoría General*) y reseñadas en el capítulo anterior.

Las características antropológicas del capítulo XII destruyen el equilibrio automático neoclásico. Claro, ¿cómo va a haber equilibrio si una parte clave de la demanda, la inversión, depende de algo tan inestable como los «*prospective yields*» y tiene un sesgo deficitario? Por eso, se impone la necesidad de una intervención, que garantice un *plus* de inversión. «¿Puede hacerlo Lloyd George?» (1929) había incluido todo un programa de *plus* de inversión. Por ejemplo, dice:

«[C]arreteras, repoblación forestal, recuperación y drenaje de terrenos, electrificación, reforma de viviendas en los barrios pobres y planificación urbana, desarrollo de canales, muelles y puertos; éstas son las actividades que deben absorber grandes sumas de capital en la actualidad. Y en todo caso, la iniciativa radica necesariamente en una autoridad pública» (*EP*, p. 122).

Escribe en 1931 en *Listener*:

«El paciente no necesita reposo, sino ejercicio. No podéis dar trabajo a la gente conteniendo el gasto, dejando de cursar pedidos, permaneciendo inactivos. Por el contrario, la actividad de una u otra clase es el único medio posible para hacer que las ruedas del progreso económico y de la producción de riqueza giren de nuevo» (*EP*, p. 146)¹⁴.

Su descreencia en un ajuste automático le lleva también, entre varias medidas, a pronunciarse en contra de una política de salarios flexibles: frente al modo de funcionamiento de las variables relevantes, la disminución de salarios no sirve de nada y crea injusticias (*TG*, Cap. XIX, p. ej., 256-257). Sobre todo, le lleva a impulsar políticas que nos mantengan en un «cuasi-auge continuo» (*TG*, p. 309), pues hay que evitar las depresiones a toda costa: en el auge no hay que subir la tasa de interés, hay que dejarla baja. Sin embargo, no debemos olvidar todo lo que vimos en el capítulo anterior sobre su preferencia por las soluciones que dan mayor margen de libertad. Por eso, aparecen sugerencias tales como las corporaciones semipúblicas cuyo significado he reseñado extensamente.

En cualquier caso, lo que está gravitando es un modelo antropológico que necesita decidir frente a un futuro impredecible, pues todavía no ha llegado¹⁵. La solución no es arbitraria; es racional, pero con una racionalidad que no es perfecta. Keynes no es amigo de las opciones binarias: la falta de racionalidad completa (por falta de información completa, entre otros motivos) no impli-

14. En esta misma línea, cfr. también su ensayo «Los medios para la prosperidad», de 1933, en *Ensayos de Persuasión*, pp. 337-366.

15. Dice Skidelsky (1996) 1998, p. 15: «La idea fundamental de Keynes es que no conocemos y no podemos calcular lo que el futuro nos tiene reservado. En tales condiciones el dinero proporciona una seguridad psicológica frente a la incertidumbre. Cuando los ahorradores se vuelven pesimistas acerca de las perspectivas futuras pueden decidir atesorar sus ahorros y no invertirlos en empresas». Está bien en cuanto al origen del problema, pero es sólo una parte de sus consecuencias.

ca irracionalidad, sino razonabilidad. Lo señala muy bien, entre otros, Athol Fitzgibbons, por ejemplo en su *The Nature of Macroeconomics*. Hoy la razonabilidad lleva a un déficit de inversión; en otro momento, podría llevar a un superávit. Si queremos generalizar la teoría antropológica de Keynes, lo importante no es el signo de la tendencia, sino la tendencia misma que se separa del cálculo estrictamente racional. No tenemos todos los datos, y las alegrías y temores del hombre influyen sobre sus decisiones frente a un futuro incierto. Hay gente y pueblos «naturalmente» optimistas y otros «naturalmente» pesimistas. Pero las marcas del fracaso prolongado son profundas. Mientras, el influjo de un auge continuo se desvanece pronto: daría la impresión de que fuera menos natural. Parecería que es esto lo que nos está diciendo Keynes y, con esta lógica, sus recomendaciones de política económica resultan muy coherentes. No hay que olvidar algo que señala Skidelsky. A Keynes le afectó mucho la ineficiencia de la industria inglesa de su época. Dice Skidelsky: «Lo que más le impresionaba a Keynes acerca de los empresarios ingleses era su estupidez y pereza. Creía firmemente en la teoría de la tercera generación: el hombre de energía e imaginación crea la empresa, el hijo la aprovecha y el nieto la funde» (Skidelsky (1992) 1995, p. 259). Pensaba que el capitalismo inglés estaba dominado por la tercera generación:

«Creo que las semillas de la decadencia del capitalismo individualista han de buscarse en una institución que no es necesariamente característica de éste, pero que tomó del sistema feudal que lo precedió: el principio hereditario. Este principio aplicado a la transmisión de la riqueza y el control de los negocios es la razón de que los líderes de la causa capitalista sean débiles y estúpidos. Está demasiado dominada por gente de tercera generación. Nada hará que una institución decaiga con más seguridad que su ligazón al principio hereditario» (CW, IX, p. 299)¹⁶.

Por eso, deben entrar en escena unos personajes salvadores. Ahora bien, ¿dónde están esos hombres probos, de espíritu públi-

16. Creo que quienes saben de empresas familiares estarán muy de acuerdo.

co, sabios para calcular la eficiencia marginal social del capital, que saben administrar correctamente esas corporaciones semipúblicas, que saben percibir esa melodía tan sutil? Keynes creía en su existencia: están en Oxford y Cambridge (cfr. Skidelsky (1992) 1995, p. 228). Sin duda, se consideraría como uno de ellos. En efecto, en muchos aspectos probablemente lo fue. Quizás este sea su punto más débil o utópico. Pero a pesar de ello, lo considero sumamente realista. ¿No es la filosofía política clásica la más realista? Sin embargo, lo que plantea es un ideal que nunca se alcanzará perfectamente, pero por el que vale la pena luchar.

Quizás al economista, tal como anticipé en el Prólogo, este capítulo le puede saber a poco. Como dije allí este «amarretismo» en los juicios acerca de sus propuestas teóricas y de política económica es intencional. La aportación fundamental de Keynes está en lo que llamaríamos la meta-teoría económica –su visión– y en su epistemología y metodología, es decir a nivel de melodía. De todos modos, en las conclusiones, después de pasar revista a otros aspectos, trataré de extraer más conclusiones –siempre a ese meta-nivel– para los economistas.

Finalmente, no quisiera abandonar este capítulo sin una referencia a las relaciones intelectuales entre Marshall y Keynes. ¿Cuánto y en qué influyó el maestro en el discípulo? ¿Cuáles son sus diferencias? Lo expongo brevemente en el apéndice.

VIII CONCLUSIONES

*Más vale estar vagamente en lo cierto
que precisamente equivocado.*
Atribuido a Wilson Carr.

La vida y las circunstancias de Keynes nos pueden ofrecer muchas «pistas» acerca de su pensamiento. No hay ideas puras. El acervo recibido de nuestros padres, la formación intelectual, el «bando» en que aún sin quererlo, si somos coherentes, nos coloca la vida, nuestros compromisos, nuestros «amos» afectivos, laborales y sociales –y así siguiendo– afectan nuestras ideas, sin que esto suponga ningún menoscabo a nuestra honestidad. Un pensamiento rico como el Keynes –al margen de la opinión que a uno le merezca– es fruto de una vida rica. Sólo puede ser realista, tener una visión amplia del hombre, una fuerte impronta ética, una penetración profunda de la realidad social y económica y una propuesta metodológica plural, nada estructurada, quien ha sido académico, economista político, profundo conocedor de variadas personas, político sagaz, hábil especulador, administrador, promotor y amante del arte, divulgador de ideas y, sobre todo, filósofo.

Keynes, dije en el capítulo tercero, es realista. Es realista ontológico, es decir, piensa que hay una realidad independiente de nuestro pensamiento. Es realista lógico-semántico, es decir, piensa que hay criterios objetivos de verdad. Finalmente es realista epistémico: considera que se puede conocer esa realidad con mayor o menor verdad, de acuerdo a la materia en cuestión. Su teoría del conocimiento propone cuáles son las facultades humanas que permiten penetrar la realidad y su naturaleza, en la medida en que esta se deja conocer. Por eso, también es realista cuando afirma la incertidumbre acerca de muchas cuestiones, especialmente las humanas. Su arma más poderosa es la intuición intelectual, una captación directa. La misma probabilidad cuenta con la intuición. Pero no es el único instrumento. Sin rigor lógico y sin un conocimiento detallado de los datos, la intuición nos puede traicionar.

A la hora de considerar su metafísica, sin entrar en las discusiones escolásticas que suscita su interpretación, el papel de los todos orgánicos tendrá especial relevancia en su concepción de la ontología de lo económico. En el *Treatise on Probability* considera la posibilidad de que la naturaleza no sea atómica:

«Sin embargo, podrían existir leyes muy diferentes para todos de distintos grados de complejidad, y leyes de conexión entre los complejos que no pudieran ser formuladas en términos de leyes que conectan partes individuales. En este caso la ley natural sería orgánica y no, como se supone generalmente, atómica. Si todas las configuraciones del Universo estuvieran sujetas a leyes separadas e independientes, o si diferencias muy pequeñas entre los cuerpos –por ejemplo, de forma o tamaño– los condujeran a obedecer leyes muy diferentes, la predicción sería imposible y el método inductivo inútil» (p. 249).

La situación se agrava en el campo de lo humano. Dice en su escrito sobre Edgeworth:

«La hipótesis atómica que ha servido tan espléndidamente en la física se quiebra para la “Psíquica”. En cada paso nos enfrentamos a problemas de unidad orgánica, de carácter discreto, de discontinui-

dad –el todo no es igual a la suma de las partes, las comparaciones de cantidad fallan, pequeños cambios producen grandes efectos, los supuestos de un continuo homogéneo y uniforme no se cumplen. Luego, los resultados de la “Psíquica” matemática se convierten en derivados, no fundamentos, índices, no medidas, a lo mejor sólo primeras aproximaciones; nadie fue más consciente de esto que Edgeworth» (CW, X, p. 262).

En efecto, la concepción de Keynes acerca del hombre y de sus acciones y motivos no es simplista sino sumamente comprensiva. Keynes nos presenta un hombre de carne y hueso, con biología, pasiones, sentimientos, razones, amores y quereres sublimes. No dice que todo se dé en todos necesariamente. Keynes tiene una concepción estamental, jerárquica, en la que hay hombres virtuosos y hombres viciosos. Esta concepción antropológica tiene una influencia notable sobre su economía (se expuso en el capítulo anterior). A Keynes le interesa la economía real, no la sección que eligen los economistas en aras de la exactitud –a la que llaman reductivamente economía–. En la economía real no influye sólo la racionalidad económica estándar –una determinada lógica de la elección– sino muchas otras motivaciones humanas –además de otros numerosos factores–. Por eso, estas motivaciones, «atípicas» para un economista, rompen su molde.

La ética personal, dijimos, comienza siendo un intuicionismo subjetivista anti-victoriano y anti-utilitarista. Por eso, la inmoralidad de su ambiente es, paradójicamente, altamente moral. «Nuestro ideal era un Dios misericordioso», es el patético clamor que surge del fondo del alma humana cuando ha padecido una ética deformada. Tanto que le lleva a pasar años escribiendo el *Treatise on Probability* para refutar los aspectos de la ética de Moore que no habían quedado convenientemente purificados. Sin embargo, ¿quién podría asegurar la pureza de la intencionalidad de Keynes a la luz de muchos hechos de su vida y rasgos de su personalidad? En cuanto a la ética social, Keynes a veces parece un utópico, un idealista: un nuevo clásico o un romántico. Sueña con una nueva sociedad donde las virtudes vuelvan a reinar, donde la codicia sea codicia y las virtudes verdaderas sean las de siempre,

donde los fines estén sobre los medios y sobre lo útil. En este campo se percibe el flujo y reflujo de lo económico que va ayudando a perfilar sus opiniones.

Finalmente, pasamos a lo económico. La concepción antropológica y ontológica social de Keynes determinan el papel clave de la incertidumbre en esta materia. He formulado de este modo la gran cuestión que se plantea Keynes: ¿Cómo podemos manejarlo con razonabilidad en un contexto de incertidumbre? La respuesta no sigue sólo los caminos de las teorías de expectativas adaptativas, racionales, cálculos probabilísticos, estimaciones de riesgo y demás instrumentos técnicos. La naturaleza de lo social –y específicamente de lo económico– supera estos métodos. Se ha señalado en el capítulo previo el carácter heterogéneo, complejo, del material económico, resistente a las mediciones y comparaciones cuantitativas, pero sin invalidar la posibilidad de emitir juicios acerca de su causalidad real. «La economía de Keynes», dice Parsons (1997, p. 174), «es un modo de pensar acerca de los problemas y sus remedios en un mundo incierto».

Keynes afirma que la economía es una ciencia moral en el siguiente contexto: «[C]ontra Robbins, la economía es esencialmente una ciencia moral y no una ciencia natural. Es decir, emplea la introspección y los juicios de valor» (CW, XIV, p. 297). Para Marshall, también la economía se ocupaba de «deseos, aspiraciones y afectos» correspondientes a un campo de lo humano, el del bienestar o la riqueza, «la parte comercial de la vida» (Marshall (1890) 1948, p. 14). En cambio, para Robbins es la ciencia de la elección, un aspecto o punto de vista de análisis. El problema es que Robbins mismo y la tradición neoclásica vaciaron de «humanidad» esta elección limitándola a un problema de acomodación técnica de medios a fines, ambos dados: en este contexto, una inteligencia artificial podría hacerlo mejor que una real. La definición de economía de Robbins, así interpretada, fue la más aceptada¹. Por eso hoy día Becker y su escuela configuran

1. Es la que aparece en cualquier manual básico de economía y está tan difundida que si uno le pregunta a cualquier economista qué es la economía res-

objetos teóricos diversos de los que pretenden explicar en sus investigaciones sobre la familia, el crimen, la educación, el derecho, etc. Al mismo tiempo, abundan los análisis parciales de realidades económicas en manos de toda la corriente principal. Sin duda, errar en la definición o en su interpretación es algo dramático, pues genera un sinfín de errores y una lamentable pérdida de tiempo y esfuerzos por parte de gente inteligente. Como decía Aristóteles hace 2400 años, «Los que quieren investigar con éxito han de comenzar por plantear bien las dificultades, pues el éxito posterior consiste en la solución de las dudas anteriores, y no es posible desatar si se desconoce el nudo» (*Metafísica*, B 1 995a 27-29). La economía académica no se pregunta qué hace (pregunta filosófica), sino que simplemente lo hace: es decir, no es fácil que se corrija, pues los planteamientos de fondo suelen sonar a entelequia y pérdida de tiempo. Así, llegamos al problema de la misma definición de la economía, que debería ser el primero, pero que Keynes mismo no encaró.

No sólo llegamos a la cuestión de la definición de la economía, sino también a la de la división y relaciones entre la micro y la macroeconomía. Keynes no habló de micro ni macroeconomía. El capítulo XII de la *Teoría General* es, de hecho, una propuesta microeconómica no neoclásica. Sin duda, ésta tiene relación con los elementos que hoy llamaríamos macroeconómicos, presentes en Keynes. Pero esta relación no es simple ni uni-direccional. Recordemos las citas consignadas apenas unos párrafos antes acerca de los todos orgánicos: «el todo no es igual a la suma de las partes»; «si diferencias muy pequeñas entre los cuerpos (...) los condujeran a obedecer leyes muy diferentes, la predicción sería imposible y el método inductivo inútil». Mientras tanto, si la definición de economía es la de Robbins, interpretada como él mismo lo hizo, la economía es por definición microeconomía neoclásica y la

ponderará invariablemente: «La economía es la ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre fines y medios limitados que tienen diversa aplicación» (Robbins (1935) 1951, p. 39). Rafael Rubio de Urquía me ha aportado comentarios sobre estos temas centrales del libro que me han conducido a varias reflexiones y rectificaciones.

macro surge de la anterior por agregación o generalización. Sucedió algo extraño. Vino Keynes y revolucionó la economía mediante su visión del hombre real, movido por motivaciones complejas y con una también compleja relación con lo social. Pero los economistas trataron de explicar las ideas de Keynes con el punto de vista de Robbins: esto es un *oxymoron* y supone un empobrecimiento de la antropología de Keynes.

Una consecuencia de lo anterior será más familiar a los economistas académicos: trataron de buscar microfundamentos a la macroeconomía. Aunque algunos desistieron de hacerlo, reconociendo la complejidad del problema (Weintraub), otros siguen este camino². Como bien dice Keynes en su referencia a Robbins, y argumenta extensamente Kevin Hoover, el origen de esta tentativa está en la imitación de las ciencias naturales (cfr. Hoover 2001, *passim*). Pero aún las mismas ciencias naturales, entre tanto, han cambiado de visión. Surge el concepto de «superviniencia», en la explicación de las relaciones entre fenómenos psíquicos y neurológicos, precisamente para garantizar una cierta autonomía del nivel macro –el psíquico, en este caso–. Además del argumento práctico –nadie podría juntar todos los datos que serían necesarios para explicar la realidad económica–, la tentativa no tiene asidero teórico en el contexto de la ley natural orgánica de Keynes.

Para Keynes, la ontología de lo social no puede ser individualista, al modo neoclásico. Los planes de los individuos se basan en expectativas acerca del futuro, y ellos –los agentes económicos reales– no pueden conocer y prever todo. El agente forma sus expectativas según convenciones, creencias, datos agregados, que son colectivos. La gente decide de acuerdo a lo percibido, no a lo real. Esto no significa que lo percibido y lo real no tengan

2. En el prefacio a su libro sobre la causalidad en economía, el mismo Hicks dice que lo que le motivó a escribirlo fue el fracaso de unas Jornadas sobre microfundamentos de la macroeconomía a las que asistió: se dio por supuesto, explica, que la micro era el cimiento sólido sobre el que habría que construir la macro, y esto –agrega– era lo más discutible: (1979) 1981, p. 14.

contacto; pero el acceso a lo real es a través de la percepción: nadie tiene supercomputadoras para «tirar» miles de regresiones entre infinidad de datos que no posee. La gente lee el *Business Week*, el *Financial Times*, acude a los consultores y a los amigos economistas que les hablan de las proyecciones macroeconómicas y decide en base a éstas.

Keynes habla en alguna parte de moda, propaganda y olas puramente irracionales de optimismo o depresión (CW, XV, p. 46). De ese modo los individuos reciben muchos datos, pero no cuentan con otros. Además, hay interferencias de todo tipo: intereses creados, lobbistas, los gustos que cambian, acontecimientos inesperados, etc. Por otra parte, las condiciones para una agregación correcta no se cumplen habitualmente: las causas van desde las reconocidas por la corriente principal, hasta las que surgen de la heterogeneidad del material económico (cfr. Hoover 2001, p. 79). Todo esto está en Keynes. No hay decisiones individuales puras. Hay convenciones, creencias a las que adhieren o miran los individuos, que les llevan a tomar decisiones. Estos «agregados psicológicos», que surgen como consecuencias no buscadas de infinidad de individuos son como macrofundamentos de la micro y de la misma macro. Son estos agregados psicológicos, antes que los principios de racionalidad, los que mueven a actuar a la gente (cfr. Togati 1998, pp. 303-305). Los individuos no son átomos económicos, sino individuos reales (cfr. Togati 1998, pp. 22-23, 42). Tienen racionalidad económica, pero ésta es sólo una parte de sus motivos, y se basa en creencias. No es que lo social no pueda explicarse en absoluto a partir de conductas individuales. Pero estas conductas, a su vez, no pueden explicarse sin referencia a lo social. Esta visión abarcativa es la que lleva a Keynes a afirmar al comienzo del prefacio a la edición francesa de la *Teoría General* que su teoría es precisamente eso, general (CW, VII, p. xxxii).

Las motivaciones de los agentes de Keynes superan el principio de racionalidad económico. Lo señala con acierto Mark Blaug (1992, p. 230). El concepto de racionalidad se transforma en Keynes en uno más amplio de razonabilidad. Para Keynes, la racionalidad estricta es profundamente irracional. Vercelli llama

«racionalidad creativa» a esta razonabilidad (cfr. Vercelli 1991, pp. 96, 233, 239).

Además, la racionalidad económica a nivel individual no garantiza la racionalidad a nivel macro. A la luz de todo lo visto en los capítulos anteriores, creo que no cabe duda de que esta es una de las ideas más claras de Keynes. Las acciones individuales racionales tienen consecuencias no buscadas, pero estas últimas sólo coinciden casualmente con la racionalidad colectiva. Como bien me decía Uskali Mäki hace un tiempo, esas consecuencias no buscadas pueden ser buenas o malas. Vercelli llega a concluir:

«Entonces, la macroeconomía debería concebirse del modo que lo hizo Keynes, como una disciplina autónoma basada en argumentos no necesariamente demostrativos, que busca encontrar soluciones razonables a los problemas reales» (Vercelli 1991, p. 242).

Es así, pero no porque los comportamientos individuales sean completamente irreductibles a los sociales, sino porque la conversión no es simple; no se obtiene aplicando un coeficiente o una función o agregando datos. Esta interacción continua entre el individuo y la corriente social no es expresable «racionalmente» sino «razonablemente».

El economista trata de brindar argumentos para persuadir a una audiencia. Trata de crear confianza. Keynes no se cansa de decirlo. La acción del Estado, más que construir carreteras, pozos, pirámides o lo que fuera, por sí mismos, tiene como fin generar esa confianza perdida, clave para la recuperación de la economía, muchas veces a través de esos medios. Recientemente me lo señalaba Eugenia Perona en un comentario a una ponencia:

«En cuanto al rol de Estado y la política, una de las confusiones a las que dio lugar la síntesis neoclásica es la de interpretar (erróneamente) a la política económica propuesta por Keynes como una herramienta de “control” en manos del gobierno, que le permite automáticamente influir sobre los niveles de producción y empleo. El mecanismo que Keynes tiene en mente es, en realidad, mucho más profundo. La intervención del Estado tiene por objeto transformar las estructuras psico-sociales subyacentes, lo que queda claro cuan-

do Ricardo [Crespo] expresa que para Keynes “la tarea de transmutar la naturaleza humana no debe confundirse con la de manipularla”» (comentario a «La epistemología de las ciencias y de la economía según John Maynard Keynes», XXXIX reunión de la Asociación Argentina de Economía Política, Buenos Aires, noviembre de 2004).

«Corrientes desconocidas», «susurros subterráneos», «estados de ánimo tácitos», la opinión pública sobre la que Keynes trató de influir mediante su incansable labor periodística, son los que influyen en los agentes económicos. No he citado aún la conocidísima frase final de la *Teoría General*, que ahora también viene muy a cuento:

«[L]as ideas de los economistas y los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. En realidad el mundo está gobernado por poco más que esto. Los hombres prácticos, que se creen exentos por completo de cualquier influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún economista difunto» (*TG*, p. 367).

Y sigue. Son las ideas, que se van impregnando, empapando todos los ámbitos de lo práctico, las que influyen sobre la opinión pública y, a través de ésta, sobre los individuos y sus decisiones económicas. Es una idea típica de un buen filósofo.

Ahora bien, lo anterior no significa que en Keynes no haya microeconomía. De hecho, como ya lo aclaramos, el capítulo XII de la *Teoría General* –lo revolucionario de él– es microeconomía. Además hace muchos análisis microeconómicos: de las conductas del consumidor, del productor, del inversionista, del especulador. Pero no es la microeconomía neoclásica estándar sino una explicación sistémica del comportamiento del individuo que tiene mucha relación con los agregados psicológicos macroeconómicos (cfr. Togati 1998, pp. 38, 42 y 49). Es decir, vamos y volvemos de la macro a la micro, sin que haya una fórmula de conversión sino una captación intuitiva a partir de datos ciertos y de muchos datos de psicología social. Antes que micro hay macro, a pesar de que la macro esté compuesta de acciones micro:

pero lo está de un modo inanalizable, irreductible. En la senda de Keynes, para autores como Togati, una micro sin macro es una micro teórica y falsa (cfr. Togati 1998, p. 77). Para Vercelli estos agregados macro son como elementos originales no reconstruibles desde la micro. El análisis del comportamiento individual debe encararse desde una perspectiva sistémica o de macrofundamentos, comenzando por prestar atención a los elementos que lo afectan pero que están fuera de su control.

El elemento fuera de control por antonomasia es la incertidumbre. La inexistencia de mercados de futuro para cualquier bien posible, más la presencia del dinero permiten que la incertidumbre deprima la demanda efectiva. La incertidumbre se supera acudiendo a las convenciones, que dan origen a expectativas temerosas y a una consiguiente demanda efectiva excesivamente conservadora. Es decir, la superación de la incertidumbre mediante las expectativas generadas por las convenciones resulta defectuosa. De todos modos, esta situación es razonable, por lo que no se generan fuerzas para su cambio. Mientras, no quedan ni tiempo ni bases racionales para cálculos de utilidad.

Keynes cuenta que Planck le dijo alguna vez que en su juventud había pensado en dedicarse a la economía; pero desistió de hacerlo, pues la encontraba muy dificultosa. El profesor Planck, afirma Keynes, habría dominado el *corpus* matemático económico en pocos días. Pero las mentes ordenadas, precisas y analíticas pueden no ser las mejores para la economía. Keynes dice, a propósito de esta anécdota, que la economía «es insuperablemente difícil para aquellos cuyo don consiste en el poder de imaginar y seguir hasta los puntos más lejanos las implicaciones y condiciones previas de hechos comparativamente simples que son conocidos con un nivel de precisión alto» (CW X, p. 186). En cambio, ¿cuáles son las cualidades que se precisan para la economía?: una amalgama de lógica, intuición y conocimiento amplio de hechos no precisos (*ibíd.*). Hacen falta personas creativas que sepan intuir las relaciones causales ocultas tras los datos. Pero además, deben ser cuidadosas en su observación y elaboración. Deben completar este cuadro con la familiaridad casi connatural con los fenómenos psico-sociales. Finalmente, también han de ser rigu-

rosas para el trabajo formal: «auténticos mirlos blancos». De este modo podrán progresar en la elección de los modelos y tendrán la flexibilidad necesaria para desecharlos cuando ya no sirvan. Podrán analizar los problemas a varios niveles. No podemos quedarnos, por poner un ejemplo, con la identidad de la ecuación de la teoría cuantitativa del dinero. Detrás de la demanda y de la oferta de dinero hay un sinnúmero de factores y los más relevantes serán los macro³. Este panorama completo quizás pierda en exactitud: pero es una exactitud engañosa. Porque si ganamos en exactitud, perdemos de vista «las complejidades e interdependencias del mundo real en un laberinto de símbolos pretenciosos e inútiles» (TG, p. 286).

Pienso que mucho de lo dicho aquí está bien expresado por el mismo Keynes en el siguiente extenso pasaje (de un proyectado Prefacio a la *Teoría General* que data de 1934 y que explica muy bien el carácter de este libro):

«Cuando escribimos sobre teoría económica, lo hacemos en un estilo cuasi-formal; no hay dudas, a pesar de sus desventajas, de que este es el mejor modo de comunicar nuestras ideas a otro. Pero cuando un economista escribe en un estilo cuasi-formal, no está componiendo un documento verbalmente completo y exacto sus-

3. Javier Finkman me ha hecho una observación en el comentario a una ponencia: no ve que haya una conexión necesaria entre epistemología, teoría y política económica. O al menos, no ve que yo muestre el mecanismo de esa conexión. La epistemología está al nivel de la «visión» y, en efecto, no implica necesariamente una teoría determinada, sino que la teoría depende del objeto analizado: se ubica, por decirlo de algún modo, en un nivel inmediatamente inferior. Ahora bien, un pensador coherente tenderá a proponer teorías que respondan a su epistemología. No puedo decir que los actos humanos son libres y luego teorizarlos casi como fuerzas físicas (como quizás le pasa a Marshall). A su vez, la política económica está en un nivel posterior y entre ambas —teoría y política— están los modelos. Las mismas propuestas de política económica pueden responder a diversos modelos y teorías, y resultar eficientes (es la inversa de lo que en epistemología se conoce bajo el nombre de «sub-determinación»). Pero también, si el economista es coherente, tratará de proponer las políticas que se deducen de su modelo. La racionalidad es un concepto teórico pero también normativo.

ceptible de una interpretación legal estricta o de una prueba lógica completa. Mientras que su obligación es que sus premisas y uso de términos sean lo más claro que pueda, nunca presenta todas las premisas, y sus definiciones no están perfectamente determinadas. Nunca menciona todas las cualificaciones requeridas por sus conclusiones. No tiene modo de establecer, de una vez por todas, el nivel preciso de abstracción en el que se mueve, y no se mueve en el mismo en todo momento. Pienso que pertenece a la naturaleza esencial de la exposición económica, que no sea completa, lo que, aún si fuera posible, sería tan prolijo y complicado que resultaría oscuro (...) Esto significa, por una parte, que el escritor económico necesita mucho de buena voluntad, inteligencia y cooperación por parte del lector; y, por otra parte, que hay miles de objeciones que podría interponer un objetor, que, aunque verbalmente correctas, resultan fútiles. En economía no podemos *condenar* al oponente por su error; sólo podemos *convencerlo*. Y, aún cuando usted tenga razón, no podrá convencerlo si hay un defecto en sus poderes de persuasión y exposición o si la cabeza del opositor está aún tan llena de nociones contrarias, que no puede captar las claves del pensamiento que está tratando de transmitirle» (CW, XIII, p. 469).

Se podrá decir: «pero esto no es serio, no es ciencia». No es así. En ciencia, el rigor no equivale a exactitud. Al contrario, en estas materias la exactitud revela poca seriedad. Vuelvo a citar a Aristóteles: «es propio del hombre instruido buscar la exactitud en cada género de conocimientos en la medida en que la admite la naturaleza del asunto; evidentemente, tan absurdo sería aprobar a un matemático que empleara la persuasión como reclamar demostraciones a un retórico» (*Metafísica*, I, 3, 194b 11-27). El prejuicio de la exactitud es parte de lo que Machlup llamó el complejo de inferioridad de las ciencias sociales. «Más vale estar vagamente en lo cierto que precisamente equivocado»⁴.

Espero que al final de este recorrido por la filosofía de Keynes, el lector piense que valió la pena para entender mejor *su* economía y *la* economía en general. Opino, como O'Donnell, que «para entender completamente la economía de Keynes primero

4. G. Shove 1942, p. 323, atribuye ese «motto» tan citado a Wilson Carr.

hay que dar un paso atrás y encarar su filosofía. Porque es su filosofía la que no sólo une las regiones diferentes de su pensamiento sino que además ilumina conceptos particulares de esas regiones, incluyendo la economía» (O'Donnell 1996, p. 213). Me gustaría que el lector opinara igual y que, además, se haya convencido de la necesidad de una visión más amplia de la economía: que haya descubierto la melodía. Keynes nos mostró, en palabras de Shackle, «lo que puede hacerse con la economía en manos de un hombre que combinó en algún grado las visiones, las aptitudes y las inspiradas audacias del matemático, del historiador y de casi el poeta»⁵.

5. G. L. S. Shackle 1974, p. 83. En otra parte Shackle (1973, p. 519) dice algo muy a propósito con el tema de estas conclusiones: «Soy consciente de que mi visión de la obra de Keynes, especialmente del *Treatise* y de la *Teoría General*, no me ganará la aprobación de los keynesianos, del Dr. Leijonhufvud mismo o de quien lo reseña en este mismo *Journal*, el Dr. Herschel Grossman. Todos ellos están interesados en un modelo de sociedad, un mundo económico, donde el conocimiento de las circunstancias es (milagrosamente, imposible-mente, inexplicadamente) *suficiente*. Keynes en muchas partes explotó su maestría superlativa en el uso del lenguaje para rechazar un modelo tal, un mundo inventado como ese, por ser totalmente ajeno a nuestra predicación real. No somos omniscientes, maestros seguros de circunstancias conocidas a través de la razón, sino prisioneros del tiempo».

APÉNDICE

MARSHALL Y KEYNES

He hecho varias referencias a las relaciones entre el maestro y el discípulo a lo largo del libro. Se puede agregar, entre sus similitudes, que ambos estudiaron matemáticas, filosofía e historia antes de ocuparse de la economía. Marshall trató mucho al padre de Keynes, John Neville. Ambos se leían y comentaban lo que escribían. Marshall hizo muchas observaciones, por ejemplo, al *Scope and Method of Political Economy*, que Keynes padre publicó en 1891. A su vez, agradece al doctor Keynes (Neville) por su ayuda y por la revisión de las pruebas de la primera edición de los *Principios de Economía* en el Prólogo a la octava edición (1920, p. xxix)¹. Por eso, Maynard —así lo llamaban sus íntimos— lo conocía desde su infancia. Estudió economía con él, se benefició de su intercesión para acceder a su posición académica, mantuvo una profusa correspondencia (manifestación de un trato asiduo), se encargó de su homenaje por los 80 años y fue quien escribió el «Memoir» y la hermosa página introductoria al homenaje que se le tributó en el *Economic Journal* (1942, 52/208, p. 289) con ocasión del centenario de su nacimiento, y podríamos seguir. En este breve apéndice me propongo señalar algunos temas en que Marshall pudo haber influido en Keynes hijo. Pienso que son fundamentalmente dos: primero, la noción de economía

1. Agrego la referencia en el texto según la edición consignada en la bibliografía.

y su material –y la relevancia del tiempo en este material–, y, segundo, el método de la economía. Usaré profusamente las citas de los *Principios*.

Keynes concibe a la economía como una ciencia moral en el sentido de Marshall: «estudia los estados mentales por sus manifestaciones» (p. 15), los «móviles que afectan de un modo más intenso y constante a la conducta de un hombre en la parte comercial de su vida» (p. 14). Para Marshall la economía no era una ciencia exacta, porque aunque trata acerca de los «deseos, aspiraciones y afectos de la naturaleza humana» cuyas consecuencias pueden ser medidas con bastante exactitud (p. 14), éstos son por naturaleza variables y sutiles (p. 14): «[l]a medida así obtenida no es, en verdad, perfectamente exacta (...)» (p. 23; cfr. también p. 28). «[N]o se producen dos acontecimientos económicos que sean semejantes en todos los aspectos» (p. 643). «Aunque el análisis económico y el razonamiento general son de una aplicación muy amplia, cada época y país tienen sus propios problemas y cada cambio en las condiciones sociales requiere un nuevo desarrollo de las doctrinas económicas (p. 32). «Las fuerzas que la Economía ha de tener en cuenta son más numerosas, menos definidas, poco conocidas y más diversas en su naturaleza que las de la mecánica, y el material sobre el cual actúan es más inseguro y menos homogéneo» (p. 641). El análisis es imperfecto y susceptible de error (cfr. p. 642). Por eso –y en esto Keynes no lo sigue– la analogía preferida por él es la biológica (xxvi y *passim*).

Por otra parte, analiza «los móviles que afectan al individuo, considerado no como un átomo aislado, sino como un miembro de algún grupo especial (...)», «como miembros de un organismo social». «Así como una catedral es algo más que las piedras que la forman, y que una persona es algo más que una serie de pensamientos y de sensaciones, análogamente la vida de una sociedad es algo más que la suma de las vidas de sus miembros individuales» (p. 22). Los hechos económicos son «complejos» (p. 631). Cita a Mill (*On Comte*) cuando afirma: «No es probable que sea un buen economista quien no es nada más que eso. Los fenómenos sociales, con sus mutuas influencias, no pueden ser bien comprendidos cuando se toman por separado: pero esto no prue-

ba en modo alguno que los fenómenos industriales y materiales de la sociedad no sean ellos mismos susceptibles de útiles generalizaciones, sino solamente que dichas generalizaciones deben ser necesariamente relativas a una forma dada de civilización y a una determinada etapa del avance social» (p. 641). Es decir, en Marshall hay un germen de la visión de Keynes acerca del material social y económico y, consiguientemente, de su ciencia.

En cuanto al elemento del tiempo, Marshall considera que «es fuente de muchas de las mayores dificultades en economía (...) siempre están apareciendo causas perturbadoras cuyos efectos vienen a mezclarse con los de aquella causa particular que deseamos aislar. Esta dificultad se ve agravada por el hecho de que en economía todos los efectos de una causa rara vez se producen inmediatamente, presentándose a menudo mucho después de que la causa ha dejado de existir (p. 96; cfr. también xxvii-xxviii)». Cambian la población, la riqueza, la moda, los gustos, las costumbres, usos, descubrimientos: «En todos estos casos, existe la gran dificultad de tener en cuenta el tiempo transcurrido entre la causa económica y su efecto (...)» (p. 97). Es decir, claramente, en Marshall, hay una visión dinámica del proceso económico. Sin embargo, ésta es lineal: «el elemento tiempo, que constituye el punto central de la máxima dificultad de todo problema económico es, en sí mismo, absolutamente continuo» (p. xxi). Con su método lo disecciona en períodos y supone que las expectativas son fijas. En cambio, para Keynes, quien también adopta una visión dinámica, éstas son variables. Para Keynes el tiempo está presente en el momento, no es una dimensión externa, sino estructural². En el análisis de hoy está presente todo el pasado y el futuro. El tiempo no es lineal y todo el pasado y futuro presente en el siguiente análisis no es comparable con el anterior, es heterogéneo, puesto que las expectativas –y todo lo que éstas suponen de creencias y convenciones– pueden ser diversas³.

2. Cfr., sobre este difícil tema, Shackle (1972) 1992, capítulos 28 y 37, Miguel Alfonso Martínez-Echevarría 2001, pp. 32-38 y Togati 1998, pp. 59, 60.

3. En este sentido parece razonable la anotación al pie que hace Shackle en su edición de la *Teoría General*. Keynes al final del parágrafo IV del capítulo

Para Marshall la economía sigue la práctica del razonamiento ordinario, de la vida normal: «la economía considera al hombre tal como es en la vida ordinaria» (pp. 19, 23), «no como un ente económico abstracto» (p. 23). Se ocupa de acciones deliberadas o de hábitos y costumbres que surgen de decisiones previas (p. 19). Los motivos económicos son tanto egoístas como altruistas. Parece una inspiración la antropología del agente económico de Keynes.

Siguiendo con el método, también Keynes parece tomar muchas ideas⁴. En primer lugar se ponen las cláusulas *ceteris paribus* y luego se van liberando (p. xxvii). Se aplica la imaginación para descubrir la causalidad oculta en las observaciones (p. 27). Estas observaciones se van almacenando imperceptiblemente. Pero el ingenio natural, el buen sentido y la gran experiencia de la vida no bastan. Hace falta el poderoso mecanismo de las ideas y conocimientos. «Los hechos por sí mismos son mudos, la observación no descubre nada directo acerca de las acciones de las causas, más que la secuencia temporal... La experiencia de las controversias... nos enseña la imposibilidad de aprender algo de los hechos hasta que no son examinados e interpretados por la razón»⁵. «La ciencia económica no es más que la aplicación del sentido común asistido por el análisis y el razonamiento general, bien dirigidos, que facilitan la tarea de recoger, combinar y sacar deducciones de los hechos particulares» (p. 33). «El economista necesita poseer las tres grandes facultades intelectuales siguientes: percepción, imaginación y raciocinio, y, más que nada, la segunda, para que le ponga sobre la pista de aquellas causas de los acontecimientos visibles que

lo XII dice que si hay mercados de inversión y suponemos que la convención sigue en pie, la inversión se vuelve razonablemente segura en períodos cortos. Shackle señala: «All this is a fallacy. At each supposedly small change he does nothing, and in the end loses everything» (según comunicación de Stephen Frowen de fecha 11-X-04).

4. Sobre este tema, cfr. Klant 1985, pp. 81-83.

5. En «The Present Position of Economics» (su lección inaugural en Cambridge), 1885, citado por Moggridge 1997, p. 350.

son remotas o se hallan bajo la superficie, y de aquellos efectos resultantes de las causas visibles de carácter remoto o escasamente ostensible» (p. 37). «Debe tratar de seleccionar las verdaderas causas de cada acontecimiento y asignar a cada una de ellas su propia importancia, y, sobre todo, averiguar las causas remotas del cambio»: recordemos las *verae causae* de las que habla Keynes (p. 645). «[S]e necesita», agrega, «un esfuerzo mucho mayor, una visión más amplia y un ejercicio más poderoso de la imaginación, para averiguar, por ejemplo, los verdaderos resultados de muchos sistemas plausibles para aumentar la estabilidad de la ocupación» (p. 38): parecería como si Keynes hubiera tomado al pie de la letra esta indicación de su maestro como programa para la *Teoría General*.

Sigue con su insistencia en la imaginación y agrega la crítica, la precaución y la simpatía para ponerse en el lugar de las personas (p. 39). «Sus razonamientos han de ser expresados en un lenguaje inteligible para el público en general y deben, por tanto, tratar de adaptarse a los términos familiares de la vida cotidiana y usarlos, en la medida de lo posible, tal como se emplean comúnmente» (p. 45). Keynes, por su parte decía: «al escribir sobre economía, uno no está escribiendo una prueba matemática o un documento legal. Uno trata de hacer surgir y apelar a las intuiciones del lector; y si éste ha llegado a un estado en que no tiene ninguna, está perdido» (CW, XXIX, p. 151).

Finalmente es bien conocida la posición de Marshall respecto a la matemática: es un lenguaje útil del que no se debe abusar (Apéndice D); en los mismos *Principios* reúne los razonamientos matemáticos en un Apéndice (pp. 698-719). En la carta a Arthur Bowley del 26 de febrero de 1906 dice: «Sé que he experimentado en los últimos años de trabajo un sentimiento creciente acerca de que es muy poco probable que un buen teorema matemático acerca de hipótesis económicas sea buena economía: y he avanzado más y más siguiendo las siguientes reglas: 1) usar la matemática como lenguaje abreviado, más que como instrumento de investigación, 2) emplearla hasta que se logren resultados, 3) traducir esos resultados al inglés, 4) luego ilustrar esos resultados con ejemplos relevantes de la vida real, 5) quemar la matemática,

6) si tiene éxito en 4, quemar 3. He hecho esto último frecuentemente»⁶.

Aunque la prioridad la tiene la teoría, los datos deben ser precisos, importa la historia, y las operaciones mentales que intervienen son de lo más variadas: como bien dice Moggridge, es un ecléctico⁷. Pero para él la prioridad la tiene la teoría. Es decir, claramente hay muchos elementos de la metodología de Keynes que provienen de Marshall.

La ética está en ambos como comienzos del interés en la economía. Decía Keynes: «Marshall siempre solía insistir en que llegó a la economía política a través de la ética y, en esto, como en otros aspectos, me declaro discípulo suyo»⁸. También Keynes se pudo haber inspirado en sus ideales y en el modo de alcanzarlos. Dice Marshall: «Es cierto que la naturaleza humana puede ser modificada: nuevos ideales, nuevas oportunidades y nuevos métodos de acción pueden, como enseña la Historia, alterar considerablemente el curso de nuestra vida en unas cuantas generaciones (...) Pero, de todos modos, es un crecimiento, y, por consiguiente, ha de ser gradual (...) De ese modo podemos llegar gradualmente a un orden de vida social en el cual el bien común esté por enci-

6. En Whitaker 1996, p. 130. También está recogido en la Introducción de Manuel de Torres a la edición de los *Principios* usada aquí, p. xv.

7. 1991, p. 365. En carta a Herbert Foxwell acerca de sus desentendimientos sobre la bibliografía del curso, le agrega: «Me he referido dos o tres veces a esta diferencia al discutir el programa y la he considerado como una ventaja. Pienso que es muy importante que exista una diversidad considerable de temperamentos entre los profesores de cualquier tema, y especialmente en uno en que, tanto el pasado como el presente son tan magros y el futuro tan incierto, como es el caso de la economía»: Whitaker 1991, p. 126. Nos habla de su apertura de mente.

8. Citado por O'Donnell 1989, p. 165. Es interesante, por Keynes, consignar el resto del pasaje: «... Debería haber pensado que casi todos los economistas de la tradición inglesa, aparte de Ricardo, llegaron a la economía por ese camino. No hay prácticamente asuntos de política como diversos de la técnica que no impliquen consideraciones éticas. Si se enfatiza esto, el derecho de la iglesia a interferir en lo que es esencialmente una rama de la ética se hace obvio» (carta a W. Temple del 3 de diciembre de 1941).

ma del capricho individual (...) (p. 624). Éstos evocan pasajes tanto de la *Teoría General* como de los *Ensayos de Persuasión*.

En suma, el maestro influye en el discípulo, pero «Amicus Plato, sed magis amica veritas».

BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES, *Metafísica*, (traducción trilingüe de Valentín García Yebra) Madrid: Gredos, 1970.
- AYER, Alfred J. (1972), *Russell*, Suffolk: Fontana/Collins.
- BALDWIN, Thomas (1991), «The Identity Theory of Truth», *Mind*, NS, 100/1, pp. 35-52.
- (1999), «La valeur intrinsèque chez Brentano et Moore», *Philosophiques*, 26/2, pp. 231-243.
- BATEMAN, Bradley W. (1990), «Keynes, Induction, and Econometrics», *History of Political Economy*, 22/2, pp. 359-379.
- (1996), *Keynes's Uncertain Revolution*, Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- BATEMAN, Bradley W. y John B. DAVIS (1991) (eds.), *Keynes and Philosophy*, Aldershot: E. Elgar.
- BLAUG, Mark (1992), *The Methodology of Economics: Or How Economists Explain*, 2.^a ed., Nueva York: Cambridge University Press.
- BORMANS, Christophe (2002), «Keynes & Freud. De la “vision” à la “revolution” keynésienne: l’hypothèse Freud», 26-VII-02, (online) www.psychanalyste-paris.com/article.php3?id_article=24.
- BOSANQUET, Bernard (1904), «Critical Notices: Principia Ethica. By George Edward Moore», *Mind*, NS, 13/50, pp. 254-261.

- BRAITHWAITE, R.B. (1946), «John Maynard Keynes, First Baron Keynes of Tilton», *Mind*, 55/219, pp. 283-284.
- (1973), «Editorial Forward» del Tomo VII de las *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, Londres: MacMillan, pp. xv-xxii.
- BRENTANO, Franz (1889) (1902), *The Origin of Our Knowledge of Right and Wrong*, Traducción inglesa de Cecil Hague, Westminster: Archibald Constable & Co. Ltd.
- (1889) (1927), *El origen del conocimiento moral*, Revista de Occidente, Madrid (V. o.: *Vom Ursprung sittlicher Erkenntnis* (Leipzig: Duncker & Humblot, 1889), traducida por Manuel García Morente).
- (1889/1902-1934) (1969), *The Origin of Our Knowledge of Right and Wrong*, editado por Oskar Kraus, edición inglesa por R. Chisholm, Londres: Routledge & Kegan Paul.
- BROAD, Charlie D. (1922), «A Treatise on Probability. By J.M. Keynes», *Mind*, NS, 31/121, pp. 72-85.
- CANDLISH, Stewart (2002), «The Identity Theory of Truth», *Stanford Encyclopedia of Philosophy* (online) <http://plato.stanford.edu/entries/truth-identity/>.
- CARABELLI, Anna (1988), *On Keynes's Method*, Nueva York: St. Martin's Press.
- (2003), «Economics as a branch of probable logic», en J. RUNDE y S. MIZUHARA (eds.), *The Philosophy of Keynes's...*, pp. 216-226.
- COATES, John (1996), *The Claims of Common Sense. Moore, Wittgenstein, Keynes and the Social Sciences*, Cambridge: Cambridge University Press.
- COLANDER, David (1984), «Was Keynes a Keynesian or a Lernerian?», *Journal of Economic Literature*, 22/4, pp. 1572-1575.
- CONESA, Francisco y Jaime NUBIOLA (1999), *Filosofía del lenguaje*, Barcelona: Herder.
- COTTRELL, Allin (1998), «Keynes, John Maynard», en John B. DAVIS, D. WADE HANDS, Uskali MÄKI (eds.), *The Handbook*

- of Economic Methodology*, Cheltenham-Northampton: Elgar, pp. 262-264.
- CRAIG, Edward (1998), «Realism and Antirealism», en CRAIG, E., (ed.), *Routledge Encyclopedia of Philosophy*, vol. 8, pp. 115 y ss.
- CRESPO, Ricardo F. (1998), «La ciencia práctica y sus características: Ensayo de sistematización y aplicación a la economía», en *Analogía*, XI/2, 1997, pp. 87-111 y en *Analogía*, XII/2, pp. 173-196.
- DALL'AGNOL, Darlei (2003), «Intrinsic Value: Analysing Moore's Aristotelian Approach», *Ethic@*, 2/1, pp. 59-82.
- DAVIS, John B. (1994), *Keynes's Philosophical Development*, Cambridge: Cambridge University Press.
- DE IMAZ, José Luis (1990), *Las raíces del pensar*, Buenos Aires: Emecé.
- DOSTALER, Gilles (1999), «Keynes and Economics: The Early Stage», Working Paper 9901, UQÀM (Université du Quebec à Montréal), Montreal: enero 1999.
- DOW, Alexander y Sheila DOW (1985), «Animal Spirits and Rationality» en *Keynes' Economics: Methodological Issues* (eds. T. LAWSON y H. PERSARAN), Armonk, Nueva York: Sharpe, pp. 46-65.
- DOW, Sheila C. (1991), «Keynes Epistemology and Economic Methodology», en Rod O'DONNELL (ed.), *Keynes as Philosopher-Economist*, pp. 144-167.
- (1995), «The appeal of neoclassical economics: some insights from Keynes's epistemology», *Cambridge Journal of Economics*, 19 (XX), pp. 715-733.
- (2003), «Probability, uncertainty and convention», en J. RUNDE y S. MIZUHARA (eds.), *The Philosophy of Keynes's...*, pp. 207-215.
- FILLION, Louis Claude, (1922) (2000), *Vida de Nuestro señor Jesucristo*, Madrid, Rialp (*Vie de Notre Seigneur Jésus Christ. Exposé historique, critique et apologétique*), trad. Victorino Larrañzar.

- FIORETTI, Guido (1998), «John Maynard Keynes and Johannes von Kries», *History of Economic Ideas*, 6 (3): pp. 51-80.
- (2001), «Von Kries and the Other “German Logicians”: Non-numerical Probabilities Before Keynes», *Economics and Philosophy*, 17 (2): pp. 245-273.
- (2003), «No Faith, No Conversion: The Evolution of Keynes’s Ideas on Uncertainty Under the Influence of Johannes von Kries», en J. RUNDE y S. MIZUHARA (eds.), *The Philosophy of Keynes’s...*, pp. 130-139.
- FITZGIBBONS, Athol (1988), *Keynes’s Vision. A New Political Economy*. Oxford: Clarendon Press.
- (2000), *The Nature of Macroeconomics*, Cheltenham and Northampton: E. Elgar.
- FREGÉ, Gottlob (1993-1994), «El pensamiento. Una investigación lógica», traducción anotada y comentada por Gustavo Dalmaso, *Philosophia*, 1993/4-II, pp. 217-306.
- GERRARD, Bill (2003), «Keynesian uncertainty: what do we know?», en J. RUNDE y S. MIZUHARA (eds.), *The Philosophy of Keynes’s...*, pp. 239-251.
- HARROD, Roy (1951) (1958), *La vida de John Maynard Keynes*, México: Fondo de Cultura Económica (v. o.: *The Life of John Maynard Keynes*, Londres: MacMillan), trad. A. Ramos Oliveira y M. Monforte Toledo.
- HAYEK, Friedrich A. von (1981), «Recuerdos personales de Keynes y la “Revolución keynesiana”», en *Nuevos estudios en filosofía, política, economía e historia de las ideas*, Buenos Aires: Eudeba (v. o.: *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas*, Londres y Henley: Routledge & Kegan Paul Ltd., 1978), pp. 249-254.
- HELBURN, Suzanne (1991), «Burke and Keynes», en Bradley W. BATEMAN, y John B. DAVIS (1991) (eds.), *Keynes and Philosophy*, Aldershot: E. Elgar.
- HENDRY, David F. (2000), *Econometrics. Alchemy or Science? New Edition*, Nueva York y Oxford: Oxford University Press.

- HESSION, Charles, (1984) (1985), *Keynes*, Buenos Aires: Javier Vergara Editor (v. o.: *John Maynard Keynes*, Londres: MacMillan), trad. Aníbal Leal.
- (1993), «Keynes, Strachey, and the Gay Courage To Be», en *Challenge*, julio-agosto 1993, pp. 53-59.
- HICKS, John R. (1979) (1981), *Causalidad en economía*, Buenos Aires: Tesis (v. o.: *Causality in Economics*, Oxford: Basil Blackwell), trad. Marcelo Matellanes.
- HOCHBERG, Herbert (1962), «Moore's Ontology and Non-Natural Properties», *The Review of Metaphysics*, 15/3, n. 59, 365-395.
- HOOVER, Kevin D. (2001), *The Methodology of Empirical Macroeconomics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- HOWSON, Susan y Donald MOGGRIDGE (1990), *The Wartime Diaries of Lionel Robbins and James Meade, 1943-1945*, Londres: MacMillan.
- HUTCHISON, Terence W. (1977), «Keynes versus the "Keynesians" ...?», Hobart paperback, Londres: The Institute of Economic Affairs.
- INCIARTE, Fernando (1979), «Metaphysics and Reification», *Philosophy*, 54, pp. 311-327.
- JOHNSON, Elizabeth (1974), «John Maynard Keynes: Scientist or Politician?», *Journal of Political Economy* 82/1, pp. 99-111.
- JUAN PABLO II (2005), *Memoria e Identidad*, Buenos Aires: Planeta.
- JÜNGER, Ernst (1946), «La Paix. Quelques Mots à la Jeneuse d'Europe», en *Synthèses* 1/2, pp. 82-104.
- (1986) (1990), Julian Hervier. *Conversaciones con Ernst Jünger*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (v. o.: *Entretiens avec Ernst Jünger*, Paris: Gallimard), trad. H. Martínez Moctezuma.
- KAHN, Richard (1978), «Some Aspects of the Development of Keynes's Thought», *Journal of Economic Literature*, 16/2, pp. 545-559.

- KENNY, Anthony (2000), *La metafísica de la mente*, Barcelona: Paidós (v. o.: *The Metaphysics of Mind*, Oxford University Press, 1989), trad. F. Rodríguez Consuegra.
- KEYNES, John Maynard (1920), *Las consecuencias económicas de la Paz*, Madrid: Calpe.
- (1921) (1952), *A Treatise on Probability*, Londres: MacMillan.
 - (1924), «Alfred Marshall, 1842-1924», *The Economic Journal*, 34/135, pp. 311-372.
 - (1927), *The End of Laissez-faire*, Londres: Hogarth Press.
 - (1931) (1988), *Ensayos de Persuasión*, Barcelona: Crítica (trad. J. Pascual).
 - (1932), «The World's Economic Outlook», *The Atlantic Monthly*, mayo 1932; (online) www.theatlantic.com/unbound/flashbks/budget/keynesf.htm.
 - (1936) (1963), *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (trad. E. Hornedo).
 - (1937), «The General Theory of Employment», *Quarterly Journal of Economics*, pp. 209-223.
 - (1971), *Collected Writings of John Maynard Keynes*, ed. Donald MOGGRIDGE, Londres: MacMillan.
 - (1971), *Activities 1906-1914: India and Cambridge*, *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, Volume XV, Londres: MacMillan.
 - (1972), *Essays on Biography*, *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, Volume X, Londres: MacMillan.
 - (1972), *Economic Articles and Correspondence: Investment and Editorial*, *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, Volume XII, Londres: MacMillan.
 - (1973), *The General Theory and After: Part I. Preparation*, *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, Volume XIII, Londres: MacMillan.

- (1973), *The General Theory and After: Part II. Defence and Development, The Collected Writings of John Maynard Keynes*, Volume XIV, Londres: MacMillan.
- (1979), *The General Theory and After. A Supplement. The Collected Writings of John Maynard Keynes*, Volume XXIX, Londres: MacMillan.
- KLANT, Johannes J. (1985), «The Slippery Transition», en T. LAWSON y H. PESARAN (eds.), *Keynes Economics*, pp. 80-98.
- KOPPL, Roger (1991), «Animal Spirits», *Journal of Economic Perspectives*, 5 (3): 203-210.
- (1992), «Reply to Ozawa, Moggridge, and Visser», *Journal of Economic Perspectives*, 6 (3): 211-212.
- LADYMAN, James (2002), *Understanding Philosophy of Science*, Londres y Nueva York: Routledge.
- LAMBERT, Paul (1963) (1983), «The Social Philosophy of John Maynard Keynes», en *John Maynard Keynes. Critical Assessments* (ed. John CUNNINGHAM WOOD), Kent: Cross Helm, pp. 342-372 (*Annals of Public and Co-operative Economy*, 34, 1963, pp. 483-515).
- LAWSON, Tony (1985), «Uncertainty and Economic Analysis», *Economic Journal*, 95/431, pp. 909-927.
- (1997), *Economics and Reality*, Londres y Nueva York: Routledge.
- (2003), «Keynes's Realist Orientation», en J. RUNDE y S. MI-ZUHARA (eds.), *The Philosophy of Keynes's Economics: Probability, Uncertainty and Convention*, Londres: Routledge, pp. 159-169.
- LAWSON, Tony y Hashem PESARAN (1985), *Keynes' Economics. Methodological Issues*, Londres y Nueva York: Routledge.
- LLANO, Alejandro (1983), *Gnoseología*, Pamplona: EUNSA.
- (1984), *Metafísica y lenguaje*, Pamplona: EUNSA.
- (1999), *El enigma de la representación*, Madrid: Síntesis.
- LOUX, Michael (2002), *Metaphysics. A Contemporary Introduction*, Londres y Nueva York: Routledge, 2.^a edición.

- MACINTYRE, Alasdair (1984) (2001), *Tras la Virtud*, Barcelona: Crítica (v. o.: *After Virtue*, Londres: Duckworth), trad. Amelia Valcárcel.
- MAGEE, Bryan (1971), *Modern British Philosophy*, Londres: Seccker & Warburg.
- MALONEY, John (1990), *The Professionalization of Economics. Alfred Marshall and the Dominance of Orthodoxy*, New Brunswick y Londres: Transaction Publishers.
- MÄKI, Uskali (2001) (ed.), *The Economic World View. Studies in the Ontology of Economics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- MARCHIONATTI, Roberto (1999), «On Keynes Animal Spirits», en *Kyklos*, 52 (3): 415-439.
- MARSHALL, Alfred (1890) (1948), *Principios de economía*, Madrid: Aguilar (v. o.: *Principles of Economics*, Londres: MacMillan), trad. Emilio de Figueroa.
- MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA, Miguel Alfonso (2001), «Teorías de la empresa y crisis de la modernidad», *Cuadernos Empresa y Humanismo* 83, Pamplona: Universidad de Navarra.
- MAUROIS, André (1936), *Nueve maestros ingleses*, Santiago de Chile: Ercilla (v. o.: *Magiciens et Logicien*, Paris: Grasset), 1935, trad. de Hernán del Solar.
- MILLÁN-PUELLES, Antonio (1990), *Teoría del objeto puro*, Madrid: Rialp.
- MOGGRIDGE, Donald (1992), *Maynard Keynes: An Economist's Biography*, Londres: Routledge.
- (1997), «Method and Marshall», en Peter KOSLOWSKI (ed.), *Methodology of the Social Sciences, Ethics, and Economics in the Newer Historical School*, Berlin: Springer Verlag, pp. 342-369.
- MOGGRIDGE, Donald, Hans VISSER y Terutomo OZAWA (1992), «The Source of Animal Spirits», *Journal of Economic Perspectives*, 6 (3): 207-211.

- MOORE, George Edward (1903) (1959), *Principia Ethica*, México DF: Centro de Estudios Filosóficos UNAM (v. o.: Cambridge: Cambridge University Press), trad.: Adolfo García Díaz.
- (1903) (2002), *Principia Ethica*, Barcelona: Crítica (v. o.: Cambridge: Cambridge University Press), trad. de Esperanza Guisán.
- (1899), «The Nature of Judgment», *Mind*, NS, 8/30, pp. 176-193.
- (1903a), «The Refutation of Idealism», *Mind*, NS, 12/48, pp. 433-453.
- (1903b), Review to *The Origin of the Knowledge of Right and Wrong*. By Franz Brentano, *International Journal of Ethics*, 14/1, 115-123.
- O'DONNELL, Rod M. (1989), *Keynes: Philosophy, Economics and Politics*, Nueva York: St. Martin's Press.
- (1991) (ed.), *Keynes as Philosopher-Economist*, Nueva York: St. Martin's Press.
- (1991), «Keynes's political philosophy», en William J. BARBER (ed.), *Perspectives on the History of Economic Thought. Volume VI. Themes in Keynesian Criticism and Supplementary Modern Topics*, Aldershot y Brookfield: Elgar, pp. 3-28.
- (1996), «What Can Economists Learn From Keynes's Philosophy?», en *History of Economics Review*, 25, pp. 213-216.
- PARSONS, Wayne (1997), *Keynes and the Quest for a Moral Science. A Study of Economics and Alchemy*, Cheltenham y Lyme: Elgar.
- PASSMORE, John (1968), *A Hundred Years of Philosophy*, Middlesex: Penguin Books.
- PLESCH, John (1947), *János, The Story of a Doctor*, Londres: Victor Gollancz Ltd.
- QUINE, Willard V.O. (1968), «La evolución de la ontología de Russell», en Ralph SHOENMAN (ed.), *Homenaje a Bertrand Russell*, Barcelona: Oikos-Tau (v. o.: *Bertrand Russell: Phi-*

- osopher of the Century*, Londres: Allen & Unwin, 1967), trad.: C. Ulisses Moulines.
- RAMSEY, Frank (1926), «Truth and Probability», en RAMSEY, 1931, *The Foundations of Mathematics and other Logical Essays*, Ch. VII, pp. 156-198, editado por R. B. BRAITHWAITE, Londres: Kegan, Paul, Trench & Co., Nueva York: Harcourt, Brace and Company. 1999 edición electrónica.
- RICOEUR, Paul (1995) (1997), *Autobiografía intelectual*, Buenos Aires: Nueva Visión (v. o.: *Réflexion faite. Autobiographie intellectuelle*, Paris: Esprit), trad. P. Willson.
- ROBBINS, Lionel C., (1935) (1951), *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica*, México: Fondo de Cultura Económica, 2ª. ed. (v. o.: *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, Londres: Mac Millan, 2ª. ed. trad. Daniel Cosío Villegas).
- (1971), *Autobiography of An Economist*, Nueva York: Mac Millan-St Martin's Press.
- ROBINSON, Joan (1962), *Economic Philosophy*, Chicago: Aldine Publishing Company.
- RUBIO DE URQUÍA, Rafael (1988), «La vigencia de Keynes y lo keynesiano», en Rafael RUBIO DE URQUÍA y otros, *La herencia de Keynes*, Madrid: Alianza, pp. 17-82.
- RUNDE, Jochen y Sohei MIZUHARA (eds.) (2003), *The Philosophy of Keynes's Economics*, Londres y Nueva York: Routledge.
- RUNDE, Jochen (1990), «Keynesian uncertainty and the weight of arguments», *Economics and Philosophy*, 6/2, pp. 275-292.
- RUSSELL, Bertrand (1903) (1972), *The Principles of Mathematics*, Londres: George Allen & Unwin.
- (1904), «Meinong's Theory of Complexes and Assumptions (II)», *Mind*, NS, 13/51, pp. 336-354.
- (1904), «Meinong's Theory of Complexes and Assumptions (III)», *Mind*, NS, 13/52, pp. 509-524.
- (1905), «On Denoting», *Mind*, NS, 14/56, pp. 479-493.

- (1910-1966) (1980), *Ensayos Filosóficos*, Barcelona: Alianza, 1980 (v. o.: *Philosophical Essays*, Londres: George Allen & Unwin, 1966, reimpresión con algunos cambios de la edición de 1910), trad.: Juan Ramón Capella.
 - (1912) (1997), *The Problems of Philosophy*, Nueva York y Oxford: Oxford University Press.
 - (1967-1969) (1995), *Autobiography*, Londres y Nueva York, Routledge.
- SAMUELSON, Paul A. (1946), «Lord Keynes and the General Theory», *Econometrica* 14/3, pp. 187-200.
- SCHABAS, Margaret (1998), «Keynes, John Maynard (1883-1946)», en CRAIG, E. (ed.), *Routledge Encyclopedia of Philosophy*, vol. 5, pp. 233-235.
- SCHUMPETER, Joseph A. (1946), «John Maynard Keynes. 1883-1946», *The American Economic Review*, 36/4, pp. 495-518.
- (1949), «Science and Ideology», *The American Economic Review*, 39/2, pp. 345-59.
- SHACKLE, G.L.S. (1972) (1992), *Epistemics and Economics*, New Brunswick y Londres: Transaction Publishers.
- (1973), «Keynes and Today's Establishment in Economic Theory: A View», *Journal of Economic Literature*, 11/2, pp. 516-519.
 - (1974), *Keynesian Kaleidics*, Edimburgo: Edinburgh University Press.
- SHIONOYA, Yuichi (1991), «Sidgwick, Moore and Keynes: a Philosophical Analysis of Keynes's "My Early Beliefs"», en BATEMAN y DAVIS (eds.), *Keynes and Philosophy*, pp. 6-29.
- SHOVE, Gerald F. (1942), «The Place of Marshall's Principles in the Development of Economic Theory», *The Economic Journal*, 52/208, pp. 294-329.
- SKIDELSKY, Robert (1983) (1994), *John Maynard Keynes: Hopes Betrayed. 1883-1920*, Londres y Nueva York: Penguin.
- (1983) (1986), *John Maynard Keynes: Esperanzas frustradas. 1883-1920*, Madrid: Alianza (v. o.: *John Maynard Keynes:*

- Hopes Betrayed. 1883-1920*, Londres: MacMillan), trad. Juan Carlos Zapatero.
- (1992) (1994), *John Maynard Keynes: The Economist as Saviour*, Londres y Nueva York: Penguin.
 - (1996) (1998), *Keynes*, Madrid: Alianza (v. o.: *Keynes*, Oxford: Oxford University Press), trad. Carlos Rodríguez Braun.
 - (1988), «Keynes's Political Legacy», en Omar F. HAMOUDA y John N. SMITHIN (eds.), *Keynes and Public Policy After Fifty Years. Volume I: Economics and Politics*, Aldershot: E. Elgar, pp. 3-28.
 - (2000), *John Maynard Keynes: Fighting for Freedom. 1937-1946*, Londres y Nueva York: Penguin.
- STRACHEY, John (1935), *The Coming Struggle for Power*, Nueva York: Modern Library.
- STRACHEY, Lytton, (1918) (1937), *Victorians Eminentes*, Santiago de Chile: Ercilla.
- (1921) (2004), *Reina Victoria. Símbolo de una era*. Buenos Aires: El Ateneo (v. o.: *Queen Victoria*, varias ediciones), trad. de Nora Watson.
- TOGATI, Teodoro Dario (1998), *Keynes and the Neoclassical Síntesis. Einstenian versus Newtonian macroeconomics*, Londres: Routledge.
- VAN DER SCHAAR, Marietje (1999), «L'analogie et la vérité chez Franz Brentano», en *Philosophiques*, 26/2, pp. 203-217.
- VÁZQUEZ PRESEDO, Vicente (1987), «Expectativas, predicciones keynesianas y otras predicciones», *Económica*, 32/2, pp. 305-322.
- (1990), *Ludwig Wittgenstein y el «Círculo de Cambridge»*, Buenos Aires: Academia Nacional de Ciencias Económicas.
 - (1995), «Keynes y el problema de la heterogeneidad temporal», *Económica*, 41/1, pp. 105-121.
- VERCELLI, Alessandro (1991), *Methodological Foundations of Macroeconomics: Keynes and Lucas*, Cambridge: Cambridge University Press.

- WHITAKER, John K. (ed.) (1996), *The Correspondence of Alfred Marshall Economist. Volume Three: Towards the Close, 1903-1924*, Cambridge: Cambridge University Press.
- WINSLOW, p. ej. (1990), «Bloomsbury, Freud and Vulgar Passions», *Social Research*, Winter, pp. 785-819.
- (1989), «Organic Interdependence, Uncertainty and Economic Analysis», en *Economic Journal* 99, pp. 1173-1182.
- (1993), «Keynes on rationality», en Bill GERRARD (ed.), *The Economics of Rationality*, Londres y Nueva York: Routledge, pp. 91-122.
- WITTGENSTEIN, Ludwig, *Tractatus logico-philosophicus*, (online) www.kfs.org/~jonathan/witt/t63en.html
- ZAMORA BONILLA, Jesús P. (2000), «La cuestión del realismo en teoría económica», en *Argumentos de Razón Técnica*, n.º 3, pp. 249-260.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Aquino, Santo Tomás de, 135, 186.
- Aristóteles, 25, 78, 135, 137, 189, 209, 214, 227, 245, 252.
- Ayer, Alfred J, 90.
- Baldwin, Thomas, 73, 86, 90, 92.
- Bateman, Bradley W., 72-74, 85-86, 88-89, 92, 110-111, 114, 122-123, 127, 129, 132, 178, 188, 190, 212, 227.
- Bell, Clive, 39.
- Bentham, Jeremy, 29, 154.
- Bergman, Gustav, 81.
- Berkeley, Obispo George, 82-84.
- Bernoulli, Johann, 121.
- Blaug, Mark, 247, 263.
- Bohr, Niels, 31.
- Bolzano, Bernhard, 68, 86.
- Bormans, Christophe, 167-168, 263.
- Bosanquet, Bernard, 29, 82, 140, 263.
- Bowley, Arthur, 259.
- Bradley, Francis H., 29, 42, 82-84, 86, 140.
- Brahma, divinidad, 196-197.
- Braithwaite, Richard B., 20, 43-45, 52-53, 72, 124, 182, 208, 220, 264, 271.
- Brentano, Franz, 20, 69, 73-79, 89, 94-98, 112, 114-115, 129-130, 136-138, 150-151, 186, 188, 263-264, 271, 274.
- Broad, Charlie D., 53, 118, 264.
- Brown, Florence Ada, 34.
- Burke, Edmund, 32, 157, 193, 201, 198, 266.
- Butler, Obispo Joseph, 81, 84, 141.
- Cairnes, John Elliot, 155.
- Candlish, Stewart, 85-86, 264.
- Carabelli, Anna, 120, 130, 159-160, 190, 264.
- Carnap, Rudolph, 29.
- Carr, Wilson, 241, 252.
- Carrera, Alejandro, 200.
- Carrington, Dora, 39.
- Cézanne, Paul, 31.
- Chick, Victoria, 26, 220.
- Chisholm, Roderick, 75, 264.

- Churchill, Winston, 34.
 Clay, Henry, 202.
 Clemenceau, Georges, 194.
 Cluny, Bernardo de, 15.
 Coates, John, 50, 190, 222, 264.
 Colander, David, 164, 264.
 Condorcet, Marqués de, 213, 222.
 Conesa, Francisco, 64, 264.
 Conway, Martin, 173.
 Cottrell, Allin, 17, 264.
 Craig, Edward, 62, 265, 273.
 Crespo, Ricardo F., 25, 249, 265.
 D'Andrea, Guillermo, 200.
 Dall'Agnol, Darlei, 85, 265.
 Darwin, Charles, 29, 36, 155.
 Darwin, George, 36.
 Darwin, Margaret, 36.
 Davis, John B., 26, 64, 72, 80, 85-86, 88, 95, 104, 111, 122-123, 127-129, 144, 148, 151, 190-191, 265.
 De Imaz, José Luis, 27, 265.
 Delacroix, Eugene, 52.
 Derain, André, 52.
 Descartes, René, 29, 67-68, 75, 78, 159.
 Dickinson, Goldsworthy L., 40.
 Dostaler, Gilles, 55, 265.
 Dow, Alexander, 160, 265.
 Dow, Sheila C., 26, 151, 160, 265.
 Edgeworth, Francis Y., 146, 148, 213, 217, 222, 230, 242-243.
 Eduardo VII, rey, 30, 223.
 Einstein, Albert, 31, 46.
 Eliot, Thomas Stearns, 31.
 Falk, Oswald, 46.
 Ferenczi, Sandor, 167.
 Fillion, Louis Claude, 28, 265.
 Finkman, Javier, 26, 251.
 Fioretti, Guido, 118, 265.
 Fitzgibbons, Athol, 85, 124, 160, 190, 193, 211, 238, 266.
 Foxwell, Herbert S., 35, 260.
 Frege, Gottlob, 66-68, 86-87, 266.
 Freud, Sigmund, 29, 31, 167-168, 263.
 Frowen, Stephen, 232, 258.
 Gamarra, Daniel, 26, 76.
 Garnett, David, 39.
 Gerrard, Bill, 24, 266, 275.
 Gierke, Otto von, 138.
 Giffen, Robert, 55.
 Grant, Duncan, 39, 36, 194.
 Green, Thomas Hill, 82-83.
 Grossman, Herschel, 253.
 Guillermo el Conquistador, 34, 200.
 Hague, Cecil, 75, 264.
 Halley, Edmund, 127, 212.
 Hansen, Alvin, 164.
 Harrod, Roy, 35-36, 44, 50, 55, 57, 72, 124, 126-127, 212, 215, 220, 225-228, 266.
 Hayek, Friedrich A. von, 45, 202, 266.
 Hegel, Georg W. F., 25, 86, 137.
 Heidegger, Martin, 25, 29.
 Heisenberg, Werner, 31.
 Helburn, Suzanne, 190, 193, 198, 266.
 Henderson, Hubert, 162.
 Hendry, David F., 226, 266.
 Hession, Charles, 27, 28, 36-37, 47, 49-50, 72, 231, 266.
 Hicks, John R., 246, 267.
 Hill, Archibald, 35.
 Hochberg, Herbert, 81, 267.

- Hoover, Kevin D., 246-247, 267.
Howson, Susan, 27, 267.
Hume, David, 29, 120, 154, 159.
Hutchison, Terence W., 21, 39, 267.
Inciarte, Fernando, 60, 267.
Iribarne, María José, 25, 43.
Cristo, 138, 265.
Johnson, Elizabeth, 37, 54, 267.
Johnson, Harry, 51, 202.
Jones, Ernest, 167.
Joyce, James, 31.
Juan Pablo II, Papa, 60, 267.
Jünger, Ernst, 30, 267.
Kahn, Frank, 24.
Kahn, Richard, 17, 21, 34, 267.
Kant, Immanuel, 25, 80, 84, 154, 189.
Kenny, Anthony, 67, 267.
Keynes, Geoffrey, 35.
Keynes, John Neville, 34-35, 255.
Keynes, Margaret, 35.
Klant, Johannes J., 258, 269.
Knox, Alfred Dilwyn, 37.
Knox, Ronald, 37.
Koppl, Roger, 159, 269.
Kraus, Oskar, 78, 264.
Kries, Johannes von, 118, 265-266.
Ladyman, James, 66, 269.
Lambert, Paul, 196, 202, 269.
Lawson, Tony, 61-62, 131, 95, 128-129, 131, 135, 265, 269.
Leibniz, Gottfried W., 29, 78, 97, 121, 213-214.
Leijonhufvud, Axel, 253.
Lenin, Vladimir Ilich, 166.
Lerner, Abba, 164, 264.
Llano, Alejandro, 59-60, 66-69, 75, 85, 87, 269.
Lloyd George, David, 162, 193-194, 236.
Locke, John, 29, 44, 189, 210.
Lopokova, Lydia, 33, 54, 57.
Loux, Michael, 136, 269.
Lucas, San, 176.
Machlup, Fritz, 252.
MacIntyre, Alasdair, 42, 269.
Magee, Bryan, 41, 270.
Mäki, Uskali, 61-62, 135-136, 248, 264, 270.
Maloney, John, 55, 270.
Malthus, Thomas R., 44, 228
Maquiavelo, Nicolás, 193.
Marchionatti, Roberto, 159-160, 270.
Marshall, Alfred, 17, 32, 35, 44, 54-57, 160, 169, 216, 227, 223, 230, 239, 244, 251, 255-260, 268, 270, 273-274.
Marshall, Mary Paley, 56.
Marx, Karl, 29, 159.
Martínez Barrera, Jorge, 138.
Martínez, Marina, 26.
Martínez-Echevarría, Miguel Alfonso, 25, 234, 257, 270.
Matisse, Henry, 52.
Maurois, André, 161, 183, 270.
McTaggart, John Ellis M., 29, 38, 40, 82.
Meade, James, 45, 267.
Meinong, Alexius, 69, 86, 89-92, 109, 272.
Mill, John Stuart, 29, 44, 256
Millán-Puelles, Antonio, 87-88, 270.
Miller, Alexander, 61.
Mizuhara, Sohei, 128, 265-266, 269, 272.

- Moggridge, Donald, 27, 159, 258, 260, 267-270.
- Moore, George Edward, 20, 29, 32, 38, 40-42, 44, 51, 53, 72-74, 78-91, 95-98, 109-112, 126, 137-142, 146, 150-151, 155-156, 166, 170, 182-192, 243, 263-264, 267, 270, 273, 279.
- Neurath, Otto, 29, 64.
- Newton, Isaac, 52, 126-127, 177, 212.
- Nietzsche, Friedrich, 29, 57.
- Nubiola, Jaime, 26, 64, 264.
- O'Donnell, Rod M., 16, 143, 146, 148, 193, 203, 252-253, 260, 265, 271.
- Ortega y Gasset, José, 27.
- Ozawa, Terutomo, 269-270.
- Pablo, San, 42, 166.
- Palgrave, R. H. Inglis, 55.
- Parsons, Wayne, 52, 159, 161-162, 179, 220, 244, 271.
- Passmore, John, 84, 91, 271.
- Perona, Eugenia, 26, 248.
- Pesaran, Hashem, 269.
- Picasso, Pablo R., 31, 52.
- Pigou, Arthur C., 32, 226, 230.
- Pitágoras, 75.
- Planck, Max, 31, 223, 250.
- Platón, 20, 42, 65, 78, 82, 85, 139.
- Plesch, John, 46, 271.
- Plotino, 88.
- Poincaré, Henri, 118.
- Popper, Karl, 228.
- Proctor, P. D. (Sir Dennis), 46.
- Quetelet, Adolphe, 147.
- Quine, Willard V. O., 91, 271.
- Ramsey, Frank, 52-53, 122-124, 131, 222, 224, 229, 271.
- Regan, Tom, 81.
- Renoir, Auguste, 52.
- Ricardo, David, 260.
- Ricoeur, Paul, 30, 272.
- Robbins, Lionel C., 25, 27, 44-45, 220, 244-246, 267, 272.
- Robinson, Joan, 201, 272.
- Roosevelt, Franklin D., 50.
- Rubio de Urquía, Rafael, 26, 48-49, 220, 245, 272.
- Runde, Jochen, 128, 264-265, 269, 272.
- Russell, Bertrand, 20, 29, 38, 40, 44-45, 51-53, 59, 65, 72-74, 82, 84-86, 89-99, 108-110, 124, 142, 151, 263, 271-272.
- Saint-Exupéry, Antoine de, 13.
- Saler, Arthur, 185, 193.
- Samuelson, Paul A., 220, 273.
- Schaar, Marijerje van der, 77, 274.
- Schabas, Margaret, 273.
- Schlick, Moritz, 29.
- Schoenman, Ralph, 271.
- Schumpeter, Joseph A., 21, 160, 273, 280.
- Shackle, George L. S., 21, 25, 232, 253, 257-258, 273.
- Shakespeare, William, 41.
- Shaw, George Bernard, 231.
- Shionoya, Yuichi, 193, 273.
- Shove, Gerald F., 250, 273.
- Sidgwick, Henry, 35, 42, 44, 187, 273.
- Signac, Paul, 52.
- Sigwart, Christoph, 77.
- Silverman, Allan, 85.
- Siva, divinidad, 196-197.
- Skidelsky, Robert, 16-18, 34-39, 41-42, 45-47, 49-54, 57, 72-73,

- 122, 148, 157, 171, 181-183, 185, 189, 190, 192-195, 202, 215, 218-219, 224, 233, 238-239, 273-274.
- Smith, Adam, 23, 25, 43, 207.
- Sobel, Jordan H., 81.
- Sócrates, 41, 45.
- Spencer, Herbert, 42.
- Spinoza, Baruch, 29, 105-107, 113, 131.
- Sraffa, Piero, 53.
- Stephen, Adrian, 42.
- Stephen, Leslie, 42.
- Stephen, Thoby, 42.
- Stephen, Vanessa, 33, 39, 42.
- Steup, Matthias, 66.
- Strachey, James, 31, 167.
- Strachey, John, 47, 274.
- Strachey, Lytton, 16, 31, 33, 36, 38-42, 47-49, 72-74, 88, 114, 167, 170, 183, 267, 274.
- Stravinsky, Igor, 31.
- Swithinbank, Bernard, 35-36, 38, 49, 148.
- Temple, William, 260.
- Timoteo, San, 166.
- Tinbergen, Jan, 124-125, 215-217, 225, 227.
- Togati, Teodoro Dario, 231, 247, 249-250, 257, 274.
- Tohmé, Fernando, 64.
- Tomlinson, George, 41.
- Torres, Manuel de, 260.
- Townshed, Hugh, 178.
- Tyler, Royall, 124, 216.
- Vázquez Presedo, Vicente, 22, 25, 274.
- Vercelli, Alessandro, 247, 248, 250, 274.
- Victoria I, Reina, 31, 39, 274.
- Visser, Hans, 269-270.
- Ward, James, 35.
- Warnock, Geoffrey, 40.
- Weintraub, E. Roy, 246.
- Wells, Heribert George, 168, 196.
- Whitaker, John K., 56, 57, 169, 260, 274.
- Whitehead, Alfred North, 38, 72, 89, 92.
- Wicksteed, Philip Henry, 55.
- Wilson, Woodrow, 194.
- Winslow, Edward G., 36, 148, 160, 167, 191, 274, 275.
- Wittgenstein, Ludwig, 29, 53, 65-66, 124, 264, 274-275.
- Wolff, Christian, 60.
- Woolf, Leonard, 38-39.
- Woolf, Virginia, 31, 39, 41-42.
- Zamora Bonilla, Jesús P., 62-63, 275.

TÍTULOS PUBLICADOS

Arquitectura y proyecto moderno. La pregunta por la modernidad

Juan M. Otxotorena

Gombrich: una teoría del arte

Joaquín Lorda

Capitalismo y tópicos afines. Discurso ético y economía real

Juan M. Otxotorena

Reflexiones jurídicas para un tiempo de crisis. Nuevo orden internacional, constitución europea y proceso autonómico español

Ignacio Granado Hijelmo

Metafísica de lo concreto. Sobre las relaciones entre filosofía y vida

Tomás Melendo

Los Moralistas. Anthony Ashley Cooper, Conde de Shaftesbury

Jorge V. Arregui y Pablo Arnau (eds.)

Persona y género. Ser varón y ser mujer

Blanca Castilla y Cortázar

La antropología de Feuerbach y sus claves

Blanca Castilla y Cortázar

Iguales y distintos. Introducción a la antropología cultural

Rafael Gómez Pérez

Los paraísos encontrados

Javier Aranguren

Permiso para creer. La ofensiva laicista y el futuro de la religión

Juan M. Otxotorena

El pensamiento filosófico de Keynes. Descubrir la melodía

Ricardo F. Crespo